Biblioteca de Patrística

ATANASIO

discursos contra los arrianos

Atanasio de Alejandría

DISCURSOS CONTRA LOS ARRIANOS

Introducción, traducción y notas de
Ignacio de Ribera Martín, DCJM

DISCURSOS CONTRA LOS ARRIANOS

El siglo IV de nuestra era conoció una de las mayores crisis doctrinales que han tenido lugar en la historia de la Iglesia: la crisis arriana, que tuvo su origen en Alejandría. Por esta razón, la vida y la obra de san Atanasio (295 - h. 373), como obispo y como escritor, estuvo caracterizada en gran medida por su oposición doctrinal al arrianismo, lo cual le valió el destierro en cinco ocasiones.

Los *Discursos contra los arrianos* –su obra dogmática más importante– destacan por la riqueza de información que encontramos en ellos y por el análisis preciso de la doctrina arriana, que Atanasio rebate punto por punto, para demostrar la plena divinidad del Hijo, idéntica a la del Padre, según la fe definida en el Concilio de Nicea.

El tono de la discusión es firme y decidido –en algunos momentos incluso apasionado– y ha de entenderse a la luz de las circunstancias históricas y eclesiásticas que nuestro obispo tuvo que vivir.

Estos *Discursos* contribuyeron significativamente a la reflexión teológica posterior sobre la Trinidad que llevaron a cabo los Padres capadocios y san Agustín.

La presente traducción es la primera edición íntegra de la obra que se publica en lengua castellana.

A mis queridos padres, Lucía e Ignacio,
que me transmitieron la fe en Cristo,
verdadero Dios y verdadero hombre,
que Atanasio defendió.

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN 5

I. El trasfondo de la obra: la controversia arriana 5
1. Los orígenes 5
2. El concilio de Nicea 6
3. La controversia después del concilio de Nicea. Los destierros de Atanasio 7

II. Los discursos *Contra Arianos* 9

III. Estructura de la obra 12
1. Primer y segundo discurso «Contra Arianos» 12
2. Tercer discurso «Contra Arianos» 15

IV. Datación y autenticidad de la obra 16

V. La traducción 18

ATANASIO
CONTRA LOS ARRIANOS

Primer discurso 23
Segundo discurso 129
Tercer discurso 255

ÍNDICE BÍBLICO 361
ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS 375

INTRODUCCIÓN

I. EL TRASFONDO DE LA OBRA: LA CONTROVERSIA ARRIANA

La vida y la obra de Atanasio de Alejandría se insertan en un tiempo y en un espacio concretos. El siglo IV de nuestra era, en que le tocó vivir al alejandrino, conoció una de las mayores crisis doctrinales que han tenido lugar en la historia de la Iglesia: la crisis arriana[1]. Esta crisis, como el mismo nombre de los discursos indica, constituye el trasfondo de los discursos *Contra Arianos* (*CA*)[2]. Repasaremos ahora, brevemente, la historia, así como algunos de los protagonistas y cuestiones doctrinales implicados en dicha controversia.

1. *Los orígenes*

La controversia arriana comenzó siendo un conflicto local en Alejandría, pero se convirtió rápidamente en un

1. Para un estudio detallado de la crisis arriana, desde el punto de vista histórico y doctrinal, cf. M. SIMONETTI, *La Crisi Ariana nel IV Secolo*, Institutum Patristicum «Augustinianum», Roma 1975.

2. En castellano, «arrianos» lleva doble erre, mientras que en latín se escribe con una sola.

problema de todo el oriente cristiano y acabó por involucrar más tarde también al occidente. Dada la situación política de la época y la injerencia del poder civil en los asuntos eclesiásticos, se convirtió a la vez en un problema general: la falta de unidad doctrinal en la Iglesia suponía un peligro para la unidad del Imperio Romano, por lo que los emperadores intervendrán activamente en la crisis.

Arrio (256-336 d. C.), quien inició la controversia y dio nombre a la herejía, era un presbítero de Alejandría (Egipto). En torno al 320 d. C. Alejandro, obispo de Alejandría, convocó un sínodo en el que lo excomulgó por promover una postura doctrinal que negaba la divinidad del Hijo.

2. *El concilio de Nicea*

Arrio, no obstante, obtuvo el apoyo, entre otros, del obispo Eusebio de Nicomedia, quien tenía influencia en la corte del emperador romano. A raíz de ello, la controversia llegó a oídos del emperador Constantino, el cual convocó el Concilio de Nicea (325 d. C.), buscando poner fin a una crisis que iba adquiriendo, cada vez más, mayor extensión y magnitud. En este concilio se condenaron las tesis arrianas que negaban la divinidad del Hijo, según las cuales, el Hijo «hubo un tiempo en que no existía» y «fue creado de la nada».

La ortodoxia quedó sancionada en el símbolo de la fe, que todavía hoy se sigue profesando en la Iglesia[3]. En dicha profesión de fe se confiesa que el Hijo es «engendrado, no creado», «de la misma naturaleza que el Padre». Esta unidad de sustancia entre el Padre y el Hijo (en griego «*ho-*

3. El llamado símbolo Niceno-constantinopolitano.

moousios») zanjó por el momento la cuestión doctrinal en contra de la postura mantenida por los arrianos, pero no fue capaz de poner fin a la controversia arriana, que se extendió a lo largo de casi todo el siglo IV.

Uno de los participantes en el concilio de Nicea fue el joven diácono Atanasio de Alejandría (296-373 d. C.), el autor de la presente obra que ofrecemos ahora en su versión castellana, y que el año 328 sucedió a Alejandro como obispo de Alejandría, siendo un notable y ardiente defensor de la fe de Nicea.

3. *La controversia después del concilio de Nicea. Los destierros de Atanasio*

Como se apuntaba más arriba, el Concilio de Nicea no supuso el fin de la controversia arriana. Una vez que el concilio había sancionado el término «*homoousios*», los herejes trataban de reinterpretarlo como indicativo de una semejanza de sustancia, y no de una identidad (el Hijo se parece al Padre, pero no tiene la misma sustancia). También apelaban como pretexto, para sus posiciones doctrinales, el que dicho término no aparecía en la Escritura (cf. *CA* I, 30, 3).

Atanasio hizo frente, con valentía y decisión, a la herejía arriana, siendo desterrado hasta cinco veces a partir del 335, por defender la genuina fe de la Iglesia. Todo ello se entiende, como se explicará brevemente a continuación, por la injerencia del poder político en el ámbito eclesiástico. Lo que preocupaba a los emperadores en esta controversia no era la cuestión doctrinal, sino la unidad y estabilidad del Imperio. El hecho de que los enemigos de Atanasio estuviesen políticamente mejor posicionados explica por qué Atanasio sufrió tantos destierros.

La primera vez fue desterrado entre los años 335-337. Tras ser depuesto por un sínodo local y ser rehabilitado

Arrio (que moriría muy poco tiempo después), Atanasio fue acusado falsamente de traición ante el emperador y desterrado. Durante este periodo, que pasó en Tréveris (norte de las Galias), Atanasio terminó de redactar su doble obra *Contra los paganos*[4] y *La encarnación del Verbo*[5]. Poco después de su vuelta a la sede de Alejandría murió el emperador Constantino, dejando el Imperio Romano repartido entre sus tres hijos: Constantino II, Constante y Constancio. A éste último le fue adjudicado el oriente del Imperio, al que pertenecía la sede de Alejandría.

Tampoco la muerte de Arrio (336) puso fin a la controversia arriana, ya que las posturas que defendió siguieron contando con el apoyo –si bien con matices propios– de importantes figuras como Asterio y el obispo Eusebio de Nicomedia. Asterio, seguidor de Arrio y autor de una obra titulada «*Syntagmation*»[6], distinguía en Dios dos sabidurías: la que era coeterna con el Padre y otra sabiduría, creada y no coexistente con Dios, que es el Hijo. Atanasio se refiere a él en diversas ocasiones a lo largo de los discursos y cita textualmente varios fragmentos de su obra[7]. Eusebio, obispo de Nicomedia y más tarde de Constantinopla, aparece también citado en los discursos *Contra Arianos* como uno de los defensores del arrianismo[8]. Se piensa que murió hacia el 342.

Poco tiempo después de volver de su primer destierro, Atanasio es nuevamente depuesto por un sínodo, convocado por Eusebio de Nicomedia, y se refugia en Roma

4. Cf. ATANASIO, *Contra los paganos*, L. SÁNCHEZ NAVARRO (trad.), BPa 19, Ciudad Nueva, Madrid 1992.

5. Cf. ATANASIO, *La encarnación del Verbo*, J. C. FERNÁNDEZ SAHELICES (trad.), BPa 6, Ciudad Nueva, Madrid ²1997.

6. Cf. M. VINZENT, *Asterius von Kappadokien, Die theologischen Fragmente*, Brill, Leiden - New York - Köln 1993.

7. Cf. *CA* I, 29, 1; 30, 7; *CA* II, 28, 4; 37, 2-3; 40, 2; y *CA* III, 2, 1; 60, 4.

8. Cf. *CA* I, 22, 4; 37, 4; *CA* II, 24, 5.

(339-346). La llegada de Atanasio a Roma supuso que el occidente cristiano quedase también involucrado en la controversia arriana. En este periodo escribió probablemente los discursos *Contra Arianos*, la obra que nos ocupa, y la *Carta a la muerte de Arrio*, dirigida al obispo Serapión. El año 346 Atanasio logra regresar a Alejandría, reemprendiendo su actividad pastoral, y escribe la *Apología contra los arrianos*. Tras la muerte de Constante en el año 350, Constancio, que hasta entonces era emperador sólo del oriente, se hace con todo el Imperio.

Los enemigos de Atanasio consiguen que el emperador Constancio convoque dos concilios (Arlés en el 353 y Milán en el 355) en el que el Patriarca de Alejandría es condenado nuevamente y desterrado. Durante este tercer destierro Atanasio se esconde con unos monjes en Egipto. Se piensa que en este tiempo escribe la *Vida de Antonio*[9] y otras cuatro *Cartas a Serapión*[10]. La crisis arriana sigue agudizándose, pero en el 361 Atanasio logra volver gracias a la amnistía concedida por el nuevo emperador Juliano el Apóstata.

Es desterrado por cuarta vez en el año 362 y logra regresar en el 364. Pero es desterrado nuevamente en el 365 y se mantiene oculto por un año. En el 366 puede volver y muere en Alejandría en el 373.

II. LOS DISCURSOS *CONTRA ARIANOS*

Con esta obra Atanasio hace frente a las tesis heréticas arrianas acerca del Logos, la segunda persona de la Trini-

9. Cf. ATANASIO, *Vida de Antonio*, Paloma RUPÉREZ GRANADOS (trad.), BPa 27, Ciudad Nueva, Madrid 1995.

10. Cf. ATANASIO, *Epístolas a Serapión sobre el Espíritu Santo*, C. GRANADO (trad.), BPa 71, Ciudad Nueva, Madrid 2007.

dad. La discusión se centra sobre todo en la interpretación de algunos pasajes de la Sagrada Escritura que los arrianos alegaban como pretexto para negar la divinidad del Logos. Arrio y sus seguidores afirmaban que el Logos no era coeterno con el Padre, que había sido creado y que, por tanto, era mutable. El tono de la discusión es firme y decidido –en algunos momentos incluso apasionado– y ha de entenderse a la luz de las circunstancias históricas y eclesiásticas que Atanasio tuvo que vivir.

Según nos dice el mismo Atanasio, se trata de una herejía que estaba engañando a muchos, simulando ser cristiana al usar palabras de la Escritura. Estaba en juego ni más ni menos que la divinidad del Hijo, y Atanasio va a hacer una ardorosa defensa de la piadosa fe; la fe que el Concilio de Nicea, como hemos visto, había sancionado: el Hijo es de la misma sustancia que el Padre, engendrado pero no creado, coeterno con el Padre e inmutable. Se trata de una defensa que retoma, uno a uno, los pasajes de la Escritura que los arrianos usaban para fundamentar su herejía. La obra es, pues, todo un ejemplo de cómo hacer exégesis bíblica. Por ejemplo, Atanasio lee la Escritura siempre a la luz de la piadosa fe[11], y la lee como una unidad en la cual unos pasajes iluminan y completan a otros.

La clave de la argumentación de Atanasio está en distinguir cuándo la Escritura está hablando del Logos en cuanto Logos divino y cuándo se está refiriendo al Logos en cuanto que tomó carne. *En el principio existía el Logos y el Logos estaba junto a Dios y el Logos era Dios* (Jn 1, 1), pero en la plenitud de los tiempos *el Logos llegó a ser carne* (Jn 1, 14). Estos dos textos del prólogo de San Juan sintetizan perfectamente la doble perspectiva desde la que hay que con-

11. Es decir, la fe de los padres, lo que hoy denominaríamos «Tradición»; en numerosas ocasiones se refiere a ella simplemente como la «piedad».

siderar el misterio del Logos encarnado. La herejía arriana no supo hacer esta distinción y acabó por negar la divinidad del Hijo, mientras que hubo otras herejías (como el docetismo) que llegaron al extremo opuesto, reduciendo a mera apariencia la humanidad del Logos encarnado. Otra de las claves de la argumentación de Atanasio es la identificación del Logos con el Hijo, la Imagen y la Sabiduría del Padre. El hecho de ser Hijo e Imagen explica por qué el Logos es de la misma naturaleza que el Padre, y el hecho de ser la Sabiduría asegura la eternidad del Logos y su coexistencia con el Padre.

Atanasio clarifica la distinción entre la vida intradivina y la economía de salvación, pero a la vez no separa la vida divina de la historia de la salvación. Una vez salvaguardada la integridad del Logos en cuanto Dios, Atanasio se ve obligado a explicar por qué, no obstante la divinidad y eternidad del Logos, la Escritura le atribuye en algunas ocasiones comportamientos y características propias de las criaturas. Un ejemplo claro es el hecho de llegar a ser: el Logos, en cuanto que es Logos, no llega a ser ni es una criatura, pero llegó a ser hombre por nosotros.

Estas reflexiones llevan a Atanasio a entrar directamente en consideraciones soteriológicas y a no limitarse a la realidad divina del Logos. En este sentido la obra es también muy enriquecedora y jugosa, pues Atanasio habla a menudo de la conveniencia y de la necesidad de que fuese el Logos, y no otro, el que nos salvase y tomase nuestra carne. Como repite en diversas ocasiones, si no se tratase de la carne y el cuerpo del Logos, por un lado, y de una verdadera carne humana por otro, nuestra salvación no tendría firmeza ni sería definitiva. La carne de Cristo, como dice Atanasio bellamente, se ha convertido en camino firme y seguro de salvación para los hombres.

Al hablar del Hijo, Atanasio se refiere también, en diversas ocasiones, a las otras dos personas de la Trinidad. Por

la Encarnación la carne humana ha quedado dispuesta para recibir el Espíritu y es el Hijo quien nos da el Espíritu. Y si el Logos se encarna es porque Dios Padre es «amigo del hombre» («*filanthropos*») y todo lo que hace es por amor al hombre.

Es importante entender la obra sin separarla de su autor y de su historia, pues a menudo se corre el peligro de reducir la realidad de una obra a la literalidad de su contenido. En este sentido creo que es muy iluminadora la perspectiva que adopta C. Kannengiesser en su prolija monografía acerca del *Contra Arianos* de Atanasio[12]. Afirma, por ejemplo, que no podemos entender la labor de Atanasio como escritor al margen de su misión como obispo. Comenta también que la grandeza de Atanasio estuvo precisamente en que supo sintetizar y poner por escrito toda la riqueza de sus intuiciones doctrinales como pastor, y lo hizo en el ejercicio de su misión como obispo y como fruto de su contacto inmediato con los fieles. No se trataba de elucubraciones doctrinales, sino que la salvación de los hombres (pues si el Logos no era Dios verdadero no nos podía salvar) y la fe de los sencillos estaban siendo presa de la herejía arriana.

III. ESTRUCTURA DE LA OBRA

1. *Primer y segundo discurso* Contra Arianos

Los primeros dos discursos forman claramente una unidad. *CA* I, 1-10 es una introducción a ambos discursos, en la que Atanasio advierte sobre el peligro de la herejía arriana, que simula ser cristiana por el hecho de usar textos de

12. C. KANNENGIESSER, *Athanase d'Alexandrie. Évêque et écrivain. Une lecture des Traités* Contre les Ariens, Beauchesne, Paris 1983.

la Sagrada Escritura y que por esa razón ha engañado a muchos. En estos primeros diez capítulos Atanasio habla de Arrio, de la obra del hereje (la *Thalia*[13]), del Concilio de Nicea, de la piadosa fe que va a defender y del propósito de su obra. El último capítulo del segundo discurso (*CA* II, 82) sirve de conclusión para estos dos primeros discursos.

En *CA* I, 11-22 Atanasio hace frente a dos afirmaciones de los arrianos («hubo un tiempo en que no existía» y «no existía antes de ser engendrado»), que utilizaban para negar la eternidad del Logos.

Al final de *CA* I, 22 Atanasio presenta dos preguntas que los arrianos solían hacer a los muchachos y a las muchachas en las plazas para alejarlos de la piadosa fe («si el que existía era uno sólo o eran dos» y «si existían sus hijos antes de ser engendrados»). Atanasio sale al paso de estas preguntas capciosas, que apuntaban en la misma dirección que las dos afirmaciones de la sección anterior. En *CA* I, 22-29 el obispo de Alejandría responde a la primera pregunta, y en *CA* I, 30-34 a la segunda.

A continuación (*CA* I, 35-52), Atanasio defiende la inmutabilidad del Logos frente a los arrianos, que afirmaban que era mutable basándose en dos textos de la Escritura: Flp 2, 9-10: *Por ello también Dios lo ensalzó y lo agració con el nombre sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en el abismo*, y Sal 44 (45), 8: *Por esta razón Dios, tu Dios, te ungió con óleo de alegría por encima de tus partícipes*. Atanasio hace una exégesis de ambos en *CA* I, 37-45 y en *CA* I, 46-51 respectivamente.

CA I, 53 abre una gran sección que se extiende desde lo que queda del primer discurso hasta el final del segundo

13. G. Bardy, *La Thalie d'Arius*, en Revue de Philologie 53 (1927) 211-233.

(*CA* I, 53-*CA* II, 82). A lo largo de esta sección Atanasio va a refutar la tesis arriana según la cual el Logos es una criatura, una cosa hecha y algo que ha llegado a ser. Los arrianos, según él mismo nos dice, apelaban fundamentalmente a cuatro pasajes de la Escritura para afirmar que el Logos era una criatura. Estos cuatro textos de la Escritura aparecen mencionados en *CA* I, 53 y sirven para estructurar internamente esta larga sección, pues a partir de ese momento Atanasio los va a ir analizando uno a uno:

– Hb 1, 4: *Ha llegado a ser en tanto superior a los ángeles, cuanto ha heredado un nombre más distinguido frente a ellos.* Atanasio explica en *CA* I, 54-64.

– Hb 3, 1-2: *Por tanto, hermanos santos, partícipes de una llamada celestial, considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra confesión, a Jesús, que es fiel a quien lo ha hecho.* Atanasio estudia este texto en *CA* II, 1-11.

– Hch 2, 36: *Dios ha hecho a este Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Señor y Cristo.* La exégesis de estas palabras ocupa *CA* II, 12-18.

– Pr 8, 22: *El Señor me creó como principio de sus caminos para sus obras.* El análisis de esta cita es el objeto principal de *CA* II, 18-82.

No obstante, a veces, la argumentación deriva en algún tema relacionado o tiene lugar una digresión, como sucede a menudo a lo largo de los tres discursos. Esto acontece, por ejemplo, en los capítulos 41 y 42 del segundo discurso, que derivan en una interesante reflexión sobre el Bautismo.

El texto de los *Proverbios* (Pr 8, 22) es, con diferencia, el que recibe mayor atención por parte de Atanasio (*CA* II, 18-82). Antes de entrar a analizar directamente dicho pasaje, el santo Patriarca emprende una larga preparación (*CA* II, 19-44), en la cual cita y rechaza las tesis arrianas en tiempos de su predecesor, el obispo Alejandro de Alejandría (*CA* II, 19-36). También antes de iniciar el análisis del pasaje de *Proverbios* cita y refuta la postura de Arrio y Aste-

rio, según la cual había varios «logos» y varias «sabidurías» (*CA* II, 36-44). A continuación, y hasta el final del segundo discurso (*CA* II, 44-82), Atanasio se ocupa directamente del pasaje de los *Proverbios*. En *CA* II, 72-77 hace una exégesis del versículo siguiente (Pr 8, 23) y en *CA* II, 78-81 compara la Sabiduría (el Logos) con la sabiduría que hay en las criaturas.

2. *Tercer discurso* Contra Arianos

El tercer discurso comienza con una breve introducción (*CA* III, 1) en la que Atanasio se queja de que los arrianos no desistan de sus malos propósitos y de que hayan buscado nuevos argumentos para su herejía. Este discurso está claramente dividido en tres partes: La unidad del Padre y del Hijo y la de los cristianos entre sí (*CA* III, 1-25); la humanidad y la divinidad del Logos (*CA* III, 26-58) y la cuestión de la voluntad y el querer de Dios en relación a la generación del Logos (*CA* III, 59-67). La última parte de *CA* III, 67 sirve como conclusión.

En la primera parte del tercer discurso Atanasio defiende la unidad del Padre y del Hijo basándose principalmente en Jn 14, 10: *Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí*, y en Jn 10, 10: *El Padre y yo somos una sola cosa.*

En la segunda parte Atanasio va explicando aquellos textos que reflejan comportamientos humanos del Salvador, como, por ejemplo, el hecho de *recibir* del Padre, el hecho de *ignorar*, el hecho de *progresar*, etc. Algunos textos importantes sobre los que se centra la discusión son Mt 28, 18: *Me ha sido dado poder*; Jn 3, 35-36: *El Padre ama al Hijo y todo lo ha puesto en su mano y el que cree en el Hijo tiene vida eterna*; Mt 11, 27: *Todo me ha sido dado por mi Padre y ninguno conoce al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar*; Mt 26, 39: *Padre, si es posible,*

aparta este cáliz; Mc 13, 32: *Acerca del día y la hora nadie sabe, ni los ángeles ni el Hijo*; y Lc 2, 52: *Jesús progresaba en sabiduría, en edad y en gracia ante Dios y ante los hombres.*

En la última parte del tercer discurso Atanasio hace frente a aquellos que afirmaban que el Logos era posterior a la voluntad y al querer del Padre.

IV. DATACIÓN Y AUTENTICIDAD DE LA OBRA

No es fácil determinar con precisión la fecha de composición de la obra *Contra Arianos*, lo cual ha provocado no pocas discusiones entre los especialistas[14]. Los discursos solo hacen dos referencias históricas: la muerte de Arrio, a la que se alude en *CA* I, 3, 4, y el reinado de Constancio II como emperador, del que se hace referencia tanto en *CA* I, 10, 4 como en *CA* III, 28, 1. Atanasio se refiere a Arrio como alguien que ya ha muerto, y se suele situar su muerte hacia el 336 d. C. A su vez, el emperador Constancio II ejerció su reinado hasta el 361 d. C. Por lo tanto, ambas referencias históricas indicarían que los discursos fueron escritos necesariamente entre el 336 y el 361 de nuestra era.

Dentro de este marco de veinticinco años, los especialistas coinciden en que los discursos *Contra Arianos* se escribieron de forma gradual a lo largo de los años, escribiéndose primero *CA* I y II, y más tarde *CA* III. A la hora de precisar más las fechas los estudiosos defienden opiniones diversas, fundadas principalmente en comparaciones con otras obras de Atanasio o en el uso de fórmulas sancionadas por concilios de esa época. Kannengiesser piensa que no

14. Para un acercamiento preciso a la problemática relativa a la datación de la obra, cf. E. MOUTSOULAS, «Le problème de la date des Trois Discours contre les Ariens d'Athanase d'Alexandrie», en *Studia Patristica XVII*, 129 (1985) 324-341.

empezaron a ser escritos hasta el año 350, mientras que Podolak sitúa la composición de los dos primeros discursos en torno al 340, retrasando la composición del tercero hasta los años 345-346[15]. Parece que lo más probable es que los tres fuesen escritos en distintos momentos a lo largo del segundo destierro de Atanasio (339-346 d. C.)

Respecto a la autoría de los discursos *Contra Arianos*, han llegado hasta nosotros cuatro discursos. Desde la antigüedad, dado el peculiar estilo del cuarto discurso y sobre todo el modo como se ha trasmitido en los manuscritos, no se considera que el cuarto haya sido escrito por Atanasio[16]. Recientemente algún estudioso ha puesto en duda la autenticidad del tercer discurso[17]. No obstante, atendiendo a los argumentos presentados por otros especialistas, no parece que haya razones convincentes para negar que el tercero de los discursos fuera también escrito por Atanasio. En lo que respecta a los dos primeros discursos, su autoría nunca se ha puesto en entredicho[18]. Así pues, podemos concluir que Ata-

15. Cf. ATANASIO, *Trattati contro gli ariani*, Introduzione, traduzione e note a cura di P. PODOLAK, Città Nuova, Roma 2003, p. 14.

16. Para un breve estudio acerca del contenido e importancia de este cuarto discurso, en el que el autor también admite que la autoría del cuarto discurso no puede atribuirse a Atanasio, cf. R. P. HANSON, «The Source and Significance of the Fourth *Oratio Contra Arianos* attributed to Athanasius», en *Vigiliae Christianae* 42 (1988) 257-266.

17. Cf. C. KANNENGIESSER, *Athanase d'Alexandrie. Évêque et écrivan. Une lecture des Traités* Contre les Ariens, Beauchesne, Paris 1983. Basándose en el estudio del estilo y contenido de la obra, argumenta que Atanasio no es el autor del tercer discurso *Contra Arianos*.

18. Cf. L. ABRAMOWSKI, «Die dritte Arianerrede des Athanasius. Eusebianer und Arianer und das westliche Serdicense», en *Zeitschrift für Kirchengeschichte* 102 (1991) 389-413. Véase también, más recientemente, E. P. MEIJERING, *Athanasius: Die dritte Rede gegen die Arianer. Teil I: Kapitel 1-25*. Einleitung, Übersetzung, Kommentar, Verlag J. C. Gieben, Amsterdam 1996, pp. 11-23.

nasio de Alejandría es el autor de los tres primeros discursos *Contra Arianos* que traducimos íntegramente en esta obra[19].

V. LA TRADUCCIÓN

Esta gran obra de la patrística, cuya importancia hemos mencionado brevemente en las páginas anteriores, aparece ahora por primera vez traducida al español, gracias en gran medida al constante esfuerzo que la editorial Ciudad Nueva viene haciendo desde hace varios años por ofrecer a sus lectores los textos de los Padres de la Iglesia en lengua castellana.

Para la traducción se ha seguido la edición crítica, publicada recientemente: *Athanasius Werke. Orationes I et II contra arianos*, ed. K. METZLER y K. Savvidis, Walter de Gruyter, Berlín-New York 1998. Para el tercer discurso: *Athanasius Werke. Oratio III contra arianos*, eds. K. METZLER y K. SAVVIDIS, Walter de Gruyter, Berlín-New York 2000.

Se trata de una traducción fiel y completa, en un castellano correcto pero sin sacrificar la exactitud a la elegancia. Se ha buscado una traducción consistente de los términos más importantes a lo largo de los tres discursos. Nos encontramos, en efecto, ante una obra técnica en la que es decisiva la claridad en los términos utilizados, incluso en su literalidad, por las razones que señalaré a continuación. Por

19. Si el lector desea consultar otros estudios sobre Atanasio y la obra *Contra Arianos*, se recomienda la bibliografía preparada por C. BUTTERWECK, *Athanasius von Alexandrien. Bibliographie*, Westdeutscher Verlag, Opladen 1995. Dicha bibliografía, aparte de presentar a los diversos autores ordenados alfabéticamente, tiene una sección en la que agrupa las entradas en torno a las distintas obras de Atanasio, lo cual permite encontrar fácilmente la bibliografía referida a los Discursos *Contra Arianos*.

ejemplo, Atanasio utiliza, al menos, hasta cinco vocablos griegos diferentes para referirse a la acción de crear y a las criaturas: «crear» (*ktizō*), «hacer» (*poieō*), «crear como artífice» (*demiurgeō*), «llegar a ser» (*gignomai*) y «obrar» (*ergazomai*). Dichos términos se han traducido con rigor a lo largo de la obra, facilitando así al lector la posibilidad de asociarlos a las distintas palabras griegas del texto original.

Esta consistencia se extiende a las raíces griegas compartidas por sustantivos y verbos, de modo que cuando el lector lea «el Logos no es algo hecho» puede saber que el sustantivo del texto original tiene la misma raíz griega del verbo que traducimos por «hacer» y no, por ejemplo, la raíz del verbo «llegar a ser» o del verbo «crear». Además, esta consistencia se ha hecho extensiva, por la misma razón, a las citas bíblicas, lo cual es importante para que el lector pueda reconocer por qué las trae a colación Atanasio y cómo están relacionadas con el argumento. Así, por ejemplo, traducimos Jn 1, 1 como «*El Logos llegó a ser carne*» (y no «*El Logos se hizo carne*»), para que el lector pueda reconocer el verbo original «llegar a ser» y no lo confunda con otras raíces griegas que también se están utilizando simultáneamente en la obra y que tienen un contenido semántico próximo (a veces, incluso idéntico). Es verdad que esta consistencia tiene como precio, en ocasiones, una lectura un poco menos fluida de la traducción, pudiendo quizá sonar, en algún momento, repetitiva. Esto, no obstante, no es un defecto de la traducción, sino fruto de la fidelidad al original, que ciertamente resulta a menudo machacón y repetitivo. Sopesando estas cuestiones con detenimiento, se ha preferido utilizar palabras castellanas distintas cuando se trata de términos técnicos diversos y el original griego está usando palabras distintas.

Mantenemos la palabra griega «*Logos*» en castellano dada la riqueza de significado que este vocablo griego tiene, desde «palabra» hasta «racionalidad» y «discurso».

Si bien nunca una traducción podrá equipararse a la lectura del original, la presente traducción, adoptando los criterios expuestos, intenta reducir al mínimo las limitaciones que son propias de toda traducción y permite al lector hacer un uso científico de ella. Se han incluido también varias notas a pie de página con el propósito de facilitar la comprensión de la lectura.

Atanasio de Alejandría

DISCURSOS CONTRA LOS ARRIANOS

PRIMER DISCURSO

1. [1] Todas aquellas herejías que se apartaron de la verdad, al haberse propuesto una locura, han quedado en evidencia. En efecto, el hecho de que los que han inventado semejantes cosas se hayan apartado de nosotros, como escribió el bienaventurado Juan[1], sería un signo claro de que el modo de pensar de tales individuos ni estuvo, ni está ahora, con nosotros. [2] También por esta razón, como dijo el Salvador, *al no recoger con nosotros desparraman*[2], y acechan junto con el diablo a los que duermen, para que, al haber sembrado encima[3] el veneno de su propia perdición, tengan quienes perezcan juntamente con ellos.

[3] Puesto que una de las herejías, la más reciente que ha surgido ahora como precursora del anticristo, la que es llamada arriana[4] y es engañosa y perversa, viendo abiertamente proscritas a sus hermanas mayores, las demás herejías, finge no serlo ataviándose con expresiones tomadas de las Escrituras (como hiciera su mismo padre, el diablo[5]) y se esfuerza por entrar de nuevo en el paraíso de la Iglesia, forjándose una apariencia cristiana para engañar a algunos y para hacer que pien-

1. Cf. 1 Jn 2, 19.
2. Mt 12, 30; Lc 11, 23.
3. Alusión a la parábola de la cizaña sembrada encima del trigo por un enemigo. Cf. Mt 13, 24ss.
4. Por cuanto es seguidora de la doctrina de Arrio.
5. Alusión al episodio de las tentaciones de Jesús por el diablo (Cf. Mt 4, 1ss).

sen en contra de Cristo, gracias a la fuerza persuasiva de sus falacias (pues nada en ella está bien razonado); y puesto que ciertamente ya ha extraviado a algunos incautos, de manera que no sólo los ha corrompido al oírlas, sino que, como Eva[6], las han tomado y probado, y como consecuencia, al ser ignorantes, piensan en adelante que lo amargo es dulce[7] y llaman buena a la abominable herejía. [4] Por todo ello he considerado necesario, urgido por vosotros[8], desenmascarar[9] esta infame herejía y mostrar la pestilencia de su estupidez, para que así, los que están todavía lejos de ella la eviten y los que ya han sido engañados por ella cambien de parecer y, teniendo los ojos de su corazón abiertos[10], se den cuenta de que al igual que la tiniebla no es luz y la mentira no es verdad, así tampoco la herejía arriana es buena.

[5] Pero también aquellos que llaman cristianos a los arrianos se equivocan de cabo a rabo, porque ni han leído las Escrituras ni conocen en absoluto el cristianismo y la fe que hay en él.

2. [1] En efecto, ¿qué han visto en la herejía que se asemeje a la piadosa fe, para decir semejante tontería, como si los arrianos no dijesen nada malo? Pues lo mismo que decir que Caifás es cristiano, es también considerar a Judas, el traidor, como perteneciente al grupo de los Apóstoles, y decir que aquellos que pedían a Barrabás, en lugar de al Salvador[11], no han hecho nada malo. También es lo mismo considerar a Himeneo y a Alejandro como personas sensatas, y decir que el Apóstol miente contra ellos[12]. Un cristiano, sin embargo, no tendría la desvergüenza de escuchar esto, ni nadie supondría que quien

6. Cf. Gn 3, 6.
7. Cf. Is 5, 20.
8. No se sabe con certeza quiénes son los destinatarios del discurso.
9. Literalmente «separar el cuero de la coraza» (Cf. Jb 41, 5).
10. Cf. Ef 1, 18.
11. Cf. Mt 27, 20.
12. Cf. 1 Tm 1, 20.

se atreve a decir esto está en sus cabales. [2] En efecto, en lugar de Cristo está entre ellos Arrio[13], igual que Maniqueo[14] está entre los maniqueos; y en vez de Moisés y los demás santos[15] se encuentran entre ellos un tal Sótades[16], que también es objeto de burla por parte de los griegos, y la hija de Herodías[17]. [3] Así, el mismo Arrio, al escribir la *Thalia*[18], imita de aquél el carácter quebradizo y afeminado, mientras que de ella ha emulado la danza, bailando y mofándose a base de injurias contra el Salvador. De este modo, los que han sucumbido a la herejía arriana pervierten su mente y piensan de forma contraria a como hay que pensar[19], cambian el nombre del Señor de la gloria por una semejanza de la imagen de un hombre mortal[20], son llamados en adelante arrianos, en vez de cristianos, y tienen esto como signo distintivo de su impiedad.

Por esta razón no deben excusarse ni, al verse censurados, acusar con falsedad a los que no son como ellos, ni tampoco deben llamar a los cristianos a partir del nombre de sus maestros, con el fin de poder ser así ellos mismos llamados arrianos. Y que tampoco se burlen cuando se avergüencen de su propio nombre, que es tan reprochable. Pero si se avergüenzan, entonces que se oculten o bien que se aparten de sus propias impiedades. [4] En efecto, tampoco ocurrió jamás que un pueblo recibiera el nombre de sus obispos, sino del Señor, que es el ob-

13. Como ya se ha indicado en las páginas introductorias, era presbítero de Alejandría (Egipto), y considerado fundador de la herejía arriana (256-336 d. C).

14. Fundador de la herejía de los maniqueos, del s. III d. C.

15. Con este nombre Atanasio suele referirse a los autores sagrados de los libros del Antiguo Testamento.

16. Poeta griego, natural de Maronea, del s. III a. C.

17. Cf. Mt 14, 6; Mc 6, 22.

18. Obra de Arrio, de la que Atanasio nos transmite algún fragmento. El significado griego de la palabra es «banquete». Cf. G. Bardy, *La Thalie d'Arius*, en Revue de Philologie 53 (1927) 211-233.

19. Cf. Rm 12, 3.

20. Cf. Rm 1, 23; 1 Co 2, 8.

jeto de nuestra fe. Pues aunque los bienaventurados Apóstoles han sido nuestros maestros y nos han transmitido el Evangelio del Salvador, no hemos sido llamados con sus nombres, sino que somos cristianos y tenemos ese nombre a partir de Cristo. En cambio, los que reciben de otros el origen de la fe que profesan, reciben también con razón su mismo nombre, porque han pasado a ser propiedad suya.

3. [1] Siendo todos nosotros cristianos y siendo llamados con ese nombre a partir de Cristo, es natural que en otro tiempo Marción[21], cuando inventó una herejía, fuera expulsado y que aquellos que permanecieron con el que lo expulsó siguieran siendo cristianos, mientras que los que siguieron a ese Marción ya no fueran llamados en adelante cristianos, sino marcionitas. [2] También de modo semejante Valentín[22], Basílides[23], Maniqueo y Simón el Mago[24] hicieron partícipes de su propio nombre a sus seguidores, siendo denominados unos valentinianos, otros basilidianos, otros maniqueos, otros simonianos, de igual manera que otros son llamados catafrigios a partir de Frigia[25] y novacianos a partir de Novato[26]. De igual forma también Melicio[27], expulsado por Pedro, el obispo y mártir[28], ya no llamó a sus seguidores cristianos, sino melicianos. De modo semejante, después que el bienaventurado Ale-

21. Principios del s. II d. C. Dio nombre a la herejía marcionita.

22. Del s. II d. C, que da nombre a la herejía de los valentinianos.

23. También del s. II d. C, que da nombre a su vez a la herejía de los basilidianos.

24. Supuestamente se refiere al personaje de Hch 8 que quiso comprar el poder de los Apóstoles de hacer milagros. De ahí viene el significado actual del término «simonía».

25. Zona del Asia Menor (la actual Turquía), de donde procedía Montano (s. II d. C), de quien toma nombre la herejía montanista.

26. Posible alusión a Novaciano, del s. II d. C.

27. Finales del s. II d. C y principios del s. III d. C.

28. Se refiere a Pedro I, patriarca de Alejandría entre el 300 y el 311 d. C.

jandro[29] expulsó a Arrio, aquellos que permanecieron con Alejandro siguieron siendo cristianos, mientras que los que se marcharon con Arrio nos dejaron a nosotros, que estábamos con Alejandro, el nombre del Salvador y ellos fueron llamados en adelante arrianos.

[3] He aquí la razón por la que, después de la muerte de Alejandro, los que están en comunión con Atanasio[30], su sucesor, y con aquellos con los que Atanasio mismo está en comunión, tienen la misma marca distintiva, pues ninguno de ellos lleva el nombre de Atanasio, ni éste es llamado a partir de aquéllos con los que está en comunión, sino que todos son comúnmente llamados cristianos. En efecto, aunque nuestros maestros tengan sucesores y nosotros lleguemos a ser sus pupilos, sin embargo, cuando nos instruyen acerca de las cosas que son de Cristo, no dejamos ni mucho menos por ello de ser, y ser llamados, cristianos. [4] En cambio, los seguidores de los herejes, aunque tengan millares de sucesores, llevan, como es natural, el nombre del inventor de la herejía. Sin duda que después de morir Arrio[31], aunque son muchos los que le suceden, quienes piensan igual que Arrio son reconocidos a partir de él y son llamados arrianos. [5] Y la prueba más asombrosa de todo esto es que los griegos que han abandonado la superstición de los ídolos y que han entrado ahora en la Iglesia, no toman el sobrenombre de quienes los han catequizado, sino del Salvador; y en vez de griegos, comienzan a ser llamados cristianos, mientras que los que se han marchado con los griegos o quienes se han pasado de la Iglesia a la herejía abandonan el nombre de cristianos y son llamados en adelante arrianos. En

29. Obispo de Alejandría. Nació en el 250 d. C y falleció en el 326 d. C.

30. Como se ha indicado en la Introducción, se trata del autor de esta obra, obispo de Alejandría, santo y doctor de la Iglesia. Nació en torno al 296 d. C y murió en el año 373.

31. Su muerte se fecha en el 336 d. C.

efecto, ya no tienen fe en Cristo, sino que se han convertido en sucesores de la locura de Arrio.

4. [1] ¿Cómo entonces van a ser cristianos aquellos que no son cristianos, sino que padecen la locura de Arrio? ¿O cómo pueden pertenecer a la Iglesia católica quienes han rechazado la fe apostólica, y se han convertido en inventores de nuevos males[32], aquellos que habiendo abandonado por completo las palabras de las Sagradas Escrituras llaman «nueva sabiduría» a la *Thalia* de Arrio (y lo dicen con razón, pues están dando a conocer una nueva herejía)?

[2] Por eso es asombroso que, habiendo sido muchos los que han escrito múltiples tratados y numerosos comentarios, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, y no habiendo sido ninguno de ellos autor de una *Thalia* (como tampoco sucede con los griegos más virtuosos, a excepción de aquellos que cuando están borrachos cantan semejantes cosas en fiestas, acompañados de aplausos y burlas, para que otros se rían de ellos), el sorprendente Arrio, no imitando nada honroso, desconociendo las obras de los más virtuosos y sustrayendo la mayoría de las cosas de otras herejías, haya emulado únicamente el lenguaje ridículo de Sótades. [3] Ciertamente, queriendo danzar en contra del Salvador, ¿qué otra cosa habría podido ser apropiada que hiciera sino expresar las miserables expresiones de su impiedad mediante modos musicales disolutos y aflojados? Para que así como *por la palabra que sale se conocerá al varón*[33], como dice la Sabiduría[34], de igual manera se conozca también por aquellas palabras, el carácter afeminado de su alma y la corrupción de su mente.

32. Cf. Rm 1, 30.

33. Si 4, 24; 11, 28; 19, 29.

34. Para Atanasio es la Sabiduría la que habla en las Escrituras, ya sea por medio de ella misma, ya sea por medio de los autores sagrados, a quien Atanasio llama «santos», como se ha indicado más arriba.

[4] Pero ni aún así ha logrado esconderse el impostor. En efecto, por más que se mueva para arriba y para abajo muchas veces como la serpiente, sin embargo ha sucumbido al error de los que entonces eran fariseos. [5] Lo mismo que ellos, queriendo ir en contra de la ley, simulaban preocuparse por la letra de la ley, y, queriendo negar al Señor esperado que estaba presente, fingían apelar a Dios, y al ser refutados blasfemaban diciendo: «¿Por qué tú *siendo un hombre te haces igual a Dios*[35] y dices: *Yo y el Padre somos una sola cosa*[36]?», así también el abominable Arrio, al estilo de Sótades, finge hablar de Dios, porque se sirve de las expresiones de las Escrituras, pero es refutado por todas partes como ateo, al negar al Hijo y contarlo entre el número de las criaturas.

5. [1] Éste es el comienzo de la *Thalia* arriana, que tiene un carácter ligero y un modo musical afeminado: «De acuerdo con la fe de los elegidos de Dios y de los entendidos de Dios, hijos santos que la exponen correctamente al haber recibido el Espíritu Santo de Dios, todas estas cosas las aprendí yo mismo por obra de los que participan de la sabiduría, son educados, han sido adoctrinados por Dios y son sabios en todas las cosas. He andado siguiendo sus huellas, avanzando con igual gloria, yo el bien conocido, que he sufrido muchas cosas a causa de la gloria de Dios, y conozco al haber aprendido la sabiduría y el conocimiento por obra de Dios»[37].

[2] Las burlas aplaudidas por él en esa obra, que han de evitarse y que están repletas de impiedad, son de este estilo: «Dios no fue siempre padre, sino que hubo un tiempo en que Dios estaba solo y no era padre todavía, sino que fue más tarde cuando sobrevino el hecho de ser padre; [3] no siempre existió el Hijo, ya que como todo ha llegado a ser de la nada y to-

35. Jn 10, 33.
36. Jn 10, 30.
37. ARRIO, *Thalia*, fragm. 1 (Bardy).

das las cosas son criaturas y han sido hechas, también el Logos[38] mismo de Dios ha llegado a ser[39] de la nada y hubo un tiempo en que no existía; el Logos no existía antes de llegar a ser, sino que también su ser creado tuvo un origen, [4] pues Dios –dice él– estaba solo y todavía no existía el Logos y la Sabiduría; después, al haber querido crearnos a nosotros, y sólo entonces, hizo a uno solo y lo llamó Logos, Hijo y Sabiduría, para crearnos por medio de Él»[40].

[5] Dice [Arrio], por tanto, que hay dos sabidurías: una es la que es propia y coexistente con Dios, mientras que el Hijo ha sido engendrado en esta sabiduría y al participar de ella es llamado Sabiduría y Logos[41]; pero sólo de nombre, pues dice: «La Sabiduría existía en la sabiduría por el querer del Dios sabio»[42]. [6] De modo similar dice también que hay otro logos aparte del Hijo en Dios, y que el Hijo es llamado Logos e Hijo al participar de ese logos por gracia[43].

[7] Este modo de pensar, característico de su herejía, aparece también en otros de sus escritos. Dice: «Hay muchas potencias, y una de ellas es propia de Dios por naturaleza y eterna. Cristo no es potencia verdadera de Dios, sino que es también una de las llamadas potencias, como por ejemplo la langosta y la oruga[44], entre las cuales Cristo no es sólo considerado potencia, sino también gran potencia. Las demás potencias son muchas y semejantes al Hijo y se trata de aquellas acerca de las que canta David, diciendo: *Señor de las potencias*[45]. [8] El Logos mismo es mutable por naturaleza, como todos, y

38. El término griego *logos* tiene múltiples significados (palabra, razón, discurso, racionalidad, argumento, orden, etc.), por lo que optamos por no traducirla cuando se aplica al Hijo.

39. Es decir, «a la existencia».

40. Arrio, *Thalia*, fragms. 3-4 (Bardy).

41. Cf. Arrio, *Thalia*, fragm. 5 (Bardy).

42. *Ibid.*, fragm. 6 (Bardy).

43. Cf. *Ibid.*, fragm. 7 (Bardy).

44. Cf. Jl 2, 25.

45. Sal 23 (24), 10; 45 (46) 8.12.

mientras lo quiera sigue siendo bueno por el ejercicio de su propia libertad. Sin embargo, si Él quiere también puede cambiar, pues es mutable por naturaleza como nosotros. Por esta razón, en efecto, al saber Dios de antemano –dice Arrio– que iba a ser bueno, tomó con antelación la gloria que el Logos habría de recibir después por causa de su virtud y se la concedió. De modo que el Logos, por sus propias obras (de las que Dios tuvo conocimiento de antemano), ha llegado a ser ahora de esta manera»[46].

6. [1] Pero además [Arrio] se atrevió a decir: «El Logos tampoco es verdadero Dios. En efecto, aunque es llamado dios, sin embargo no lo es verdaderamente, sino que es llamado dios igual que todos los demás, por participación en la gracia y sólo de nombre. [2] Y así como todos los dioses son ajenos a Dios y distintos de Él en lo que se refiere a la sustancia, de la misma manera también el Logos es diferente y distinto de la sustancia y de la identidad del Padre en todos los aspectos. Pertenece a las cosas que han llegado a ser y a las criaturas, y resulta ser una de ellas»[47].

[3] Junto a estas cosas, y como si se hubiese convertido en depositario de la temeridad del diablo, dejó escrito en la *Thalia* que, como consecuencia, «el Padre resulta desconocido también para el Hijo, y el Logos no es capaz de ver ni conocer plenamente y con exactitud a su propio Padre. Al contrario, aquello que conoce y ve, lo conoce y lo ve en forma proporcionada a su medida, de la misma manera en que nosotros también conocemos según nuestra capacidad. Pues el Hijo –dice también Arrio– no sólo no conoce con exactitud al Padre al no alcanzar a comprenderlo, sino que además él tampoco conoce su propia sustancia»[48].

46. ARRIO, *Thalia*, fragms. 8-9 (Bardy).

47. *Ibid.*, fragm. 10 (Bardy).

48. *Ibid.*, fragms. 11-12 (Bardy).

[4] Y también afirma: «Las sustancias del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo están, por naturaleza, divididas en partes, son ajenas unas a otras, están separadas entre sí, son diferentes y no participan unas de otras»[49], y por esta razón –como Arrio mismo pronunció– permanecen para siempre siendo absolutamente distintos entre sí, tanto en sustancia como en gloria»[50]. [5] Consecuentemente dice que, «por lo que respecta a la semejanza de gloria y sustancia, el Logos es totalmente diferente a ambos», al Padre y al Espíritu Santo (éstas son, en efecto, las palabras que ha pronunciado el impío Arrio), y ha dicho que el Hijo «está en sí mismo separado y no participa del Padre en nada»[51]. Éstas son una parte de las historietas que se encuentran en la ridícula obra de Arrio.

7. [1] ¿Quién, entonces, tras haber escuchado semejantes cosas y los modos musicales de la *Thalia*, no va a aborrecer con justicia a Arrio, que se burla de estas cosas, como sobre un escenario? ¿Quién no le ve a él, por el hecho de aparentar nombrar a Dios y hablar acerca de Él, como a la serpiente que aconseja a la mujer[52]? ¿Y quién, al toparse con lo que viene a continuación, no es capaz de ver que la impiedad de Arrio es como el engaño de la serpiente que vino después y al cual condujo a la mujer a base de sofismas? Ante tantas blasfemias, ¿quién no se pondría furioso? [2] Ciertamente, como dice el profeta, *el cielo se enfureció y la tierra se estremeció*[53] ante la trasgresión de la ley, y el sol, indignándose más y no soportando los ultrajes físicos que entonces se infligieron al amo común de todos nosotros (ultrajes que Cristo quiso voluntariamente padecer por nosotros), se retiró y, disminuyendo sus rayos, mostró aquel día sombrío[54]. ¿Cómo no se va a conmo-

49. *Ibid.*, fragm. 13 (Bardy).
50. *Ibid.*, fragm. 14 (Bardy).
51. *Ibid.*, fragm. 15 (Bardy).
52. Cf. Gn 3, 4.
53. Jr 2, 12.
54. Cf. Lc 23, 45; Mc 13, 24.

ver por el estupor toda la naturaleza humana, cómo no va a taparse los oídos y cerrar los ojos[55] ante las blasfemias de Arrio, para evitar escuchar cosas semejantes y para no ver al que las ha escrito? [3] ¿Cómo no iba a gritar, con toda razón, el Señor mismo contra estas cosas que son impías y a la vez ingratas, y que ya predijo también por medio del profeta Oseas: *¡Ay de ellos, porque se han alejado de mí! Son malvados, porque blasfemaron contra mí. Yo los he rescatado, pero ellos han hablado falsamente contra mí*[56], y un poco después: *Maquinaron males contra mí y se volvieron hacia la nada*[57]? En efecto, habiendo dado la espalda al que era el Logos de Dios y habiéndose modelado para sí uno que no lo es, han caído en la nada.

[4] Por esta razón también el concilio ecuménico[58] expulsó de la Iglesia a Arrio, que decía estas cosas, y lo anatematizó al no poder soportar la impiedad. En adelante se consideró que la herejía de Arrio tenía un error mayor que las demás herejías, ya que también fue llamado «el que lucha contra Cristo» y fue considerado precursor del anticristo. [5] Aunque semejante juicio contra la impía herejía –como ya he dicho– es más que suficiente para convencer a todos que han de alejarse de ella, sin embargo, puesto que algunos de los llamados cristianos, ya sea por ignorancia o por hipocresía, como se ha dicho anteriormente[59], opinan que no es posible distinguir la herejía de la verdad y llaman cristianos a los que piensan estas cosas, desvelemos entonces la maldad de la herejía, interrogándoles en la medida de nuestras posibilidades. Quizá así, siendo atados de pies y manos[60], puedan ser silenciados[61] y huyan de la herejía como del rostro de una serpiente[62].

55. Cf. Is 29, 10.
56. Os 7, 13.
57. Os 7, 15.
58. Concilio ecuménico de Nicea (325 d. C).
59. Cf. CA I, 1.
60. Cf. Pr 20, 11; Za 13, 3.
61. Cf. Tt 1, 11.
62. Cf. Si 21, 2.

8. [1] Por tanto, si por haber escrito en la *Thalia* algunas expresiones de la Sagrada Escritura piensan que las blasfemias son buenas palabras, entonces no hay duda de que cuando vean a los judíos actuales leer la ley y los profetas, negarán por esta razón también junto con ellos al Cristo, y por otro lado, al escuchar a los maniqueos recitar algunas partes de los Evangelios, quizá negarán junto con ellos la ley y los profetas[63]. [2] Y si se ven sacudidos de esa manera por culpa de su ignorancia y parlotean semejantes cosas, entonces que aprendan de las Escrituras que también el diablo, que ha concebido las herejías, a causa del hedor propio de la maldad, toma prestadas las expresiones de las Escrituras para, teniéndolas como tapadera, engañar a los incautos sembrando encima su propio veneno. [3] Así fue como engañó a Eva, así también llevó a cabo sus engaños en las demás herejías y así también ahora ha convencido a Arrio para que hablase y simulase ir manifiestamente contra las herejías y de esta manera arrojar encima ocultamente su propia herejía.

[4] No obstante, ni aún así ha pasado inadvertido el malvado, ya que ha cometido impiedad contra el Logos de Dios. En seguida ha quedado despojado de todo y ha quedado patente a la vista de todos que ignoraba las demás cosas, que estaba fingiendo y que no estaba pensado nada verdadero en absoluto. [5] En efecto, ¿cómo va a poder hablar verdaderamente del Padre quien niega al Hijo, que es precisamente quien revela aquello que se refiere al Padre? ¿O cómo va a pensar rectamente acerca del Espíritu si ultraja al Logos, que es quien nos lo procura? ¿Quién iba a creer en uno que habla de la resurrección y a la vez niega al Señor, que es quien ha llegado a ser por nosotros primogénito de entre los muertos[64]? ¿Y cómo no

63. "La ley y los profetas" es una manera de referirse al Antiguo Testamento, que los maniqueos oponían al Nuevo Testamento.

64. Cf. Col 1, 18.

va a errar también acerca de su venida en carne quien ignora abiertamente la auténtica y verdadera generación del Hijo a partir del Padre?

[6] En efecto, de la misma manera, también los judíos de entonces, habiendo negado al Logos y diciendo: *No tenemos más Rey que el César*[65], se vieron despojados a la vez de todas las cosas y quedaron privados de la luz de la lámpara[66], de la fragancia del ungüento, de la profecía, del conocimiento y de la Verdad misma, y ahora son como aquellos que caminan en tinieblas[67] sin entender nada. [7] ¿Pues quién escuchó jamás cosas semejantes? ¿O de dónde o de quién han escuchado estas cosas los aduladores de la herejía y los que han sido encandilados por ella? ¿Quién, al ser catequizados, les habló de semejantes cosas? ¿Quién les ha dicho: «Dejando por completo el culto a la creación, dirigid ahora vuestro culto a una criatura y a una cosa que ha sido hecha»?

[8] Pero si incluso ellos mismos reconocen que han oído ahora por primera vez estas cosas[68], que no nieguen entonces que esta herejía es diferente y que no proviene de los padres. El hecho de que no procede de los padres sino que ha sido inventada ahora, ¿qué otra cosa podría significar sino que es aquella acerca de la cual el bienaventurado Pablo dijo, anticipándose: *En los últimos tiempos algunos se alejarán de la sana fe, haciendo caso a los espíritus de la perdición y a las enseñanzas de los demonios*[69], *abandonando la verdad*[70]?

9. [1] He aquí, en efecto, que nosotros hablamos con valentía acerca de la piadosa fe a partir de las Sagradas Escrituras, y, como colocando la lámpara sobre el candelero[71], deci-

65. Jn 19, 15.
66. Cf. Jr 25, 9-10.
67. Cf. 1 Jn 1, 6.
68. Los arrianos, nos ha dicho un poco más arriba Atanasio, presentaban su herejía como una "nueva" sabiduría.
69. 1 Tm 4, 1-2.
70. Tt 1, 14.
71. Cf. Mt 5, 15.

mos: «Éste es Hijo verdadero por naturaleza e Hijo genuino del Padre, propio de su sustancia, Sabiduría unigénita, Logos verdadero y único de Dios. [2] No es una criatura ni una cosa hecha, sino lo engendrado[72] propio del Padre. Por lo cual Él es Dios verdadero y existe siendo de la misma sustancia[73] del Padre verdadero (las demás cosas, por el contrario, a las que el Hijo ha dicho: *Yo os dije, sois dioses*[74], tienen esta gracia que proviene del Padre sólo por participar del Logos por medio del Espíritu), es impronta de la hipóstasis del Padre[75], luz que procede de la luz y potencia e imagen verdadera de la sustancia del Padre, ya que esto mismo lo dice también el Señor: *El que me ha visto a mí ha visto al Padre*[76]. [3] Siempre existió y existe, y no ocurrió jamás que no existiera, dado que al ser eterno el Padre también tendría que ser eterno su Logos y Sabiduría».

[4] ¿Qué es lo que ellos nos dicen tomado de la malintencionada *Thalia*? O quizá que la lean primero imitando el estilo del que la escribió, para que, cuando sea objeto de burla por parte de otros, comprendan en qué clase de error se hallan; y que en adelante hablen de esa manera. ¿Y qué podrían decir tomado de ella sino que «Dios no fue siempre Padre sino que llegó a serlo después; que el Hijo no existió siempre porque no existió antes de ser engendrado[77]; [5] que no procede del Padre, sino que también el Hijo adquirió su con-

72. La palabra griega que traducimos ahora, y a lo largo de todas las páginas siguientes, como «lo engendrado» es *gennēma*.

73. El término griego «*homoousios*» que traducimos aquí por «de la misma sustancia» fue decisivo en la controversia arriana y quedó incorporado al Credo en el Concilio de Nicea (325 d. C).

74. Sal 81 (82), 6.

75. Cf. Hb 1, 3. Mantenemos en la traducción la palabra griega *hypostasis* para diferenciarla de la palabra griega *ousia*, que traducimos por «sustancia».

76. Jn 14, 9.

77. Cf. Arrio, *Thalia*, fragm. 3 (Bardy).

sistencia de la nada; que no es propio de la sustancia del Padre, ya que es una es criatura y una cosa que ha sido hecha; que Cristo no es verdadero Dios, sino que también Él es divinizado por participación; [6] que el Hijo no conoce con precisión al Padre y el Logos no ve al Padre completamente, y que el Logos ni entiende al Padre ni lo conoce con precisión; que no es el verdadero ni el único Logos del Padre, sino que es llamado Logos y Sabiduría sólo de nombre y es llamado Hijo y potencia por gracia; [7] que no es inmutable como el Padre, sino mutable por naturaleza como las criaturas, y no alcanza a conocer de manera comprensiva y con precisión al Padre»?

[8] La herejía es ciertamente sorprendente y no tiene credibilidad, sino que siempre se está imaginando lo que no es en contra de lo que es y continuamente va lanzando ultrajes en vez de buenas palabras. [9] Por tanto, si a uno, después de haber examinado las cosas dichas por ambos, le fuese preguntado cuál de las dos elegiría como fe o de quién diría que sus palabras corresponden a Dios (o mejor, que sean los aduladores de la impiedad los que digan, al ser preguntados acerca de Dios –dado que *el Logos era Dios*[78]– qué es apropiado responder, pues en base a esto se conocerá el conjunto de ambas posiciones), [10] ¿qué es apropiado entonces decir: «existía» o «no existía»?, ¿«siempre existió» o «antes de que fuera engendrado»?, ¿que era «eterno» o «a partir de» y «desde cuando»?, ¿«verdadero» o «por decreto», «participación» y «de acuerdo con el pensamiento»?, ¿que Él es una de las cosas creadas o unirle con el Padre?, ¿que es «distinto» del Padre en lo que se refiere a la sustancia o «semejante» y «propio del Padre»?, ¿que Él es una criatura o que las criaturas han llegado a ser por medio de Él?, ¿que Él es el Logos del Padre o que hay otro además de Él y que Él ha llegado a

78. Jn 1, 1.

ser por medio de ese otro logos y por medio de otra sabiduría, y por lo tanto es llamado Sabiduría y Logos sólo por nombre y participa de aquella sabiduría y es engendrado después de ella?

10. [1] ¿A quién pertencen entonces las expresiones que hablan de Dios y muestran que el Hijo del Padre, nuestro Señor Jesucristo, es Dios? ¿Las que habéis eructado vosotros o las que nosotros hemos dicho y decimos tomadas de las Escrituras? [2] Así pues, si resulta que el Salvador no es Dios, ni Logos, ni Hijo, entonces es lícito, tanto para los griegos y los judíos actuales como para nosotros, decir también nosotros lo que nos venga en gana. Pero si es Logos del Padre e Hijo verdadero, Dios que procede de Dios y bendito sobre todas las cosas por los siglos[79], ¿cómo no va a ser justo que sean suprimidas y borradas las demás expresiones junto con la *Thalia* arriana, que es como la imagen de los males y está repleta de toda impiedad? El que cae en esta impiedad *no sabe que los nacidos de la tierra perecen junto a ella y que se encuentra en la fosa del Hades*[80].

[3] Y esto lo saben también ellos y lo ocultan como malvados, no atreviéndose a decir estas cosas, sino utilizando en su discurso otras expresiones en vez de éstas. En efecto, si las hubiesen dicho habrían sido acusados, y si hubiesen sido objeto de sospecha habrían sido acribillados por todos con argumentos tomados de las Escrituras. [4] Por esta razón, entonces, al obrar inicuamente como los hijos de este siglo[81], habiendo alimentado su pretendida lámpara con aceite silvestre[82], y temiendo que se extinga rápidamente (en efecto, se dice que *la luz de los impíos se apaga*[83]), la esconden bajo el ce-

79. Cf. Rm 9, 5.
80. Pr 9, 18.
81. Cf. Lc 16, 8.
82. Metáfora del paganismo y la herejía (cf. Rm 11, 17ss).
83. Pr 13, 9.

lemín[84] de su hipocresía, utilizan otras expresiones y proclaman la protección de sus amigos y el temor de Constancio[85], de manera que los que se unen a ellos por causa de la hipocresía y la difusión no sean capaces de ver la inmundicia de la herejía.

[5] ¿Cómo entonces no va a ser digna de ser odiada la herejía también por esto, cuando se esconde incluso ante quienes le pertenecen, como si no tuviese valor, y se retuerce como una serpiente? En efecto, ¿de dónde han recogido estas expresiones? ¿O de quién las han tomado para haberse atrevido a decir semejantes cosas? No habrían podido decir que alguno de los hombres les había comunicado estas cosas, [6] pues ¿quién hay de entre los hombres, sea griego o bárbaro, que se atreva a decir que el Dios a quien confiesa es una de las criaturas y que no existía antes de ser hecho? ¿O quién hay que no crea al Dios en el que cree cuando dice: *Éste es mi Hijo, el amado*[86], afirmando que no es Hijo sino una cosa hecha? Seguro que todos se enojarán todavía más contra los herejes al estar locos con tales cosas. Pues tampoco pueden encontrar ningún pretexto en las Escrituras, dado que ya ha sido mostrado muchas veces, y lo será también ahora, que esas ideas son extrañas a las Sagradas Escrituras. [7] Así pues, ya que sólo queda decir que han enloquecido por haberlas tomado del diablo (en efecto, sólo aquél es quien las ha sembrado), hagámosle frente. En efecto, tenemos que combatir contra el diablo a través de los arrianos, para que con la ayuda del Señor y sucumbiendo aquél en las refutaciones, como suele suceder, los arrianos se avergüencen al ver en apuros a quien les sembró la herejía y aprendan,

84. Cf. Mt 5, 15; Mc 4, 21; Lc 11, 33.

85. Segundo hijo de Constantino el Grande, nacido en el 317 d. C, fue emperador de oriente desde el 337, y también de occidente a partir del 351, hasta su muerte en el 361 d. C. En algunas ocasiones apoyó a los arrianos. Cf. *CA* III, 28, 1.

86. Mt 3, 17; 17, 5; Mc 9, 7.

aunque sea un poco tarde, que siendo arrianos no son cristianos.

11. [1] Habéis dicho y pensado, por sugerencia del diablo, que «hubo un tiempo en que no existía el Hijo». Ésta es pues la primera prenda de vuestro entendimiento de la que hay que despojaros[87]. [2] Decid entonces, difamadores e impíos, por qué hubo un tiempo en que no existía el Hijo. De esta manera, si hacéis mención del Padre, mayor será vuestra blasfemia, pues no es lícito decir que el Padre existía en un tiempo o dar a entender que existe en un tiempo, ya que existe siempre y existe también ahora; existe existiendo también el Hijo y es el que es y Padre del Hijo. Si decís que hubo un tiempo en que el Hijo no existía, la respuesta es estúpida y necia, pues ¿cómo es que el Padre existía y no existía?[88].

[3] Por tanto, al encontraros confundidos en tales cosas, es forzoso que digáis a continuación: «Hubo un tiempo en que el Logos no existía», ya que esto es precisamente lo que significa vuestra expresión «un tiempo». Y aquello que habéis vuelto a decir, al escribir: «No existía el Hijo antes de ser engendrado», es lo mismo que si dijerais: «Hubo un tiempo en que no existía», dado que tanto esta expresión como aquélla dan a entender que hubo tiempo antes del Logos. [4] ¿De dónde habéis sacado semejante idea? ¿Con qué propósito también vosotros, como los gentiles, os habéis envalentonado y albergáis vanas palabras contra el Señor y contra su Cristo[89]? En efecto, ninguno de los libros de las Sagradas Escrituras ha dicho algo semejante acerca del Salvador, sino más bien que existe siempre, que es eterno y que coexiste siempre con el Padre. [5] *En el principio existía el Logos y el Logos estaba junto*

87. Cf. CA I, 1.

88. No se puede afirmar que existe el Padre si no existe el Hijo.

89. Cf. Sal 2, 1-2.

a Dios y el Logos era Dios[90]. Y en el Apocalipsis dice lo siguiente: *El que es, el que era y el que viene*[91]. ¿Y quién podría despojar de su eternidad a Aquél que es y que era?

[6] De hecho, Pablo rebatía también esto a los judíos en la Carta a los romanos, diciendo: *De los cuales procede según la carne Cristo, el que está sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos*[92]; mientras que dirigiéndose a los griegos les decía: *Desde la creación del mundo lo invisible de Dios es contemplado de manera inteligible en sus criaturas: su potencia eterna y su divinidad*[93]. Pablo enseña además quién es la potencia de Dios al decir: *Cristo Jesús, potencia y Sabiduría de Dios*[94], [7] ya que no dice esto refiriéndose al Padre, como muchas veces habéis cuchicheado entre vosotros, cuando decís: «El Padre es su eterna potencia». Pero no es así, porque no ha dicho «Dios mismo es la potencia» sino que Cristo es la potencia «de Él», y es evidente para todos que «de Él» no es lo mismo que «Él». Y, sin embargo, tampoco es algo extraño a Dios, sino más bien propio de Él. [8] Leed también lo que sigue a continuación de esas palabras y volveos hacia el Señor[95] (pues *El Señor es el Espíritu*[96]) y veréis cómo esas palabras se refieren al Hijo.

12. [1] Efectivamente, cuando menciona la creación, a continuación escribe también acerca de la potencia del artífice en la creación, que es precisamente el Logos de Dios, por medio del cual llegaron a ser todas las cosas[97]. [2] Por tanto, aunque basta la creación por sí misma, sin el Hijo, para conocer a Dios, vigilad para evitar caer en el error de pensar que la creación ha llegado a ser también sin el Hijo. Mas si ha llegado a ser por medio del Hijo y *en Él subsisten todas las cosas*[98], por

90. Jn 1, 1.
91. Ap 1, 4.8.
92. Rm 9, 5.
93. Rm 1, 20.
94. 1 Co 1, 24.
95. Cf. 1 S 7, 3; Za 1, 3.
96. 2 Co 3, 17.
97. Cf. Jn 1, 3; 1 Co 8, 6; Hb 2, 10.
98. Col 1, 17.

fuerza, quien contempla adecuadamente la creación contempla también al Logos, que la ha creado como artífice y, a través de Él, comienza a pensar en el Padre. Y si, de acuerdo con el Salvador, *ninguno conoce al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo se lo revelare*[99], y a Felipe, que le pedía: *Muéstranos al Padre*[100], no le decía: «Mira la creación», sino: *El que me ha visto a mí ha visto al Padre*[101], entonces Pablo, cuando recrimina a los griegos, que al contemplar la armonía y el orden de la creación, no piensan acerca del Logos que es su artífice (en efecto, las criaturas dan a conocer a su propio artífice, de modo que por medio de las ellas piensen en el Dios verdadero y pongan fin al culto de las criaturas), utilizó con toda razón la siguiente expresión para referirse al Hijo: *Su potencia eterna y su divinidad*[102].

[3] Los santos, cuando dicen: *El que existía antes de los siglos*[103], y también: *Por medio del cual hizo los siglos*[104], están proclamando el carácter eterno y sempiterno del Hijo, en el cual incluyen también al Padre mismo. [4] Así Isaías dice: *Dios eterno, que dispusiste las cimas de la tierra*[105]; también Susana afirma: *El Dios eterno*[106], y Baruc escribió: *Gritaré al Dios eterno en medio de mis días*[107], y un poco después: *Pues yo esperé en nuestro eterno Salvador, y me llegó la alegría de parte del Santo*[108]. [5] Y puesto que al escribir a los Hebreos el Apóstol dice: *El cual es resplandor de la gloria e impronta de su hipóstasis*[109], y David canta en el salmo ochenta y nueve: *Y que la claridad de Dios venga sobre nosotros*[110], e igualmente:

99. Mt 11, 27.
100. Jn 14, 8.
101. Jn 14, 9.
102. Rm 1, 20.
103. Sal 54 (55), 20.
104. Hb 1, 2.
105. Is 40, 28.
106. Dn 13, 42.
107. Ba 4, 20.
108. Ba 4, 22.
109. Hb 1, 3. Con el nombre de «el Apóstol» Atanasio se refiere normalmente a San Pablo, a quien considera también el autor de la Carta a los hebreos.
110. Sal 89 (90), 17.

En tu luz veremos la luz[111], ¿quién es tan estúpido como para dudar que el Hijo existe siempre? [6] En efecto, ¿cuándo ha visto alguien la luz sin la claridad del resplandor, como para decir acerca del Hijo que «hubo un tiempo en que no existió» o que «no existió antes de ser engendrado»? [7] Además, lo que se dice al Hijo en el salmo ciento cuarenta y cuatro: *Tu reinado es un reinado de todos los siglos*[112], no permite a nadie pensar, ni por una casualidad, en un intervalo de tiempo en el cual no existía el Logos. Pues si todo intervalo de tiempo se mide dentro de los siglos, y el Logos es el rey y el hacedor de todos los siglos, por fuerza, al no existir ni por asomo un intervalo de tiempo anterior a Él, es una locura decir que hubo un tiempo en que el eterno no existía y que el Hijo procede de la nada.

[8] Por otro lado, al decir el Señor mismo: *Yo soy la verdad*[113] y no decir «Llegué a ser la verdad», sino que siempre dice «soy» (*Yo soy el pastor*[114], *Yo soy la luz*[115], y en otra ocasión: *¿No decís de mí: el Señor, el Maestro? Y decís bien porque lo soy*[116]), y escuchar que semejantes palabras son dichas por Dios, por la Sabiduría y por el Logos del Padre, que habla acerca de sí mismo, ¿quién puede todavía vacilar acerca de la verdad y no creer inmediatamente que en el «soy» se da a entender el carácter eterno y sin principio del Hijo antes de todos los siglos?

13. [1] Así pues, ha quedado claro que, por cuanto se ha dicho, las Escrituras hablan del carácter eterno del Hijo. Por otro lado, lo que se va a decir mostrará que aquellas expresiones que utilizan precisamente los arrianos (diciendo «no existía», «antes de» y «cuando») las usan las Escrituras al hablar de las criaturas. [2] En efecto, Moisés, cuando describe el origen

111. Sal 35 (36), 10.
112. Sal 144 (145), 13.
113. Jn 14, 6.
114. Jn 10, 11.
115. Jn 8, 12.
116. Jn 13, 13.

que nos corresponde a nosotros, dice: *Antes de que existiese sobre la tierra todo el verde del campo y antes de que brotara la hierba del campo, pues Dios no había hecho llover sobre la tierra y no existía el hombre para trabajar la tierra*[117]; y en el libro del Deuteronomio: *Cuando el Altísimo separó las naciones*[118]. [3] Y el Señor, hablando por medio de sí mismo, decía: *Si me amaseis os habríais alegrado porque voy al Padre, pues el Padre es mayor que yo. Ahora os lo he dicho con antelación antes de que suceda, para que cuando suceda creáis*[119]; mientras que, por medio de Salomón, el Señor dice acerca de la creación: *Antes de crear la tierra, antes de crear los abismos, antes de que surgiesen las fuentes de agua, antes de que fueran creados los montes, antes que todas las colinas, me creó*[120], y también dice: *Antes de que Abrahán existiera yo soy*[121]. [4] También por medio de Jeremías dice: *Antes de formarte en el vientre te conocía*[122]; y David canta: *Señor, has sido para nosotros un refugio de generación en generación. Antes de que fuesen creados los montes y fuera modelada la tierra y el orbe, tú existes desde siempre*[123]. Y en el libro de Daniel: *Susana gritó con fuerte voz y dijo: Dios eterno, conocedor de cuanto está oculto, que conoces todas las cosas antes de que existan*[124].

[5] Así pues, las expresiones «no existió un tiempo», «antes de llegar a ser», «cuando» y demás expresiones semejantes es adecuado atribuirlas a las cosas que han llegado a ser y a las criaturas que proceden de la nada, pero son extrañas al Logos. [6] Si resulta que las Escrituras aplican estas expresiones a las criaturas y la expresión «siempre» al Hijo, entonces el Hijo –vosotros que lucháis contra Dios– no proviene de la nada ni pertenece en absoluto a las cosas que han llegado a ser, sino que

117. Gn 2, 5.
118. Dt 32, 8.
119. Jn 14, 28-29.
120. Pr 8, 24-25. Atanasio considera a Salomón autor de los Proverbios.
121. Jn 8, 58.
122. Jr 1, 5.
123. Sal 89 (90), 1-2.
124. Dn 13, 42.

es imagen del Padre y Logos eterno, y no se ha dado nunca un tiempo en el que no haya existido, sino que existe siempre como resplandor eterno de la luz que es eterna. [7] ¿Por qué entonces os imagináis un tiempo anterior al Hijo? ¿O por qué razón blasfemáis diciendo que el Logos, por medio de quien son los siglos[125], es posterior a los tiempos? En efecto, ¿cómo es posible, conforme vosotros decís, que exista un tiempo o un siglo sin haber aparecido todavía el Logos, *por medio del cual llegaron a ser todas las cosas y sin el cual no llegó a ser nada*[126]? [8] ¿O por qué razón, si estáis dando a entender que hay tiempo, no decís claramente «hubo un tiempo determinado[127] en que no existía el Logos»? Evitáis el sustantivo «tiempo» para engañar a los incautos, y sin embargo no conseguís esconder vuestra propia manera de pensar, sino que ni siquiera sois capaces de pasar inadvertidos, tratando de ocultarla. En verdad, también estáis dando a entender tiempos determinados cuando decís: «Hubo un tiempo en que no existía» y «No existía antes de ser engendrado».

14. [1] Además de plantear así estas cosas, tienen mayor desvergüenza todavía, y dicen: «Si no hubo un tiempo en que no existía, sino que el Hijo es eterno y coexiste con el Padre, entonces ya no estáis diciendo que es Hijo, sino hermano del Padre». [2] ¡Necios y amantes de la discordia! En efecto, si tan sólo hubiésemos dicho que coexiste eternamente y que no es Hijo, su presunta piedad tendría algo de convicción, pero si

125. Cf. Hb 1, 2.

126. Jn 1, 3.

127. La expresión arriana «Hubo un tiempo en que no existía» no incluye en griego el sustantivo «tiempo», sino que usa un pronombre indefinido que traducimos a lo largo de la obra por «un tiempo» (*pote*). Ahora, en cambio, aparece el sustantivo «tiempo» (*chronos*) y para marcar la diferencia lo traducimos aquí por «un tiempo determinado» y en otros lugares simplemente como «tiempo», «tiempos» o «los tiempos» (siempre sin el artículo indefinido).

cuando decimos que es eterno reconocemos que Él es Hijo del Padre, ¿cómo es posible pensar que Aquél que es engendrado es hermano de quien lo engendra? Y si nuestra fe tiene por objeto al Padre y al Hijo, ¿qué clase de hermandad se da entre ellos? ¿O cómo puede el Logos ser llamado hermano de Aquél del cual es Logos? [3] No es ésta una objeción que procede de personas ignorantes, ya que también ellos entienden la verdad, sino un pretexto judaico y propio de quienes quieren, como dice Salomón, apartarse de la verdad[128]. [4] En efecto, el Padre y el Hijo no fueron engendrados a partir de algún principio preexistente de modo que puedan considerarse también hermanos, sino que el Padre es el principio del Hijo y su progenitor y el Padre es padre y no llegó a ser hijo de ninguno, y el Hijo es hijo y no un hermano.

[5] Y si se dice que es lo eterno engendrado del Padre se dice correctamente, ya que la sustancia del Padre no fue en ningún momento imperfecta, como para tener que sobrevenirle después lo que es propio de ella. Tampoco ha sido engendrado el Hijo como lo es un hombre de otro hombre, de modo que tenga una existencia posterior a la paterna, sino que es lo engendrado de Dios y, al ser algo propio de un Dios que existe siempre, existe como Hijo eternamente. Ciertamente es propio de los hombres el engendrar en el tiempo por causa de la imperfección de su naturaleza, pero lo engendrado de Dios es eterno por el hecho de ser siempre perfecta su naturaleza. [6] Por tanto, si no es Hijo, sino que ha llegado a ser una cosa hecha de la nada, entonces que lo demuestren ellos primero y que pregonen, dando rienda a su imaginación, como si se tratara de una cosa hecha, que hubo un tiempo en el que no existía, ya que las cosas que han llegado a ser, no existiendo, llegaron a ser. Pero si es Hijo (pues esto lo dice incluso el Padre y lo proclaman las Escrituras: que la expresión «Hijo» no significa otra

128. Cf. Pr 18, 1.

cosa sino lo que ha sido engendrado del Padre y que aquello que ha sido engendrado de Dios es su Logos, Sabiduría y resplandor), ¿qué es necesario decir sino que, cuando afirman: «Hubo un tiempo en el que no existía el Hijo», como algunos ladrones, despojan a Dios del Logos y lo acusan públicamente de existir un tiempo sin su propio Logos y Sabiduría, y alegan que la luz existió un tiempo sin su brillo y que la fuente fue infecunda y seca?

[7] En efecto, aunque aparentando temer el nombre de «tiempo» digan, para que no los censuren, que el Logos existe «antes de los tiempos», sin embargo, puesto que introducen ciertos intervalos de tiempo en los cuales se imaginan que el Logos no existía, no dejan por ello de dar a entender tiempos[129] y cometen impiedad grandemente al introducir en Dios una ausencia de Logos[130].

15. [1] Y si reconocen junto con nosotros el nombre de Hijo (por no querer ser acusados públicamente por todos), pero niegan que sea lo propio engendrado de la sustancia del Padre (como si esto fuese posible sin postular que está compuesto de partes y divisiones), están volviendo a negar que sea verdadero Hijo, llamándole «Hijo» tan sólo de nombre. [2] ¿Cómo no se van a engañar en gran medida acerca del que es incorpóreo, cuando tienen en la mente las cosas que son propias de los cuerpos y niegan, basándose en lo que es debilidad de su propia naturaleza, lo que es natural y propio del Padre? En efecto, es necesario que ellos, al no entender cómo es Dios o qué clase de cosa es el Padre, nieguen también al Hijo, dado

129. Antes de que el Logos llegase a ser.

130. La palabra griega *alogia* puede traducirse tanto por «ausencia de Logos» como por «ausencia de racionalidad» (en este caso la traducción sería: «...al introducir en Dios algo irracional»). Atanasio puede estar aquí refiriéndose a uno u otro significado, o más probablemente a ambos a la vez.

que esos insensatos miden también lo engendrado del Padre en base a lo que ocurre con su propia naturaleza.

[3] Ahora bien, al encontrarse ellos en esta situación y creer que no es posible que sea el Hijo de Dios, son dignos de lástima y en consecuencia hay que preguntarles y refutarles, para que así quizá puedan entrar en razón. [4] Por tanto, si según vosotros el Hijo procede de la nada y no existía antes de ser engendrado, entonces sin duda ha sido llamado Hijo, Dios y Sabiduría por participación, por ser ésta también la manera en que todas las demás cosas han adquirido su consistencia[131] y, siendo santificadas, son glorificadas. Por consiguiente, estáis obligados a decir de quién participa el Hijo. [5] Ciertamente todas las demás cosas participan del Espíritu, ¿pero de quién participa entonces el Hijo, según vosotros? ¿Del Espíritu? Y sin embargo es más bien el Espíritu mismo quien recibe del Hijo[132], como Él mismo ha dicho, y es absurdo decir que el Hijo es santificado por el Espíritu. Por lo tanto, participa del Padre, pues ésta es la posibilidad que queda y es inevitable decirlo. [6] ¿Y qué es entonces esto participado o de dónde viene? Si resulta que viene de fuera como algo ideado por el Padre, entonces ya no estaría participando del Padre, sino de aquello por lo que ha llegado a estar fuera; y entonces el Hijo no sería el que viene en segundo lugar después del Padre, al estar lo participado por delante de Él, ni tampoco podría ser llamado Hijo del Padre, sino de aquello de lo que participa y en razón del cual ha sido llamado Hijo y Dios. Pero si esto resulta absurdo e impío, porque el Padre dice: *Éste es mi Hijo, el amado*[133], y el Hijo dice que su propio Padre es Dios[134], entonces está claro que no procede de fuera, sino que lo participado proviene de la sustancia del Padre. [7] Por otro lado, si lo participado fuese otra cosa distinta a la sustancia del Hijo,

131. Cf. Col 1, 17.
132. Cf. Jn 16, 14-15.
133. Mc 9, 7; Mt 3, 17; 17, 5.
134. Cf. Jn 5, 18.

se llegaría al mismo absurdo, pues otra vez se hallaría un ser intermedio entre el Padre y la sustancia del Hijo, sea cual fuere.

16. [1] Así pues, una vez que se ha mostrado que semejantes razonamientos son absurdos y contrarios a la verdad, es preciso afirmar que el Hijo es, en una palabra, lo que procede de la sustancia del Padre y es propio de Él. En efecto, el hecho de que Dios sea participado plenamente equivale a decir que Dios engendra. ¿Y a qué se refiere la expresión «engendra» sino al Hijo? [2] Del Hijo mismo, ciertamente, participan todas las cosas conforme a la gracia del Espíritu que nos ha llegado de Él, y por esto resulta evidente que el Hijo mismo no participa de nadie y que el Hijo es precisamente lo que es participado proveniente del Padre. [3] En efecto, cuando participamos del Hijo mismo se dice que participamos de Dios, y a esto se refería Pedro cuando decía: *Para que lleguéis a tener parte en la naturaleza divina*[135], al igual que dice también el Apóstol: *¿No sabéis que sois templo de Dios?*[136], y también: *Nosotros somos templos del Dios vivo*[137]. Y al ver al Hijo mismo vemos al Padre[138]. [4] Pues la consideración y comprensión del Hijo supone un conocimiento acerca del Padre, porque Él es lo propio engendrado de su sustancia. Al igual que ninguno de vosotros podría ya decir que el hecho de ser participado es una pasión y un fraccionamiento de la sustancia de Dios (pues habéis concedido y reconocido que Dios es participado y que ser participado y engendrar son lo mismo), de igual manera lo engendrado no es ni una pasión ni un fraccionamiento de aquella bienaventurada sustancia[139].

[5] Por lo tanto no es imposible creer que Dios tenga un Hijo, lo engendrado de su propia sustancia, ni tampoco damos a entender una pasión y un fraccionamiento de la sustancia de

135. 2 P 1, 4.
136. 1 Co 3, 16.
137. 2 Co 6, 16.
138. Cf. Jn 14, 9.
139. Cf. CA II, 34, 1.

Dios cuando decimos «Hijo» y «lo engendrado», sino que más bien, al conocer al que es auténtico, verdadero y unigénito que procede de Dios, creemos de esta manera. [6] Una vez que ha quedado claro y se ha mostrado que lo engendrado que procede de la sustancia del Padre es el Hijo, nadie podría poner en duda en adelante, sino que sería evidente, que el Hijo es la Sabiduría y el Logos del Padre, en quien y por medio de quien crea y hace todas las cosas[140]; que es su resplandor en el cual ilumina todas las cosas[141] y se revela a quienes quiere[142]; y que su impronta e imagen, en quien es contemplado y conocido, es razón por la cual Él y el Padre son una sola cosa[143]. En efecto, quien lo ve a Él, esto es, al Cristo en quien todas las cosas son redimidas[144] y que además ha obrado la nueva creación[145], ve también al Padre[146].

[7] De nuevo, siendo así el Hijo, no encaja, sino que incluso resulta bastante peligroso, decir que Él es una cosa hecha que procede de la nada o que no existía antes de ser engendrado. En efecto, quien se refiere de esta manera a lo propio engendrado de la sustancia del Padre llega a blasfemar en primer lugar contra el Padre mismo, pensando acerca del Padre aquellas mismas cosas que se ha inventado e imaginado acerca de lo engendrado de Él.

17. [1] Ciertamente, por sí solo, esto basta para desmantelar la herejía arriana. Pero también en base a estas cosas uno podría captar lo heterodoxo que hay en ella. [2] Si Dios es hacedor y creador, y resulta que por medio del Hijo crea las cosas que han sido hechas y no hay otra forma de entender las cosas que han llegado a ser sino como llegadas a ser por medio del Logos, ¿cómo no va a ser blasfemo, siendo Dios el

140. Cf. Col 1, 16.
141. Cf. Jn 1, 9.
142. Cf. Mt 11, 27.
143. Cf. Jn 10, 30.
144. Cf. Ef 1, 7; Col 1, 17; Tt 2, 14.
145. Cf. 2 Co 5, 17.
146. Cf. Jn 14, 9.

creador, decir que hubo un tiempo en que su Logos artífice, y su Sabiduría, no existía? En efecto, esto equivale a decir que tampoco Dios es creador, al no tener un Logos artífice propio y que procede de Él sino introducido desde fuera, y que el Logos, en quien Dios obra como artífice, resulta ser ajeno a Él y desemejante en lo que se refiere a la sustancia.

[3] Que nos expliquen a continuación, o más bien puedan percibir a partir de esto, su propia blasfemia, la cual se deriva de decir: «Hubo un tiempo en que no existía» y «No existía antes de ser engendrado». Pues si el Logos no coexiste eternamente con el Padre, entonces la eterna Trinidad no existe, sino que primero existió una mónada y después, mediante una adición, llegó a ser una Trinidad y, avanzando el tiempo, según ellos, creció y se constituyó el conocimiento de la teología[147]. [4] Además, si el Hijo no es lo propio engendrado de la sustancia del Padre, sino que ha llegado a ser de la nada, entonces la Trinidad se constituye a partir de la nada y hubo un tiempo en que no existió la Trinidad, sino una mónada. Hubo un tiempo en que la Trinidad estaba falta de algo y hubo otro tiempo en que estaba completa (privada de algo antes de que el Hijo llegara a ser, completa cuando llegó a ser), y en adelante aquello que ha llegado a ser[148] se cuenta junto con el creador, y aquello que hubo un tiempo en que no existió[149] pasa a formar parte de la teología junto al que existe siempre[150] y es glorificado junto con Él. Y lo que es más, la Trinidad resulta ser desemejante respecto de sí misma, al estar constituida por naturalezas y sustancias que son ajenas unas a otras y diversas.

147. El término griego *theologia* no se refiere aquí a la teología como estudio científico sobre Dios, sino al ser de Dios inmanente o *ad intra*, es decir, aquél que no depende de la economía de la salvación. Se opone, por tanto, al término griego *oikonomia*, que hace referencia al modo de actuar de Dios *ad extra* y que siempre tiene una finalidad salvífica.

148. En este supuesto, el Hijo.

149. Nuevamente, el Hijo.

150. Es decir, el Padre.

Pero esto no es decir otra cosa sino que la constitución de la Trinidad es algo que ha llegado a ser.

[5] Por tanto, ¿qué clase de divinidad[151] es ésta que ni siquiera resulta ser semejante a sí misma, sino que ha sido completada con el tiempo mediante una adición, y que hubo un tiempo en que no fue así y otro tiempo en que sí que es así? Luego entonces es natural que pueda recibir un añadido otra vez, y esto hasta el infinito, si sucede que una vez (al principio) adquirió su constitución mediante una adición. Por otro lado, no hay duda de que también es posible que disminuya, pues es evidente que aquello que ha sido añadido también puede ser sustraído.

18. [1] Pero no es así ¡De ningún modo! La Trinidad no es algo que ha llegado a ser, sino eterna. Existe una única divinidad en la Trinidad y una sola es la gloria de la Santa Trinidad, por más que os atreváis a dividirla entre diversas naturalezas (pues siendo el Padre eterno, decís que hubo un tiempo en que no existía el Logos que está sentado junto a Él, y estando el Hijo sentado junto al Padre os proponéis alejarlo de Él). [2] La Trinidad es creadora y artífice, ¿y no tenéis tampoco reparo en abajarla hasta el nivel de las cosas que proceden de la nada? ¿No os da vergüenza equiparar las criaturas serviles a la nobleza de la Trinidad y poner juntos al Rey y Señor Sabaoth[152] y a sus súbditos? Dejad de unir aquello que no está mezclado, sobre todo aquellas cosas que no son con Aquél que es.

[3] No es posible que quienes dicen estas cosas procuren gloria y honra al Señor[153], sino más bien infamia y deshonra, pues quien deshonra al Hijo deshonra al Padre. [4] En efecto, si ahora en la Trinidad la teología está en su estado perfecto y

151. La palabra griega que traducimos aquí por «divinidad» es *theosebeia*.

152. Atanasio utiliza esta palabra hebrea que significa «Señor de los ejércitos».

153. Cf. Sal 28 (29), 1.

ésta es la verdadera y única divinidad[154], y resulta que esto es lo bueno y la verdad, entonces era necesario que esto fuera así siempre, para evitar que lo bueno y la verdad sobrevengan después y la plenitud de la teología se constituya mediante una adición. Así pues, era necesario que esto sea eternamente así. En efecto, si no hubiese sido eternamente así, necesariamente tampoco ahora sería así, sino tal como vosotros habéis supuesto desde el principio, de modo que tampoco ahora existiría una Trinidad.

[5] Pero ningún cristiano podría soportar a semejantes herejes, ya que estas ideas, como el hecho de introducir una Trinidad que ha llegado a ser y equipararla a las cosas que han llegado a ser, son propias de los griegos. En efecto, es propio el admitir disminuciones y añadidos en las cosas que han llegado a ser, mientras que la fe de los cristianos sabe que la bienaventurada Trinidad es inmutable, perfecta y siempre tiene la misma disposición, y no añade nada más a la Trinidad ni piensa que en un momento determinado ha llegado a estar falta de algo. Ambas afirmaciones son ciertamente infames. Por ello también la fe sabe que la Trinidad no está mezclada con las cosas que han llegado a ser; la adora preservando la indivisible unidad de su divinidad y evita las blasfemias de los arrianos, y reconoce y sabe que el Hijo existe siempre, pues es eterno como el Padre, de quien es Logos eterno. Volveremos sin duda sobre ello en otro momento.

19. [1] Si la fuente de la Sabiduría y de la vida es y se dice que es Dios, como sucede por medio de Jeremías: *Me abandonaron a mí, la fuente de agua viva*[155], y en otra ocasión: *Trono elevado de gloria, nuestra santificación; Señor, espera de Israel, que se avergüencen todos los que te han abandonado; escríbase sobre la tierra que quienes se han alejado*

154. En griego *theosebeia*. 155. Jr 2, 13.

han abandonado al Señor, la fuente de la vida[156], y en Baruc está escrito: *Abandonasteis la fuente de la Sabiduría*[157], entonces se habría de seguir que la vida y la Sabiduría tampoco son ajenas a la sustancia de la fuente, sino propias, y que no fueron en un tiempo algo inexistente, sino que existen siempre.

[2] Y el Hijo es estas cosas, el cual de hecho dice: *Yo soy la vida*[158], y también: *Yo, la Sabiduría, pongo mi morada en la prudencia*[159]. [3] Entonces, ¿cómo no va a cometer impiedad el que dice: «Hubo un tiempo en que no existió el Hijo»? En verdad equivale a decir que hubo un tiempo en que la fuente estuvo seca, sin la vida y sin la Sabiduría. Pero tal cosa no sería a la sazón una fuente, ya que aquello que no genera a partir de sí mismo no es una fuente. [4] ¡De cuánto absurdo están repletas todas estas cosas! En efecto, Dios anuncia que aquellos que cumplen su voluntad serán como una fuente a la que nunca faltó el agua, diciendo por medio de Isaías el profeta: *Y serás colmado conforme al deseo de tu alma y tus huesos se robustecerán y será como un huerto regado y como una fuente a la que no faltó el agua*[160]. Pero estos arrianos se han atrevido a infamar a Dios, que es denominado fuente de la Sabiduría y es ofendido, al llamarlo infecundo y falto de su propia Sabiduría durante un tiempo.

[5] Sin embargo las cosas que ellos dicen son falsas, y la verdad da testimonio de que Dios es la fuente eterna de su propia Sabiduría. Al ser eterna la fuente, forzosamente es también necesario que lo sea la Sabiduría. [6] En la Sabiduría, efectivamente, todas las cosas llegaron a ser, como canta David: *Todas las cosas las hiciste en la Sabiduría*[161], y Salomón dice: *Dios cimentó la tierra en la Sabiduría y dispuso los cielos en su inteli-*

156. Jr 17, 12-13.
157. Ba 3, 12.
158. Jn 14, 6.
159. Pr 8, 12.
160. Is 58, 11.
161. Sal 103 (104), 24.

gencia[162]. [7] El Logos es la Sabiduría misma y, como dice Juan, *por medio de Él llegaron a ser todas las cosas y sin Él no llegó a ser nada*[163]. Y el Logos mismo es el Cristo: *Uno sólo es el Padre de quien todo procede y nosotros somos para Él, y uno sólo Señor, Jesucristo, por medio del cual son todas las cosas y nosotros por medio de Él*[164].

[8] Por tanto, si por medio del Logos son todas las cosas, Él no puede ser considerado una de ellas. En efecto, quien se atreve a decir que Aquél por medio del cual son todas las cosas es una de ellas, sin duda pensará de alguna manera lo mismo acerca de Dios, de quien proceden todas las cosas. [9] Además, si uno rechaza esto como algo absurdo y separa a Dios de todas las cosas como algo distinto de todas las demás, como consecuencia habría que decir también que el Hijo unigénito, que es propio de la sustancia del Padre, es algo distinto de todas las cosas. Y como el Hijo no es una de ellas, no es lícito aplicarle las expresiones «Hubo un tiempo en que no existía» y «No existía antes de ser engendrado». [10] Ciertamente, semejantes palabras encaja bien decirlas de las cosas que han sido hechas, mientras que el Hijo mismo es tal como es el Padre, de quien es también lo propio engendrado de su sustancia, Logos y Sabiduría. Esto es lo propio del Hijo respecto al Padre, y lo que muestra que el Padre es propio del Hijo, de modo que no se puede decir ni que hubo un tiempo en que Dios careciera de Logos ni que hubo un tiempo en que el Hijo no existía. Pues ¿por qué razón es Hijo, si no es porque procede de Él? ¿O por qué razón es Logos y Sabiduría, si no es siempre y propio del Padre?

20. [1] ¿Cuándo, entonces, existió Dios sin aquello que le es propio? ¿O cómo puede uno pensar en aquello que es propio como si se tratara de algo ajeno y de sustancia diversa? En

162. Pr 3, 19.
163. Jn 1, 3.
164. 1 Co 8, 6.

efecto, las demás cosas (tal como sucede con las que han llegado a ser), no son semejantes en nada, en lo que respecta a la sustancia, a quien las ha hecho, sino que están fuera de Dios, al haber llegado a ser en su Logos por gracia y voluntad, de tal modo que pueden volver a dejar de existir en algún momento si lo quisiese quien las ha hecho, ya que ésta es la naturaleza de las cosas que han llegado a ser. [2] En cambio, aquello que es propio de la sustancia del Padre (ya se ha reconocido, en efecto, que esto es el Hijo), ¿cómo no va a ser atrevido e infame decir que procede de la nada y que no existió antes de ser engendrado, sino que ha sobrevenido y puede volver a no existir en algún momento?

[3] Quien piense estas cosas, aunque sólo sea en su ánimo, reflexione cómo se despoja a la sustancia del Padre de su carácter perfecto y completo; así podrá uno ver de nuevo más claramente el absurdo de la herejía, si se tiene en cuenta que el Hijo es imagen, resplandor del Padre, impronta y verdad. [4] En efecto, si cuando existe la luz, el resplandor es imagen suya, y cuando existe la hipóstasis, su impronta está acabada, y cuando existe el Padre, existe la Verdad, esto es, el Hijo, entonces quienes miden con el tiempo la imagen y la forma de la divinidad deberán examinar en qué gran abismo de impiedad han caído, [5] puesto que si el Hijo no existió antes de ser engendrado, la Verdad no podría estar siempre en Dios. Sin embargo no es lícito decir esto, pues existiendo el Padre, siempre existió en Él la Verdad, que es precisamente el Hijo y quien dice: *Yo soy la verdad*[165]; y existiendo la hipóstasis, es de todo punto necesario que inmediatamente exista la impronta e imagen de ella. En efecto, no está escrito que la imagen de Dios venga de fuera, sino que Dios mismo es quien la engendra y en ella se regocija al verse a sí mismo en ella, como el Hijo mismo nos dice: *Yo era aquella en la cual se regocijaba*[166]. [6] Ahora

165. Jn 14, 6. 166. Pr 8, 30.

bien, ¿cuándo no se veía el Padre a sí mismo en su propia imagen? ¿O cuándo no se regocijaba como para que alguno se haya atrevido a decir: «La imagen procede de la nada», y: «El Padre no se alegraba antes de que la imagen llegase a ser»? [7] Por otro lado, ¿cómo es posible que el Hacedor y Creador pudiese verse a sí mismo en una sustancia creada y que ha llegado a ser? En realidad es preciso que la imagen sea tal y como es el Padre de ella.

21. [1] Por tanto, veamos entonces las cosas que son propias del Padre, para así llegar a conocer también si la imagen es propia de Él. El Padre es eterno, inmortal, potente, luz, rey, todopoderoso, Dios, Señor, creador y hacedor. Es necesario que estas cosas estén también en la imagen para que en verdad *quien ha visto al Hijo ha visto al Padre*[167]. [2] Si esto no es así, sino que, como piensan los arrianos, el Hijo es algo que ha llegado a ser y no es eterno, entonces no es la verdadera imagen del Padre, a no ser acaso que después hayan tenido el descaro de decir que el hecho de llamar imagen al Hijo no es signo indicativo de una semejanza de sustancia, sino que es imagen suya sólo de nombre. Pero, una vez más, esto –vosotros que lucháis contra Cristo– no es ni una imagen ni una impronta.

[3] En efecto, ¿qué parecido puede darse entre las cosas que proceden de la nada y Aquél que ha creado las cosas que no existían trayéndolas a la existencia? ¿O cómo es posible que aquello que no es sea semejante a lo que es, si resulta que el Logos es inferior en el hecho de no existir en un tiempo y en el hecho de tener su puesto entre las cosas que han llegado a ser? [4] Los arrianos, como quieren que el Logos sea de esta manera, se procuran a sí mismos razonamientos, diciendo: «Si el Hijo es lo engendrado del Padre e imagen suya y es semejante en todo al Padre, es absolutamente necesario que, así como ha

167. Jn 14, 9.

sido engendrado, el Hijo también engendre y llegue a ser también Él padre de un hijo; y que el que haya sido engendrado de él a su vez también engendre y así sucesivamente hasta el infinito. Esto es lo que muestra que Aquél que ha sido engendrado es semejante a quien lo ha engendrado».

[5] Verdaderamente los que luchan contra Dios son urdidores de infamias, aquellos que con el fin de evitar reconocer que el Hijo es imagen del Padre, piensan cosas corporales y terrenales acerca del Padre mismo, atribuyéndole separaciones, emanaciones y flujos. [6] Luego, si Dios es como un hombre, entonces que llegue a engendrar también como un hombre, de modo que el Hijo llegue también a ser padre de otro y que así sucesivamente lleguen a ser procediendo unos de otros, de modo que aumente, como argumentan ellos, la sucesión de los dioses hasta alcanzar una multitud. Pero *si Dios no es como un hombre*[168] (y ciertamente no lo es), no es necesario pensar acerca de Él aquellas cosas que son propias de los hombres.

[7] En efecto, los demás seres vivos y los hombres, en razón de su origen, como obra de un artífice, son engendrados sucediéndose unos a otros, y el que es engendrado, al haber sido engendrado de un padre que es a su vez engendrado, lógicamente llega a ser también él padre de otro, porque tiene en sí mismo, procedente de su padre, esa capacidad generadora en virtud de la cual también él llegó a ser. [8] Por esta razón en semejantes seres no se da en sentido pleno ser «padre» e «hijo», ni se mantiene estable en ellos este ser «padre» e «hijo», pues el hijo mismo llega a ser también padre y mientras que es hijo de quien lo ha engendrado es padre del que es engendrado de él. [9] En cambio en la divinidad no ocurre así. En efecto, Dios no es como un hombre, el Padre no procede de un padre, y por lo tanto tampoco engendra a uno que llegará a ser Padre, y el Hijo no procede de una emanación del Padre ni ha sido en-

168. Nm 23, 19.

gendrado de un Padre que haya sido a su vez engendrado, y por lo mismo tampoco ha sido engendrado para engendrar. [10] De donde se sigue que, únicamente en el caso de la divinidad, el Padre es padre en sentido pleno y el Hijo es hijo en sentido pleno, y que en su caso, y sólo en su caso, permanece estable el hecho de que el Padre sea siempre padre y el Hijo sea siempre hijo.

22. [1] Por tanto, quien trate de averiguar por qué razón el Hijo no engendra un hijo, trate de averiguar por qué razón el Padre no tuvo un padre. Sin embargo, no hay duda de que ambas preguntas son absurdas y están repletas de toda infamia. En efecto, de la misma manera que el Padre siempre es padre y no podría llegar a ser hijo en algún momento, de igual manera el Hijo siempre es hijo y no podría llegar a ser padre en algún momento. Y en este hecho se muestra mejor que el Hijo es impronta e imagen del Padre, en que permanece como es y no cambia, manteniendo la identidad que ha recibido del Padre. [2] Efectivamente, si el Padre cambia, debe cambiar también la imagen, ya que de esta manera su imagen y resplandor se corresponde con quien lo engendró; pero si el Padre es inmutable y permanece en la forma en que es, forzosamente también la imagen permanece siendo aquello que es y no cambiará. [3] Es Hijo que procede del Padre y por lo tanto ningún otro llegará a serlo sino Aquél que es precisamente propio de la sustancia del Padre. En vano, pues, piensan también esto los necios arrianos cuando quieren arrancar del Padre la imagen, con el fin de equiparar al Hijo con las cosas que han llegado a ser.

[4] Así pues, los seguidores de Arrio, al colocar al Hijo entre esas cosas, siguiendo la enseñanza de Eusebio[169], y al pensar que el Hijo es tal como son las cosas que han llegado a ser por medio de Él, se han apartado de la verdad. Iban rondando

169. Obispo de Nicomedia y Constantinopla, murió en el 341 d. C.

y recopilando para sí términos perniciosos desde el principio, cuando idearon esta herejía, y hasta el día de hoy algunos de ellos, encontrándose con muchachos en la plaza, los interrogan sin mencionar para nada las Sagradas Escrituras, sino que, como vomitando aquellas cosas de las que rebosa su corazón[170], dicen: «El que existe[171], ¿ha hecho al que no existía a partir de la nada o al que existía? ¿Lo ha hecho entonces cuando existía o cuando no existía?», y también: «Lo que no ha llegado a ser, ¿es una sola cosa o son dos? ¿Posee libre voluntad y, aunque es de naturaleza mutable, no cambia por una elección propia? En verdad no es como una piedra que permanece inmóvil por sí misma»[172]. [5] Después, acercándose también a las muchachas, les dicen a su vez palabras con entonación femenina: «¿Acaso tenías un hijo antes de darlo a luz? Pues así como tú no lo tenías, de igual manera tampoco existía el Hijo de Dios antes de ser engendrado». [6] Burlándose con semejantes palabras se divierten, desvergonzados, y hacen a Dios semejante a los hombres. Y aunque dicen que son cristianos, han cambiado la imagen de Dios por una representación de la imagen de hombres corruptibles[173].

23. [1] No era, pues, necesario responder nada a semejantes argumentos, al ser tan absurdos y necios, pero para que no parezca que su herejía tiene alguna solidez, es preciso, aunque sea como de pasada, refutarlos también en semejantes argumentos, sobre todo por el hecho de que las muchachas han sido ingenuamente engañadas por ellos.

170. Cf. Mt 12, 34.

171. Se refieren al Padre. Lo que es hecho, según ellos, es el Hijo, y ahora preguntan capciosamente si el Padre hizo al Hijo cuando éste último ya existía o cuando todavía no existía. Atanasio les echa en cara su falta de consistencia: en unas cosas miden a Dios con parámetros humanos, pero en otras no.

172. ASTERIO, *Syntagmation*, fragm. 44 (Vinzent).

173. Cf. Rm 1, 23.

[2] Habría sido necesario que quienes dicen estas cosas interrogasen también a un arquitecto: «¿Acaso puedes edificar sin materia? Pues así como no puedes, tampoco Dios era capaz de hacer el conjunto de las cosas sin materia subyacente». También habría sido necesario que ellos preguntasen a cada uno de los hombres: «¿Acaso puedes existir sin un lugar? Pues al igual que tú no puedes, así también Dios está en un lugar», para que de esta manera puedan ser refutados incluso por los que los escuchan. ¿O por qué razón, si oyen que Dios tiene un Hijo, lo niegan, fijándose en lo que ocurre con ellos mismos[174], y en cambio, si oyen que crea y hace, ya no ponen como objeción lo que es característicamente humano? [3] Habría sido necesario que ellos considerasen, también en la acción de crear, el modo humano y que postulasen una materia en Dios, de modo que negaran también que Dios es creador y acabaran arrastrándose junto con los maniqueos.

[4] Pero si la idea que se tiene acerca de Dios va más allá de estas cosas y, con sólo haberlo oído, cualquiera cree y sabe que Dios no es como somos nosotros (es, sin duda, como Dios) y que no crea como crean los hombres (crea, sin duda, como Dios), entonces es evidente que tampoco engendra como engendran los hombres (engendra, sin duda, como Dios). En efecto, Dios no imita a los hombres, sino que, más bien, son los hombres mismos quienes son llamados también padres de sus propios hijos a causa de Dios que es, en sentido pleno y único, verdaderamente Padre de su propio Hijo. [5] Pues de Él *toma nombre toda paternidad en los cielos y en la tierra*[175]. Si las cosas que dicen los arrianos quedan sin examinar, se les considerará como quienes han dicho algo razonable; pero si uno las investiga desde el punto de vista lógico, serán hallados dignos de gran risa y burla.

174. Los arrianos, como nos viene diciendo Atanasio, interpretan la paternidad de Dios y la generación del Hijo a partir del concepto humano de paternidad y generación.

175. Ef 3, 15.

24. [1] Para empezar, la primera pregunta[176], tal como ellos la hacen, es necia y confusa, pues no indican acerca de quién están preguntando (que es lo que permite al interrogado responder), sino que dicen sin más: «El que existe al que no existía». ¿Quién es entonces, arrianos, «el que existe» y quiénes «las cosas que no son»? ¿O quién es «el que existe» y quién «el que no existía» y qué cosas decís que existen o no existen? En efecto, «el que existe» es capaz de hacer no sólo las cosas que no existen, sino también las que existen y las que anteriormente existieron. [2] Así, un carpintero, un orfebre y un alfarero trabajan, cada uno según su propia técnica, una materia que ya existe incluso antes que ellos, fabricando los utensilios que quieren. Así, el Dios de todo cuanto existe modela al hombre después de haber tomado de la tierra polvo que existía y ya había llegado a ser por obra suya[177]. Por medio de su propio Logos, ciertamente, hizo que esta tierra, que antes no existía, llegase después a existir. Por consiguiente, si es así como preguntan, es evidente que la creación no existía antes de llegar a ser, mientras que los hombres trabajan sobre una materia que ya existe. Y entonces saldrá a la luz la inconsistencia de su razonamiento, pues llegan a ser tanto cosas que existen como cosas que no existen, como hemos dicho.

[3] Pero si hablan acerca de Dios y de su Logos, que suplan lo que falta a su pregunta y que pregunten de esta manera: «¿El Dios que existe estuvo un tiempo privado de su Logos[178] y siendo luz, estuvo sombrío? ¿O fue siempre Padre del Logos?»; o también de esta otra manera: «¿El que es Padre ha hecho al Hijo que no existía o tiene siempre junto a Él al que es su propio Logos y lo engendrado de su sustancia?», para que así sepan que están tratando precisamente de Dios y del

176. Cf. *CA* I, 22, 4.
177. Cf. Gn 2, 7.
178. O también «fue en algún momento irracional», dado el múltiple significado del término griego *logos*.

que procede de Él y se están atreviendo a hacer elucubraciones. [4] En efecto, ¿quién podrá soportar que ellos digan que Dios estuvo un tiempo privado del Logos[179]? Han vuelto a caer en el mismo error que los anteriores herejes, por más que se hayan esforzado en evitarlo y ocultarlo con sus propios sofismas. Sin embargo no lo han conseguido, ya que ninguno en absoluto querría siquiera escucharlos cuando argumentan que Dios no fue siempre Padre, sino que ha llegado a serlo después (con el fin de imaginarse también que hubo un tiempo en que su Logos no existió), porque son muchos los argumentos expuestos anteriormente contra ellos y porque Juan dice: *Existía el Logos*[180], y Pablo escribe: *El que es resplandor*[181], y: *El que es sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos, amén*[182].

25. [1] Habría sido mejor que ellos se callaran. Pero dado que no cejan en su empeño, ante semejante desvergonzada pregunta que hacen, alguien, habiendo hecho acopio de una osadía equivalente a la suya, podría después preguntarles lo siguiente. Quizá desistan de la lucha contra la verdad al verse de este modo atrapados por semejantes incongruencias. [2] Por consiguiente, después de haber invocado antes muchas veces a Dios para que sea propicio, uno podría salirles al paso de esta manera: «¿El Dios que existe: no existiendo, llegó a existir? ¿O existe incluso antes de llegar a existir? ¿Existiendo se hizo a sí mismo? ¿O no procede de nada y, no existiendo nada, de repente Él mismo apareció existiendo el primero?». Sí, es absurda tal pregunta, absurda y llena de injuria, y no obstante es semejante a la de aquellos, ya que, sea cual sea de las dos la respuesta que den, está repleta de toda impiedad.

[3] Mas si preguntar así acerca de Dios es blasfemo y está lleno de impiedad, blasfemo sería también preguntar tales cosas acerca del Logos. Sin embargo, para destruir semejante pregunta,

179. Cf. nota anterior.
180. Jn 1, 1.
181. Hb 1, 3.
182. Rm 9, 5.

irracional y necia, que ellos hacen, es obligado responder de esta manera: que Dios, existiendo, existe eternamente, y por lo tanto, al existir siempre el Padre también existe eternamente su resplandor, que es precisamente su Logos; además, que Dios, existiendo, tiene al Logos que existe y procede de Él, y que ni el Logos ha sobrevenido no existiendo antes ni el Padre estuvo privado en algún momento de su Logos[183]. [4] En efecto, su osadía contra el Hijo conduce hacia arriba la blasfemia hasta el Padre, si resulta que concibió para sí una Sabiduría, un Logos y un Hijo que vienen de fuera. [5] En efecto, cualquiera de estos nombres que menciones se refiere a lo engendrado que procede del Padre, como se ha dicho, de manera que esa pregunta que ellos hacen es inconsistente, como es lógico, pues al negar al Logos presentan una pregunta que es también irracional[184].

[6] Y al igual que si una persona, al ver el sol, tratase de hacer averiguaciones acerca del resplandor y dijese: «¿El que existe ha hecho al que no existía o ha hecho al que existía?», no se pensará que semejante persona tiene un modo de pensar equilibrado, sino que sería una persona trastornada, sencillamente porque considera lo que procede de la luz como venido de fuera y pregunta acerca del resplandor cuándo, dónde, en qué momento y si ha sido hecho; de la misma manera, quien piensa semejantes cosas acerca del Hijo y del Padre y trata de hacer averiguaciones de esa manera, debería tener un castigo mucho más grande, porque añade al Padre desde fuera el Logos que procede de Él y, tomando confusamente lo engendrado por naturaleza, como si fuese una cosa hecha, dice: «No existía antes de ser engendrado». Sin embargo, que también escuchen, como respuesta a su pregunta, que el Padre que existía hizo al Hijo que ya existía, pues *el Logos llegó a ser carne*[185],

183. Cf. *supra* nota 178.

184. La palabra griega que corresponde a «irracional» es *alogos*, que literalmente significa «privado de logos».

185. Jn 1, 14.

y siendo el Logos Hijo de Dios, lo hizo también hijo del hombre en la plenitud de los tiempos[186]; a no ser que acaso digan, de acuerdo con las doctrinas del de Samosata[187], que tampoco existía antes de llegar a ser hombre. Y en respuesta a su primera pregunta, bastan estas cosas por nuestra parte.

26. [1] Pero vosotros, arrianos, haciendo memoria de vuestras propias palabras, decid: El que existía, ¿tenía necesidad del que no existía para crear como artífice todas las cosas o tenía necesidad del que ya existía? Pues habéis dicho: «Se preparó de la nada para sí, como instrumento, al Hijo, a fin de hacer por medio de Él todas las cosas»[188]. ¿Qué es entonces mejor, aquello que tiene necesidad o lo que suple la necesidad? ¿O acaso ambos suplen uno al otro la respectiva necesidad? [2] En efecto, cuando decís semejantes cosas mostráis más bien la debilidad de quien se prepara el instrumento, al no haber sido capaz también Él, por sí solo, de crear como artífice todas las cosas, sino que concibe para sí un instrumento que viene de fuera, como un carpintero o un armador de barcos cualquiera, que no es capaz de hacer lo que hace sin una azuela o una sierra. ¿Qué hay entonces más impío que esto? ¿O por qué es absolutamente necesario emplear el tiempo en estas cosas, como si fuesen tremendas, siendo suficientes las cosas que ya hemos dicho para mostrar que lo que los arrianos sostienen no es más que pura imaginación?

[3] Y en lo que respecta a la otra muy estúpida y necia pregunta que hacen[189], la que utilizan con las muchachas, de nuevo tampoco habría sido necesario responder nada acerca de ella, o únicamente esto que hemos dicho anteriormente, es decir, que no hay por qué medir la generación que procede de Dios

186. Cf. Hb 9, 26.

187. Pablo, obispo de Samosata, del s. III d. C, también es acusado de hereje.

188. Arrio, *Thalia.*, fragm. 4 (Bardy).

189. Cf. *CA* I, 22, 5.

con los mismos parámetros con los que medimos la naturaleza de los hombres. Sin embargo, para que también en esto se condenen a sí mismos, es bueno salirles otra vez al paso a partir también de sus propios argumentos.

[4] En general, si preguntan a los progenitores acerca de un hijo, deben reflexionar de dónde procede el hijo engendrado. En efecto, aunque el progenitor no tuviera un hijo antes de engendrarlo, sin embargo no lo ha tenido venido de fuera y no es de naturaleza diversa, sino que procede de sí mismo, es propio de su sustancia y obtuvo una imagen semejante, de tal manera que el hijo es visto en el padre y el padre es contemplado en el hijo. Por lo tanto, si entienden el tiempo de los que son engendrados a partir de los parámetros humanos, ¿por qué razón no reflexionan también en base a esos mismos parámetros acerca de la identidad de naturaleza y del carácter propio de los que han sido engendrados respecto a sus progenitores, y en cambio, como hacen las serpientes, recogen de la tierra únicamente aquello que es necesario para su veneno?

[5] Habría sido necesario que ellos, por el contrario, a la hora de interrogar a los progenitores y decirles: «¿Acaso tenías un hijo antes de engendrarlo?», hubiesen añadido y dicho lo siguiente: «Si tuvieses un hijo, ¿acaso te vendría de fuera, como cuando compras una casa o alguna otra propiedad?», de manera que te respondiese: «No viene de fuera, sino que procede de mí. Pues las cosas que vienen de fuera son cosas que se poseen y pasan de uno a otro, mientras que el hijo procede de mí, es propio de mi sustancia, es semejante a mí y no ha llegado a mí de otro, sino que ha sido engendrado procediendo de mí. Por lo cual también estoy completamente en él permaneciendo yo mismo lo que soy». [6] En efecto, es así como sucede. Y aunque el progenitor difiera en el tiempo (por ser también él un hombre que ha llegado a ser en el tiempo), no obstante también él habría tenido al hijo coexistiendo siempre con él, si la naturaleza no lo hubiese obstaculizado y hubiese impedido que fuese posible. Sin duda que Leví estaba en los lo-

mos de su bisabuelo[190] antes que éste mismo fuera engendrado y el abuelo lo fuese a engendrar. De este modo, cuando el hombre alcanza la edad en la que la naturaleza procura lo necesario, enseguida el hombre que no esté dotado de una naturaleza impedida llega a ser padre del hijo que procede de él.

27. [1] Así pues, si han preguntado a los progenitores por sus hijos y han llegado a saber que los que son hijos por naturaleza no vienen de fuera, sino que proceden de sus progenitores, entonces que reconozcan también acerca del Logos de Dios que todo Él procede del Padre. Que digan también, al indagar acerca de la cuestión del tiempo, qué es lo que puede ser impedimento para Dios (pues es preciso refutar a los impíos arrianos tomando pie de aquello mismo que preguntaban a modo de burla). Que digan por tanto qué es lo que impide a Dios ser siempre Padre del Hijo (pues el hecho de que lo engendrado proviene del Padre ya se ha reconocido).

[2] Pero para que también se acusen a sí mismos del todo por haber pensado semejantes cosas acerca de Dios, de igual manera que han preguntado a las muchachas acerca de la cuestión del tiempo, de esa misma manera deberían preguntar también al sol acerca de su resplandor y a la fuente acerca de lo que mana de ella, para que aprendan que, por más que estas cosas sean engendradas, también existen siempre junto con aquellas de las cuales proceden. [3] Y si para semejantes progenitores vale aquello de «por naturaleza» y «siempre» con respecto a aquellos a quienes engendran, ¿por qué razón entonces, si están concibiendo a Dios como inferior a los seres creados, no sacan a la luz de una manera más clara su impiedad? Pero si no se atreven a decirlo abiertamente, y por otra parte se reconoce que el Hijo no viene de fuera sino que es por

190. Cf. Hb 7, 9-10. Se refiere a Abrahán. Éste fue padre de Isac, que a su vez fue padre Jacob, el cual tuvo doce hijos, entre ellos Leví. Abrahán es por tanto el bisabuelo de Leví.

naturaleza lo engendrado que procede del Padre, y resulta que tampoco hay nada que sea un impedimento para Dios (*pues Dios no es como un hombre*[191], sino que es incluso mayor que el sol, o mejor, es el Dios del sol), entonces es evidente que el Logos no sólo procede del Padre, sino que también coexiste siempre con Él, y que por medio del Logos el Padre hizo que vinieran a la existencia todas las cosas que no existían.

[4] Por tanto, que el Hijo no procede de la nada sino que es eterno y procede del Padre lo demuestra incluso el hecho mismo; y la pregunta que los arrianos dirigen a los progenitores refuta su propia mala intención. En efecto, han reconocido el hecho de que es por naturaleza, y a continuación también han sido puestos en evidencia en lo que respecta a la cuestión del tiempo.

28. [1] Pero que no es necesario equiparar la generación de Dios a la naturaleza de los hombres y considerar que el Hijo es una «parte» de Dios, o que en general la generación no significa necesariamente una cierta pasión[192], nos hemos adelantado a decirlo anteriormente y ahora repetimos lo mismo: *Dios no es como un hombre*[193]. En efecto, los hombres engendran experimentando pasión, porque tienen una naturaleza caduca y están sujetos a los tiempos a causa de la debilidad de su propia naturaleza. En cambio, no es posible decir esto en el caso de Dios, [2] pues Dios no existe como un compuesto de partes, sino que al ser impasible y simple es Padre del Hijo sin pasión y sin división, y de esto hay, una vez más, una gran prueba y demostración tomada de las Sagradas Escrituras. [3] El Logos de Dios es, en efecto, su Hijo, y el Hijo es el Logos del Padre y la Sabiduría. Y el Logos y la Sabiduría no es ni una

191. Nm 23, 19; Jdt 8, 16.

192. No en el sentido subjetivo-romántico en que entendemos a veces esta palabra (como sinónimo de sentimiento intenso), sino en el sentido más objetivo de experimentar un cambio ontológico.

193. Nm 23, 19; Jdt 8, 16.

parte de aquello de lo cual es el Logos ni es lo engendrado según pasión. La Escritura entonces, al unir ambos, lo llamó por un lado «Hijo», para anunciar como buena nueva que es lo engendrado por naturaleza y que procede verdaderamente de la sustancia, mientras que, para que nadie pudiese suponer que lo engendrado era un hombre, dice también, refiriéndose a su sustancia, que Él es «Logos», Sabiduría y resplandor. En base a esto pensamos también en la impasibilidad de su generación y en su ser eterno y adecuado a Dios.

[4] Así pues, ¿qué clase de pasión o qué clase de parte del Padre es entonces el Logos, la Sabiduría y el resplandor? Esto hasta los mismos necios son capaces de comprenderlo. [5] En efecto, de igual manera que iban preguntando a las mujeres acerca del Hijo, que pregunten también de la misma manera a los hombres acerca del Logos, para que comprendan que la palabra[194] que pronuncian no es ni una pasión ni una parte de su pensamiento. Y si la palabra de los hombres, aunque ellos estén sujetos a pasión y estén compuestos de partes, es de esta manera, ¿por qué razón piensan que hay pasiones y partes en el caso del Dios incorpóreo e indiviso, para así, fingiendo naturalmente respetar a Dios, negar la generación verdadera y por naturaleza del Hijo? Que lo engendrado que procede de Dios no es una pasión ha quedado suficientemente demostrado con lo que se ha dicho anteriormente. Pero ahora ha quedado también mostrado en el caso particular que el Logos no ha sido engendrado según pasión.

Por otro lado, que escuchen también las mismas cosas acerca de la Sabiduría (*Dios no es como un hombre*[195]) y que también en este caso eviten imaginarse cosas humanas acerca de Él. Siendo verdad que los hombres han llegado a ser capaces de recibir a su vez la sabiduría, Dios, no participando de

194. En griego *logos*, pero referido aquí a la palabra humana.

195. Nm 23, 19; Jdt 8, 16.

nada, es Él mismo el Padre de la Sabiduría. Los que participan de ella suelen ser llamados sabios, y esta Sabiduría misma no es una pasión ni una parte, sino lo engendrado propio del Padre. [6] Por esta razón Dios es siempre Padre y no le sobrevino el hecho de ser padre, para que no se piense que también es mutable. En efecto, si es bueno que Él sea Padre pero no lo ha sido siempre, entonces lo bueno no habría estado siempre en el Padre.

29. [1] Sin embargo Asterio dice: «He aquí que Dios también es siempre creador y no le ha sobrevenido la potencia para crear como artífice; ¿acaso entonces, por el hecho de que sea el artífice, son eternas también las cosas que han sido hechas y no es lícito tampoco decir que no existían antes de ser engendradas?». ¡Insensatos arrianos! ¿Qué hay de semejante entre un hijo y una cosa hecha para que estas cosas que se aplican al Padre las apliquéis también a las cosas que han sido hechas por obra de artífice? ¿Y cómo es que después de haber sido mostrada, en lo que precede, la gran diferencia que existe entre lo engendrado y una cosa hecha, persistís en la ignorancia? [2] Por tanto hemos de volver a repetir lo mismo: que una cosa hecha viene de fuera de quien la hace, como se ha dicho, mientras que el Hijo es lo propio engendrado de la sustancia. Por esta razón no es necesario que la cosa hecha exista siempre, pues cuando el artífice quiere la hace, mientras que lo engendrado no está sometido a la voluntad, sino que es una propiedad de la sustancia. Y el hacedor lo sería y se llamaría así aunque todavía no existiesen sus obras, mientras que el Padre no sería llamado padre ni lo sería si no existiese un Hijo.

[3] ¿Tratan de averiguar por qué razón Dios pudiendo crear no crea siempre? Ésta es también una osadía propia de aquellos que no están en sus cabales, pues *¿quién conoció la mente del Señor o quién fue su consejero?*[196]. *¿O cómo dirá la*

196. Rm 11, 34.

figura modelada al alfarero: por qué me has hecho así?[197]. Pero para no quedarnos callados, aunque hemos encontrado que el razonamiento es en algún aspecto oscuro, escuchen ellos que, aunque Dios sea siempre capaz de crear, sin embargo las criaturas no habrían podido ser eternas, porque proceden de la nada y no existían antes de llegar a ser. Y aquellas cosas que no existían antes de llegar a ser, ¿cómo habrían sido capaces de coexistir con el Dios que existe siempre? [4] Por lo cual, Dios, considerando su provecho, ha hecho todas las cosas en el momento en que ha visto que podían permanecer después de haber llegado a ser. Y así como pudiendo haber enviado también desde el principio, en tiempos de Adán, Noé y Moisés, a su propio Logos, no lo envió sino en *la plenitud de los tiempos*[198] (pues supo que esto aprovechaba a toda la creación), de la misma manera también hizo a las cosas que han llegado a ser cuando quiso y fue provechoso para ellas.

[5] En cambio, el Hijo, como no es una cosa hecha, sino propio de la sustancia del Padre, existe siempre, pues al existir el Padre siempre es necesario que también exista siempre lo que es propio de su sustancia, que es precisamente su Logos y Sabiduría. [6] Además, las criaturas, aunque no existiesen nunca, no menoscabarían a su Hacedor, ya que tiene la capacidad de crear como artífice cuando quiera, mientras que lo engendrado, si no coexiste siempre con el Padre, supone una disminución de la perfección de su sustancia. De donde se sigue que las cosas que han sido hechas fueron creadas, cuando el Padre lo quiso, por medio de su Logos, mientras que el Hijo es siempre lo propio engendrado de la sustancia del Padre.

30. [1] Estas cosas alegran a los creyentes, pero entristecen a los herejes al ver su herejía destruida. Además, también aquella pregunta suya: «¿Lo que no ha sido engen-

197. Rm 9, 20. 198. Hb 9, 26.

drado[199] es uno o son dos?», muestra una vez más que su modo de pensar no es correcto, sino sospechoso y repleto de engaño. En efecto, no preguntan de ese modo para honrar al Padre, sino para deshonrar al Logos. [2] De este modo, si alguno, ignorando su malicia, respondiese: «Lo no engendrado es uno solo», enseguida vomitarían su propio veneno diciendo: «Entonces el Hijo forma parte de las cosas que han llegado a ser y hemos dicho correctamente que no existía antes de ser engendrado». En efecto, todo lo embrollan y revuelven, con el único propósito de distanciar al Logos del Padre y contar al artífice de todo entre el número de las cosas que han sido hechas.

[3] En primer lugar, por tanto, los arrianos son también merecedores de una condena, porque, al reprochar a los obispos que se han reunido en Nicea[200] el hecho de que se hayan servido de expresiones que no se encuentran en la Escritura[201] (las cuales, no obstante, no son ignominiosas, sino que han sido puestas para destruir su impiedad), han incurrido ellos mismos en su propia acusación, al hablar utilizando expresiones que no se encuentran en la Escritura y concebir ultrajes contra el Señor, *no sabiendo ni lo que dicen ni sobre qué afirmaciones hacen*[202]. [4] Que pregunten entonces a los griegos, a quienes han oído esas expresiones (pues no son una invención de la Escritura, sino de los griegos), para que, después de haber escuchado cuántos significados tiene la expresión, aprendan que ni si-

199. En griego *agénnēton*. Otros manuscritos leen *agénēton* («lo no llegado a ser»). Tal como sigue el argumento y por otros textos paralelos (por ejemplo cf. *supra CA* 1, 22) parece que corresponde mejor «lo no llegado a ser»; no obstante, seguimos el texto de la edición crítica.

200. Primer concilio ecuménico, celebrado en Nicea en el 325 d. C.

201. El Concilio sancionó el termino *homoousios*, esto es, «consustancial» (que en el Credo aparece traducido por «de la misma naturaleza»), para referirse al ser del Hijo respecto del Padre. Los arrianos reprochan a los padres del concilio que esta expresión no aparece en la Escritura.

202. 1 Tm 1, 7.

quiera preguntan adecuadamente acerca de aquellas cosas que dicen saber.

[5] En efecto, también yo he descubierto gracias a ellos que se llama «no llegado a ser»[203] a aquello que nunca ha llegado a ser pero es capaz de llegar a ser, como la madera que todavía no ha llegado a formar parte de un casco de navío, pero que puede llegar a serlo. [6] También se llama «no llegado a ser» a aquello que, en efecto, no ha llegado a ser, y tampoco es capaz de llegar a ser en momento alguno, como es el caso del triángulo y el número par, ya que ni el triángulo ha llegado a ser en algún momento un cuadrado ni podría llegar a serlo, así como tampoco el número par ha llegado a ser en algún momento impar ni podría llegar a serlo. [7] Pero también se llama «no llegado a ser» a lo que existe sin haber sido engendrado de nadie y que carece absolutamente de padre. Por su parte el perverso sofista Asterio[204], que es también defensor de la herejía, ha añadido en su propio tratado[205] que «no llegado a ser» es «lo que no ha sido hecho pero existe siempre»[206]. Por consiguiente, habría sido necesario que a la hora de preguntar, precisaran en qué sentido entienden la expresión «no llegado a ser», de manera que la persona preguntada pueda responderles adecuadamente.

31. [1] Pero si piensan que preguntan correctamente cuando dicen: «¿Lo que no ha llegado a ser es uno sólo o son dos?», van a escuchar en primer lugar, como ignorantes que son, que son muchos y también ninguno, pues las cosas que son capaces de llegar a ser son la mayoría, mientras que no

203. En griego *agénēton*. Cf. *supra* nota 199.

204. Hereje arriano de principios del s. IV d. C., ya mencionado más arriba: *CA*, I, 29, 1.

205. Llamado *Syntagmation*. Cf. M. VINZENT, *Asterius von Kappadokien, Die theologischen Fragmente*, Brill, Leiden - New York - Köln 1993.

206. ASTERIO, *Syntagmation*, fragm. 2 (Vinzent).

hay ninguna cosa que sea lo que no es capaz de llegar a ser, como se ha dicho.

[2] Pero si preguntan en el sentido en que determinó Asterio entender la expresión («no llegado a ser» es aquello que no es una cosa hecha sino que existe siempre), entonces que escuchen, no una vez sino muchas, que también el Hijo podría ser llamado de esta forma «no llegado a ser», de acuerdo con esta interpretación. En efecto, no es una de las cosas que han llegado a ser ni una cosa hecha, sino que coexiste eternamente con el Padre, como ya ha quedado también mostrado, por más que le den vueltas muchas veces con el único propósito de decir contra el Señor que «procede de la nada» y que «no existía antes de ser engendrado».

[3] Por tanto, si privados de todo argumento quisiesen después preguntar según aquel significado (de acuerdo con el cual «no llegado a ser» se refiere a lo que existe pero que no ha sido engendrado de nadie y no tiene un padre), también nos oirán decir a nosotros que en este sentido se trata de uno sólo y que únicamente el Padre es «no llegado a ser», y no podrán conseguir nada más al escuchar semejantes cosas. [4] En efecto, el hecho de que Dios sea llamado «no llegado a ser» de esta manera, tampoco implica que el Hijo sea una cosa que ha llegado a ser, siendo evidente, de acuerdo con las demostraciones precedentes, que el Logos es tal y como es el que lo ha engendrado. Por tanto, si Dios no ha llegado a ser, entonces su imagen, que es precisamente su Logos y Sabiduría, tampoco ha llegado a ser, sino que es lo engendrado. [5] ¿Pues qué parecido cabe entre lo que ha llegado a ser y lo que no ha llegado a ser? No hay que temer, en efecto, repetir otra vez las mismas cosas, puesto que si quieren que lo que ha llegado a ser[207] sea semejante a lo que no ha llegado a ser[208], de manera que quien vea

207. Esto es, según los arrianos, el Hijo.
208. El Padre, que los arrianos sí admitirían que no ha llegado a ser.

al Logos vea al Padre[209], no están lejos de decir que también lo que no ha llegado a ser[210] es imagen de las criaturas. Y en adelante todo se les embrolla (por un lado la equiparación de lo que ha llegado a ser con lo que no ha llegado a ser y, por otro, la destrucción de lo que no ha llegado a ser al medirse junto a las cosas que han sido hechas), con el único propósito de hacer descender al Hijo al nivel de las cosas que han sido hechas.

32. [1] No obstante tampoco creo que los arrianos quieran todavía decir semejantes cosas, si es que hacen caso a Asterio, el sofista. Pues él, por más que se esfuerza en ser el defensor de la herejía arriana y dice que es uno sólo el que no ha llegado a ser, contradice a los arrianos diciendo lo contrario que ellos, al afirmar que la Sabiduría de Dios no ha llegado a ser y carece de principio. Y éstas son una parte de las cosas que ha escrito: «Y no dijo el bienaventurado Pablo que predicaba a Cristo, que es la potencia de Dios o la Sabiduría de Dios[211], sino potencia y sabiduría de Dios, sin el añadido del artículo, predicando que es otra la potencia propia de Dios mismo, la cual es innata a Él y coexiste con Él sin haber llegado a ser»[212]. [2] Y de nuevo, un poco después: «Aunque ciertamente su eterna potencia y Sabiduría que, conforme dan a entender los razonamientos verdaderos, carece de principio y no ha llegado a ser, sería sin duda una sola y la misma»[213]. [3] En efecto, aunque pensó que existían dos sabidurías por no haber entendido bien la expresión del Apóstol, sin embargo, en cualquier caso, por el hecho de haber dicho que la Sabiduría que coexiste con Dios no ha llegado a ser, ha afirmado que lo que no ha llegado a ser ya no es uno solo, sino que, junto con Dios, hay además otra cosa que no ha llegado a ser.

209. Cf. Jn 14, 9.
210. Se refiere al Padre.
211. Cf. 1 Co 1, 24.
212. ASTERIO, *Syntagmation*, fragm. 64 (Vinzent).
213. *Ibid.*, fragm. 66 (Vinzent).

[4] Lo que coexiste, ciertamente, no lo hace consigo mismo, sino que coexiste con otro. Por consiguiente, o bien, haciendo caso a Asterio, no deberían preguntar en adelante «¿Lo no llegado a ser es uno o son dos?», para que no luchen contra Asterio, como quienes están indecisos, o bien, si se oponen también a él, que no se apoyen en su tratado, para evitar destruirse entre ellos mordiéndose unos a otros[214]. En pocas palabras, esto es lo que hay que decir frente a su ignorancia.

[5] En cambio, frente a su perversa resolución, ¿qué les podría decir uno suficientemente? ¿Quién no los odiaría con toda razón a ellos, que están tan fuera de sí? En efecto, dado que ahora ya no tienen libertad para decir «procede de la nada» y «no existía antes de ser engendrado», se han inventado el término «no llegado a ser», para que al decir entre los incautos que el Hijo es algo que ha llegado a ser, signifique otra vez lo mismo que aquellas otras expresiones («procede de la nada» y «hubo un tiempo en que no existió»). Pues con ellas se refieren a las cosas que han llegado a ser y a las criaturas.

33. [1] Así pues, habría sido necesario que, si confían en lo que dicen, se mantuviesen firmes en ellas y no cambiar su postura de maneras tan diversas. Pero no van a querer. Creen que son capaces de todo fácilmente si, encubriendo con este nombre la herejía, colocan al frente el término «no llegado a ser». [2] No hay duda de que este término mismo de «no llegado a ser» no alcanza su significado al Hijo, aunque ellos refunfuñen, sino frente a las cosas que han llegado a ser[215]. [3] Además, alguno podría verlo como semejante a «Todopoderoso» y «Señor de las potencias». En efecto, si el Padre de todas las cosas ejerce su poder y señorío por medio del Logos,

214. Cf. Ga 5, 15.

215. Es decir, llegamos a hablar de Dios como «no llegado a ser» a partir de las criaturas, que han llegado a ser, y en oposición a ellas. El Hijo, en cambio, nos lleva a hablar de Dios como «Padre», y no como «no llegado a ser».

y resulta que el Hijo reina sobre el Reino del Padre, y tiene el poder sobre todas las cosas como Logos e imagen del Padre, entonces es muy claro que de este modo ni el Hijo es contado entre todas las cosas, ni el Padre es llamado todopoderoso y Señor por causa del Hijo, sino por causa de aquellas cosas que han llegado a ser por medio del Hijo, sobre las cuales ejerce su poder y señorío por medio del Logos. Y entonces el término «no llegado a ser» no adquiere su significado por causa del Hijo, sino por causa de las cosas que han llegado a ser por medio del Hijo. ¡Y con toda razón!, porque Dios no es como las cosas que han llegado a ser, sino que es creador y artífice de ellas por medio del Hijo.

[4] Y así como el término «no llegado a ser» adquiere su significado frente a las cosas que han llegado a ser, de la misma manera el término «Padre» es indicativo del Hijo. El que llama «hacedor», «artífice» y «no llegado a ser» a Dios, mira y entiende las criaturas y las cosas que han llegado a ser, mientras que el que llama «Padre» a Dios, enseguida piensa en el Hijo y lo contempla. [5] Por ello uno se podría sorprender de la obstinación de los arrianos en la impiedad, ya que, aunque también es cierto que el término «no llegado a ser» tiene el recto sentido que hemos señalado anteriormente y es posible utilizarlo con piedad, ellos lo pronuncian para deshonrar al Hijo, de acuerdo con su propia herejía, al no haber leído que el que honra al Hijo honra al Padre y el que no honra al Hijo no honra al Padre[216].

[6] En efecto, si de veras les hubiese preocupado la buena fama y la honra del Padre, habría sido necesario más bien (y esto habría sido lo mejor y lo más grande) que ellos conocieran y hablasen de Dios como Padre en lugar de llamarlo de aquella otra manera. [7] Pues ellos, como se ha dicho anteriormente, al llamar «no llegado a ser» a Dios a partir de las

216. Cf. Jn 5, 23.

obras que han llegado a ser, sólo llaman hacedor y artífice a Dios, creyendo que en base a esto pueden referirse, conforme a su propio gusto, también al Logos como una cosa que ha sido hecha. Por el contrario, el que llama «Padre» a Dios se refiere a Él a partir del Hijo, sin ignorar que, existiendo el Hijo, todas las cosas que han llegado a ser forzosamente fueron creadas por medio de Él. [8] Quienes dicen «no llegado a ser» se refieren al Padre únicamente a partir de las obras y no conocen tampoco ellos, al igual que los griegos, al Hijo. Por el contrario, el que llama a Dios «Padre» se refiere a Él a partir del Logos y, al conocer al Logos, sabe que es artífice y comprende que *por medio de Él han llegado a ser todas las cosas*[217].

34. [1] Por consiguiente, sería mucho más piadoso y más verdadero referirse a Dios a partir del Hijo y llamarlo Padre que otorgarle el nombre únicamente a partir de las obras y llamarlo «no llegado a ser». Pues este nombre, no sólo individualmente –como he dicho–, sino en conjunto, se refiere a todas las obras que han llegado a ser y proceden de la voluntad de Dios por medio del Logos, mientras que el de «Padre» se refiere únicamente al Hijo y surge en relación a Él. [2] Y en la medida en que dista el Logos de las cosas que han llegado a ser, tanto y aún más podría distar el llamar a Dios «Padre» del llamarle «no llegado a ser». Además este término no aparece en la Escritura, es sospechoso y tiene un significado muy variado, de manera que lleva de aquí para allá, en varias direcciones, la mente del que se pregunta acerca de su significado. El término «Padre», por el contrario, es simple, está atestiguado en la Escritura, es más verdadero y se refiere únicamente al Hijo. Además, el término «no llegado a ser» se encuentra entre los griegos, que no conocen al Hijo, mientras que el término «Padre» ha sido dado a conocer por el Señor nuestro y constituye una gracia.

217. Jn 1, 3.

[3] Y sabiendo de quién es Hijo, Él mismo decía: *Yo estoy en el Padre y el Padre en mí*[218], *El que me ha visto a mí ha visto al Padre*[219], y: *Yo y el Padre somos una sola cosa*[220], y en ningún lugar aparece Él llamando al Padre «no llegado a ser». Al contrario, al enseñarnos a orar no dijo «Cuando oréis, decid: ¡oh Dios, no llegado a ser!», sino más bien: *Cuando oréis, decid: Padre nuestro, que estás en los cielos*[221]. [4] Además quiso que lo capital de nuestra fe se dirigiese hacia esto, al ordenaros bautizar no «en el nombre del no llegado a ser y del llegado a ser» ni «en el nombre del que no es criatura y del que es criatura», sino: *En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*[222]. [5] En efecto, siendo nosotros así perfeccionados y perteneciendo al número de las criaturas[223], somos hechos hijos después, y al pronunciar el nombre del Padre, llegamos a conocer también, a partir de este nombre, al Logos que está en el Padre mismo. [6] Ha quedado mostrado, pues, que su intento de usar el término «no llegado a ser» es inútil y que no tiene mayor relevancia que el hecho de ser una mera fantasía.

35. [1] Y en lo que se refiere a su pregunta de si el Logos es «mutable», está de más investigar sobre ello, pues también basta únicamente con que yo, después de haber anotado las cosas que dicen, muestre la osadía de su impiedad. [2] En efecto, estas son las tonterías que dicen, cuando preguntan: «¿Tiene libre voluntad o no? ¿Es entonces bueno por una elección conforme a su libre voluntad y es capaz, si quisiese, de mudarse al ser de naturaleza mutable? ¿Acaso no está en su mano el elegir libremente moverse e inclinarse hacia una y otra dirección, como sucede con una piedra y un madero?». [3] No es entonces algo ajeno a su herejía el decir y pensar semejantes cosas, pues, una vez que se han modelado un Dios que procede de la

218. Jn 14, 10.
219. Jn 14, 9.
220. Jn 10, 30.
221. Lc 11, 2; Mt 6, 9.
222. Mt 28, 19.
223. Lit.: «cosas hechas».

nada y un Hijo creado, se sigue lógicamente que también hayan escogido vocablos tales que se ajustan bien a las criaturas. Y puesto que luchan continuamente contra los que pertenecen a la Iglesia, aunque les escuchan hablar acerca del verdadero y único Logos del Padre y se atreven a pronunciar tales cosas acerca de Él, ¿quién podría ver algo más infame que esta doctrina? [4] Con sólo escucharlos a ellos, y aunque no fuese capaz de rebatirlos, ¿quién no se espanta y se tapará los oídos extrañándose de las cosas que ellos dicen, y al escuchar palabras inútiles que contienen inmediatamente y en su misma enunciación la blasfemia?

[5] En efecto, si el Logos es mutable y cambia, ¿dónde se detendrá entonces y cuál será el término de su aumento? ¿O cómo será capaz el que es mutable[224] de ser semejante al que es inmutable[225]? ¿Cómo va a pensar que ha visto al que es inmutable el que ha visto al que es mutable[226]? ¿En qué estadio de su desarrollo, si llega a ser, podrá uno entonces ver en el Hijo al Padre? [6] Ciertamente, es claro que no siempre verá uno en Él al Padre por el hecho de que el Hijo está siempre mudándose y es de naturaleza cambiante. El Padre, en efecto, es inmutable y no puede cambiar, y permanece siempre del mismo modo y es el mismo. Si el Hijo, en cambio, es mutable –como dicen ellos– y no siempre es el mismo, sino que siempre tiene una naturaleza cambiante, ¿cómo alguien así va a poder ser imagen del Padre, si no se asemeja a Él en la inmutabilidad? ¿Y de qué manera va estar completamente en el Padre[227], si su elección está por determinar? Quizá al ser mutable y progresar cada día todavía no es perfecto. [7] ¡Que desaparezca semejante locura de los arrianos y que la verdad brille y muestre que ellos deliran! En verdad, ¿cómo no va a ser perfecto el que es igual a Dios[228]?

224. En el supuesto de los arrianos, el Hijo.

225. Es decir, el Padre.

226. Cf. Jn 14, 9.

227. Cf. Jn 14, 10.

228. Cf. Flp 2, 6 y Jn 10, 30.

¿O cómo no va a ser inmutable el que es una sola cosa con el Padre y es Hijo suyo, propio de su sustancia? Al ser inmutable la sustancia del Padre, también tendría que ser inmutable lo propio engendrado de ella. [8] Y si atribuyen falsamente una alteración al que es verdaderamente el Logos, que aprendan dónde peligra su argumentación: *A partir del fruto también se conocerá el árbol*[229]. También por esta razón *el que ha visto al Hijo ha visto al Padre*[230] y el conocimiento del Hijo es conocimiento del Padre.

36. [1] Así pues, la imagen del Dios inmutable no podría cambiar, ya que *Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos*[231]. Y David, salmodiando acerca de Él, dice: *Y tú, Señor, desde el principio has cimentado la tierra y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecen, pero tú permaneces; y todos envejecerán como un vestido, y los envolverás como un manto y serán transformados. Tú en cambio eres el mismo y tus años no se acabarán*[232]. [2] El Señor, por su parte, dice de sí mismo por medio del profeta: *Miradme, mirad que yo soy*[233], *y no cambio*[234]. Aunque uno puede también decir que esto se refiere al Padre, no obstante también es bueno decirlo del Hijo, porque muestra, sobre todo al haber llegado a ser hombre, su propia identidad y su carácter inmutable a los que consideran que por culpa de la carne Él ha cambiado y ha llegado a ser algo distinto. Pero los santos, y sobre todo el Señor, son más dignos de crédito que las necedades de los impíos.

[3] Además, según la lectura de los Salmos anteriormente citada, la Escritura, al indicar, por medio de la referencia al cielo y a la tierra, que la naturaleza de todas las cosas que han llegado a ser y de toda la creación es mutable y cambiante, y al man-

229. Mt 12, 33.
230. Jn 14, 9.
231. Hb 13, 8.
232. Sal 101 (102), 26-28.
233. Dt 32, 39.
234. Ml 3, 6.

tener por otro lado al margen de estas cosas al Hijo, muestra que Él no es «llegado a ser» en modo alguno, sino que más bien enseña que el Hijo es el que cambia las demás cosas sin que Él mismo cambie, utilizando estas palabras: *Tú eres el mismo, y tus años no se acabarán*[235]. Y lo dice muy a propósito, pues las cosas que han llegado a ser, al provenir de la nada y no existir en modo alguno antes de llegar a ser (porque no existiendo llegan a ser), tienen una naturaleza cambiante, mientras que el Hijo, al proceder del Padre y ser lo propio de su sustancia, no cambia y es inmutable como el Padre mismo.

[4] En efecto, no es lícito decir que a partir de la sustancia inmutable sea engendrado un Logos mutable y una Sabiduría cambiante. ¿Pues cómo va a ser ya Logos si es mutable? ¿O cómo va a ser ya Sabiduría lo que es cambiante? A no ser que quieran que el Logos esté en el Padre como algo que sobreviene a su sustancia, como ocurre cuando alguna gracia y hábito virtuoso han sobrevenido a una sustancia que tiene su propia identidad y ha sido llamada logos, hijo y sabiduría en este sentido, de modo que puede ser sustraída y añadida a la sustancia. [5] Ellos, en efecto, han pensado muchas veces semejantes cosas y las han dicho, y sin embargo no es ésta la fe de los cristianos, ya que no muestran que este Logos sea también el Hijo verdadero de Dios ni que esta Sabiduría sea la verdadera Sabiduría. ¿Pues cómo va a poder ser verdadero aquello que se muda y cambia sin detenerse en un único y mismo estado? [6] Además, resulta que el Señor dice: *Yo soy la verdad*[236]. Por lo tanto, si el Señor mismo dice esto acerca de sí mismo y muestra su carácter inmutable, y los santos, habiéndolo aprendido, dan testimonio de ello (y por otro lado también las ideas que se tienen acerca de Dios saben que esto es piadoso), ¿de dónde han concebido ellos, impíos, estas cosas? Las han vomitado por consiguiente de su corazón como procedentes de la corrupción.

235. Hb 1, 12. 236. Jn 14, 6.

37. [1] Pero puesto que incluso aducen como pretexto palabras de la Escritura y se esfuerzan con denuedo por malinterpretarlas conforme a su propia manera de pensar, es obligado responderles tanto como sea necesario para defender dichas palabras, mostrar que tienen un significado correcto y que son ellos los que discurren de manera equivocada. [2] En este sentido, dicen que está escrito por el Apóstol: *Por ello también Dios lo ensalzó y lo agració con el nombre sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en el abismo*[237], y por David: *Por esta razón Dios, tu Dios, te ungió con óleo de alegría por encima de tus partícipes*[238]. [3] Luego añaden, como si estuviesen diciendo algo sabio: «Si por esta razón fue ensalzado y obtuvo gracia y por esta razón ha sido ungido, entonces recibió la recompensa de su elección, y por el hecho de haber obrado por elección es realmente de naturaleza mutable».

[4] Eusebio y Arrio no sólo se han atrevido a decir estas cosas, sino incluso a escribirlas, y los que los siguen no vacilan en proclamarlo en medio de la plaza, sin ver cuánta locura encierra su discurso[239]. [5] En efecto, si hubiese recibido como recompensa de su elección aquellas cosas que tenía, no las habría tenido si no hubiese aceptado la obra de Aquél que se las dio y entonces, como resulta que las tiene por causa de su virtud y su mejora, lógicamente es llamado Hijo y Dios por causa de estas cosas, pero no es verdadero Hijo. [6] En efecto, lo que procede de uno según la naturaleza es realmente lo engendrado, como lo fue Isaac para Abrahán, José para Jacob y el resplandor para el sol. En cambio, los que lo son por causa de la virtud y la gracia lo son sólo de nombre, al tener la gracia como resultado de haberla recibido (y no por naturaleza), y al ser algo distinto de aquello que se les ha dado. Éste es el caso,

237. Flp 2, 9-10.
238. Sal 44 (45), 8.
239. Cf. ARRIO, *Thalia*, fragm. 17 (Bardy).

por ejemplo, de los hombres, que reciben el Espíritu por participación y acerca de los cuales también decía: *He engendrado hijos y los he elevado, pero ellos me rechazaron*[240]. Por esta razón, dado que no eran hijos por naturaleza, es natural que les fuera arrebatado el Espíritu y fueran desheredados al haberse extraviado, y también que Dios, quien al principio les ha concedido la gracia de esta manera, los acogerá cuando se arrepientan y los llamará otra vez hijos, dándoles la luz.

38. [1] Por tanto, si dicen que también el Salvador es de esta manera, se mostrará que no es verdadero, ni Dios, ni Hijo, ni semejante al Padre, ni tiene en modo alguno a Dios como Padre de su ser, según la sustancia, sino únicamente como padre de la gracia que le ha sido concedida, y que tiene a Dios como creador de su ser según la sustancia, conforme a su semejanza con todas las demás cosas. [2] Y siendo el Salvador tal como ellos dicen, aparecerá más claramente que tampoco desde el principio posee el nombre «Hijo», si resulta que esto lo obtuvo como galardón por sus obras y progreso, que no es otro sino el que tuvo lugar cuando ha llegado a ser hombre y tomó la forma de siervo[241]. En efecto, esto sucede en el preciso momento en el que, habiendo llegado a ser obediente hasta la muerte, se dice que es ensalzado y que ha recibido el nombre como gracia *para que en el nombre de Jesús toda rodilla se doble*[242].

[3] ¿Qué era entonces antes de que sucediera esto, si es ahora cuando es ensalzado, ahora cuando ha comenzado a ser adorado y ahora cuando es llamado Hijo; esto es, cuando ha llegado a ser hombre? Parece ser que Él no ha mejorado en nada la carne, sino más bien que Él ha sido mejorado por medio de ella, pues resulta, según el malvado modo de pensar de ellos, que Él es ensalzado y llamado Hijo en el preciso momento en que ha llegado a ser hombre. [4] ¿Qué era entonces antes de que su-

240. Is 1, 2.
241. Cf. Flp 2, 7-10.
242. Flp 2, 10.

cediera esto? En efecto, es obligado preguntarles de nuevo para que pueda contemplarse la cima de su impiedad. Porque si el Señor es Dios, Hijo, Logos, pero no era estas cosas antes de llegar a ser hombre, o bien era alguna otra cosa aparte de éstas y después participó de ellas en razón de su virtud, como hemos dicho, o bien están obligados a afirmar aquello otro que podría sin duda volverse contra sus cabezas, es decir, que Él tampoco existía antes de esto, sino que es completamente un hombre por naturaleza y nada más. Pero este no es el modo de pensar de la Iglesia, sino del de Samosata[243] y el de los judíos de ahora.

[5] ¿Por qué entonces no se circuncidan como los judíos si piensan como ellos y en cambio fingen ser cristianos y combaten contra Cristo? Pues si el Logos no existía, o existe pero fue mejorado después, ¿cómo han llegado a ser todas las cosas por medio de Él, o cómo pudo complacerse en Él el Padre[244], si resulta que no era perfecto? Por otro lado, si el Logos fue mejorado ahora, ¿cómo habría podido regocijarse antes de esto en el rostro del Padre[245]? ¿Y cómo es que aparece Abrahán adorándole en la tienda[246] y Moisés en la zarza[247], si obtuvo el ser adorado después de la muerte? ¿Y cómo vio Daniel que diez mil miríadas y miles y miles lo servían[248]? [6] Si según ellos ahora obtuvo la mejora, al recordar su propia gloria anterior y superior al mundo, ¿cómo habría dicho el Hijo mismo: *Glorifícame Padre con la gloria que tenía junto a ti antes que el mundo existiese*[249]. Y si ahora ha sido ensalzado, conforme ellos dicen, ¿cómo es que antes de esto *inclinó el cielo y descendió*[250], y en otra ocasión *el Altísimo dio la voz de Él*[251]? [7] Así pues, si antes que el mundo llegase a ser, el Hijo tenía la gloria y era *Señor de la gloria* y *Altísimo*[252], y bajó del cielo y es siempre

243. O sea, Pablo de Samosata.
244. Cf. Pr 8, 30.
245. Cf. Pr 8, 30.
246. Cf. Gn 18, 2.
247. Cf. Ex 3, 2.6.
248. Cf. Dn 7, 10.
249. Jn 17, 5.
250. Sal 17 (18), 10.
251. Sal 17 (18), 14.
252. Nm 24, 11 y 1 Co 2, 8.

adorado, entonces Él no fue mejorado al haber descendido, sino que más bien mejoró aquellas cosas que necesitaban de perfección. Y si ha bajado con el fin de mejorarlas, entonces el Logos no tuvo como una recompensa el ser llamado Hijo y Dios, sino que más bien nos hizo a nosotros hijos para el Padre y divinizó a los hombres al haber llegado a ser Él mismo hombre.

39. [1] Por tanto, no se trata de que siendo hombre después haya llegado a ser Dios, sino que siendo Dios después ha llegado a ser hombre, sobre todo para divinizarnos a nosotros. Además, si fue llamado Hijo y Dios en el preciso momento en que llegó a ser hombre, y por otro lado Dios, antes de que llegase a ser hombre, llamaba hijos a los pueblos de la antigüedad y dispuso a Moisés como dios del Faraón[253], y son muchos aquellos de quienes la Escritura dice: *Dios está de pie en medio de la asamblea de los dioses*[254], es evidente que el Logos fue llamado Hijo y Dios después de ellos. [2] ¿Cómo es posible entonces que todas las cosas hayan llegado a ser por medio de Él[255] y que exista antes que todas las cosas[256], o cómo va a ser primogénito de toda la creación[257], si existen antes que Él los que son llamados hijos y dioses? ¿Y cómo es posible que los que son los primeros en participar no participen del Logos?

Esta doctrina no es verdadera, se trata de una invención de los judaizantes de ahora. [3] En efecto, ¿cómo habrían podido ser algunos capaces de llegar a conocer a Dios como Padre? Tampoco habría podido tener lugar la adopción filial sin el Hijo verdadero, diciendo Él mismo que *ninguno conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo revele*[258]. Por otro

253. Cf. Ex 7, 1. Siguiendo la edición crítica traduzco «Faraón» como nombre propio, no como nombre genérico.

254. Sal 81 (82), 1.

255. Cf. Col 1, 16.

256. Cf. Col 1, 17.

257. Cf. Col 1, 15.

258. Mt 11, 27.

lado, ¿cómo habría podido tener lugar la divinización sin el Logos y antes que Él, cuando precisamente Él mismo dice a los judíos (los hermanos de los arrianos): *Si a aquellos ha llamado dioses, a quienes el Logos de Dios salió al encuentro*[259]? [4] Y si todos cuantos han sido llamados hijos y también dioses, ya sea sobre la tierra, ya sea en los cielos, y son hechos hijos y son divinizados por medio del Logos, y el Hijo en persona es el Logos, es evidente que todos existen por medio de Él, que Él es anterior a todos, y sobre todo que Él es el único Hijo verdadero y el único verdadero Dios que procede del Dios verdadero, sin haber recibido estas cosas como recompensa por su virtud y sin ser otra cosa distinta de éstas, sino siendo estas cosas por naturaleza conforme a su sustancia. [5] En efecto, el Hijo existe como lo engendrado de la sustancia del Padre, de manera que tampoco se puede dudar que también el Logos es inmutable a semejanza del Padre que es inmutable.

40. [1] Hasta ahora, por tanto, hemos hecho frente a las absurdas ideas de los arrianos sirviéndonos de las consideraciones acerca del Hijo en la manera en que el Señor mismo ha permitido. Pero es bueno también en adelante presentar junto a ellas las palabras de la Escritura, para que incluso se demuestre todavía más el carácter inmutable del Hijo y su naturaleza idéntica a la del Padre, que no es cambiante, y la mala intención de los arrianos.

[2] Escribiendo a los Filipenses, el Apóstol dice: Meditad en vosotros aquello que se encuentra también en Cristo Jesús, el cual, existiendo en la forma de Dios *no consideró algo a lo que aferrarse el ser igual a Dios, sino que se vació a sí mismo al haber tomado la forma de siervo, llegando a ser semejante a los hombres, y siendo hallado en su figura como un hombre se humilló a sí mismo habiendo llegado a ser obediente hasta*

259. Jn 10, 35.

la muerte, y muerte de cruz. Por esta razón también Dios lo ensalzó y le agració con el nombre que está sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua profese que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre[260]. [3] ¿Qué podría haber más claro y constituir una prueba mayor que esto? Pues no ha llegado a ser mejor a partir de una situación peor, sino que más bien, existiendo como Dios, tomó la forma de siervo y no fue mejorado por el hecho de tomarla, sino que se humilló a sí mismo. [4] ¿Dónde está entonces, en estas palabras, la «recompensa de la virtud» o qué clase de progreso o mejora hay en el hecho de humillarse? En efecto, si siendo Dios ha llegado a ser hombre y habiendo bajado de lo alto se dice que es ensalzado, ¿a dónde es ensalzado, si es Dios, y es evidente, una vez más, que al ser Dios altísimo por fuerza también debe ser altísimo su Logos? ¿Cuánto más podría ser ensalzado entonces el que está en el Padre y es semejante en todo al Padre[261]?

[5] Por consiguiente, el Logos no está falto de ningún añadido y no es como suponen los arrianos. [6] Pues si ha bajado para ser ensalzado y estas cosas están mencionadas en la Escritura, ¿qué necesidad hubo entonces de que también se humillara a sí mismo con el fin de conseguir aquello que precisamente ya tenía? ¿Qué clase de gracia recibió el que es dador de la gracia? ¿O cómo recibió el nombre para ser adorado el que siempre es adorado en su propio nombre? [7] En efecto, ya antes de llegar a ser hombre lo invocaban los santos: *Dios, sálvame en tu nombre*[262], y en otra ocasión: *Éstos en sus carros y aquéllos en sus caballos, pero nosotros en cambio nos gloriamos en el nombre del Señor Dios nuestro*[263]. También era adorado por los patriarcas, y acerca de los ángeles está escrito: *Que lo adoren también todos los ángeles de Dios*[264].

260. Flp 2, 5-11.
261. Cf. *CA* II, 18, 2.
262. Sal 53 (54), 3.
263. Sal 19 (20), 8.
264. Hb 1, 6.

41. [1] Además, si, como cantó David en el salmo setenta y uno, *antes que el sol permanece su nombre y antes que la luna, de generación en generación*[265], ¿cómo es que ha recibido entonces lo mismo que siempre tenía, incluso antes de recibirlo ahora? ¿O cómo era ensalzado el que antes de ser ensalzado es altísimo? ¿O cómo pudo recibir el ser adorado el que antes incluso de recibirlo es ahora adorado siempre? [2] No es un enigma, sino un misterio divino: *En el principio existía el Logos, y el Logos estaba junto a Dios y el Logos era Dios*[266]. Y después, por causa nuestra, este Logos *llegó a ser carne*[267], y la expresión *lo ensalzó* que se dice ahora no significa que la sustancia del Logos haya sido elevada (pues siempre existió y es semejante a Dios), sino que la elevación pertenece a su humanidad.

[3] Ciertamente no se ha dicho esto antes (sino cuando el Logos llegó a ser carne), para que quedase claro que la expresión *se humilló* y la expresión *ensalzó* se atribuyen a lo humano, de quien es propio, en efecto, la humillación y también el ser ensalzado. Y si la expresión *se humilló* está escrita por causa de la asunción de la carne, es evidente que también la expresión *ensalzó* lo es por la misma razón, pues el hombre estaba necesitado de ello a causa de la humillación de la carne y de la muerte. [4] Así pues, dado que siendo imagen del Padre e inmortal el Logos *tomó la forma de siervo*[268], y por nuestra causa soportó como hombre la muerte en su propia carne, para así ofrecerse a sí mismo al Padre en favor nuestro por medio de la muerte, por esta misma razón se dice también que es ensalzado como hombre por causa nuestra y en favor nuestro, para que así como en su muerte *todos nosotros hemos muerto*[269] en Cristo, así también en Cristo mismo seamos nosotros a su vez ensalzados, siendo levantados de entre los muertos y subiendo a los cielos, *donde entró Jesús, precursor en favor nuestro*[270], no *en*

265. Sal 71 (72), 17.5.
266. Jn 1, 1.
267. Jn 1, 14.
268. Flp 2, 7.
269. 1 Co 5, 14.
270. Hb 6, 20.

figura de los verdaderos cielos, sino en el mismo cielo, manifestándose ante la persona de Dios en favor nuestro[271]. Y si Cristo entró ahora en el mismo cielo en favor nuestro, incluso siendo antes de esto y siempre Señor y artífice de los cielos, entonces también está escrito ahora que fue ensalzado en favor nuestro.

[5] Y así como Cristo, que santifica a todos, dice en otra ocasión al Padre que se santifica a sí mismo en favor nuestro[272], no para que el Logos llegue a ser santo, sino para que Él nos santifique a todos en sí mismo, de la misma manera entonces también la expresión *lo ensalzó* que ahora se dice no es para que Cristo sea ensalzado (pues es Altísimo), sino para que llegue a ser justicia[273] en favor nuestro, y nosotros seamos ensalzados en Él y entremos por las puertas de los cielos que Él mismo volvió a abrir en favor nuestro. Al decir los precursores: *Alzad vuestras puertas, príncipes, levantaos, puertas eternas, y entrará el rey de la gloria*[274], [6] no estaban, en efecto, cerradas allí las puertas para el Señor y Hacedor de todas las cosas, sino que esto también está escrito por nosotros, para quienes estaba cerrada la puerta del paraíso[275]. Por lo cual también en cuanto hombre, por la carne que llevaba, se dicen acerca de Él las expresiones *alzad* y *entrará*, como si se tratase de un hombre que entra, mientras que en cuanto Dios (puesto que el Logos también es Dios[276]) se dice que es el Señor y el Rey de la gloria. [7] Semejante elevación, que ha tenido lugar para nosotros, la profetizaba el Espíritu en el salmo ochenta y ocho, diciendo: *Y en tu justicia serán ensalzados porque el orgullo de sus fuerzas eres tú*[277]. Y si el Hijo es la justicia, entonces Él no es ensalzado porque esté necesitado, sino que somos nosotros los ensalzados en la justicia, que Él mismo es.

271. Hb 9, 24.
272. Cf. Jn 17, 19.
273. Cf. 1 Co 1, 30.
274. Sal 23 (24), 7.9.
275. Cf. Gn 3, 24.
276. Cf. Jn 1, 1.
277. Sal 88 (89), 17-18.

42. [1] Y, en efecto, tampoco la expresión *le agració*[278] está escrita en razón del Logos mismo (pues como ya hemos dicho, ya antes de llegar a ser hombre era a su vez adorado por los ángeles y por toda la creación, conforme al hecho de pertenecer, como algo propio, al Padre), sino que una vez más esto se ha dicho de Él por causa y en favor nuestro. [2] En efecto, así como en cuanto hombre Cristo murió y fue ensalzado, así también en cuanto hombre se dice que recibe aquello que precisamente tenía siempre en cuanto Dios, para que nos alcanzase también a nosotros semejante gracia que le había sido concedida a Él. Pues el Logos no llegó a ser menos al haber tomado un cuerpo, de manera que tuviera que buscar el recibir también la gracia, sino que más bien divinizó aquello con lo que precisamente se revistió y con esto agració más al linaje humano.

[3] Porque así como siempre era adorado por ser el Logos y existir en la forma de Dios, de igual manera siendo el mismo y habiendo llegado a ser hombre y siendo llamado Jesús, no obstante sigue teniendo bajo sus pies toda la creación[279], en este nombre se doblan las rodillas ante Él[280] y la creación confiesa que, incluso el hecho de que el Logos haya llegado a ser carne y haya soportado la muerte en su carne, no ha sucedido para deshonra de la divinidad, sino para gloria de Dios Padre[281]. [4] Y la gloria del Padre consiste en encontrar al que llegó a ser[282] y se destruyó, en vivificar al que estaba muerto y en que llegue a ser templo de Dios[283]. [5] Y como resulta que las potencias que están en los cielos (ángeles y arcángeles) adoran siempre al Señor y lo adoran también ahora en el nombre de Jesús, esta gracia y elevación es sin duda nuestra, porque, a pesar de haber llegado a ser hombre, el Hijo de Dios es adorado, y las potencias celestes no se extrañarán cuando nos vean a todos

278. Cf. Flp 2, 9.
279. Cf. 1 Co 15, 27.
280. Cf. Flp 2, 10.
281. Cf. Flp 2, 11.
282. Esto es, a las criaturas.
283. Cf. 1 Co 3, 16.

nosotros, que somos concorpóreos con Él, entrando en sus moradas. Esto no habría podido suceder de otra manera, si no es porque Aquél, que existía en la forma de Dios, había tomado la forma de siervo y se había humillado a sí mismo[284], consintiendo que su cuerpo alcanzase la muerte.

43. [1] He aquí, por tanto, que lo que los hombres consideran necedad de Dios[285], por causa de la cruz, ha llegado a ser lo más preciado de todo. Ciertamente nuestra resurrección está asegurada en Cristo. Y ya no sólo Israel, sino también todas las demás naciones, como anticipó el profeta[286], abandonan sus propios ídolos y reconocen al verdadero Dios, el Padre de Cristo, y se pone fin a la fantasía de los demonios, mientras que sólo el que es verdaderamente Dios es adorado en el nombre de nuestro Señor Jesucristo.

[2] También el hecho de que el Señor, que ha llegado a existir en un cuerpo y es llamado Jesús, sea adorado y se crea que es el Hijo de Dios y que por medio de Él sea reconocido el Padre, sería signo evidente de que –como se ha dicho– el Logos, en cuanto que es Logos, no recibió semejante gracia, sino nosotros. [3] En efecto, en razón del parentesco con su cuerpo, también nosotros hemos llegado a ser templo de Dios[287] y hemos sido hechos en adelante hijos de Dios[288], de manera que el Señor es adorado ahora también en nosotros y los que nos ven proclaman, como dijo el Apóstol, que verdaderamente Dios está en nosotros[289], como también Juan dice en su Evangelio: *Pero a cuantos le recibieron, les dio a ellos poder para llegar a ser hijos de Dios*[290]; mientras que en la carta escribe: *En esto conocemos que permanece entre nosotros: por su Espíritu, del que nos ha dado*[291].

284. Cf. Flp 2, 6-8.
285. Cf. 1 Co 1, 25.
286. Cf. Is 11, 10; Tb 14, 6.
287. Cf. 1 Co 3, 16.
288. Cf. Ga 3, 26.
289. Cf. 1 Co 14, 25.
290. Jn 1, 12.
291. 1 Jn 3, 24.

[4] Y es un signo distintivo de su bondad para con nosotros el hecho de que somos ensalzados por estar el Señor Altísimo entre nosotros, así como el hecho de que la gracia sea concedida en favor nuestro gracias a que el Señor, que es el dispensador de la gracia, llegara a ser hombre por nosotros. Por el contrario, Él, el Salvador, se humilló a sí mismo[292], al haber tomado nuestro humilde cuerpo[293], y tomó la forma de siervo[294], al haberse revestido de la carne esclavizada por el pecado. [5] Y no obtuvo de nuestra parte nada que lo mejorase, porque el Logos de Dios no carece de nada y está colmado. Al contrario, somos más bien nosotros los que hemos sido mejorados por Él, pues el Logos es *la luz que ilumina a todo hombre que viene al mundo*[295].

[6] En vano se apoyan los arrianos en la conjunción *por esta razón*, cuando Pablo dice: *Por esta razón Dios lo ensalzó*[296], ya que no lo decía indicando un premio por la virtud ni una mejora a causa de un progreso, sino refiriéndose a la causa de la elevación que nos ha llegado a alcanzar a nosotros. ¿Y qué significa esto sino que Aquél que existe en la forma de Dios[297], y que es Hijo del noble Padre, se humilló a sí mismo[298] y llegó a ser siervo en nuestro lugar y en favor nuestro? [7] En efecto, si el Señor no hubiese llegado a ser hombre, nosotros no habríamos podido resucitar de entre los muertos y ser rescatados de nuestros pecados, sino que habríamos permanecido muertos bajo la tierra. Ni habríamos sido tampoco ensalzados a los cielos, sino que estaríamos tirados en el infierno. Por causa nuestra, entonces, y en favor nuestro, se utilizan las expresiones *ensalzó* y *agració*.

44. [1] Pienso, por tanto, que éste es el sentido de la expresión, y que está muy de acuerdo con el sentir de la Iglesia.

292. Cf. Flp 2, 8.
293. Cf. Flp 3, 21.
294. Cf. Flp 2, 7.
295. Jn 1, 9.
296. Flp 2, 9.
297. Cf. Flp 2, 6.
298. Cf. Flp 2, 8.

Sin embargo, alguno podría intentar darle también otro significado a la expresión, diciendo lo mismo con palabras similares: que no significa que el Logos mismo, en cuanto que es Logos, sea ensalzado (pues, como se ha dicho un poco antes, es altísimo al ser semejante al Padre), sino que la expresión muestra su resurrección de los muertos que tiene lugar por causa de la Encarnación. [2] De este modo, al decir que se humilló a sí mismo hasta la muerte[299], enseguida agregó la expresión *por esta razón lo ensalzó*[300], queriendo mostrar que aunque como hombre se dice que ha muerto, sin embargo, como es vida, ha sido ensalzado en la resurrección. En efecto, *el que ha bajado es el mismo que subió*[301]. Bajó, pues, corporalmente, pero resucitó porque Él mismo era Dios en el cuerpo.

[3] Y éste es el motivo por el cual también agregó, con este sentido, la conjunción *por esta razón*, no para indicar una recompensa por su virtud ni por su progreso, sino para mostrar la causa por la cual ha tenido lugar la resurrección y por la cual los demás hombres, desde Adán hasta ahora, murieron y permanecieron muertos[302], mientras que sólo Cristo resucitó íntegro de entre los muertos. La causa, que Él mismo anticipó, es ésta: que siendo Dios ha llegado a ser hombre. [4] En efecto, todos los demás hombres, al proceder únicamente de Adán, murieron y temían la muerte dominando sobre ellos[303], mientras que el Logos es el segundo hombre que viene del cielo[304] (pues *el Logos llegó a ser carne*[305]). Y se dice que semejante hombre procede del cielo y está sobre el cielo[306], porque el Logos ha bajado del cielo, y por esta razón tampoco ha sido retenido por la muerte[307]. [5] Pues aunque se humilló a sí mismo consintiendo que su cuerpo alcanzase la muerte (el cuerpo, en

299. Cf. Flp 2, 8.
300. Flp 2, 9.
301. Ef 4, 10.
302. Cf. 1 Co 15, 22.
303. Cf. Rm 5, 14.
304. Cf. 1 Co 15, 47.
305. Jn 1, 14.
306. Cf. 1 Co 15, 48.
307. Cf. Hch 2, 24.

efecto, es capaz de recibir la muerte), sin embargo fue ensalzado desde la tierra porque era el Hijo de Dios en un cuerpo.

De este modo, lo mismo que ocurre con lo que se dice en este pasaje (la expresión *por esta razón Dios lo ensalzó*), sucede también con aquello que Pedro dice en los Hechos: *A quien Dios resucitó una vez disipados los fuertes dolores de la muerte, dado que no era posible que ésta lo retuviera bajo su dominio*[308]. [6] Pues así como en Pablo está escrito que, aunque existe en la forma de Dios, ha llegado a ser hombre[309] y se humilló a sí mismo hasta la muerte[310], y por esta razón precisamente Dios lo ensalzó[311], de igual manera también Pedro dice que ha llegado a ser hombre, aunque es Dios, y los signos y portentos han probado también que es Dios, a quienes ven, y por esta razón es capaz de no ser dominado por la muerte[312]. [7] Un mero hombre no habría podido conseguir esto, pues la muerte es algo propio de los hombres. Por esta razón el Logos, aunque es Dios, ha llegado a ser carne para que, muerto en la carne[313], vivificase a todos[314] con su propia potencia.

45. [1] Pero ya que se dice que Él mismo *es ensalzado*[315] y también que Dios *le agració*[316] y los arrianos lo consideran una disminución o una pasión en la sustancia del Logos, hay que explicar también en qué sentido se dicen estas cosas. [2] En efecto, se dice que Él es ensalzado desde las partes más bajas de la tierra[317], porque se dice también que la muerte es propia de Él. Pero ambas cosas se le atribuyen porque al Logos le pertenecía, y no era de otro, el cuerpo que fue ensalzado desde los muertos y subido a los cielos. Además, al ser su cuerpo y no estar el Logos fuera de él, es lógico que, al ser ensalzado el cuerpo, se diga que Él es ensalzado en cuanto hombre por razón del cuerpo.

308. Hch 2, 24.
309. Cf. Flp 2, 6.
310. Cf. Flp 2, 8
311. Cf. Flp 2, 9.
312. Cf. Hch 2, 24.
313. Cf. 1 P 3, 18.
314. Cf. 1 Co 15, 22.
315. Jn 3, 14.
316. Flp 2, 9.
317. Cf. Ef 4, 9.

[3] Así pues, si no ha llegado a ser hombre, que no se digan estas cosas acerca de Él, pero si el *Logos llegó a ser carne*[318], hay que hablar de su resurrección y su ensalzamiento como se haría acerca de un hombre, para que así como lo que llamamos su muerte constituye el rescate de los pecados de los hombres (la abolición de la muerte), así también su resurrección y ensalzamiento permanezcan firmes para nosotros gracias a Él. [4] En ambos casos ha dicho: *Dios lo ensalzó*[319], y *Dios lo agració*[320], para mostrar con ello otra vez que no es el Padre el que llega a ser carne, sino que es su Logos quien llega a ser hombre, el cual recibe del Padre y es ensalzado por Él en cuanto hombre, como se ha dicho. Por otro lado es evidente, y nadie podría dudar de ello, que aquellas cosas que da el Padre las da por medio del Hijo.

[5] Y es algo paradójico y verdaderamente capaz de espantar, pues el Hijo mismo afirma recibir la gracia que Él da de parte del Padre, y el Hijo, en cuanto que es Él mismo, es ensalzado en relación a aquel ensalzamiento que el Hijo opera de parte del Padre. Él mismo, en efecto, que es Hijo de Dios, ha llegado a ser también Hijo del hombre. [6] Y en cuanto Logos da las cosas de parte de Dios, ya que todas las cosas que hace y da el Padre, las hace y concede por medio del Logos, mientras que, en cuanto Hijo del hombre, se dice que Él recibe humanamente lo que proviene de sí mismo, el cuerpo, que tiene una naturaleza capaz de recibir la gracia, por el hecho de no ser de ningún otro sino de Él, como se ha dicho. El Logos recibía la gracia en cuanto que el hombre es ensalzado, y el ensalzamiento consistía en que era divinizado. Pero el Logos mismo tenía esto desde siempre, conforme a su propia divinidad y perfección.

46. [1] Así pues, lo escrito por el Apóstol tiene este sentido y refuta a los impíos. Por otro lado, también tiene el mismo sig-

318. Jn 1, 14.
319. Flp 2, 9.
320. *Ibidem.*

nificado recto lo que el salmista dice, significado que los arrianos tergiversan, pero que el salmista muestra de forma piadosa. [2] En efecto, también él mismo dice: *Tu trono, oh Dios, por los siglos de los siglos. Cetro de rectitud es el cetro de tu reino. Has amado la justicia y odiado la impiedad; por esto Dios, tu Dios, te ungió a ti con óleo de alegría por encima de tus partícipes*[321]. Mirad y reconoced la verdad, arrianos, aunque sólo sea aquí. [3] El salmista ha dicho que todos nosotros somos partícipes del Señor. Si procediese de la nada y fuese una de las cosas que han llegado a ser, también Él tendría que ser uno de los que participan, pero dado que le canta como Dios eterno, cuando dice: *Tu trono, oh Dios, por los siglos de los siglos*[322], y ha quedado mostrado que todas las demás cosas participan de Él, ¿qué otra cosa es necesario pensar, sino que es distinto de las cosas que han llegado a ser y que sólo Él es el Logos verdadero del Padre, resplandor y Sabiduría, del cual participan todas las cosas que han llegado a ser y son santificadas por Él en el Espíritu?

[4] Y entonces en este pasaje no es ungido para llegar a ser Dios (pues ya lo era antes de esto), ni tampoco para llegar a ser rey (pues también eternamente reina, al existir como imagen de Dios, conforme muestra el texto de la Escritura), sino que nuevamente también esto está escrito en favor nuestro. [5] También los reyes, según la costumbre de Israel, llegaban a ser reyes en el preciso momento en que eran ungidos, y no eran reyes antes, como en el caso de David, Ezequías, Josías y los demás. Pero en el caso del Salvador sucede lo contrario, al ser Dios, reinar siempre sobre el reino del Padre y ser Él mismo el dispensador del Espíritu Santo. No obstante, se dice ahora que es ungido, nuevamente para que así como se afirma que es ungido con el Espíritu en cuanto hombre (como sucede cuando es ensalzado y resucita), así también prepare para nosotros los hombres la inhabitación y la familiaridad del Espíritu.

321. Sal 44 (45), 7-8.

322. *Ibidem*.

[6] Dando a entender esto mismo también el mismo Señor decía de sí mismo en el Evangelio según Juan: *Yo los he enviado al mundo y en favor de ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad*[323]. Al decir estas cosas mostraba que Él no es el santificado, sino el que santifica. En efecto, no es santificado por otro, sino que Él se santifica a sí mismo, para que nosotros seamos santificados en la verdad. Y quien se santifica a sí mismo es Señor de la santificación. [7] ¿Cómo entonces sucede esto? ¿Cómo dice esas cosas si no es porque «yo mismo, que soy el Logos del Padre, me doy a mí mismo el Espíritu, una vez llegado a ser hombre, y en Él me santifico a mí mismo, una vez que he llegado a ser hombre, para que en adelante todos se santifiquen en mí, que soy la verdad (*tu Logos es la verdad*[324])»?

47. [1] Pero si el Señor se santifica a sí mismo por nosotros y esto lo hace cuando ha llegado a ser hombre, es evidente que el descenso del Espíritu que aconteció sobre Él en el Jordán también tuvo lugar sobre nosotros, por llevar Él nuestro propio cuerpo. Y no ha tenido lugar con el propósito de mejorar al Logos, sino nuevamente con vistas a nuestra santificación, para que tomásemos parte en su unción y se pudiese decir de nosotros: *¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?*[325]. Así, cuando era lavado el Señor, como hombre, en el Jordán, éramos nosotros los lavados en Él y por Él. Y al recibir Él el Espíritu, éramos nosotros los que por Él éramos capacitados para recibirlo.

[2] Por esta razón tampoco Él ha sido ungido con óleo en la manera en que lo fueron Aarón, David o todos los demás, sino de otra manera: por encima de todos sus partícipes con óleo de alegría[326], que el Logos mismo interpreta que es el Es-

323. Jn 17, 18-19.
324. Jn 17, 17.
325. 1 Co 3, 16.
326. Cf. Sal 44 (45), 7.

píritu, cuando dice por medio del profeta: *El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido*[327], de forma similar a como también ha dicho el Apóstol: *Como lo ungió Dios con el Espíritu Santo*[328]. [3] ¿Cuándo, pues, se ha dicho esto acerca de Él, sino cuando habiendo llegado a ser carne era bautizado en el Jordán y había descendido sobre Él el Espíritu[329]? Y el mismísimo Señor dice: *El Espíritu tomará de lo mío*[330], «yo lo enviaré»[331], y dice a los discípulos: *Recibid el Espíritu Santo*[332]. Y, no obstante, el que procura a otros, en cuanto Logos y resplandor del Padre, se dice ahora que es santificado de nuevo, porque ha llegado a ser hombre y el cuerpo que es santificado es suyo. [4] De Aquél, por tanto, también nosotros hemos comenzado a recibir la unción y el sello, pues Juan dice que *también nosotros poseemos la unción que viene del Santo*[333], y el Apóstol: *También vosotros habéis sido sellados con el Espíritu Santo de la promesa*[334]. Así pues, lo que se dice es por causa nuestra y en favor nuestro.

[5] ¿Qué clase de progreso, mejora y recompensa por la virtud, o sencillamente por la actuación del Señor, se indica entonces con esto? Porque si de no ser Dios hubiese llegado a ser Dios, y sin ser rey hubiese sido promovido al reinado, vuestro discurso tendría una cierta apariencia de verosimilitud. Pero si es Dios y el trono de su reino es eterno[335], ¿en qué dirección podía progresar Dios? ¿O qué le faltaba a Aquél que está sentado en el trono del Padre? [6] Y si, como el Señor mismo ha dicho[336], el Espíritu es suyo y Él mismo toma del Espíritu y lo envía[337], no es entonces el Logos, en cuanto que es Logos y Sabiduría, quien es ungido con el Espíritu (que es

327. Lc 4, 18 (Is 61, 1).
328. Hch 10, 38.
329. Cf. Mt 3, 16; Mc 1, 10; Lc 3, 22; Jn 1, 32.
330. Jn 16, 14.
331. Cf. Jn 16, 7.
332. Jn 20, 22.
333. 1 Jn 2, 20.
334. Ef 1, 3.
335. Cf. Sal 44 (45), 7.
336. Cf. Jn 16, 14.
337. Cf. Jn 16, 7.

dado por Él), sino que es la carne que ha sido asumida por Logos la que en Él y por Él es ungida, para que la santificación que ha tenido lugar para el Señor como hombre, tenga lugar para todos los hombres por Él. En efecto, Él dice que *el Espíritu no habla por sí mismo*[338], sino que es el Logos quien lo concede a los que son dignos.

[7] Esto es también semejante a la expresión que se ha citado anteriormente, ya que así como el Apóstol escribió: *El cual, existiendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios algo a lo que aferrarse, sino que se vació a sí mismo al haber tomado la forma de siervo*[339], de igual manera David canta al Señor, que por un lado es eterno Dios y rey y por otro fue enviado a nosotros y tomó nuestro cuerpo que es mortal; a esto se refiere, en efecto, cuando salmodia: *Mirra, áloe y canela emanan de tus vestidos*[340]. [8] Esto es mostrado por Nicodemo y las mujeres del grupo de María, cuando éste llegó llevando una mezcla de mirra y áloe de cien libras[341] y aquéllas los aromas que precisamente habían sido preparados para la sepultura del cuerpo del Señor[342].

48. [1] Así pues, una vez más, ¿qué clase de progreso supone para quien es inmortal el tomar lo mortal? ¿O qué clase de mejora supone para quien es eterno el haberse revestido de lo temporal? ¿Y qué clase de recompensa más grande podría darse a quien es Dios eterno, rey y está en el seno del Padre[343]? [2] ¿Es que no veis que también esto ha sucedido y está escrito por nuestra causa y en favor nuestro, con el fin de que, al hacerse hombre, el Señor nos dispusiese inmortales a nosotros, que somos mortales y temporales, y nos introdujese en el reino eterno de los cielos? ¿Es que no os ruborizáis al ser tergiversadores de las palabras de la Escritura?

338. Jn 16, 13.
339. Flp 2, 6-7.
340. Sal 44 (45), 9.
341. Cf. Jn 19, 39.
342. Cf. Lc 24, 1.
343. Cf. Jn 1, 18.

[3] En efecto, una vez que nuestro Señor vino a habitar entre nosotros, hemos sido mejorados tras haber sido liberados del pecado[344], mientras que Él sigue siendo el mismo y no se mudó (una vez más hay que repetir lo mismo) por el hecho de haber llegado a ser hombre, sino que, como está escrito, *el Logos de Dios permanece por los siglos*[345]. [4] No hay duda de que al igual que siendo Logos, antes de la Encarnación, dispensaba a los santos el Espíritu como algo propio, así también, una vez que ha llegado a ser hombre, santifica a todos con el Espíritu[346] y dice a los discípulos: *Recibid el Espíritu Santo*[347]. También lo daba a Moisés y a los otros setenta[348], y por medio de Él David rezaba al Padre diciendo: *No apartes de mí tu Espíritu Santo*[349]. Y una vez llegado a ser hombre decía: *Os enviaré el Paráclito, el Espíritu de la verdad*[350], y lo envió porque el Logos de Dios no es mentiroso.

[5] Así pues, Jesucristo es el mismo, ayer y hoy, por los siglos[351], permaneciendo inmutable; y es el mismo al dar y al recibir, dando como Logos de Dios y recibiendo como hombre. Por tanto, no es el Logos, en cuanto Logos, el que es mejorado (ya que tenía todas las cosas y las tiene siempre), sino que son los hombres quienes en Él y por medio de Él tienen un principio para recibir. En efecto, cuando ahora se dice que el Logos es ungido en cuanto hombre, somos nosotros los que en Él somos ungidos, puesto que también al ser Él bautizado, somos nosotros quienes somos bautizados en Él. [6] Pero es el Salvador quien más aclara todas estas cosas, cuando dice al Padre: *También yo les he dado a ellos la gloria que tú me has dado, para que sean una sola cosa, como nosotros somos una sola cosa*[352]. Por causa nuestra, pues, estaba pidiendo también

344. Cf. Rm 6, 18.
345. 1 P 1, 25 (Is 40, 8).
346. Cf. Rm 15, 16.
347. Jn 20, 22.
348. Cf. Nm 11, 16.25.
349. Sal 50 (51), 13.
350. Jn 15, 26.
351. Cf. Tt 1, 2; Hb 13, 8.
352. Jn 17, 22.

la gloria, y se ha dicho que *recibió*, *fue agraciado* y *lo ensalzó*, para que nosotros recibiéramos, se nos agraciase y fuésemos ensalzados en Él; lo mismo que también se santificó a sí mismo en favor nuestro, para que nosotros fuéramos santificados en Él[353].

49. [1] Pero si por el hecho de que en el Salmo aparece *por está razón Dios te ungió*[354], los arrianos toman para sí la expresión *por esta razón* como pretexto para las cosas que ellos quieren, deben saber ellos, desconocedores de las Escrituras y autores de la impiedad, que tampoco aquí la expresión *por esta razón* se refiere a una recompensa por la virtud o por el comportamiento del Logos, sino que vuelve a señalar la causa de su descenso hasta nosotros y de la unción del Espíritu que viene sobre Él en favor nuestro.

[2] En efecto, no dijo: «Por esta razón te ungió, para llegar a ser Dios, rey, Hijo o Logos» (pues ya lo era antes de esto y lo es siempre, como ha quedado mostrado), sino más bien: «Puesto que eres Dios y rey, por esta razón también has sido ungido, porque la tarea de unir al hombre con el Espíritu Santo no era propia de ningún otro sino de ti, que eres la imagen del Padre, según la cual también hemos sido creados desde el principio[355], pues el Espíritu también te pertenece[356]». [3] La naturaleza de las cosas creadas no era fiable para este propósito, después de haber tenido lugar la trasgresión de los ángeles y la desobediencia de los hombres. [4] *Por esta razón* había necesidad de Dios (y el Logos es Dios[357]), para que liberase a quienes habían llegado a estar sometidos a la maldición[358]. Por tanto, si el Logos hubiese sido creado de la nada, tampoco habría sido el Cristo, por ser también Él uno más entre todos y partícipe. Pero puesto que es Dios por ser Hijo de Dios, y es

353. Cf. Jn 17, 19.
354. Sal 44 (45), 8.
355. Cf. Gn 1, 26.
356. Cf. Flp 1, 19.
357. Cf. Jn 1, 1.
358. Cf. Ga 3, 10; 5,1.

rey eterno por existir como resplandor e impronta del Padre[359], *por esta razón* es lógicamente el Cristo esperado[360], que el Padre anuncia a los hombres, revelándolo a sus santos profetas; para que así como hemos llegado a ser por medio de Él, de la misma manera también tenga lugar en Él la redención de todos los pecados[361] y reine sobre todas las cosas.

[5] Ésta es la causa de la unción que tiene lugar sobre Él y de la presencia encarnada del Logos, y al ponderarla, también el salmista alaba la divinidad y su reinado paterno exclamando: *Tu trono, oh Dios, por los siglos de los siglos; cetro de rectitud es el cetro de tu reino*[362]; y anunciando su descenso a nosotros dice: *Por esta razón te ungió Dios, tu Dios, con óleo de alegría entre tus partícipes*[363].

50. [1] ¿Qué hay entonces de asombroso o de increíble, si se dice que el Señor, el dador del Espíritu, es ahora ungido con el Espíritu, si precisamente cuando lo requería en otro momento la necesidad no rehusó incluso decir, a causa de su propia humanidad, que Él era inferior al Espíritu? En efecto, cuando los judíos dijeron que Él expulsaba los demonios por el poder de Belcebú[364], después de refutarles su blasfemia, les respondió diciendo: *Pero si yo expulso los demonios con el poder del Espíritu de Dios...*[365]. [2] He aquí pues que el dador del Espíritu dice ahora que expulsa los demonios con el poder del Espíritu. Pero esto no se dice sino por causa de la carne. En efecto, como la naturaleza de los hombres no es capaz por sí misma de expulsar los demonios si no es con la fuerza del Espíritu, por esta razón decía en cuanto hombre: *Pero si yo expulso los demonios con el poder del Espíritu...*[366]. [3] Sin duda también daba a entender que la injuria que tiene lugar contra

359. Cf. Hb 1, 3.
360. Cf. Mt 11, 23 y Am 4, 13.
361. Cf. Col 1, 18.
362. Sal 44 (45), 7.
363. Sal 44 (45), 8.
364. Cf. Mt 12, 24.
365. Mt 12, 28.
366. Lc 4, 14; Mt 12, 28.

el Espíritu Santo era mayor que la injuria contra su humanidad, cuando decía: *Quien hable contra el Hijo del hombre tendrá perdón*[367], como era el caso de quienes decían: *¿No es éste el hijo del carpintero?*[368], mientras que aquellos que blasfeman contra el Espíritu Santo y atribuyen al diablo las obras del Logos no podrán escapar al castigo.

[4] Estas cosas las decía el Señor, como hombre, a los judíos. En cambio, mostrando a sus discípulos su divinidad y majestad, y sin darles ya a entender que era inferior a su propio Espíritu, sino semejante a Él, les daba el Espíritu y les decía: Yo lo envío[369], *Él me glorificará*[370], y *Hablará aquellas cosas que escuche*[371]. [5] Por tanto, al igual que en el otro lugar el Señor, siendo dador del Espíritu, no rehúsa decir que expulsa los demonios con el poder del Espíritu[372] en cuanto hombre, de igual modo, aún siendo Él mismo el dador del Espíritu, no rehusó decir: *El Espíritu de Dios está sobre mí, por causa del cual me ha ungido*[373] (por el hecho de haber llegado a ser carne, como dice Juan[374]), para indicar en ambos casos que se refiere a nosotros, quienes, para ser santificados, estamos necesitados de la gracia del Espíritu y no somos capaces de expulsar demonios sin la potencia del Espíritu. [6] ¿Y por medio de quién y por quién era necesario que el Espíritu fuera concedido sino por medio del Hijo, a quien pertenece el Espíritu? ¿Cuándo habríamos sido capaces de recibirlo, sino cuando el Logos ha llegado a ser hombre?

[7] Y al igual que lo que dice el Apóstol muestra que no habríamos sido redimidos y ensalzados, si quien existe en la forma de Dios no hubiese tomado la forma de siervo[375], de igual manera también David muestra que no habríamos par-

367. Mt 12, 32.
368. Mt 13, 55.
369. Cf. Jn 16, 7.
370. Jn 16, 14.
371. Jn 16, 13.
372. Cf. Mt 12, 28.
373. Lc 4, 18 (Is 61, 1).
374. Cf. Jn 1, 14.
375. Flp 2, 6.7.

ticipado en modo alguno del Espíritu ni habríamos sido santificados, si el dador del Espíritu, que es el Logos mismo, no hubiese dicho que Él era ungido con el Espíritu en favor nuestro. [8] Por esto también lo hemos recibido de forma segura. En efecto, al haber sido santificada la carne primero en Él, y al haber dicho Él que había recibido el Espíritu en cuanto hombre por causa de la carne, nosotros tenemos la gracia del Espíritu que se sigue al haber tomado de su plenitud[376].

51. [1] Tampoco la expresión: *Amaste la justicia y odiaste la injusticia*[377], se encuentra en el salmo, según vosotros una vez más pensáis, como si el Logos estuviese indicando que su naturaleza es mutable, sino más bien dando a entender su carácter inmutable también a partir de ello. [2] En efecto, puesto que la naturaleza de las cosas que han llegado a ser es mutable y unos son transgresores y otros desobedientes, como se ha dicho anteriormente, y su comportamiento no es estable, sino que muchas veces admite que lo que ahora es bueno, después se mude y llegue a ser alguna otra cosa (de modo que el que hace un momento era justo poco después es hallado injusto), por esta razón hubo también necesidad de uno que fuera inmutable, de manera que así los hombres tuvieran la invariabilidad de su justicia como imagen y como modelo para la virtud.

[3] Y este sentido alberga una causa muy lógica para quienes piensan adecuadamente. En efecto, puesto que Adán, el primer hombre[378], se mudó y *por causa del pecado entró la muerte en el mundo*[379], por esta razón era necesario que el segundo Adán[380] fuese inmutable, para que, aunque la serpiente lo intentase de nuevo, el propio engaño de la serpiente se debilitase por completo y la serpiente misma llegase a ser débil

376. Cf. Jn 1, 16.
377. Sal 44 (45), 8.
378. Cf. 1 Co 15, 45.
379. Rm 5, 12.
380. Cf. 1 Co 15, 47.

en sus intentos para todos, ya que el Señor es inmutable y no cambia. [4] Así, lo mismo que por haber transgredido Adán el engaño pasó a todos los hombres[381], de la misma manera al haber sido fuerte el Señor, semejante fuerza pasará después a nosotros, de modo que cada uno de nosotros pueda decir: *Pues no desconocemos sus pensamientos*[382]. [5] Por tanto, es lógico que el Señor, que es siempre y por naturaleza inmutable amando la justicia y odiando la injusticia[383], sea Él mismo ungido y enviado, para que, siendo Él mismo y permaneciendo lo mismo, habiendo tomado la carne mutable, condenase en ella al pecado y la dispusiese libre para ser capaz de llevar en adelante a plenitud en ella la justificación de la ley[384], de manera que también se pueda decir: *Nosotros no estamos en la carne sino en el Espíritu, si verdaderamente el Espíritu de Dios habita en nosotros*[385].

52. [1] Así pues, arrianos, también ahora se os ha ocurrido en vano semejante suposición y en vano habéis apelado a las palabras de la Escritura como pretexto, pues el Logos de Dios es inmutable, existe siempre y permanece igual; no así sin más, sino como el Padre. Porque, ¿cómo puede ser semejante sino es de esta manera? ¿O cómo puede ser del Hijo todo lo del Padre[386], si no tiene también su carácter inmutable y no cambiante? [2] Y no ama la justicia y odia la injusticia como si estuviera sometido a unas leyes y tuviera una inclinación hacia una y otra, de modo que no elije lo contrario por miedo a caer y entonces aparecer nuevamente de otra manera diferente y como mutable, sino que, como es Dios y Logos del Padre, es un juez justo[387] y amante de la virtud, o mejor dicho, incluso el dispensador de la virtud. Por tanto, la razón por la que se

381. Cf. Rm 5, 12.
382. 2 Co 2, 11.
383. Cf. Sal 44 (45), 8.
384. Cf. Rm 8, 4.
385. Rm. 8, 9.
386. Cf. Jn 16, 15; 17, 10.
387. Cf. 2 Tm 4, 8.

dice que ama la justicia y odia la injusticia es porque es justo y divino[388] por naturaleza, que equivale a decir que ama y acoge a los virtuosos, pero odia a los injustos y se aleja de ellos.

[3] También las Escrituras dicen lo mismo del Padre: *Eres un Señor justo y has amado la justicia*[389]; *Has odiado a todos los que obraban fuera de la ley*[390]; *Ama las puertas de Sión, mientras que a las tiendas de Jacob*[391] no las tiene en gran consideración; *Amó a Jacob, pero odió a Esaú*[392]; y según Isaías es la voz de Dios la que dice: *Yo soy el Señor que amo la justicia y odio lo que ha sido arrebatado con injusticia*[393]. [4] Por lo tanto, o bien deben entender también aquellas palabras[394] como éstas (pues también aquellas están escritas refiriéndose a la imagen de Dios) o bien, interpretando mal estas palabras igual que hacen con aquellas, que deberán concebir también al Padre como mutable. [5] Pero si incluso el mero hecho de escuchar esto, cuando otros lo dicen, no está exento de peligro, por esta razón sin duda hacemos bien en pensar que la expresión «Dios ama la justicia y odia lo que ha sido arrebatado con injusticia»[395] no se dice como si Él tuviese una inclinación hacia una u otra y pudiese escoger lo contrario, de modo que elije ésta y no escoge aquélla (esto, en efecto, es propio de las cosas que han llegado a ser), sino que se dice, porque como juez ama a los justos y los acoge, mientras que llega a estar lejos de los malvados.

Como consecuencia habría que pensar también acerca de la imagen de Dios que ama y odia de esta manera, [6] porque es necesario que la naturaleza de la imagen sea tal como es su Padre, por más que los arrianos, que están ciegos, no vean esto ni ninguna otra cosa de las Sagradas Escrituras. En efecto, habiendo quedado desprovistos de los pensamientos que proceden de su corazón[396],

388. Cf. Hb 7, 26.
389. Sal 10 (11), 7.
390. Sal 5, 6.
391. Sal 86 (87), 2.
392. Ml 1, 2.
393. Is 61, 8.
394. Flp 2, 9-10 y Sal 44 (45), 8 (cf. CA I, 37).
395. Cf. Is 61, 8.
396. Cf. Pr 23, 19.

o más bien de sus locuras, se refugian nuevamente en las palabras de la Escritura, y, por tratarse precisamente de aquellas mismas para las cuales han mostrado a menudo una falta de sensibilidad, no son capaces de ver el sentido que encierran, sino que, poniendo su propia impiedad como canon, tergiversan en este sentido las palabras de la Escritura. Los arrianos, aunque sea únicamente por el hecho de pronunciar estas cosas, no merecen escuchar otra cosa sino esto: *Os equivocáis al no conocer las Escrituras ni el poder de Dios*[397], y si persistieran, merecerían ser rebatidos y escuchar: «Devolved al hombre lo que es del hombre, y a Dios lo que es de Dios»[398].

53. [1] Así, ellos dicen que está escrito en los Proverbios: *El Señor me creó como principio de sus caminos para sus obras*[399], y que el Apóstol, en la Epístola a los hebreos, dice: *Ha llegado a ser en tanto superior a los ángeles, cuanto ha heredado un nombre más distinguido frente a ellos*[400], y poco después: *Por tanto, hermanos santos, partícipes de una llamada celestial, considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra confesión, a Jesús, que es fiel a quien lo ha hecho*[401]; y en los Hechos: *Por tanto, que os quede claro*[402], *casa toda de Israel, que Dios ha hecho a este Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Señor y Cristo*[403]. [2] Mencionando estas palabras por activa y por pasiva y equivocándose en lo que se refiere al modo de entenderlas, han creído a partir de ellas que el Logos de Dios es una criatura y una cosa que ha sido hecha y que es una de las cosas que han llegado a ser. Y así engañan a los incautos, alegando como pretexto estas palabras, y en lugar de su sentido verdadero van sembrando encima[404] el veneno de su propia herejía. En efecto,

397. Mt 22, 29 y Mc 12, 24.
398. Cf. Lc 20, 25; Mt 22, 21.
399. Pr 8, 22.
400. Hb 1, 4.
401. Hb 3, 1.
402. Hch 4, 10.
403. Hch 2, 36.
404. Alusión a la parábola de Mt 13, 24ss (Cf. *CA* I, 1).

si lo hubiesen entendido, no habrían cometido esa impiedad contra el Señor de la gloria[405] ni habrían malinterpretado aquello que ha sido escrito adecuadamente.

[3] Así pues, si al haber adoptado después abiertamente la posición de Caifás[406], han decidido judaizar, de modo que ignoran lo que está escrito (que realmente Dios habitará en la tierra[407]), entonces que dejen de escrutar las palabras apostólicas[408], porque esto no es propio de los judíos. Y si al haberse entremezclado también con los ateos maniqueos, niegan que *el Logos llegó a ser carne*[409] y su presencia encarnada, entonces que no hagan referencia a los Proverbios, pues también esto es ajeno a los maniqueos[410]. Pero si mantienen que *el Logos llegó a ser carne* (porque les protege y por el beneficio que supone para su codicia) y no se atreven a negarlo por su afección a las apariencias (como de hecho está escrito), entonces o bien que entiendan correctamente las palabras que están escritas acerca de esto y que se refieren a la presencia corporal del Salvador, o bien, si niegan su sentido, que nieguen también que el Señor ha llegado a ser hombre. [4] Pues no cuadra reconocer que *el Logos llegó a ser carne* y ruborizarse por aquello que está escrito acerca de Él y, por este motivo, corromper su significado.

54. [1] En efecto, está escrito: *Habiendo llegado a ser superior respecto a los ángeles*[411]. Esto es, pues, lo que hay que examinar en primer lugar. Pero es necesario también, al igual que conviene y es obligado hacer con toda la Sagrada Escritura, entender fielmente también aquí en qué ocasión lo dijo el Apóstol, y la persona y el asunto por el que lo escribió, para que quien lo lea no se quede fuera de su verdadero sentido por

405. Cf. 1 Co 2, 8.
406. Cf. Jn 11, 51 y *CA* II, 40, 2.
407. Cf. 1 R 8, 27.
408. Los textos del Nuevo Testamento.
409. Jn 1, 14.
410. Cf. *CA* I, 8, 1.
411. Hb 1, 4.

desconocer estas cosas o una de ellas. [2] Sabiendo esto, aquel eunuco deseoso de aprender pedía a Felipe diciendo: *Te ruego, ¿de quién lo dice el profeta? ¿De sí mismo o de algún otro?*[412], pues temía que si lo leía equivocándose de persona se alejaría de su correcto sentido. [3] Por su parte, también los discípulos, que querían conocer la ocasión en que sucedería lo que se había dicho, rogaban al Señor diciendo: *Dinos, ¿cuándo sucederá esto? ¿Y cuál será el signo de tu venida?*[413]. Pues también ellos, al escuchar del Salvador lo referente al final de los tiempos, querían saber la ocasión, para no equivocarse ellos y para ser capaces de enseñarlo también a los demás. De este modo, cuando lo supieron, corrigieron a aquellos tesalonicenses que iban a equivocarse[414].

[4] Por consiguiente, cuando se tiene un buen conocimiento de estas cosas, se tiene también una correcta y sana comprensión de la fe[415]. Por el contrario, si uno entiende alguna de estas cosas en un sentido diferente, cae en seguida en herejía. [5] Así, por ejemplo, los seguidores de Himeneo y Alejandro se equivocaron en lo que respecta a la ocasión, diciendo que la resurrección ya había tenido lugar[416]; y los gálatas se equivocaron amando la circuncisión cuando ya había pasado su momento[417]. [6] Por errar en la persona han sufrido y sufren hasta hoy los judíos, creyendo que la expresión: *He aquí que la virgen estará encinta y dará a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel, que traducido significa Dios con nosotros*[418], se refiere a uno de ellos; y cuando se dice: *Os suscitaré un profeta*[419], creen que se dice acerca de uno de los profetas, y no han aprendido de Felipe aquello de *fue conducido como oveja al degüello*[420], sino que suponen que se dice acerca de Isaías o acerca de algún otro de los profetas que existieron.

412. Hch 8, 34.
413. Mt 24, 3.
414. Cf. 2 Ts 2, 1-2.
415. Cf. Tt 1, 13; 2 Tm 4, 3-4.
416. Cf. 1 Tm 1, 20; 2 Tm 2, 18.
417. Ga 6, 12.
418. Mt 1, 23 (Is 7, 14).
419. Dt 18, 15.18.
420. Is 53, 7.

55. [1] Por ello, al haberles sucedido esto mismo, también los arrianos, que combaten a Cristo, han incurrido en la abominable herejía. En efecto, si hubiesen conocido la persona, el asunto y la ocasión de las palabras del Apóstol ellos, insensatos, no habrían cometido tanta impiedad tomando aquellas cosas que son características de los hombres como si se aplicasen a la divinidad. Y esto se puede ver cuando uno comprende el inicio de la lectura. [2] En efecto, el Apóstol dice: *Habiendo hablado en muchas ocasiones y de muchas maneras Dios antiguamente a nuestros padres en los profetas, en estos últimos tiempos nos ha hablado en el Hijo*[421], y después, un poco más adelante, afirma: *Habiendo hecho por medio de sí mismo la purificación de los pecados se sentó a la derecha de la majestad, habiendo llegado a ser superior en tanto a los ángeles*[422]. [3] Las palabras del Apóstol recuerdan ciertamente la ocasión en la cual *nos habló en el Hijo*[423], cuando ha tenido lugar también *la purificación de los pecados*[424]. ¿Pero cuándo nos ha hablado en el Hijo? ¿Cuándo ha tenido lugar la purificación de los pecados sino cuando, después de los profetas, ha llegado a ser hombre *en estos últimos tiempos*[425]?

[4] Después, tratándose de la economía salvífica conforme a nosotros los hombres y hablando acerca de los últimos tiempos, recordó a continuación que tampoco en los primeros tiempos Dios permaneció callado para los hombres, pues les habló por medio de los profetas. Además, dado que también los profetas prestaron servicio y la ley fue dada por medio de ángeles[426], y el Hijo, a su vez, llegó a habitar entre nosotros y vino para servir[427], tuvo que añadir forzosamente *habiendo llegado a ser en tanto superior a los ángeles*[428], porque quería mos-

421. Hb 1, 1-2.
422. Hb 1, 3-4.
423. Hb 1, 2.
424. Hb 1, 3.
425. Hb 1, 2.
426. Cf. 1 P 1, 12; Hb 2, 2.
427. Cf. Mc 10, 45; Mt 20, 28.
428. Hb 1, 4.

trar también que, en la misma medida en que un hijo difiere del siervo[429], en esa misma medida ha llegado a ser mejor el servicio del Hijo que el servicio de los siervos.

[5] Al distinguir, pues, el Apóstol el servicio antiguo del nuevo, escribe con gran libertad a los judíos y les dice: *Ha llegado a ser en tanto superior a los ángeles*[430]. Y por esta razón no ha dicho tampoco, equiparándolos, que ha llegado a ser «más grande» o «más honorable», para que nadie entienda que se trata de seres de semejante linaje, sino que ha dicho *superior* para que se reconozca el carácter diferente de la naturaleza del Hijo frente a las cosas que han llegado a ser. [6] Y la prueba de esto la tenemos en la Sagrada Escritura, ya que David canta: *Superior es un día en tus moradas a un millar de ellos*[431]; y Salomón eleva su voz diciendo: *Recibid la enseñanza y no el dinero, y el conocimiento que está por encima del oro aquilatado; pues la sabiduría es superior a las piedras preciosas y todo lo valioso no es digno de ella*[432]. [7] En efecto, ¿cómo no van a ser de sustancias diversas y diferentes en lo que se refiere a la naturaleza la sabiduría y las piedras que provienen de la tierra? ¿Qué clase de parentesco cabe entre las moradas que están en el cielo y las casas que están en la tierra? ¿O en qué se asemejan las cosas temporales y mortales a las eternas y espirituales? [8] Así también decía lo mismo Isaías: *Esto dice el Señor a los eunucos: a cuantos guardan mi sábado, elijen las cosas que yo quiero y perseveran en mi alianza, yo les daré en mi casa y en mi muralla un lugar renombrado; les daré un nombre eterno superior a los hijos e hijas que no se acabará*[433].

[9] De este modo, entonces, no hay parentesco alguno entre el Hijo y los ángeles, y al no existir parentesco, no se ha dicho la expresión *superior* a modo de comparación sino de dis-

429. Cf. Ga 4, 1.
430. Hb 1, 4.
431. Sal 83 (84), 11.
432. Pr 8, 10-11.
433. Is 56, 4-5.

tinción, en razón del carácter diferente de la naturaleza del Hijo respecto a la de los ángeles. [10] Así pues, el Apóstol mismo, cuando interpreta la expresión *superior*, no lo aplica a ninguna otra cosa sino a la diferencia del Hijo con respecto a las cosas que han llegado a ser, diciendo que Él es Hijo, mientras que las demás son siervas; y que Él, como Hijo, está sentado a la derecha del Padre[434], mientras que los ángeles, como siervos, asisten, son enviados y prestan servicio.

56. [1] Al estar escritas de esta manera, tampoco se da a entender en estas expresiones –arrianos– que el Hijo haya llegado a ser, sino más bien que es distinto de las cosas creadas y propio del Padre, al existir en sus entrañas[435]. Ciertamente la expresión *habiendo llegado a ser*[436], que allí está escrita, no significa que el Hijo haya llegado a ser, que es precisamente lo que vosotros pensáis. [2] En efecto, si simplemente hubiese dicho *ha llegado a ser* y se hubiese callado, los arrianos tendrían una excusa. Pero aunque antes ha dicho *Hijo*[437], probando a lo largo de todo el pasaje que es distinto de las cosas que han llegado a ser, sin embargo, no ha escrito *habiendo llegado a ser* sin restricción alguna, sino que añadió *superior* a la expresión *habiendo llegado a ser*, pues consideró que la expresión no marcaba diferencia alguna, sabiendo que quien aplica la expresión *habiendo llegado a ser* a quien es reconocido como genuino Hijo, lo entiende como equivalente a ser engendrado y dice que es *superior*.

[3] No supone diferencia alguna para aquello que es engendrado el que se diga que ha llegado a ser o que ha sido hecho, mientras que no es posible decir que las cosas que han llegado a ser han sido engendradas (siendo como son obra de un artífice), a no ser, naturalmente, que se diga que también ellas han sido engendradas después, al participar del Hijo engen-

434. Cf. Hb 1, 13-14.
435. Cf. Jn 1, 18.
436. Cf. Hb 1, 4.
437. Cf. Hb 1, 2.

drado; y en ningún caso a causa de su propia naturaleza, sino por participar del Hijo en el Espíritu. [4] Además, la Sagrada Escritura, refiriéndose a las cosas que han llegado a ser, conoce esta diferencia cuando dice: *Todo llegó a ser por medio de Él*[438], y también: *Todo lo hizo en la Sabiduría*[439], mientras que, al referirse a los hijos de las cosas que han llegado a ser, dice: *Job llegó a tener*[440] *siete hijos y tres hijas*[441], e igualmente: *Abrahán tenía cien años cuando llegó a tener a Isaac, su hijo*[442]; y Moisés decía: *Si alguno llega a tener hijos*[443].

[5] Así pues, si el Hijo es distinto de las cosas que han llegado a ser y el Hijo es el único propio engendrado de la sustancia del Padre, se ha desvanecido para los arrianos la excusa basada en la expresión *habiendo llegado a ser*. [6] Y si, avergonzados por ello, tratan de decir nuevamente que las expresiones han sido dichas a modo de comparación y que, como consecuencia, los términos que se comparan tienen un linaje semejante (de tal manera que el Hijo es de la naturaleza de los ángeles), van a ser los primeros en ser avergonzados, como aquellos que emulan y pronuncian las doctrinas de Valentín, Carpócrates[444] y los demás herejes. Valentín dijo que los ángeles eran del mismo linaje que Cristo, mientras que Carpócrates dice que los ángeles son los artífices del mundo. Al haberlo aprendido quizá de ellos, también los arrianos comparan al Logos de Dios con los ángeles.

57. [1] Sin embargo, semejantes ideas van a ser refutadas por el Salmista, que dice: *¿Quién será asemejado al Señor entre los hijos de Dios?*[445], y: *¿Quién hay semejante a ti entre los*

438. Jn 1, 3.
439. Sal 103 (104), 24.
440. La perífrasis «llegar a tener», tanto en esta cita bíblica como en las que le siguen, traduce el verbo griego «llegar a ser» acompañado del caso dativo.
441. Jb 1, 2.
442. Gn 21, 5.
443. Cf. Dt 21, 15.18.
444. Hereje gnóstico de la primera mitad del s. II d. C.
445. Sal 88 (89), 7.

dioses, Señor?[446]. Y van a escuchar, no obstante, si es que han aprendido a hacerlo como algo comúnmente reconocido, que la comparación tiene lugar entre términos que comparten un mismo linaje, y no entre quienes tienen un linaje diferente. [2] Nadie entonces compararía a Dios con los hombres, ni tampoco un hombre con seres irracionales, ni la madera con las piedras, a causa de la falta de semejanza en la naturaleza. Dios es algo incomparable, mientras que el hombre se compara con el hombre, la madera con la madera y la piedra con la piedra; y nadie utilizaría en estos casos el término «superior», sino «más» o «en mayor cantidad». Así, por ejemplo, José fue más bello que sus hermanos[447], y Raquél que Lía[448]; y una estrella no es «superior» a otra estrella, sino que más bien se diferencia en esplendor[449]. [3] Por el contrario, en el caso de términos de linaje diverso, cuando uno los confronta entre sí, es entonces cuando se dice «superior» (en razón de la diferencia), como se ha dicho en el caso de la sabiduría y de las piedras.

[4] Por consiguiente, si el Apóstol hubiese dicho «tanto más aventaja el Hijo a los ángeles» o «es tanto mas grande», entonces sí tendríais una excusa, pues se habría comparado al Hijo con los ángeles. Pero como en este caso dice que el Hijo es *superior* y que se distingue tanto como un hijo se distancia de los siervos, está mostrando que es distinto de la naturaleza angélica. Y, a su vez, cuando dice que el Hijo es el que ha cimentado todas las cosas[450], muestra que es distinto de todas las cosas que han llegado a ser. [5] Y siendo distinto y de una sustancia diferente a la naturaleza de las cosas que han llegado a ser, ¿qué clase de comparación cabe con su sustancia o qué semejanza hay con las cosas que han llegado a ser? Aunque en otra ocasión los arrianos vuelvan a albergar alguna idea seme-

446. Ex 15, 11.
447. Cf. Gn 39, 6.
448. Gn 29, 17.
449. Cf. 1 Co 15, 41.
450. Cf. Hb 1, 10 (Sal 101 [102], 26).

jante, Pablo los refutará diciendo lo mismo: *¿A quién de los ángeles dijo alguna vez: Hijo mío eres Tú?*[451], e igualmente: *También a los ángeles les dice: el que hace de sus ángeles espíritus y de sus servidores fuego inflamado*[452].

58. [1] He aquí que ser hecho es algo que pertenece a las cosas que han llegado a ser, y por eso la Escritura dice que son cosas que han sido hechas, mientras que en referencia al Hijo no habla de hacer ni de llegar a ser, sino de su eternidad, de su reinado y de su papel como artífice, diciendo: *Tu trono, oh Dios, por los siglos de los siglos*[453], y también: *Tú, Señor, desde el principio cimentaste la tierra y los cielos son las obras de tus manos; ellos perecerán, pero tú permaneces*[454]. [2] A partir de estas afirmaciones también los arrianos podrían haber sido capaces de entender, si hubiesen querido, que una cosa es el artífice y otra distinta las obras del artífice; que el artífice es Dios y que las cosas que han llegado a ser han sido hechas de la nada. [3] Así pues, ahora no se dice que *ellos perecerán*, como si la creación estuviera abocada a la destrucción, sino para mostrar la naturaleza de las cosas que han llegado a ser a partir de su final. En efecto, las cosas que pueden perecer, aunque no lo hagan debido a la gracia de quien las ha hecho, sin embargo testimonian que han llegado a ser de la nada y que hubo un tiempo en que no existían.

[4] Como ellas tienen semejante naturaleza, se atribuye entonces al Hijo la expresión *pero tú, permaneces*, para que quede claro su carácter eterno, pues al no poder perecer (como sucede, en cambio, con las cosas que han llegado a ser) y tener la capacidad de permanecer siempre, no se le puede aplicar la expresión «No existía antes de ser engendrado», [5] porque es característica suya el hecho de existir siempre y permanecer con el Padre. Por tanto, aunque el Apóstol no hubiese escrito

451. Hb 1, 5.
452. Hb 1, 7.
453. Hb 1, 8 (Sal 44 (45), 7).
454. Hb 1, 10-11 (Sal 101 (102), 26-27).

estas cosas en la Epístola a los hebreos, de todas las maneras otros pasajes de sus epístolas y de toda la Escritura habrían impedido verdaderamente a los arrianos tener tales fantasías acerca del Logos. Pero dado que lo escribió y se ha mostrado en lo precedente que el Hijo es lo engendrado de la sustancia del Padre y también el artífice, mientras que las demás cosas son creadas por Él como artífice, y que es el resplandor, el Logos, la imagen y la Sabiduría del Padre, mientras que las cosas que han llegado a ser están por debajo de la Trinidad, asistiéndola y sirviéndola, entonces el Hijo es de otro linaje y de una sustancia diferente a las cosas que han llegado a ser, y, sobre todo, es propio de la sustancia del Padre y de su misma naturaleza. [6] Por esta razón el Hijo mismo no dijo: «Mi Padre es superior a mí» (para que ninguno pudiese suponer que Él era extraño a aquella naturaleza), sino que era *más grande*[455], no en importancia ni en tiempo, sino por el hecho de proceder por generación del Padre mismo. Aparte de que al decir que es más grande, mostró otra vez el carácter propio de su sustancia[456].

59. [1] Y el Apóstol mismo no decía: *Habiendo llegado a ser en tanto superior a los ángeles*[457], queriendo comparar principalmente la sustancia del Logos con las cosas que han llegado a ser (pues es incomparable, o mejor dicho, son cosas completamente distintas), sino que, atendiendo a la presencia encarnada del Logos y a la economía salvífica que tuvo lugar entonces por Él, quiso mostrar que el Logos no era semejante a los que le precedieron[458]. De este modo, en la misma medida en que el Logos se distingue por naturaleza de los que fueron

455. Jn 14, 28.

456. Atanasio ha venido argumentando que la comparación propiamente dicha presupone la identidad de sustancia entre los términos comparados. El hecho de que ahora el Hijo diga que el Padre es mayor que Él (es decir, que se compare con el Padre) es indicio de que el Padre y el Hijo comparten un mismo linaje y sustancia.

457. Hb 1, 4.

458. Es decir, a los santos veterotestamentarios.

enviados delante de Él, en esa misma medida, e incluso más, la gracia que nos ha llegado de Él y por medio de Él es superior al servicio obrado por los ángeles. [2] Pues era propio de los siervos reclamar únicamente los frutos, mientras que del Hijo y dueño es propio perdonar las deudas y transferir la viña[459].

[3] Por lo tanto, las palabras del Apóstol que traemos a colación muestran la diferencia del Hijo respecto de las cosas que han llegado a ser, cuando dice: *Por esta razón es necesario que prestemos más atención a lo que hemos escuchado, no sea que nos equivoquemos. Pues si la palabra pronunciada por medio de los ángeles ha llegado a ser firme y toda trasgresión y desobediencia recibió una justa retribución, ¿cómo vamos a escapar de ella si hemos descuidado tan importante salvación, que es precisamente aquella que teniendo su origen en la predicación del Señor nos ha sido confirmada por aquellos que la escucharon?*[460]. Si el Hijo fuese una de las cosas que han llegado a ser no sería entonces superior a ellas ni habría en la desobediencia un castigo mayor por causa suya.

[4] En efecto, dentro del servicio de los ángeles, de acuerdo con cada uno de ellos, tampoco se daba en los transgresores el más y el menos, sino que la ley era una sola y uno sólo el castigo para quienes la desobedecían. Ahora bien, puesto que el Logos no es una de las cosas creadas, sino que es Hijo del Padre, por esta razón, naturalmente, en la misma medida en que Él es superior y lo que tiene lugar por medio de Él es superior y singular, en esa misma medida también el castigo tendría que ser mayor. Que contemplen entonces la gracia que nos llega por medio del Hijo y reconozcan que incluso sus obras testimonian su diferencia con las cosas que han llegado a ser y que sólo Él es el Hijo verdadero que *está en el Padre y el Padre está en Él*[461]. [5] En cambio la ley *fue dada por medio de ángeles*[462]

459. Cf. Mt 21, 34-41.
460. Hb 2, 1-3.
461. Jn 14, 11.
462. Hb 2, 2.

y *no perfeccionó a ninguno*[463], necesitada como estaba de la presencia del Logos, como dijo Pablo. La presencia del Logos ha perfeccionado la obra del Padre[464]. Antes, *desde Adán hasta Moisés reinó la muerte*[465], pero la venida del Logos abolió la muerte[466] y ya no morimos en Adán, sino que en Cristo todos somos vivificados[467]. [6] Y antes, desde Dan hasta Bersabé[468], se proclamaba la ley y *Dios sólo era conocido en Judea*[469], pero ahora la ley ha llegado a toda la tierra[470] y toda la tierra ha quedado llena del conocimiento de Dios[471], y los discípulos hicieron discípulos en todos los pueblos[472] y han llevado ahora a cumplimiento lo que estaba escrito: *Todos serán enseñados por Dios*[473].

[7] Antes era una figura lo que se mostraba, en cambio ahora se ha hecho patente la verdad, y esto lo volvía a explicar después más claramente el mismo Apóstol, cuando decía: El Señor *en tanto ha llegado a ser garante de una alianza superior*[474]; y en otra ocasión: *Ahora ha obtenido un ministerio más señalado, en la medida en que es también mediador de una alianza superior, la cual ha sido legalmente fundada sobre unas promesas superiores*[475]; y también: *La ley, en efecto, no perfeccionó nada, sino que era introducción a una promesa superior*[476]; [8] y otra vez afirma: *Es necesario, por tanto, que los signos de las realidades celestiales sean purificados por ellas, y a su vez las cosas celestes con sacrificios superiores a estos*[477]. [9] De esta manera, lo que es «superior», tanto aquí como en el resto de la epístola, lo atribuye al Señor, que es superior y distinto

463. Hb 7, 19.
464. Cf. Jn 4, 34; 17, 4.
465. Rm 5, 14.
466. Cf. 2 Tm 1, 10.
467. Cf. 1 Co 15, 22.
468. Cf. 2 Cro 30, 5.
469. Sal 75 (76), 2.
470. Cf. Rm 10, 18; Sal 18 (19), 5.
471. Cf. Ha 2, 14.
472. Cf. Mt 28, 19.
473. Jn 6, 45 (Is 54, 13).
474. Hb 7, 22.
475. Hb 8, 6.
476. Hb 7, 19.
477. Hb 9, 23.

de las cosas que han llegado a ser, porque es superior el sacrificio que tiene lugar por medio de Él, superior la esperanza en Él y las promesas de las que es mediador; y no porque sean «grandes», en comparación con las que son «pequeñas», sino por el hecho de ser distintas del resto en lo que se refiere a su naturaleza, pues quien las administra también es superior a las cosas creadas.

60. [1] También la mencionada expresión *ha llegado a ser garante*[478] se refiere a la garantía que ha llegado por medio de Él en favor nuestro. Pues así como, siendo Logos, *llegó a ser carne*[479] y nosotros pensamos que este llegar a ser se refiere a la carne (en efecto, ésta es algo que llega a ser y existe como una criatura), lo mismo ocurre aquí con la expresión *ha llegado a ser*, de manera que también entendamos esto de acuerdo con el segundo significado, es decir, por haber llegado a ser hombre; [2] y para que se den cuenta los arrianos, amantes de contiendas, de que también se equivocan a causa de su perverso modo de pensar. Escuchen que Pablo, sabedor de que el Logos es el Hijo, la Sabiduría, el resplandor y la imagen del Padre, no da a entender que la sustancia del Logos haya llegado a ser, sino que también ahora atribuye el hecho de llegar a ser al servicio de la alianza, en virtud de la cual la muerte, que en un tiempo reinaba, ha sido vencida[480].

[3] Ciertamente en este sentido el servicio que ha tenido lugar por medio de Él es superior, porque *aquello que la ley era incapaz de hacer, por cuanto era débil debido a la carne, Dios lo hizo al haber enviado a su Hijo en semejanza de carne de pecado y, en lo que se refiere al pecado, condenó el pecado en la carne*[481], apartando de ella la culpa en la que estaba siempre prisionera hasta el punto de no poder aceptar el plan divino. [4]

478. Hb 7, 22.
479. Jn 1, 14.
480. Cf. Rm 5, 14; Hb 2, 14; 2 Tm 1, 10.
481. Rm 8, 3.

Pero al haber preparado la carne para poder recibir al Logos, ha conseguido que nosotros ya no caminemos más según la carne, sino según el Espíritu[482], y digamos muchas veces: Nosotros no estamos *en la carne, sino en el Espíritu*[483], y que el Hijo de Dios ha venido al mundo, *no para juzgar al mundo*[484], sino para rescatar a todos[485] y para que el mundo se salve por medio de Él[486]. [5] Antes, en efecto, el mundo era juzgado por la ley como deudor, pero ahora el Logos ha recibido sobre sí mismo la condena y, por haber sufrido en su cuerpo en favor nuestro, nos ha agraciado a todos con la salvación. Al ver esto Juan ha exclamado: *La ley fue dada por medio de Moisés, la gracia y la verdad han llegado por medio de Jesucristo*[487]. Y la gracia es superior a la ley, y la verdad a la sombra[488].

61. [1] Así pues, no habría sido posible que el hecho de ser *superior*, como se ha dicho, ocurriera por medio de ningún otro sino por el Hijo, *que está sentado a la derecha del Padre*[489]. ¿Y a qué se refiere esta expresión sino al carácter genuino del Hijo y al hecho de que la divinidad del Padre es la misma que la del Hijo? En efecto, al reinar sobre el reino del Padre, el Hijo está sentado en el mismo trono del Padre[490], y, al ser contemplado en la divinidad del Padre, el Logos es Dios[491], y quien ve al Hijo ve al Padre[492], y de este modo Dios es uno solo. [2] Así, aunque está sentado a la derecha[493], no deja al Padre a la izquierda, sino que el Hijo, que es quien dice: *Todo lo que tiene el Padre es mío*[494], tiene también lo que está a la derecha y es honorable en el Padre. [3] Por esta razón, aunque está sentado a su derecha, también el Hijo mismo contempla al Padre a su derecha,

482. Cf. Rm 8, 4.
483. Rm 8, 9.
484. Jn 3, 17.
485. Cf. Tt 2, 14.
486. Cf. Jn 3, 17.
487. Jn 1, 17.
488. Cf. Hb 10, 1.
489. Col 3, 1.
490. Cf. Dn 7, 27; Hb 12, 2; Ap 3, 21.
491. Cf. Jn 1, 1.
492. Cf. Jn 14, 9.
493. Cf. Mc 14, 62.
494. Jn 16, 15.

por más que al haber llegado a ser hombre diga: *Veía delante al Señor, porque Él está siempre a mi derecha*[495]. En este hecho se muestra otra vez que el Hijo está en el Padre y el Padre en el Hijo[496], [4] pues aunque el Padre esté a la derecha también el Hijo está a la derecha, y el Padre está en el Hijo, aunque el Hijo esté sentado a la derecha.

[5] Los ángeles sirven[497], subiendo y bajando[498], mientras que del Hijo dice: *Y que le adoren todos los ángeles de Dios*[499]. Y cuando los ángeles sirven, dicen: «He sido enviado a ti»[500], y también: «El Señor me ha ordenado»[501]; en cambio el Hijo, aunque diga en cuanto hombre que «he sido enviado»[502], y también: «Vengo a cumplir la obra [503] y a servir»[504], dice no obstante, como Logos e imagen del Padre: *Yo estoy en el Padre y el Padre en mí*[505], *El que me ha visto a mí ha visto al Padre*[506], y *El Padre que permanece en mí hace las obras*[507] (pues las obras que uno ve en esta imagen son obras del Padre). [6] Así pues, estos argumentos son suficientes para confundir a quienes luchan contra esta verdad. Pero si, al estar escrita la expresión *habiendo llegado a ser superior*[508], no quieren que la expresión *habiendo llegado a ser*, cuando se dice del Hijo, equivalga a «llegar a ser» y «existe», o si no quieren aceptar y entender que la expresión *habiendo llegado a ser* se debe a la superioridad de su servicio, como se ha dicho, sino que creen que se está diciendo que el Logos ha llegado a ser, tomando pie en esta expresión, entonces que escuchen una vez más todo ello en forma resumida, dado que se han olvidado de lo dicho anteriormente.

495. Sal 15 (16), 8.
496. Cf. Jn 14, 10.
497. Cf. Mc 1, 13; Mt 4, 11.
498. Cf. Jn 1, 51.
499. Hb 1, 6.
500. Cf. Dn 10, 11; Lc 1, 19.
501. Cf. Sal 90 (91), 11.
502. Cf. Lc 4, 43; Mt 15, 24.
503. Cf. Jn 17, 4.
504. Cf. Mc 10, 45; Mt 20, 28.
505. Jn 14, 10.11.
506. Jn 14, 9.
507. Jn 14, 10.
508. Hb 1, 4.

62. [1] Si el Hijo es uno de los ángeles, que se le aplique tanto a Él como a ellos la expresión *habiendo llegado a ser*, y que no se diferencie en nada de ellos en lo que respecta a la naturaleza. Pero entonces que éstos sean también hijos o bien Él sea un ángel y que todos juntos se sienten a la derecha del Padre o que el Hijo se presente como espíritu que asiste y es enviado para servir[509], junto con ellos, y sea semejante a ellos. [2] Pero si resulta que Pablo separa al Hijo de las cosas que han llegado a ser, cuando pregunta: *¿A quién de los ángeles dijo alguna vez: Hijo mío eres tú?*[510], y el Hijo es el artífice del cielo y de la tierra mientras que los ángeles llegan a ser por Él, y el Hijo está sentado junto al Padre mientras que los ángeles le asisten y le sirven, ¿quién no va a tener claro entonces que la expresión *habiendo llegado a ser* no se refería a la sustancia del Logos, sino al servicio que ha tenido lugar por medio de Él? [3] En efecto, así como siendo Logos llegó a ser carne[511], de igual manera, al haber llegado a ser hombre, en su servicio llegó a ser superior[512] al servicio mediado por los ángeles en la misma medida en que un hijo difiere de los siervos[513] y un artífice de sus obras. De manera que los arrainos deberán abandonar ya de tomar la expresión *habiendo llegado a ser* como atribuida a la sustancia del Hijo (pues no pertenece a las cosas que han llegado a ser) y deberán saber que la expresión *ha llegado a ser* se refiere al servicio y a la economía salvífica que ha tenido lugar.

[4] Cuanto se ha dicho anteriormente muestra cómo el Logos ha resultado ser superior en su servicio: por el hecho de ser superior en su naturaleza a las cosas que han llegado a ser. Creo que así ellos podrían quedar avergonzados. [5] Pero si resulta que son amantes de las disputas, seguidamente habría que sa-

509. Cf. Hb 1, 14.
510. Hb 1, 5; Sal 2, 7.
511. Cf. Jn 1, 14.
512. Cf. Hb 1, 4.
513. Cf. Ga 4, 1.

lir al paso de su absurdo atrevimiento y hacerles frente con las palabras semejantes que se dicen acerca del Padre mismo, para que, o bien, una vez confundidos, guarden su lengua del mal[514], o bien conozcan a qué grado de ignorancia han llegado. [6] Así, está escrito: *Llega a ser para mí un Dios protector y un lugar de refugio donde me salve*[515]; y en otra ocasión: *El Señor llegó a ser un refugio para el pobre*[516], y todas aquellas citas semejantes que se encuentran en las Escrituras. [7] Así pues, si afirman que estas cosas se atribuyen al Hijo, lo cual es quizá incluso más verdadero, sepan que los santos están pidiendo que el Hijo (que no es una cosa que ha llegado a ser) pueda ser para ellos una ayuda y un lugar de refugio, y entiendan en adelante que las expresiones *habiendo llegado a ser*, *lo hizo* y *lo creó* hay que entenderlas referidas a su presencia encarnada. [8] En efecto, ha venido a ser ayuda y lugar de refugio en el preciso momento en que subió al madero, en su propio cuerpo, nuestros pecados[517] y decía: *Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré*[518].

63. [1] En cambio, si dijesen que las palabras se aplican al Padre, ¿acaso, puesto que también aquí aparecen escritas las expresiones *llega a ser*[519] y el *llegó a ser*[520], intentarán ir tan lejos como para decir que también Dios es una cosa que ha llegado a ser? [2] Sí, se atreverán, de igual manera que han pensado lo mismo acerca del Logos, pues la lógica de su argumento les lleva a imaginarse también acerca del Padre lo que se han imaginado acerca de su Logos. ¡Mas no suceda algo semejante ni le pase nunca por la cabeza a ningún creyente! [3] En efecto, ni el Hijo es una de las cosas que han llegado a ser ni lo que está escrito (las expresiones *llega a ser* y *llegó a ser* que aquí se men-

514. Cf. Sal 33 (34), 14.
515. Sal 30 (31), 3.
516. Sal 9, 10.
517. Cf. Is 53, 12; 1 P 2, 24.
518. Mt 11, 28.
519. Cf. Sal 30 (31), 3.
520. Cf. Sal 9, 10.

cionan) se refiere al comienzo de la existencia, sino a la ayuda que ha surgido para los que estaban necesitados.

[4] En efecto, Dios existe y es el mismo siempre[521], mientras que los hombres han llegado a ser por medio del Logos después, cuando lo quiso el Padre mismo; y Dios es invisible[522] e inalcanzable[523] para las cosas que han llegado a ser, sobre todo para los hombres que están en la tierra. [5] De este modo, cuando los hombres están débiles, piden auxilio; cuando son perseguidos, piden ayuda; cuando sufren injusticia, rezan; y es entonces cuando el invisible, porque ama al hombre, se manifiesta mediante su favor y lo lleva a cabo por medio de su propio Logos y en Él. Por tanto, los favores de la manifestación de Dios llegan hasta la necesidad de cada uno, y así llega a ser fuerza para los débiles[524] y refugio y lugar de salvación para los perseguidos[525]; y a los que sufren injusticia les dice: *Cuando todavía estés hablando te diré: he aquí que estoy junto a ti*[526]. [6] Por tanto, aquello que cada uno recibe por medio del Hijo como auxilio, es precisamente lo que cada uno dice que Dios «ha llegado a ser» para él, dado que también la ayuda que Dios mismo presta tiene lugar por medio del Logos. Éste es el modo en el que acostumbran a expresarlo los hombres, y todos, sea quien sea, deberán reconocer que está bien dicho.

[7] Muchas veces, también algunos hombres han llegado a ser ayuda para otros hombres: uno socorrió al que sufre la injusticia, como Abrahán a Lot[527]; otro abrió su casa a un perseguido, como Abdías a los hijos de los profetas[528]; otro hace descansar al forastero, como Lot a los ángeles[529]; y otro sustenta a los necesitados, como Job a quienes le pedían[530]. [8] Por tanto, de igual manera, si cada uno de los que han tenido esa

521. Cf. CA II, 10, 1.
522. Cf. Col 1, 15; 1 Tm 1, 17.
523. Cf. 1 Tm 6, 16.
524. Cf. Sal 117 (118), 14.
525. Cf. Sal 30 (31), 3-4.
526. Is 58, 9.
527. Cf. Gn 14, 13-16.
528. Cf. 1 R 18, 4.
529. Cf. Gn 19, 3.
530. Cf. Jb 29, 12; 31, 32.

buena experiencia dijese: «Fulano ha llegado a ser para mí una ayuda», y otro dijese: «Pues para mí un refugio y para éste un dispensador», al decirlo no se estarían refiriendo al origen de su generación ni a la sustancia de aquellos que les han hecho bien, sino al favor que les ha llegado por medio de ellos; de la misma manera los santos, cuando dicen de Dios que *ha llegado a ser* y *llega a ser*, no se refieren tampoco al origen de su generación (pues Dios carece de origen y no es algo que haya llegado a ser), sino a la salvación que Él ha procurado a los hombres.

64. [1] Y si entendemos esto así, habría que mantener, en consecuencia, el mismo modo de pensar también en aquellas ocasiones en que se dice del Hijo que *llegó a ser*[531] y *llega a ser*[532], de modo que al escuchar las mencionadas expresiones (*habiendo llegado a ser superior a los ángeles*[533] y *llegó a ser*) no piensen los arrianos en un comienzo del llegar a ser del Logos ni se imaginen en absoluto que Él procede de las cosas que han llegado a ser, sino que lo dicho por Pablo se entienda aplicado al servicio y a la economía de la salvación, cuando llegó a ser hombre. [2] En efecto, cuando *el Logos llegó a ser carne y puso su tienda entre nosotros*[534] y vino para servir[535] y agraciar a todos con la salvación, en ese momento llegó a ser salvación, llegó a ser vida[536] y llego a ser propiciación[537] para nosotros; en ese momento su economía de salvación en favor nuestro llegó a ser superior a los ángeles[538], llegó a ser camino y llegó a ser resurrección.

[3] Y así como la expresión *llega a ser para mí un Dios protector*[539] no se refiere a la generación de la sustancia de Dios

531. Cf. Sal 9, 10.
532. Cf. Sal 30 (31), 3.
533. Cf. Hb 1, 14.
534. Jn 1, 14.
535. Cf. Mc 10, 45; Mt 20, 28.
536. Cf. Jn 11, 25.
537. Cf. 1 Jn 2, 2.
538. Cf. Hb 1, 4.
539. Cf. Sal 30 (31), 3.

mismo, sino a su amor al hombre –según se ha dicho–, de la misma manera también ahora las expresiones *Habiendo llegado a ser superior a los ángeles* y *llegó a ser* y *en tanto llegó a ser Jesús un garante superior*[540] no significan que la sustancia del Logos sea una cosa que ha llegado a ser –¡de ningún modo!–, sino que se refieren al favor que se nos ha concedido a nosotros a partir de su Encarnación, por más que los herejes sean unos desagradecidos y se obstinen en la impiedad.

540. Cf. Hb 7, 22.

SEGUNDO DISCURSO

1. [1] Yo creía que para los que imitan la locura arriana sería suficiente con los argumentos expuestos anteriormente contra ellos y con las pruebas sobre la verdad, y que, desistiendo en adelante, se habrían arrepentido de aquellas cosas que pensaron y dijeron erróneamente acerca del Salvador. Sin embargo, no entiendo cómo ni aún así se han retirado, sino que más bien se inventan ideas contrarias a la piedad, como los cerdos y perros que rondan su propio vómito y su propio desecho. [2] En efecto, al no entender ni lo que está escrito en los Proverbios (*El Señor me hizo principio de sus caminos para sus obras*[1]) ni lo dicho por el Apóstol (*Es fiel al que lo ha hecho*[2]), porfían diciendo sin más que el Hijo de Dios es algo hecho y una criatura. [3] Y si no hubiesen perdido completamente toda capacidad de entendimiento habría bastado lo que se ha dicho anteriormente para que ellos comprendiesen, porque así lo ha testimoniado la misma verdad, que el Hijo no procede de la nada ni en modo alguno es una de las criaturas (pues el ser Dios no podría ser algo hecho ni sería legítimo decir que es una criatura).

[4] En efecto, es propio de las criaturas y de las cosas que han sido hechas el decir de ellas que proceden de la nada y que no existían antes de ser engendradas. Pero dado que, por temor a apartarse de sus propias y fabulosas intenciones, continua-

1. Pr 8, 22. 2. Hb 3, 2.

mente apelan a las mencionadas expresiones de las Sagradas Escrituras, las cuales han sido escritas correctamente pero son interpretadas por ellos a la ligera, recordemos entonces a los fieles su significado volviendo una vez más sobre ellas, y mostremos a partir de cada una de ellas que los arrianos no conocen para nada el cristianismo. [5] Si lo hubiesen conocido no se habrían sumado a la incredulidad de los judíos de hoy sino que, al preguntar, habrían aprendido que *en el principio existía el Logos y el Logos estaba frente a Dios y el Logos era Dios*[3]. Y puesto que así le pareció bien al Padre, cuando el Logos mismo llegó a ser hombre, entonces con razón dice Juan acerca de Él: *El Logos llegó a ser carne*[4]; y Pedro: *Lo hizo Señor y Cristo*[5]; y se dice, por medio de Salomón, como de parte del Señor mismo: *El Señor me hizo principio de sus caminos para sus obras*[6]; y Pablo: *Habiendo llegado a ser en tanto superior a los ángeles*[7]; y otra vez: *Se vació a sí mismo tomando la forma de siervo*[8]; y en otra ocasión: *Por tanto, hermanos santos, partícipes de una vocación celeste, considerad que el apóstol y sumo sacerdote de nuestra confesión es fiel a quien lo ha hecho*[9]. Todas estas expresiones tienen el mismo significado que contempla la piedad y muestra la divinidad del Logos, y aquello que se dice humanamente de Él se debe a que llegó a ser también Hijo de hombre.

[6] Aunque esto sea suficiente prueba contra ellos, sin embargo, dado que al no entender lo que ha dicho el Apóstol (por mencionar esto en primer lugar) consideran que el Logos de Dios es una de cosas que han sido hechas por el hecho de estar escrito que *es fiel a quien lo hizo*[10], he considerado obligado avergonzarlos a ellos, que, como señalábamos anteriormente, vuelven a decir esto tomando los textos que ellos han seleccionado.

3. Jn 1, 1.
4. Jn 1, 14.
5. Hch 2, 36.
6. Pr 8, 22.
7. Hb 1, 4.
8. Flp 2, 7.
9. Hb 3, 1-2
10. Hb 3, 2.

2. [1] Así pues, si no es Hijo que se le llame también cosa hecha, y entonces que se le atribuya también a Él todo lo que se aplica a las cosas que han sido hechas; pero que en modo alguno se diga que es Hijo, Logos y Sabiduría, ni se diga que Dios es Padre, sino únicamente artífice y creador de las cosas que han sido creadas por Él. Sea pues la creación imagen e impronta de su voluntad de artífice, pero que Dios, conforme al parecer de los arrianos, no tenga una naturaleza capaz de engendrar, de modo que ni el Logos, ni la Sabiduría, ni imagen alguna pertenezcan a su propia sustancia (ya que si no hay Hijo tampoco hay imagen). [2] Pero entonces, si no existe el Hijo, ¿cómo decís que Dios es creador, ya que todas las cosas han sido creadas por medio del Logos[11] y en la Sabiduría[12] y sin Él nada podía haber sido creado, y Dios no tiene, según vosotros, en quién y por medio de quién hacer todas las cosas? Y si esta divina sustancia, según ellos, al igual que una luz que no alumbra y una fuente seca, no es fecunda sino solitaria, ¿cómo no les da vergüenza decir que posee una actividad de artífice?

[3] Al eliminar lo que es por naturaleza, ¿cómo nos les salen los colores al querer dar la preferencia a lo que es por voluntad? Si las cosas que son externas y no existen vienen primero y al querer que existan Dios hace de artífice y se convierte en creador de ellas, tendría que ser mucho antes Padre de lo engendrado de su propia sustancia. [4] En efecto, si permiten a Dios deliberar acerca de las cosas no creadas, ¿por qué razón no reconocen lo que está por encima de la voluntad de Dios? El hecho de haber producido por naturaleza y de ser por naturaleza Padre de su propio Logos está por encima de su voluntad. Entonces, si, de acuerdo con su insensatez, lo primero, que es aquello que es por naturaleza, no se ha dado, ¿cómo va a darse lo que viene después, que es aquello que es por voluntad? Pero primero existe el Logos, después la creación.

11. Cf. Sb 9, 1; Jn 1, 3.

12. Cf. Sal 103 (104), 24.

[5] El Logos existe, aunque crezca la osadía de los impíos, porque la creación tuvo lugar por medio de Él[13]. Y también debería ser algo evidente que Dios, al ser creador, tenga también un Logos artífice, pero no como algo externo sino como suyo propio (pues hay que estar repitiendo otra vez lo mismo). Si Dios tiene capacidad volitiva y su voluntad es creadora y suficiente para constituir las cosas creadas, y resulta que el Logos es su creador y artífice, entonces no hay duda de que el Logos es también la decisión viviente del Padre, su actividad sustancial y el Logos verdadero en el que todas las cosas son constituidas y gobernadas adecuadamente. [6] Nadie podría dudar tampoco que quien compone algo es anterior a la composición y a las cosas que son compuestas. Y, como he dicho antes, en lo que respecta a Dios, el hecho de ser artífice es posterior al hecho de engendrar. En efecto, el Hijo es algo propio y pertenece verdaderamente a aquella bienaventurada y eterna sustancia del Padre, mientras que las cosas, que son fruto de su voluntad, se constituyen fuera de Él y son creadas por medio de lo que es propio engendrado de dicha sustancia.

3. [1] Así pues, dado que el argumento ha mostrado, en contra de quienes lo afirman, que el hecho de que no sea Hijo de Dios, sino algo hecho, es un gran absurdo, todos tenemos que reconocer forzosamente en adelante que el Señor es Hijo. Y si es Hijo (como en realidad lo es) y se afirma que el Hijo no viene de fuera, sino que procede del que lo engendra, entonces, aunque los santos, al referirse al Logos, utilicen la expresión *a quien lo hizo*[14], en lugar de «a quien lo engendró», que los arrianos no den un significado diferente a estas dos expresiones, como hemos dicho antes, porque en semejantes casos la expresión es indiferente siempre y cuando se mantenga la conformidad de natura-

13. Cf. Jn 1, 3.

14. Hb 3, 2.

leza[15]. [2] En efecto, las expresiones no cambian la naturaleza, sino que es más bien la naturaleza la que modifica las expresiones tirando de ellas hacia sí; y las expresiones no son anteriores a las sustancias, sino que las sustancias tienen la prioridad y las expresiones son secundarias. [3] De este modo, cuando la sustancia es algo hecho o una criatura, entonces se dice con propiedad de ella que «la ha hecho», «ha llegado a ser» y «la creó» y se da a entender algo hecho. Pero cuando la sustancia es lo engendrado o un hijo, entonces ya no se aplican propiamente las expresiones «lo ha hecho», «ha llegado a ser» y «lo creó» ni se da a entender algo hecho, sino que uno puede utilizar indistintamente «lo creó» en lugar de «lo engendró».

[4] Sucede muchas veces que los padres llaman siervos suyos a los hijos que nacen de ellos, y no están negando el carácter genuino de su naturaleza; y también muchas veces llaman hijos a sus propios siervos porque son benevolentes, y no por ello ocultan que son propiedad suya desde el principio. En el primer caso es legítimo llamarlos hijos porque son sus padres, mientras que en el segundo los llaman así por afecto. [5] Por ejemplo, Sara llamaba «señor» a Abrahán, aunque no era su esclava sino su cónyuge[16]; y el Apóstol entregó a su siervo Onésimo, en calidad de hermano, a Filemón, que era su dueño[17]; y, al contrario, Bersabé, aunque era su madre, llamaba a su hijo siervo cuando decía a su padre: «Tu siervo Salomón»[18]; y, después de haber entrado, el profeta Natán le decía a David aquellas mismas palabras: «Tu siervo Salomón»[19]; y no les importaba llamar siervo a su hijo, [6] ya que también David, al escucharlo, reconoció su naturaleza y ellos, aunque lo llamaban así, no ignoraban su carácter genuino y por eso re-

15. Atanasio quiere decir que las palabras utilizadas por los hombres no son las que determinan la naturaleza de los seres, sino todo lo contrario, como explicará a continuación.

16. Cf. 1 P 3, 6.

17. Cf. Flm 10.16.

18. Cf. 1 R 1, 19.

19. Cf. 1 R 1, 26.

clamaban que Salomón, a quien llamaban como a un siervo, fuese heredero de su padre, porque era hijo de David por naturaleza.

4. [1] Entonces, así como al leer estas cosas pensamos adecuadamente, y al escuchar que Salomón es siervo no creemos que sea siervo sino hijo auténtico y por naturaleza, de la misma manera también, cuando los santos dicen del Salvador (que es reconocido como verdadero Hijo y es Logos por naturaleza) que *Él es fiel a quien lo hizo*[20], o cuando Él dice de sí mismo: *Señor, me creaste*[21], y también: *Yo soy tu siervo, hijo de tu sierva*[22], y cosas semejantes, que por ello no nieguen algunos su identidad que procede del Padre, sino que, como en el caso de Salomón y David, piensen rectamente acerca del Hijo y del Padre. [2] En efecto, si reconocen como hijo a Salomón, aunque escuchen que es siervo, ¿cómo no van a ser justamente aniquilados muchas veces cuando no mantienen el mismo criterio en el caso del Señor, sino que cuando escuchan «lo engendrado», «Logos» y «Sabiduría» se esfuerzan por malinterpretar y negar la generación auténtica y por naturaleza del Hijo que procede del Padre; y nada más escuchar las palabras y expresiones que son propias de algo hecho, en seguida estas palabras les llevan a pensar que el Hijo es algo hecho por naturaleza y niegan al Logos, cuando resulta que pueden atribuir todas estas expresiones a su humanidad, al haberse hecho hombre? ¿Y cómo no van a aparecer detestables a los ojos del Señor cuando usan dos balanzas distintas[23], midiendo con una aquellos casos y con la otra blasfemando contra el Señor?

[3] Tal vez utilicen la palabra «siervo» como si dependiese de la disposición que cada uno tenga, pero se aferran a la ex-

20. Hb 3, 2.
21. Pr 8, 22.
22. Sal 115 (116), 16.
23. Cf. Pr 20, 23.

presión «*a quien lo hizo*»[24] como algo de gran ayuda para su herejía. Sin embargo, también este apoyo constituye para ellos una *caña quebrada*[25], porque se estarían acusando en seguida a sí mismos si aprendieran el modo de proceder propio de la Escritura. [4] En efecto, de la misma manera que Salomón es llamado siervo, aunque es hijo de veras, de igual manera, para repetir otra vez lo que hemos dicho antes, aunque los progenitores digan que sus hijos habían sido «hechos», «creados» y «producidos», no están negando en absoluto su naturaleza de hijos.

[5] Por eso, como está escrito en el libro de Isaías, cuando rezaba Ezequías, decía: *A partir de este día haré unos hijos que anunciarán tu justicia, Señor de mi salvación*[26]. Y Él decía *haré*, mientras que el profeta, tanto en su libro como en el cuarto libro de los Reyes[27], dice así: *Y tus hijos que saldrán de ti*[28]. Ciertamente dijo *haré*, en lugar de usar el verbo «engendrar», y está hablando de quienes han nacido de él como «hechos», pero la palabra no introduce ninguna diferencia, cuando se trata de lo engendrado por naturaleza. [6] Y Eva, después de engendrar a Caín, dijo: *He adquirido un hombre por medio de Dios*[29]. De este modo, en vez de «engendrar» ella dijo *he adquirido*, y después de haber hablado primero del hijo dijo a continuación: *he adquirido*. Y ninguno creería por causa de este *he adquirido* que Caín fue comprado fuera y no había sido alumbrado por ella. [7] El patriarca Jacob decía a José: *Ahora tus dos hijos, los que llegaste a tener*[30] *en Egipto antes que yo viniese a Egipto junto a ti, Efraín y Manasés, son míos*[31]. [8] Y

24. Hb 3, 2.
25. Is 36, 6.
26. Is 38, 19-20.
27. Se hablaba de cuatro libros de los Reyes. El primero de ellos corresponde a 1 S, el segundo a 2 S, el tercero a 1 R, y el cuarto a 2 R.
28. 2 R 20, 18.
29. Gn 4, 1.
30. La perífrasis «llegar a tener», tanto en ésta cita bíblica como en las que le siguen, traduce el verbo griego «llegar a ser» acompañado del caso dativo.
31. Gn 48, 5.

la Escritura dice acerca de Job: *Llegó a tener siete hijos y tres hijas*[32], de manera semejante a como dijo también Moisés en la Ley: *Si alguno llega a tener hijos*[33], y también: *Si hace un hijo*[34].

5. [1] He aquí de nuevo cómo han llamado «llegados a ser» y «hechos» a los que han sido engendrados, porque saben que, mientras sean reconocidos como hijos, no importa nada que alguien diga «llegaron a ser», «obtuvimos» o «hice». En efecto, la naturaleza y la verdad atraen hacia sí el significado. Por lo cual es necesario también, de cara a los que se preguntan si el Señor es una criatura o algo hecho, preguntarse en primer lugar si el Hijo es también Logos y Sabiduría. Pues una vez demostrado esto, se libra uno de la sospecha de si es una criatura y algo hecho, porque ni algo hecho podría ser Hijo y Logos, ni el Hijo podría ser algo hecho y una criatura.

[2] Siendo esto así, será nuevamente una demostración evidente para todos el que la expresión *a quien lo hizo*[35] no resulta provechosa para su herejía, sino que más bien la condena. [3] En efecto, está demostrado que la expresión *lo hizo* aparece también aplicada en las Sagradas Escrituras a los que son hijos auténticos y por naturaleza. De donde se sigue que, una vez que se ha mostrado que el Señor es Hijo auténtico y por naturaleza, Logos y Sabiduría, aunque se le aplique la expresión *lo hizo* o *llegó a ser*, esto no se dice de Él como si fuese una criatura, sino que los santos la utilizan indistintamente, como en el caso de Salomón y los hijos de Ezequías. [4] Ciertamente, aunque los habían engendrado de sí mismos, está escrito *hizo*, *he adquirido* y *llegó a ser*. Por tanto los arrianos, que combaten a Dios, al alegar muchas veces semejantes expresiones como pretexto, deberían alejar de ellas su impía manera de interpretarlas y pensar que el Señor es Hijo verdadero, Logos y Sabiduría del Padre, no algo hecho ni una criatura.

32. Jb 1, 2.
33. Dt 21, 15.
34. Dt 32, 6.
35. Hb 3, 2.

[5] Pues si el Hijo es algo hecho, ¿en qué logos y en qué sabiduría fue Él creado entonces? (En verdad todas las cosas que han sido hechas han sido creadas por medio del Logos y la Sabiduría, como está escrito: *Todas las cosas las hiciste en la Sabiduría*[36], y también: *Todas las cosas fueron creadas por medio de Él y nada fue creado sin Él*[37]). Si el Hijo es Logos y la Sabiduría en la que todas las cosas son creadas, entonces no es una de las cosas que han sido hechas ni creadas, sino engendrado del Padre.

6. [1] Examinad, pues, cuánto error supone decir que el Logos de Dios es algo hecho. Dice Salomón, en algún lugar del Eclesiastés: *Dios llevará a juicio a toda cosa hecha, con todo lo oculto, sea bueno o malo*[38]. Por lo tanto si el Logos es algo hecho, ¿va a ser también Él llevado a juicio como nosotros? [2] ¿Y dónde queda luego el juicio, si el juez es juzgado? ¿Y quién dará las bendiciones a los justos y los castigos a los injustos, si resulta que el Señor es uno más en el juicio, junto a todos? ¿Y con qué clase de ley será juzgado el legislador mismo? Todo esto es propio de las cosas hechas: ser juzgado, ser bendecido por el Hijo o ser castigado. Temed en adelante al juez y haced caso a lo que dice Salomón. [3] En efecto, si Dios va a juzgar a toda cosa hecha, y el Hijo no es de los que van a ser juzgados, sino más bien el juez de todas las cosas que han sido hechas, ¿cómo no va ser más claro que la luz del sol el que el Hijo no sea algo hecho, sino el Logos del Padre en el que todas las cosas son creadas y juzgadas?

[4] Y si, por estar escrito *siendo fiel*[39], se inquietan de nuevo creyendo que el término «fiel» se aplica al Logos de igual manera que a todos (esto es, que al ser fiel recibe una recompensa por su fidelidad), entonces es hora de acusar también a Moisés por esto mismo, porque dice: *Dios*

36. Sal 103 (104), 24.
37. Jn 1, 3.
38. Qo 12, 14.
39. Cf. Hb 3, 2.

es fiel[40] y verdadero, y a Pablo que escribe: *Dios, que no permite que seamos tentados por encima de nuestras fuerzas, es fiel*[41]. [5] Sin embargo, cuando los santos decían estas cosas no estaban pensando humanamente acerca de Dios, sino que sabían que en la Escritura el término «fiel» tiene un doble significado: uno de ellos equivale a «el que tiene fe», el otro a «el que es digno de fe»; el primer sentido se aplica a los hombres, mientras que el segundo corresponde a Dios[42]. En este sentido, Abrahán era fiel porque creyó a Dios cuando le hablaba. [6] Dios, en cambio, es fiel porque, como canta David, *el Señor es fiel en sus palabras*[43] y cuando habla es digno de fe porque *es imposible que Él mienta*[44]. Y *si hay alguna fiel que tenga viudas*...[45], se le llama «fiel» por haber creído adecuadamente, mientras que el Logos es fiel porque debe ser creído lo que ha dicho, al ser verdadero y no poder ser de otra manera. [7] Por consiguiente, la expresión *siendo fiel a quien lo hizo* que aparece en la Escritura no tiene parecido con los demás casos ni aparece porque haya llegado a ser agradable al creer, sino que, como es Hijo del Dios verdadero, Él es fiel y debe ser creído en todo aquello que pueda decir y hacer, por permanecer inmutable y no haber cambiado en su economía salvífica[46] como hombre y en su presencia en la carne.

7. [1] Así pues, saliendo al paso de su desvergüenza, de igual manera uno también podría refutar a los arrianos, que yerran y piensan que el Logos de Dios es algo hecho, tomando pie únicamente de la expresión *lo hizo*. [2] Y puesto que el sentido de las palabras de la Escritura es correcto, cuando mues-

40. Dt 32, 4.
41. 1 Co 10, 13.
42. Atanasio hace referencia a lo que más tarde se llamaría fe subjetiva y fe objetiva.
43. Sal 144, 13.
44. Hb 6, 18.
45. 1 Tm 5, 16.
46. La expresión «economía salvífica» se refiere al orden establecido por Dios para la salvación del género humano.

tra cuándo ocurre y a qué se refiere la expresión *lo hizo*, es preciso mostrar también a partir de ella la insensatez de los herejes, sobre todo si, como hemos dicho anteriormente, entendemos la ocasión y el uso de esta expresión[47]. En efecto, el Apóstol no ha dicho estas cosas pensando en lo que precede a la creación, sino al momento en que *el Logos llegó a ser carne*[48], porque así está escrito: *Por tanto, hermanos míos santos, partícipes de una vocación celeste, comprended que el apóstol y sumo sacerdote de nuestra confesión, Jesús, es fiel a quien lo hizo*[49]. [3] ¿Cuándo entonces fue enviado sino en el momento en que se revistió de nuestra carne? ¿Y cuándo llegó a ser sumo sacerdote de nuestra confesión sino cuando, después de haberse ofrecido a sí mismo por nosotros, resucitó el cuerpo de entre los muertos y Él mismo presenta ahora y lleva ante el Padre a quienes se acercan con fe a Él, redimiendo a todos y expiando en favor nuestro en lo que se refiere a Dios?

[4] Así pues, no dijo *siendo fiel a quien lo hizo* con la intención de referirse a la sustancia del Logos ni a la generación por naturaleza de su Padre (¡de ningún modo!, pues el Logos es quien hace, no quien es hecho), sino a su descenso hasta los hombres y al hecho de llegar a ser sumo sacerdote. Esto precisamente podría entenderlo bien cualquiera a partir del conocimiento histórico de esta institución conforme a la ley y a Aarón. [5] Pues así como [Aarón] no fue engendrado sumo sacerdote, sino hombre, y pasado un tiempo, cuando Dios lo quiso, llegó a ser sumo sacerdote; y no llegó a serlo sin más ni era reconocido como tal por las vestiduras acostumbradas, sino que estando revestido con el humeral, el pectoral y la vestidura talar que las mujeres habían confeccionado por mandato de Dios, y entrando con ellas puestas en los lugares santos, ofrecía el sacrificio a favor del pueblo[50]; [6] y de esta manera

47. Cf. *CA* I, 54, 1.
48. Jn 1, 14.
49. Hb 3, 1-2.
50. Cf. Ex 28, 30; 29, 5.

mediaba también entre la aparición de Dios y los sacrificios de los hombres, de igual manera ocurre en el caso del Señor: *Al principio existía el Logos y el Logos estaba junto a Dios y el Logos era Dios*[51], pero cuando el Padre quiso que fuera entregado como rescate por todos y agraciase a todos, entonces es cuando el Logos, como hiciera Aarón con la vestidura talar, tomó también de modo similar la carne de la tierra (teniendo a María como madre de su cuerpo en lugar de la tierra que todavía no había sido trabajada), para que, teniendo qué ofrecer, se ofreciese a sí mismo al Padre, nos purificase en su propia sangre a todos nosotros de nuestros pecados y nos resucitase de entre los muertos.

8. [1] Las realidades antiguas eran sombra de esto; así, lo que anticipaba en sombras Aarón según la ley, el Salvador lo ha realizado con su venida. Por tanto, así como Aarón seguía siendo el mismo y cuando se vestía con los ornamentos de sumo sacerdote no cambiaba, sino que era únicamente cubierto por ellos permaneciendo el mismo; y si uno dijese, después de haberle visto sacrificar: «He aquí que hoy Aarón ha llegado a ser sumo sacerdote», no estaría queriendo dar a entender que de ese momento hubiese llegado a ser hombre (pues era ya hombre antes de llegar a ser sumo sacerdote), sino que había sido hecho sumo sacerdote en el rito litúrgico al vestirse con los ropajes que habían sido confeccionados y preparados para el sacerdocio; de la misma manera es posible entender bien en el caso del Señor que no llegó a ser otro diferente por haber tomado carne, sino que siendo el mismo era cubierto por ella. Y no es lícito pensar que las expresiones «llegó a ser» y «fue hecho» se deben a que el Logos, en cuanto que es Logos, ha sido hecho, sino a que el Logos, que es el artífice, fue hecho después sumo sacerdote al haberse revestido de un cuerpo creado y hecho que podía entregar en favor nuestro. Por ello se dice también que ha sido hecho.

51. Jn 1, 1.

[2] Así pues, si el Señor no llegó a ser hombre, entonces que planten batalla los arrianos, pero si *el Logos llegó a ser carne*[52], ¿qué habría que decir del hombre que ha llegado a ser, sino que *es fiel a quien lo hizo*? En efecto, así como es propio decir del Logos: *En el principio existía el Logos*, de la misma manera es propio de los hombres el ser creados y hechos. [3] Por ello, ¿quién que haya visto al Señor caminando como hombre y mostrando por sus obras que es Dios no se habría preguntado quién le hizo hombre? ¿Y quién al ser preguntado de esta manera no habría respondido que el Padre le hizo hombre y nos lo envió como sumo sacerdote?

[4] Pero el mismo Apóstol que escribió *siendo fiel al que lo hizo* es capaz de mostrar todavía más este sentido, así como la ocasión y la persona a la que se refiere, si entendemos lo que precede al pasaje, dado que forma una sola secuencia y la lectura se refiere a la misma persona. [5] En la Epístola a los hebreos escribe lo siguiente: *Por tanto, como los hijos tienen en común la sangre y la carne, también Él participó de ellas en igualdad de condiciones, para que por medio de la muerte venciese a quien tenía poder sobre la muerte, esto es, al diablo, y liberase a cuantos por miedo a la muerte estaban sometidos a la esclavitud a lo largo de toda la vida.* [6] *Pues no tomó ciertamente de la descendencia de los ángeles, sino que tomó de la de Abrahán. De donde se sigue que debía ser hecho semejante en todo a sus hermanos, para llegar a ser misericordioso y fiel, sumo sacerdote en lo que se refiere a Dios y alcanzar la propiciación por los pecados del pueblo, porque al haber experimentado Él mismo la tentación es capaz de ayudar a quienes son tentados. Por ello, hermanos santos, partícipes de la vocación celeste, considerad que el apóstol y sumo sacerdote de nuestra confesión, Jesús, es fiel a quien lo hizo*[53].

52. Jn 1, 14.

53. Hb 2, 14-3, 2.

9. [1] Al leer este pasaje entero, ¿qué persona no condenará a los arrianos y se maravillará de lo bien que lo ha expresado el bienaventurado Apóstol? En efecto, ¿cuándo ha sido hecho el Logos y cuándo ha llegado a ser apóstol sino cuando participó también Él de la sangre y de la carne como nosotros? ¿Y cuándo llegó a ser sumo sacerdote misericordioso y fiel, sino cuando fue hecho en todo semejante a sus hermanos? Y fue hecho semejante en el mismo momento en que llegó a ser hombre, al revestirse de nuestra carne. [2] Por consiguiente, el Apóstol decía *siendo fiel a quien lo hizo* escribiéndolo en relación a la economía salvífica realizada por Logos en cuanto hombre, y no acerca de la sustancia del Logos. No desvariéis entonces ya más diciendo que el Logos de Dios es algo hecho, porque es Hijo unigénito por naturaleza.

[3] Y tuvo hermanos en el momento en que se revistió de una carne semejante a la nuestra; y, al ofrecerla Él por medio de sí mismo, fue llamado sumo sacerdote y llegó a ser misericordioso y fiel: misericordioso, porque habiéndose entregado por nosotros tuvo misericordia de nosotros, y fiel, no por participar de la fe ni por creer en alguien, como nosotros, sino porque debe ser creído en aquello que diga y haga, y porque ofrece un sacrificio fiel que permanece y no perece. [4] En efecto, los sacrificios ofrecidos según la ley no eran dignos de fe al tener lugar cada día y necesitar nuevamente de purificación, mientras que el sacrificio del Salvador, que ha tenido lugar una sola vez, ha llevado todo a plenitud[54] y ha llegado a ser digno de fe al permanecer para siempre. [5] Además, Aarón tuvo sucesores con el tiempo y la muerte y, en general, el sacerdocio según la ley dejaba a un lado a los anteriores sacerdotes, mientras que el Señor, como tiene un sumo sacerdocio que no pasa y no tiene sucesores[55], llegó a ser sumo sacerdote fiel al permanecer para siempre y haber llegado a ser fiel en la

54. Cf. Hb 10, 10.12.14.

55. Cf. Hb 7, 24; 2, 17.

promesa de atender y no extraviar a quienes se le acercan. [6] Y esto también se puede aprender de la carta del gran Pedro que dice: *De manera que también los que sufren conforme a la voluntad de Dios presenten sus almas al fiel creador*[56]. En efecto, Él es fiel y no cambia, sino que permanece siempre y concede lo que ha prometido.

10. [1] Por lo tanto, aquellos que los griegos llaman equivocadamente dioses no son fieles ni a su ser ni en sus promesas, pues ni siquiera son los mismos en todas partes, sino que los de cada lugar perecen con el tiempo y se destruyen entre ellos. Por esta razón también el Logos grita contra ellos que la fe no tiene fuerza en ellos[57], que son un agua falsa y que no hay fe en ellos[58]. Por el contrario, el Dios de todo, el único que existe en realidad y es verdadero Dios, es fiel al permanecer el mismo[59], y dice: *Miradme, mirad que Yo soy*[60] y *no me cambio*[61]. [2] Por eso también su Hijo es fiel al existir siempre, no cambiar y no engañar ni en su ser ni en sus promesas, tal como escribe en otra ocasión el Apóstol a los tesalonicenses, diciéndoles: *El que os llamó es fiel y Él lo cumplirá*[62], dando a entender que es fiel al cumplir lo que ha prometido; y, acerca del significado de semejante expresión y del hecho de no estar sujeto a cambio, les escribe a los hebreos: *Si no le creemos, Él permanece fiel porque no puede negarse a sí mismo*[63].

[3] De este modo, al describir la venida en carne del Logos, el Apóstol dijo con razón: *Apóstol y fiel a quien lo hizo*[64], mostrando así que, aunque llegó a ser hombre, *Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos*[65], sin estar sujeto a cambio; y también por esta razón, cuando el Apóstol escribe acerca de su

56. 1 P 4, 19.
57. Cf. Jr 9, 2.
58. Cf. Jr 15, 18.
59. Cf. CA I, 63, 4.
60. Dt 32, 39.
61. Ml 3, 6.
62. 1 Ts 5, 24.
63. 2 Tm 2, 13.
64. Cf. Hb 3, 1-2.
65. Hb 13, 8.

encarnación, hace igualmente mención de ella mediante el sumo sacerdocio, y así tampoco en esta ocasión se mantuvo callado por mucho tiempo, sino que en seguida hace mención por todas partes de la certeza de su divinidad, principalmente allí donde está expresando su abajamiento, para que así conozcamos inmediatamente su grandeza y su majestad paterna. [4] En efecto, dice que Moisés era un siervo, mientras que Cristo un Hijo, y que aquél fue fiel a su casa, mientras que Cristo fue fiel estando por encima de su casa[66], al haberla preparado Él mismo y ser su Señor y artífice, y agraciándola como Dios. Moisés, como era hombre por naturaleza, llegó a ser fiel creyendo a Dios que le hablaba por medio del Logos, mientras que el Logos no estaba en el cuerpo como uno cualquiera de los seres creados ni tampoco como una criatura dentro de otra, sino que era Dios en la carne, artífice y preparador en lo que ha sido preparado por Él. [5] Y los hombres están recubiertos de carne para existir y sostenerse, mientras que el Logos de Dios se ha hecho hombre para santificar la carne, y existió en la forma de siervo, aunque era Señor, pues toda la creación que ha sido creada y hecha por Él es sierva del Logos.

[6] En base a esto se sostiene que la expresión *lo hizo*, que utiliza el Apóstol, no significa que el Logos haya sido hecho, sino que se refiere al cuerpo semejante al nuestro que Él tomó, por el cual también fue considerado hermano nuestro una vez hecho hombre.

11. [1] Y si ha quedado mostrado que, aunque uno aplique la expresión *lo hizo* al Logos, esto se dice sustituyendo a *lo engendró*, ¿qué clase de invención podrán encontrar entonces que sea todavía más malintencionada para esto, cuando precisamente nuestro argumento, tras clarificar enteramente la ex-

66. Cf. Hb 3, 5-6.

presión, ha mostrado por todas partes que el Hijo no es algo hecho sino lo engendrado sustancialmente del Padre, y que en la economía salvífica, porque así le pareció bien al Padre, fue hecho hombre por nosotros y vivió como tal? [2] Así pues, ésta es la razón por la cual el Apóstol dice: *Es fiel a quien lo hizo*, y en los Proverbios se dice que es creado[67]. En efecto, siempre y cuando se reconozca que ha llegado a ser hombre, no hay diferencia alguna entre decir, como hemos apuntado anteriormente, «ha llegado a ser», «ha sido hecho», «ha sido creado», «ha sido modelado», «siervo», «hijo de una muchacha», «hijo de hombre», «ha sido constituido», «se marchó», «novio», «sobrino» o «hermano». [3] Ciertamente resulta que todas estas expresiones son propias de la constitución de los hombres, y que semejantes expresiones no describen la sustancia del Logos, sino que se refieren al hecho de haberse hecho hombre. También la expresión que se encuentra en los Hechos de los Apóstoles, a la que los arrianos apelan, tiene un sentido semejante cuando Pedro dice que *hizo Señor y Cristo a éste, a Jesús, a quien vosotros crucificasteis*[68]. Pues de ningún modo está escrito en este lugar que hizo para sí un Hijo o que hizo para sí un Logos, como para que puedan imaginarse cosas semejantes.

[4] Por tanto, si no olvidan deliberadamente que estas palabras hablan del Hijo de Dios, que investiguen si en algún sitio está escrito que Dios hizo para sí un Hijo o creó para sí un Logos, o también si en algún lugar está escrito claramente que el Logos es algo hecho o una criatura, y entonces que lo presenten como pretexto, para que así sean también refutados como necios. Pero si no encuentran nada semejante y van a la caza por si encuentran al menos un lugar en el que aparezca escrito «lo hizo» o «ha sido hecho», entonces temo que al poco de escuchar que *en el principio hizo Dios el cielo y la tie-*

67. Cf. Pr 8, 22.

68. Hch 2, 36.

rra[69], *hizo el sol y la luna*[70] e *hizo el mar*[71], digan que el Logos es el mar, la luz que llegó a existir el primer día, la tierra y cada una de las cosas que han sido hechas, de modo que en adelante se van a parecer también a los que son llamados estoicos. Pues, aunque los estoicos ponen a Dios en todas las cosas y los arrianos unen al Logos de Dios junto con cada una de las cosas que han sido hechas, sin embargo han llegado a sostener lo mismo, que Él es una de las cosas hechas.

12. [1] No obstante, deben escuchar otra vez las mismas cosas y deben aprender en primer lugar que, como hemos dicho también en lo precedente, el Logos es Hijo y no algo hecho, y que no es necesario entender semejantes expresiones referidas a la divinidad, sino averiguar por qué razón y de qué manera están escritas. Sin duda, quienes buscan se toparán con la economía salvífica humana que el Logos tomó sobre sí por nosotros. [2] Y así Pedro, después de haber dicho: *Lo hizo Señor y Cristo*[72], añadió en seguida: *A éste, a Jesús, a quien vosotros crucificasteis*[73], y a todos les quedó claro. Y también podría quedarles claro a los arrianos si respetaran la secuencia, porque no estaba diciendo que la sustancia del Logos había sido hecha, sino Él en cuanto hombre. En efecto, ¿qué es lo crucificado sino el cuerpo? ¿Y cómo podía referirse a la corporalidad del Logos sino diciendo *lo hizo*?

[3] En cualquier caso la expresión *lo hizo*, que aquí se menciona, tiene un significado correcto, pues no ha dicho, como he mencionado antes, que lo ha hecho Logos sino que lo ha hecho Señor; y no así sin más, sino que lo hizo por nosotros y en medio de nosotros, lo cual equivale a decir que «lo probó». [4] Pedro mismo, dando comienzo a semejante enseñanza fundamental, dio a entender esto con gran libertad

69. Gn 1, 1.
70. Gn 1, 10.
71. Gn 1, 3.
72. Hch 2, 36.
73. *Ibidem*.

cuando les decía: *Varones israelitas, escuchad estas palabras: a Jesús el Nazareno, varón probado ante vosotros por Dios con poderes, prodigios y signos que hizo Dios por medio de Él en medio de vosotros, como vosotros mismos sabéis*[74]. [5] El término *lo hizo*, que menciona al final, lo ha introducido al principio como *lo probó*, pues a partir de los signos y cosas asombrosas que hacía el Señor, fue probado que Cristo no era simplemente un hombre, sino Dios existiendo en un cuerpo, que era Señor y que era el mismo.

[6] Lo mismo ocurre cuando Juan dice en los Evangelios: *Por esta razón le perseguían principalmente los judíos, porque no sólo quebrantaba el Sábado, sino que decía que Dios era su propio Padre haciéndose semejante a Dios*[75]. Ciertamente el Señor no se hizo Dios a sí mismo en ese momento (pues tampoco es posible en modo alguno que Dios sea hecho por alguien), sino que se daba a conocer por medio de las obras diciendo: *Aunque no me creáis a mí creed a mis obras, para que conozcáis que yo estoy en el Padre y el Padre en mí*[76]. [7] Por tanto, el Padre lo ha hecho así Señor y Rey en medio de vosotros y para vosotros, que antes le rechazabais. Y es evidente que el que ahora se da a conocer como Señor y Rey, no comienza a ser Rey y Señor en ese momento, sino que en ese momento comienza a mostrar su señorío y a extenderlo también a aquellos que le rechazaban.

13. [1] Si piensan, pues, que el Salvador no fue Señor y Rey también antes de llegar a ser hombre y soportar la cruz, sino que en ese momento comenzó a ser Señor, sepan que están pronunciando abiertamente de nuevo las palabras del de Samosata[77]. Pero si, como hemos leído y ya dijimos anteriormente, es Señor y Rey eterno, siendo adorado como Señor por Abra-

74. Hch 2, 22.
75. Jn 5, 16.18.
76. Jn 10, 38; 14, 10.
77. Es decir, Pablo de Samosata.

hán[78], y habiendo dicho Moisés: *El Señor hizo llover sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego de parte del Señor desde el cielo*[79], y cantando David: *Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi derecha*[80], *tu trono, oh Dios, permanece para siempre, cetro de rectitud es el cetro de tu reinado*[81], y también: *Tu reinado es un reinado eterno*[82], entonces es evidente también que antes de llegar a ser hombre, era Rey y Señor eterno, imagen y Logos del Padre. [2] Y como resulta que el Logos es Señor y Rey eterno, vuelve a estar a la vista de todos que Pedro no decía que la sustancia del Hijo había sido hecha, sino que se refería al señorío que ha llegado hasta nosotros cuando ha llegado a ser hombre, y que ha llegado a ser Señor y Rey de todos, después de habernos redimido a todos en la cruz.

[3] Pero si por estar escrito *lo hizo* porfían porque no quieren que el *lo ha hecho* sea equivalente a *lo probó*, o porque no saben razonar, o por causa de su herejía, que lucha contra Cristo, escuchen entonces que incluso así tienen un significado correcto las palabras de Pedro. En efecto, aquel que llega a ser señor de unos obtiene bajo su cargo a quienes ya existían. Pero si resulta que el Señor es artífice de todos y Rey eterno y nos ha obtenido a nosotros en el momento en que ha llegado a ser hombre, entonces conforme a esto sería también evidente que tampoco lo que dice Pedro significa que la sustancia del Logos es algo hecho, sino que se refiere a la sumisión de todas las cosas que tiene lugar después y al señorío del Salvador que se ha extendido a todos. [4] Y esto es semejante a lo que veníamos diciendo, pues así como antes mencionábamos las palabras: *Llega a ser para mí un Dios protector*[83], y también: *El Señor llegó a ser refugio para el pobre*[84], y nuestro discurso mostraba que estas palabras no significan que Dios fuera algo que ha lle-

78. Cf. Gn 12, 8; 13, 4.
79. Gn 19, 24.
80. Sal 109 (110), 1.
81. Sal 44 (45), 7.
82. Sal 144 (145), 13.
83. Sal 30 (31), 3.
84. Sal 9 (10), 10.

gado a ser, sino que se refieren al favor nos ha llegado a cada uno de nosotros de parte suya, de igual manera las palabras de Pedro tienen también el mismo significado.

14. [1] El Logos, al ser el mismo Hijo de Dios, es Señor de todo, mientras que nosotros anteriormente estábamos sometidos, desde el principio, *a la esclavitud de la corrupción*[85] y *a la maldición de la ley*[86]; y además, poco tiempo después, modelándonos seres que no existían, adorábamos, como dice el bienaventurado Apóstol, *a quienes por naturaleza no son dioses*[87], ignorábamos al verdadero Dios y preferíamos lo que no existía a la verdad. [2] Pero después, así como el antiguo pueblo se lamentó al ser oprimido en Egipto, de igual manera, al tener nosotros la ley inscrita en la naturaleza, y al seguir los *inefables gemidos del Espíritu*[88] y decir: *Señor, Dios nuestro, apodérate de nosotros*[89], también ha llegado a ser como un lugar de refugio y de esa manera ha llegado a ser nuestro Señor. [3] Pero no comenzó a serlo en ese momento, sino que somos nosotros los que comenzamos a tenerlo a Él por Señor nuestro. Después, en efecto, Dios, al ser bueno y el Padre del Señor, tuvo misericordia de nosotros y, queriendo ser conocido por todos, hizo que su propio Hijo se revistiera de un cuerpo humano, llegase a ser hombre y fuera llamado Jesús, para que, al haberse ofrecido a sí mismo en favor de todos, en Él fueran todos liberados de su alejamiento de Dios y de la corrupción, y llegase a ser Señor y Rey de todos.

[4] Así pues, el que llegase a ser Señor y Rey de esta manera es precisamente lo mismo que decía Pedro: *Lo hizo Señor y Cristo*[90], *lo envió*[91], lo cual equivale a decir también que el Padre lo ha hecho hombre, pues es propio de los hombres el ser

85. Rm 8, 21.
86. Ga 3, 13.
87. Cf. Ga 4, 8.
88. Rm 8, 26.
89. Is 26, 13.
90. Hch 2, 36.
91. Hch 3, 20.

hecho. Pero no lo hizo hombre así sin más, sino que lo hizo para que ejerciese su señorío sobre todos y santificase a todos por medio de la unción. [5] En efecto, aunque el Logos, que existía en la forma de Dios, tomó la forma de siervo[92], la adopción de la carne no hacía del Logos un siervo (pues es Señor por naturaleza), sino que más bien se ha convertido en liberación de toda humanidad por el Logos. El Logos mismo, que por naturaleza es Señor y fue hecho hombre mediante la forma de siervo, ha sido hecho Señor de todas las cosas y Cristo, y esto para santificar a todos con el Espíritu Santo. [6] Y así como cuando Dios llega a ser Dios protector y dice: *Seré Dios para ellos*[93], no llega a ser en ese momento más Dios ni comienza a ser Dios, sino que, cuando le parece, llega a ser para quienes están necesitados aquello mismo que Él es siempre, de igual manera también Cristo, que es Señor por naturaleza y Rey eterno, no llega a ser más Señor ni comienza a ser Señor y Rey cuando es enviado, sino que en ese momento es hecho según la carne aquello que es siempre y, por haber redimido a todos, llega a ser también así Señor de vivos y muertos. Por ello le sirven en adelante todas las cosas. Esto es también lo que canta David: *Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi derecha, hasta que coloque a tus enemigos como estrado de tus pies*[94]. [7] En efecto, no convenía que la redención tuviese lugar por medio de otro, sino por medio del Señor por naturaleza, de manera que no fuésemos creados por un lado por el Hijo y por otro lado llamásemos Señor a otro, e incurriésemos así en la insensatez arriana y griega, sirviendo a la creación en lugar de servir a Dios que ha creado todas las cosas[95].

15. [1] Éste es el significado de la expresión, según mi pobre entender. Y las semejantes palabras que Pedro dirige a los judíos responden sin duda a una causa verdadera y buena. En

92. Cf. Flp 2, 6-7.
93. Sal 30 (31), 3 y Ez 37, 27.
94. Sal 109 (110), 1.
95. Cf. Rm 1, 25.

efecto, los judíos, al haberse alejado de la verdad, esperan la venida del Cristo y no consideran que pueda experimentar también el sufrimiento, y dicen aquello que no entienden: *Nosotros sabemos que, cuando venga el Cristo, permanecerá para siempre; ¿cómo dices tú entonces que es necesario que sea elevado?*[96]. Además suponen que no se trata del Logos que llega a existir en carne, sino que se trata de un mero hombre, como han llegado a ser todos los reyes. [2] Por eso el Señor corregía a los que pensaban como Cleofás, cuando enseñaba que el Cristo debía primero padecer[97], y a los demás judíos, cuando enseñaba que Dios se había hecho presente, diciendo: *Si llamó dioses a aquellos a quienes les fue dirigida la palabra de Dios, y la Escritura no puede dejarse de cumplir, ¿decís vosotros que Aquél a quien el Padre santificó y envió blasfema porque he dicho: soy Hijo de Dios?*[98].

16. [1] Por ello Pedro, que había aprendido esto del Salvador, corrigiendo a los judíos en ambas cosas[99], dice: «¡Judíos!, las Sagradas Escrituras anuncian que el Cristo viene y vosotros pensáis que es un mero hombre, como uno cualquiera de los descendientes de David; pero lo que está escrito acerca de Él no es como decís, sino que las Escrituras más bien lo anuncian como Señor, Dios, inmortal y dispensador de vida. En efecto, Moisés había dicho: *Veréis vuestra vida colgada en frente de vuestros ojos*[100], y David, en el salmo ciento nueve: *Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi derecha, hasta que coloque a tus enemigos como estrado de tus pies*[101], y en el [salmo] quince: *No abandonarás mi alma al Hades, ni dejarás que tu santo vea la corrupción*[102]. [2] Por tanto, semejantes palabras no se refieren

96. Jn 12, 34.
97. Cf. Lc 24, 18.26.
98. Jn 10, 35-36.
99. Cuanto sigue, hasta el comienzo del siguiente capítulo, es una glosa que hace Atanasio del discurso de Pedro antes los judíos (cf. Hch 2, 14-36).
100. Dt 28, 66.
101. Sal 109 (110), 1.
102. Sal 15 (16), 10.

a David, como él mismo lo testimonia cuando dice que el que viene es su Señor. Reconoced también vosotros que murió y que sus restos mortales se encuentran entre vosotros. Además vosotros estaréis completamente de acuerdo en que el Cristo debe ser tal como lo describen las Escrituras, porque son palabras dichas por Dios y no puede haber falsedad en ellas. [3] Así pues, si podéis decir que ha venido antes uno semejante y podéis mostrar que es Dios a partir de los signos y prodigios que hizo, lucháis contra nosotros con toda razón. Pero si no podéis mostrar que ha venido y esperáis semejante momento culminante, reconoced la ocasión a partir de lo que dice Daniel, pues lo que afirma se refiere al tiempo presente. [4] Y si este momento presente es aquél que preanunciaron los profetas antiguos y habéis visto lo que nos ha sucedido ahora, sabed que éste Jesús, a quien vosotros crucificasteis, es el Cristo esperado. David y todos los profetas murieron y los sepulcros de todos ellos se encuentran entre vosotros, mientras que la Resurrección que ha tenido lugar ahora prueba que las palabras de la Escritura se refieren a Cristo. [5] En efecto, el hecho de ser crucificado explica aquello de *veréis vuestra vida colgada*[103], el hecho de ser herido con una lanza en el costado llevaría a cumplimiento aquello de *como oveja fue llevado al matadero*[104] y el hecho de no haber resucitado Él sólo, sino despertar también a antiguos muertos de sus sepulcros (pues a éstos los habéis visto la mayoría de vosotros) es lo mismo que aquello de *no abandonarás mi alma al Hades*[105] y *la muerte robustecida devoró, pero después Dios la suprimió*[106]. [6] El que Él hiciera signos como los que han tenido lugar, muestra que es Dios en un cuerpo y que es la vida y Señor de la muerte, porque convenía que el Cristo, que da la vida a los demás, no fuese Él mismo dominado por la muerte, lo cual no habría sucedido

103. Dt 28, 66.
104. Is 53, 7.
105. Sal 15 (16), 10.
106. Is 25, 8

si, como pensáis vosotros, el Cristo hubiera sido un mero hombre. Sin embargo, es el Hijo de Dios, ya que todos los hombres están ligados a la muerte. [7] Por consiguiente, que no vacile ya nadie en adelante, sino que toda la casa de Israel conozca con seguridad que éste Jesús, a quién visteis en figura de hombre haciendo unos signos y obras que nadie jamás había hecho, es el Cristo y Señor de todos. [8] Y ciertamente, al haber llegado a ser hombre y al ser llamado Jesús, como hemos dicho anteriormente, no pasó a ser menos por causa del sufrimiento humano, sino que más bien, incluso en el hecho de haber sido hecho hombre, se muestra como Señor de vivos y muertos. Y dado que, como dice el Apóstol, *en la Sabiduría de Dios el mundo no conoció a Dios por medio de la Sabiduría, sino que le pareció bien salvar a los que creían mediante la insensatez de la predicación*[107], de manera semejante, dado que nosotros los hombres no hemos querido conocer a Dios por medio de su Logos, y servir al Logos de Dios que es nuestro dueño por naturaleza, a Dios le pareció bien mostrar su propio señorío y en un hombre atraer a todos hacia sí. [9] Hacer esto por medio de un mero hombre era impropio, para evitar que acabáramos siendo adoradores de un hombre, al tener a un hombre por Señor. Por esta razón el Logos mismo llegó a ser carne y se le llamó por nombre Jesús, y en este sentido el Padre lo hizo Señor y Cristo, que es lo mismo que decir que lo hizo para ejercer su señorío y reinar; de modo que así como en el nombre de Jesús, a quien vosotros crucificasteis, toda rodilla se dobla, así también reconozcan al Hijo como Señor y al Padre por medio de Él».

17. [1] La mayoría de los judíos, al escuchar esto, se avergonzaron y a partir de entonces reconocieron al Cristo, como está escrito en el libro de los Hechos[108]. Sin embargo,

107. 1 Co 1, 21.

108. Cf. Hch 2, 37.

puesto que los que están afectados por la locura arriana prefieren permanecer como judíos y luchar contra Pedro, vamos ahora a explicárselo con palabras similares, y quizá así se avergüencen, cuando hayan aprendido el modo de proceder que es propio de la Sagrada Escritura. [2] Ha quedado claro, por un lado, en base a cuanto hemos dicho antes, que el Cristo es eternamente Señor y Rey, y no hay nadie que dude acerca de esto. Al ser Hijo de Dios sería semejante a Él, y, como es completamente semejante a Dios, es Señor y Rey, pues Cristo mismo dice: *Quien me ha visto a mí ha visto al Padre*[109].

[3] Por otro lado, a partir del ejemplo de la bendición de Isaac (aunque esta imagen pueda ser algo confusa para el asunto que nos ocupa), se puede ver que incluso lo que Pedro dice en una ocasión: *Lo hizo Señor y Cristo,* no significa que el Hijo sea algo hecho. Isaac dice así a Jacob: *Llega a ser señor de tu hermano*[110], y a Esaú: *He ahí que he hecho de él tu señor*[111]. Si la expresión *ha hecho* se hubiese referido a la sustancia y al comienzo de la existencia de Jacob, ni siquiera en este caso habría sido necesario que ellos pensasen semejantes cosas acerca del Logos de Dios, ya que el Hijo de Dios no es algo hecho como Jacob (al contrario, si hubiesen investigado un poco podrían haber dejado de desatinar en adelante); pero si, a pesar de que Jacob es por naturaleza una criatura y algo hecho, los arrianos entienden que estas expresiones no se aplican a la sustancia ni al comienzo de la existencia, ¿cómo no van a estar más locos que el diablo, cuando atribuyen al Hijo de Dios aquellas cosas que ni siquiera se atreven a aplicar a las cosas que son creadas por naturaleza, y dicen que el Hijo es algo hecho? En efecto, Isaac no decía *llega a ser* y *he hecho*, refiriéndose al comienzo de la generación de Jacob ni a su sustancia (pues de-

109. Jn 14, 9.
110. Gn 27, 29.
111. Gn 27, 37.

cía estas cosas más de treinta años después de su generación), sino refiriéndose a la autoridad que habría de tener después sobre su hermano.

18. [1] Así pues, con mayor razón todavía, Pedro no lo decía dando a entender que la sustancia del Logos es algo hecho, pues sabía que era el Hijo de Dios, ya que había confesado: *Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo*[112], sino que había sido hecho y había comenzado refiriéndose al reinado y señorío, por gracia y para nosotros mismos. Y, aunque dijo estas cosas, no se calló en lo que se refiere a la eternidad y la divinidad paterna del Hijo, sino que ya antes había dejado dicho que también derramó el Espíritu sobre nosotros[113]. [2] El hecho de dar el Espíritu con autoridad no es propio de una criatura ni de algo que ha sido hecho, sino un don de Dios. En efecto, las criaturas son agraciadas por el Espíritu Santo, mientras que el Hijo no es agraciado por el Espíritu Santo, sino que más bien, al darlo Él mismo a todos, se muestra que no es una criatura sino el Hijo verdadero del Padre. Es cierto que se dice también que Él mismo, que es quien da el Espíritu, ha sido hecho: ha sido hecho Señor en nosotros por su humanidad, y es quien lo da porque es el Logos de Dios. En verdad, existió y existe siempre como Hijo, al igual que como Señor y Rey absoluto de todos, por ser semejante en todo al Padre y tener todas las cosas del Padre, como Él mismo afirmó[114].

[3] Veamos entonces, a continuación, esto mismo, dicho en el libro de los Proverbios: *El Señor me creó como principio de sus caminos para sus obras*[115], aunque, una vez que se ha mostrado que el Logos no es algo hecho, queda mostrado que tampoco es una criatura. Ciertamente es lo mismo decir «cosa hecha» que «criatura», de tal manera que la prueba de que algo no es hecho, es la misma que la prueba de que no es una cria-

112. Mt 16, 16.
113. Cf. Hch 2, 17.
114. Cf. Jn 16, 15.
115. Pr 8, 22.

tura. [4] Por ello también uno podría sorprenderse de que los arrianos se inventen excusas para la impiedad y no se avergüencen por todas y cada una de las refutaciones que les han sido planteadas. En efecto, al principio pensaban engañar a los incautos preguntándoles[116]: «El que es ¿creó de la nada lo que no existía o lo que existía?», y también: «¿Tenías un hijo antes de haberlo engendrado?». Pero cuando ha quedado claro que esto es inconsistente, se les ha ocurrido decir: «¿Son uno sólo o dos los que no han sido engendrados?»[117]. Y al verse rebatidos nuevamente en esto, han añadido enseguida: «¿Tiene libertad y es mutable por naturaleza?». [5] Mas al haber sido rechazado también esto, se les ha ocurrido entonces citar: *Habiendo llegado a ser en tanto superior a los ángeles*[118]. Finalmente, cuando la verdad también rebatió estas cosas, a continuación las han recopilado todas bajo los términos «cosa hecha» y «criatura», pensando que así consolidan su propia herejía. En efecto, vuelven a dar a entender aquellas cosas y no se han separado de sus perniciosos pensamientos, dando vueltas y mareando de diversas maneras las mismas ideas, para tal vez engañar a algunos en medio de semejante confusión.

[6] De este modo, aunque lo que hemos venido diciendo muestra también de forma inmejorable que esta idea suya es necia, sin embargo, dado que han repetido machaconamente por todas partes el texto tomado de los Proverbios y parecen decir algo relevante cuando se encuentran entre muchos que desconocen la fe cristiana, es también necesario examinar en sí misma la expresión *creó*, como hicimos con la [frase] *siendo fiel a quien lo ha hecho*[119], para mostrar que, tanto aquí como en todas partes, su interpretación no es más que una fantasía.

116. Cf. *CA* I, 22.
117. Cf. *CA* I, 30.
118. Hb 1, 4.
119. Cf. Hb 3, 2.

19. [1] Veamos entonces primero aquellas cosas que referían al bienaventurado Alejandro[120], cuando estaban dando forma a su herejía. Escribieron de esta manera, diciendo: «Es una criatura, y sin embargo no es como una de las criaturas; es algo hecho, y sin embargo no es como una de las cosas hechas; es lo engendrado, y sin embargo no es como uno de los engendrados». [2] Vea cada uno la malicia y el engaño de esta herejía, pues consciente del sabor desagradable de su propia mala intención, se esfuerza por embellecerse a sí misma con palabras convincentes. De este modo, por un lado, dice lo que piensa: «Es una criatura», mientras que por el otro cree poder esconderse, diciendo: «Y sin embargo no es como una de las criaturas». Pero al haberlo escrito de esa manera han puesto todavía más en evidencia su propia impiedad.

[3] En efecto, si es simplemente una criatura como nosotros, ¿cómo es que disimuláis diciendo: «Y sin embargo no es como una de las criaturas»? Y si es simplemente algo hecho, ¿cómo no va a ser como una de las cosas hechas? En estas cosas se puede contemplar también el veneno de la herejía, pues cuando afirman: «Lo engendrado, y sin embargo no como uno de los engendrados», admiten muchos hijos y declaran que el Señor es uno de ellos, de manera que ya no es unigénito según ellos, sino que es llamado «lo engendrado» e «Hijo», como uno entre muchos hermanos. [4] ¿Qué necesidad hay entonces de este paripé, diciendo por un lado que es una criatura y por otro que no es una criatura? Y por más que digáis: «Y sin embargo no es como una de las criaturas», se mostrará que semejante sofisma vuestro es absurdo, pues repetís que es una de las criaturas y, como verdaderos insensatos y ciegos, pensáis también acerca del Hijo el tipo de cosas que uno podría decir acerca de las demás criaturas. ¿Pues qué clase de criatura es ésta que es también distinta de ellas, una criatura que ha llegado a ser algo

120. El obispo Alejandro, predecesor de Atanasio en la sede de Alejandría.

distinto, para que podáis afirmar que esto es algo característico del Hijo?

[5] Toda la creación que vemos ha llegado a existir en seis días: en el primero la luz, que llamó día; en el segundo el firmamento; en el tercero, después de haber reunido las aguas, mostró la tierra seca y produjo los múltiples frutos que hay en ella; en el cuarto hizo el sol, la luna y el grupo de las estrellas; en el quinto estableció el nacimiento de los animales del mar y de los seres alados del cielo; en el sexto hizo los cuadrúpedos que están sobre la tierra y después al hombre[121]. [6] *Lo invisible de Él desde la creación del mundo es contemplado por el entendimiento en sus criaturas*[122], y ni la luz es como la noche, ni el sol es como la luna, ni las cosas que carecen de racionalidad son como el hombre racional. Tampoco los ángeles son como los tronos, ni éstos como las potestades, sino que todas ellas son criaturas y cada uno de los seres creados es y permanece en su propia sustancia, tal como haya sido creado, según su especie.

20. [1] Por consiguiente, o bien el Logos debe ser separado de las cosas que han sido hechas, restituido al Padre como Creador y reconocido como Hijo por naturaleza, o bien, si es simplemente una criatura, hay que reconocer que ocupa el mismo puesto que ocupan las demás criaturas, unas relacionadas con otras; y dígase entonces de todas y cada una de ellas que son una criatura y sin embargo no son una de las criaturas, y que son algo engendrado o algo hecho y sin embargo no son como una de las cosas hechas o engendradas (en efecto, habéis dicho que «engendrado» y «creado» son lo mismo al haber escrito «engendrado o creado»). [2] Y por más que el Hijo exceda a las demás criaturas al compararlo, no deja de ser por ello menos criatura que ellas, ya que incluso entre quienes son criaturas

121. Cf. Gn 1.

122. Rm 1, 20.

por naturaleza se pueden encontrar algunas que exceden a otras. En este sentido, *una estrella excede a otra en resplandor*[123] y todas las demás se diferencian entre sí al compararlas. Y no por ello unas son señoras mientras otras sirven a las mejores, ni unas son causas creadoras mientras otras son creadas por ellas, sino que a todas ellas pertenece por naturaleza el llegar a existir y ser creadas, y todas confiesan a través de sí mismas a su propio Artífice, como canta David: *Los cielos refieren la gloria de Dios y el firmamento pregona la obra de sus manos*[124], y dice también Zorobabel, el sabio: *Toda la tierra llama a la verdad, y el cielo la alaba y toda la creación se estremece y tiembla*[125].

[3] Si toda la tierra canta, bendice y teme al artífice y a la verdad, y por otro lado su artífice es el Logos, quien Él mismo afirma: *Yo soy la verdad*[126], entonces el Logos no es una criatura, sino el único propio del Padre, en quien todas las cosas han sido dispuestas ordenadamente y el que es cantado por todos como artífice. [4] Así lo dice el Logos mismo: *Pues yo estaba junto a Él disponiendo ordenadamente*[127], y también: *Mi Padre trabaja hasta ahora y yo también trabajo*[128]. El *hasta ahora* muestra que existe eternamente en el Padre como Logos, pues es propio del Logos obrar las obras del Padre y no estar fuera de Él.

21. [1] Y si el Hijo obra las cosas que obra el Padre y las cosas que crea el Hijo son criaturas del Padre, pero si resulta que el Hijo es obra y criatura del Padre, entonces o bien el Hijo se obra a sí mismo y va a ser creador de sí mismo (dado que todas las cosas que obra el Padre son obras del Hijo), lo cual sería absurdo e imposible; o bien Él no sería una obra ni una cria-

123. 1 Co 15, 41.
124. Sal 18 (19), 2.
125. 1 Esd 4, 36.
126. Jn 14, 6.
127. Pr 8, 30.
128. Jn 5, 17.

tura por ser el creador de las cosas del Padre y quien las obra. De este modo se evita que el que es causa creadora aparezca haciendo en las cosas que son hechas aquello que ha llegado a ser Él mismo, sobre todo porque tampoco es capaz de hacerlo. [2] En efecto, si el Hijo fue creado de la nada, como decís vosotros, ¿cómo puede traer a la existencia como artífice aquellas cosas que no existen? Y si, siendo una criatura, crea como artífice otras criaturas, se pensará lo mismo de cada una de ellas, de modo que también ellas en algún momento podrán ejercer de artífice.

[3] Si queréis que esto sea así, ¿qué necesidad hay del Logos, cuando resulta que las criaturas inferiores son susceptibles de ser creadas por las superiores, o sencillamente cuando cada una de las cosas creadas podría escuchar a Dios decir al principio: «Llega a ser», y también: «Sé hecha», y de esa manera ser creada? [4] Pero esto no aparece en la Escritura ni sería posible. Ninguna de las cosas, en efecto, es causa creadora, ya que todo fue creado por medio del Logos[129] y no habría podido crear todas las cosas si el Logos mismo hubiese sido una de las criaturas. Tampoco los ángeles pueden, en modo alguno, crear como artífices, dado que también ellos son criaturas, por más que Valentín, Marción y Basílides piensen tales cosas y vosotros les sigáis la corriente. Tampoco el sol, al ser una criatura, podrá en algún momento hacer que lo que exista no es, ni un hombre modelar a otro hombre, ni una piedra concebirá a otra piedra, ni una madera hará crecer a otra madera, sino que es Dios quien modela desde el vientre al hombre[130], coloca las montañas y hace crecer la madera. [5] Por su parte el hombre, al ser capaz de asimilar conocimiento, compone esa materia, la transforma y trabaja lo que ya existe conforme haya aprendido, y se alegra de que haya llegado a existir; y al conocer su propia naturaleza, sabe invocar a Dios cuando carece de algo.

129. Cf. Jn 1, 3.

130. Cf. Is 44, 24.

22. [1] Por tanto, si también Dios crea y compone a partir de una materia que ya existe (y ésta es la concepción de los griegos[131]), entonces Dios tendría que ser llamado artesano en vez de creador. Trabaje así entonces el Logos la materia, mandado por Dios y sometido a Él. Pero si Dios llama a la existencia a las cosas que no son por medio de su propio Logos, entonces el Logos no pertenece a las cosas que no son y son llamadas a existir, de modo que no hay por qué buscar otro logos por medio del cual el Logos haya sido llamado a la existencia (en efecto, aquello que no es siempre llega a existir en un logos). [2] Y si Dios crea y hace las cosas por medio del Logos, entonces Él no pertenece a las cosas que han sido hechas y creadas, sino que más bien es Logos del Padre creador. De hecho, el Logos es conocido también a partir de las obras del Padre, obras que el Logos mismo hace, porque Él está en el Padre y el Padre está en Él y porque quien lo ha visto ha visto al Padre[132]. Esto se debe al carácter propio de su sustancia y a la semejanza del Hijo al Padre en todo.

[3] ¿Cómo puede entonces crear por medio de Él, si no es su Logos y Sabiduría? ¿Y cómo podría ser Logos y Sabiduría, si no es lo propio engendrado de su sustancia, sino que también Él ha sido creado de la nada? Y si todas las cosas son creadas de la nada y son criaturas, y el Hijo, según ellos, también es una de las criaturas y de las cosas que en un tiempo no existieron, ¿cómo va a revelar al Padre sólo Él, y nadie más, si no es porque sólo Él conoce al Padre[133]? [4] Pues si es posible que el Logos, siendo algo hecho, conozca al Padre, entonces debe ser conocido también por todas las cosas de forma análoga (según su propia capacidad), ya que todas ellas son criaturas al igual que el Logos. Pero si las cosas creadas no son capaces de ver y conocer al Padre, sino que la visión y el conoci-

131. Es decir, de los paganos.
132. Cf. Jn 14, 9-10.
133. Cf. Jn 6, 46; 10, 15.

miento de Dios superan todas las cosas (pues Dios mismo dijo: *Ninguno verá mi rostro y vivirá*[134], y el Hijo ha dicho a su vez: *Nadie conoce al Padre sino el Hijo*[135]), entonces el Logos tendría que ser distinto de las cosas creadas, por ser el único que conoce y el único que ve al Padre, como Él dijo: *No que alguno haya visto al Padre, sino el que está junto al Padre*[136], y también: *Nadie conoce al Padre sino el Hijo*[137], por más que Arrio no opine lo mismo[138].

[5] Por tanto, ¿cómo es que lo conoció Él sólo, si no es porque el Logos era el único propio de Dios? ¿Y cómo podría haber sido propio del Padre, si el que procede de Él fuese una criatura y no un hijo verdadero? En efecto, no hay por qué vacilar en repetir las mismas cosas, aunque sea muchas veces, cuando está en juego la piedad. Es contrario a la piedad pensar que el Hijo es como todas las cosas, y es blasfemo y estúpido decir: «Es una criatura y sin embargo no es como una de las criaturas; es algo hecho, y sin embargo no es como una de las cosas hechas; es engendrado, y sin embargo no es como una de las cosas que han sido engendradas». [6] En efecto, ¿cómo no va a ser el Logos como una de ellas, si resulta que, según ellos, no existía antes de ser engendrado? Ciertamente, es propio de las criaturas y de las cosas que han sido hechas el no existir antes de ser creadas y el adquirir consistencia a partir de la nada, por más que superen a las demás en gloria (pues se podrá descubrir que en esto difieren todas las demás criaturas unas de otras, como muestran los casos que hemos visto).

23. [1] Y si, de acuerdo con los herejes, el Logos fuese de veras una criatura o algo hecho, si bien no como una de las criaturas por el hecho de distinguirse de ellas en gloria, la Escritura debería haber indicado y mostrado, a la hora de compa-

134. Ex 33, 20.
135. Mt 11, 27.
136. Jn 6, 46.
137. Mt 11, 27.
138. Cf. ARRIO, *Thalia*, fragm. 12 (Bardy).

rar el Logos con las criaturas en términos de excelencia, en qué sentido había que decir que Él es mayor que los arcángeles, más precioso que los tronos, más resplandeciente que el sol y la luna y mayor que los cielos. [2] Pero el Logos no viene ahora definido así, sino que el Padre muestra que es Hijo suyo propio y único, cuando dice: *Hijo mío eres tú*[139], y también: *Éste es mi Hijo, el amado, en quien me he complacido*[140]. Y por esta razón también los ángeles le servían como a alguien que es distinto de ellos, y es adorado por ellos no como alguien mayor en gloria, sino como alguien que es distinto de todas las criaturas y de ellos mismos, al ser el único que es sustancialmente Hijo propio del Padre. [3] En efecto, si le hubiesen adorado como alguien que les excede en gloria, habría sido también necesario que cada uno de los inferiores adorase al superior. Pero esto no sucede así, ya que una criatura no adora a otra criatura, sino un siervo a su dueño y una criatura a Dios.

[4] Por esta razón Pedro, el apóstol, cuando Cornelio quería adorarle, se lo impide diciendo: *También yo soy un hombre*[141], y también en el Apocalipsis un ángel se lo impide a Juan, que tiene la misma intención, diciendo: *Cuida de no hacerlo, pues soy siervo junto a ti, tus hermanos los profetas y aquellos que guardan las palabras de este libro; adora a Dios*[142]. [5] Por consiguiente, ser adorado es algo que pertenece únicamente a Dios. Y esto lo saben incluso los mismos ángeles, porque, aunque excedan a los demás en glorias, no obstante son todos ellos criaturas y no pertenecen al número de quienes son adorados, sino al de quienes adoran al Señor. [6] Por esta razón un ángel impidió a Manóah, padre de Salomón, que le ofreciera el sacrificio que quería hacerle, diciéndole: *No a mí, sino a Dios has de ofrecerlo*[143]. El Señor, por el contrario, es adorado tam-

139. Sal 2, 7 (Hch 13, 33; Hb 1, 5; 5, 5).
140. Mt 3, 17.
141. Hch 10, 26.
142. Ap 22, 9.
143. Jc 13, 16.

bién por los ángeles (pues está escrito: *Y que le adoren a Él todos los ángeles de Dios*[144]), por todos los pueblos (como dice Isaías: *Egipto los produjo, y los comercios de Etiopía y los hombres de Saba de elevada estatura los llevan hasta ti y serán esclavos tuyos*, e inmediatamente después: *Y te adorarán y en ti rezarán, porque en ti está Dios y no hay un Dios sino el tuyo*[145]) y acepta que los discípulos le adoren, y les confirma quien es, diciendo: *¿No me llamáis a mí Señor y Maestro? Lo decís bien, pues lo soy*[146]. Y cuando Tomás le dice: *Señor mío y Dios mío*[147], se lo permite decir e incluso lo acepta sin impedírselo, [7] porque Él es, como los demás profetas dijeron y David cantó, *Señor de las potencias*[148] y *Sabaoth*[149] (que traducido significa «Señor de los ejércitos»), y Dios verdadero y todopoderoso, aunque los arrianos revienten ellos mismos con estas cosas.

24. [1] Además tampoco habría sido adorado, ni se habrían dicho estas cosas del Logos, si fuese simplemente una de las criaturas. Ahora bien, puesto que no es una criatura, sino lo engendrado propio de la sustancia del Dios, que es adorado, y es Hijo por naturaleza, por esta razón es adorado y confesado como Dios y es Señor de los ejércitos, tiene autoridad y es omnipotente como el Padre. En efecto, Él dijo: *Todo cuanto tiene el Padre es mío*[150]. Es ciertamente propio del Hijo tener las cosas del Padre y ser semejante a Él, de modo que en el Hijo se contempla al Padre; por medio de Hijo han sido hechas todas las cosas y en el Hijo tiene lugar y consiste la salvación de todos.

[2] Por tanto, es bueno que los arrianos se pregunten también esto, para que así quede más patente todavía la refutación de su herejía: si todas las cosas son criaturas y todas tienen su

144. Hb 1, 6.
145. Is 45, 14.
146. Jn 13, 13.
147. Jn 20, 28.
148. So 2, 9; Sal 47 (48), 9.
149. Sal 23 (24), 10.
150. Jn 16, 15.

consistencia a partir de la nada y resulta que el Hijo mismo es también, según vosotros, una criatura, algo hecho y uno de aquellos que en un tiempo no existía, ¿por qué hizo Dios todas las cosas únicamente por medio del Hijo y sin Él no se hizo nada[151]? [3] O bien, ¿por qué, cuando se habla de «todas las cosas», uno no piensa que se está diciendo que el Hijo está incluido en ellas, sino que se refiere a las cosas creadas, y cuando las Escrituras hablan del Logos no piensan que Él esté incluido en todas las cosas, sino que a Él, en quien el Padre lleva a cabo y obra la provisión y salvación de todas las cosas, lo colocan junto al Padre, máxime cuando todas las cosas son capaces de llegar a existir por obra del mismo mandato por medio del cual el Logos ha llegado a existir procediendo del único Dios?

[4] En efecto, Dios no se cansa al mandar ni se debilita al crear todas las cosas, como si por sí solo únicamente pudiese crear al Hijo, pero para la creación de las demás cosas necesitara de la asistencia y ayuda del Hijo. En verdad, no hay nada en absoluto que impida que aquello que Dios quiera sea creado, sino que con sólo haberlo querido han adquirido su consistencia todas las cosas y *nadie ha resistido su querer*[152]. Así pues, que me expliquen por qué razón no fueron creadas todas las cosas solamente por Dios, mediante el mismo mandato por el que también fue creado el Hijo, o por qué todo ha llegado a pertenecer al Logos, si resulta que también Él ha sido creado. [5] Responden toda clase de absurdos. Y, a pesar de todo, dicen al respecto que el Dios del universo, cuando quiere crear la naturaleza creada, como ve que no es capaz de participar del arte puro de Dios y de su obra de artífice, primero hace y crea Él solo[153] únicamente a uno, al que llama Hijo y Logos, de manera que, al haber llegado a estar en medio, de este modo, en adelante, todas las cosas puedan ser creadas por me-

151. Cf. Jn 1, 3.
152. Rm 9, 19.
153. Esto es, el Padre.

dio de Él. Y no sólo han dicho estas cosas, sino que Eusebio, Arrio y Asterio, el llamado sacrificador, se han atrevido incluso a escribirlas[154].

25. [1] ¿Cómo, pues, no iba a poder advertir uno finalmente, a partir de estas afirmaciones, su impiedad, de la cual no se avergüenzan, al estar mezclada en ellos con mucha falta de juicio, despotricando embriagadamente de esa manera contra la verdad? En efecto, si dicen que Dios, en razón del cansancio que supone la creación de las demás criaturas, ha creado únicamente al Hijo, toda la creación les recriminará por pronunciar cosas indignas acerca de Dios, cuando además Isaías ha dejado escrito: *El Dios eterno, que ha dispuesto las cumbres de la tierra, no tendrá hambre ni se sentirá cansado, ni será posible descubrir su pensamiento*[155]. [2] Y si Dios creó únicamente al Hijo, porque consideraba indigno crear las demás cosas y confió el resto al Hijo en calidad de ayudante, también esto es indigno de Dios, porque no hay soberbia en Dios.

Pero en cualquier caso el Señor los avergonzó, cuando dijo: *¿Acaso no se compran dos gorriones por un as? Y no cae uno de ellos en tierra sin que lo quiera vuestro Padre que está en los cielos*[156]; [3] y en otra ocasión: *No estéis preocupados por vuestra alma, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis. ¿Acaso no es más el alma que la comida y el cuerpo que el vestido? Fijaos en los pájaros del cielo que no siembran ni siegan ni reúnen la cosecha en el granero, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No sois vosotros más importantes que ellos? ¿Y quién de entre vosotros por preocuparse puede añadir una sola medida a su edad? Y en lo que respecta al vestido, ¿por qué os preocupáis? Observad cómo crecen los lirios del campo: no se fatigan ni preocupan, y en cambio os digo que ni*

154. Cf. ARRIO, *Thalia*, fragm. 4 (Bardy); ASTERIO, *Syntagmation*, fragm. 26 (Vinzent).

155. Is 40, 28.

156. Mt 10, 29.

Salomón en toda su gloria se vistió como uno de éstos. Pues si Dios viste así a la hierba del campo que hoy existe y mañana es arrojada a la hoguera, ¿no hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe?[157]. [4] En efecto, si no es indigno de Dios proveer incluso hasta las cosas que son tan pequeñas (los pelos de la cabeza, el lirio y la hierba del campo), entonces tampoco sería indigno de Él crear estas cosas, ya que también es el creador por medio de su propio Logos de aquellas cosas a las que Él provee. De otro modo un absurdo mayor se presenta a quienes tienen esa opinión, dado que al separar las criaturas de la creación, que es obra del artífice, la creación resulta ser obra del Padre, mientras que atribuyen las criaturas al Hijo, cuando es en realidad necesario que o bien todas las cosas sean creadas por el Padre junto con el Hijo, o bien no [se podrá] decir que el Hijo es una de las criaturas, si todas las cosas son creadas por medio de Él.

26. [1] Por otra parte, uno también podría igualmente refutarles su estupidez, ya que si el Logos es de naturaleza creada y esta naturaleza es incapaz de albergar la actividad propia de Dios, ¿cómo es que el Logos, como decís vosotros, fue el único entre todos capaz de ser creado por la sustancia de Dios, que es increada y absolutamente simple? En efecto, es preciso o bien que, al ser el Logos capaz, toda criatura también lo sea, o bien que, al ser todas incapaces, también el Logos lo sea, dado que, según vosotros, también Él es una de las criaturas. [2] Y, por lo mismo, si, al ser la naturaleza creada incapaz de participar de la actividad de Dios, hubo necesidad de un mediador, y resulta que el Logos es creado y criatura, entonces es absolutamente obligado que haya necesidad de un mediador también en el caso de la creación del Logos por el Artífice, pues también el Logos es una criatura y tiene una

157. Mt 6, 25-30.

naturaleza creada que no es capaz de participar directamente de la obra creadora de Dios, sino que necesita de un mediador. Pero también encontraría uno un mediador de éste último, y a su vez haría falta otro mediador para aquél, y, a base de avanzar así y seguir el razonamiento, uno se encontrará con una gran muchedumbre de mediadores que se suceden unos a otros. Y de esta manera no sería posible que la creación tuviera consistencia, ya que siempre necesita de un mediador, y un mediador no puede ser creado sin otro, dado que todas las cosas son de naturaleza creada, y esta naturaleza no es capaz de participar directamente de la obra creadora de Dios, como vosotros decís.

[3] ¡De cuánta estupidez están repletos, pues les lleva a pensar que las cosas que ya existen es imposible que hayan llegado a existir! O quizá no se estén imaginando que no han sido creadas, pues siguen buscando al mediador... En efecto, conforme a su manera de pensar, tan malvada e impía, tampoco tendrían consistencia las cosas creadas, si no existiera un mediador.

27. [1] Sin embargo dicen aquello: «He aquí que, de hecho, por medio de Moisés hizo salir al pueblo de Egipto y por medio de él dio la Ley, aunque resultaba que Moisés era un hombre, de manera que es posible que cosas semejantes sean creadas por medio de un semejante». Pero habría sido conveniente que ellos dijesen esto cubriéndose, para no tener que sufrir una gran vergüenza, ya que Moisés no era enviado para crear como artífice, ni para llamar a la existencia a las cosas que no existían, ni para modelar a sus semejantes los hombres, sino únicamente para transmitir como sirviente las palabras al pueblo y al rey Faraón. Hay una gran diferencia en estas cosas, ya que servir en calidad de siervo es propio de las criaturas, mientras que hacer existir como artífice y crear es propio únicamente de Dios y de su propio Logos y Sabiduría. [2] Y por ello, no se podría encontrar a ningún otro que creara excepto al Logos de

Dios, pues *todo ha sido creado en la Sabiduría*[158] y *sin el Logos no se creó nada*[159].

[3] En cambio, para servir no hay uno sólo, sino que entre todos son muchos los que el Señor puede enviar si lo desea, pues muchos arcángeles, tronos, potestades y dominaciones[160] y miles de millares y un número incontable le asisten, dispuestos y preparados para ser enviados. [4] También muchos profetas, los doce apóstoles y Pablo, y no sólo Moisés mismo, sino también Aarón junto con él y después otros setenta que fueron colmados del Espíritu Santo. Y a Moisés le sucedió Josué, el hijo de Nun, y a aquél los Jueces, a quienes también sucedieron no uno sino numerosos reyes. Por tanto, si el Hijo fuese una criatura y una de las cosas creadas, habría sido necesario que existieran muchos hijos semejantes, para que también Dios pudiese tener a muchos de ellos como servidores, de igual manera que en los demás casos hay un gran número.

[5] Pero si esto no es lo que vemos, sino que las criaturas son muchas, mientras que el Logos es uno sólo, ¿quién no estará de acuerdo, también por esta razón, en que el Hijo se distingue de todas las cosas y no tiene parangón con las criaturas, sino que se caracteriza por la identidad con el Padre? De aquí se sigue que tampoco existen muchos logos, sino únicamente un solo Logos del único Padre y una sola imagen del único Dios. [6] A pesar de todo dicen: «He aquí que el sol y la tierra son también únicos». ¡Necios! Que digan que también el agua es una y que el fuego es uno sólo, y así escuchen en respuesta que cada una de las cosas creadas es única según su propia sustancia, mientras que ninguna de ellas se basta a sí misma, ni es aisladamente suficiente, para el servicio y asistencia que le ha sido encomendado. En efecto Dios dijo: *Que sean creados los luceros en el firmamento del cielo para iluminar la tie-*

158. Sal 103 (104), 24.
159. Jn 1, 3.
160. Cf. Col 1, 16.

rra, que separen el día de la noche y que permanezcan como signos de los tiempos, de los días y de los años[161]. [7] Y añade luego: *E hizo Dios los dos grandes luceros, el más grande para regir el día y el más pequeño para regir la noche, y las estrellas; y los colocó en el firmamento del cielo para que brillaran sobre la tierra y para regir el día y la noche*[162].

28. [1] He aquí que hay muchos luceros y no sólo el sol y la luna, sino que cada cual es uno conforme a su sustancia, y el servicio que prestan es único y común, ya que lo que le falta a cada uno es suplido por otro, y de esta manera la necesidad de iluminar es llevada a cabo por todos. Así el sol tiene capacidad para iluminar solamente el intervalo del día y la luna el de la noche, y junto a ellos las estrellas van marcando los tiempos y los años, y cada uno se convierte en un signo de los reclamos de la necesidad. [2] De igual manera la tierra no provee a todas las necesidades, sino que se limita a los frutos y sirve de alimento para aquellos que viven en ella, y el firmamento sirve para separar las aguas de las aguas[163] y como lugar para los luceros que hay en él. De modo similar también el fuego y el agua fueron creados junto con las demás cosas para componer los cuerpos. Y no son en absoluto uno solo, sino que cada uno de los seres creados, siendo como miembros los unos de los otros y formando un solo cuerpo, contribuyen al perfeccionamiento del mundo. [3] Por consiguiente, si los arrianos suponen que también el Hijo es de esta manera, que sean rechazados por todos, porque piensan que el Logos es una parte del todo, y una parte no es capaz sin las demás de prestar el servicio que le ha sido encomendado. Pero si esto resulta claramente impío, deberán reconocer que el Logos no pertenece a las cosas creadas, sino que es el único y propio Logos del Padre y el artífice de las cosas creadas.

161. Gn 1, 14.
162. Gn 1, 16-18.
163. Cf. Gn 1, 7.

[4] No obstante han dicho: «Es una criatura y pertenece a las cosas creadas; ha aprendido a ser artífice como de un maestro o artesano y de esta manera obedeció a Dios, que le había enseñado». En efecto, el sofista Asterio, al haber aprendido a negar al Señor, se ha atrevido a escribir estas cosas sin considerar el absurdo que se sigue de ellas. Ciertamente, si el hecho de ser artífice es algo aprendido, deberán tener cuidado, no sea que digan que tampoco Dios mismo es artífice por naturaleza, sino por conocimiento adquirido, de manera que sea algo que pueda venir a darse fuera de Él. [5] Además, si la Sabiduría de Dios obtuvo por aprendizaje la capacidad de ser artífice, ¿cómo va a ser entonces Sabiduría si necesita aprender? ¿Y qué era entonces antes de aprender (pues no era Sabiduría al estar falta de aprendizaje)? Tenía que ser ciertamente algo vacío y no es entonces sustancialmente Sabiduría, sino que tiene el nombre de Sabiduría en base al progreso que realiza, y será Sabiduría tanto tiempo como sea capaz de preservar lo que ha aprendido. En verdad, lo que ha sobrevenido a uno y no es por naturaleza, sino por aprendizaje, es susceptible de ser también olvidado alguna vez. Ahora bien, decir semejantes cosas acerca del Logos no es propio de los cristianos, sino de los griegos.

29. [1] En efecto, si el hecho de ser artífice sobreviene a uno por aprendizaje, los estúpidos arrianos introducen en Dios envidia o incluso debilidad. Envidia, porque no enseñó a muchos artífices, de modo que hubiera muchos artífices en torno suyo como también son muchos los arcángeles y los ángeles; y debilidad, porque no fue capaz de crear Él solo, sino que tuvo necesidad de un colaborador o un subordinado. Y así, a pesar de que ya ha sido mostrado que la naturaleza creada pudo ser creada por Dios solo, si es cierto, como ellos dicen, también el Hijo, como criatura, pudo ser creado por Dios solo. [2] Sin embargo Dios no necesita de nadie. ¡En absoluto! Él mismo dijo: *Nada me*

falta[164]. Ni el Logos llegó a ser artífice por aprendizaje, sino que al ser imagen y Sabiduría del Padre obra las cosas del Padre. Tampoco Dios ha creado al Hijo de cara a la creación de las criaturas, pues he aquí que también el Padre aparece trabajando, aunque exista el Hijo, como el Señor mismo dice: *Mi Padre trabaja hasta ahora y yo también trabajo*[165].

[3] Pero si el Hijo, según vosotros, llegó a existir para crear aquellas cosas que vienen después de Él, y resulta que el Padre trabaja también después que el Hijo, entonces, de acuerdo con lo que decís vosotros y esto otro, está de más la creación de un Hijo semejante. [4] Pues de otra manera, si quiere simplemente crearnos a nosotros, ¿por qué entonces el Padre busca un mediador, como si su voluntad no bastase para dar consistencia a aquellas cosas que a Él le parezcan? Así dice la Escritura: *Hizo todas las cosas que quiso*[166], y también: *¿Quién se resistió a su voluntad?*[167]. Si la voluntad es suficiente por sí misma para crear todas las cosas, resulta entonces otra vez, según vosotros, que está de más la necesidad de un mediador, y el ejemplo que pusisteis de Moisés, el sol y la luna se muestra inadecuado, y además se ha vuelto también contra vosotros. [5] Si al querer crear la naturaleza creada y habiendo deliberado sobre ella, Dios concibe y crea al Hijo para que nos cree a nosotros como artífice, como decís vosotros, examinad cuánta impiedad os habéis atrevido a pronunciar.

30. [1] En primer lugar, porque parece más que el Hijo mismo ha sido creado por causa nuestra, y no nosotros por causa de Él; en realidad no hemos sido creados por causa suya, sino que Él ha sido hecho por causa nuestra; de esta forma el Hijo está más agradecido a nosotros que nosotros a Él, como lo está la mujer al varón, pues la Escritura dice: *No fue creado el varón por causa de la mujer, sino la mujer por*

164. Is 1, 11.
165. Jn 5, 17.
166. Sal 113, 11.
167. Rm 9, 29.

causa del hombre[168]. Por tanto, así como *el varón es imagen y gloria de Dios y la mujer es la gloria del varón*[169], de igual manera nosotros somos imagen de Dios y hemos sido creados para su gloria, mientras que el Hijo es imagen nuestra y ha sido creado para nuestra gloria. [2] Nosotros hemos sido creados para existir, mientras que el Logos de Dios, según vosotros, no ha sido creado para existir, sino que ha sido hecho como un instrumento para nuestro provecho, de tal manera que no somos constituidos a partir de Él, sino que Él es constituido a partir de nuestro provecho[170]. ¿Y cómo no van a rebasar los arrianos toda medida de insensatez, aunque sólo sea por albergar en su ánimo tales pensamientos? En efecto, si el Logos fue creado por causa nuestra, tampoco existe antes que nosotros junto a Dios, puesto que Dios no delibera acerca de nosotros teniendo en sí mismo al Logos, sino que, como ellos dicen, delibera acerca del Logos mismo teniéndonos a nosotros en sí mismo.

[3] Y si esto es así, quizá el Padre ni siquiera quería crear al Hijo, ya que no lo creó porque lo quería a Él, sino que lo creó por causa nuestra (porque nos quería a nosotros) y lo concibió en su pensamiento después que a nosotros. De este modo, de acuerdo con los impíos, el Hijo, que ha sido creado, resulta después algo accesorio, una vez que han sido creadas aquellas cosas por las cuales Él fue creado como instrumento. [4] Pero si el Hijo fue creado únicamente por el Padre por ser el único capaz de ser creado así, y nosotros en cambio fuimos creados por el Logos al no poder ser creados de esa manera, ¿por qué razón no delibera también primero acerca del Hijo, en vez de acerca de nosotros, si el Hijo es el único capaz de ser creado de esa manera? ¿O por qué razón no considera al que es capaz[171] antes que a los débiles[172]? ¿O por qué razón, si crea

168. 1 Co 11, 9.
169. 1 Co 11, 7.
170. Cf. ARRIO, *Thalia*, fragm. 4 (Bardy); *CA* 1, 5, 4.
171. Esto es, el Hijo.
172. Nosotros, las criaturas.

primero al Logos, no delibera también primero acerca de Él? ¿O por qué razón, si delibera primero acerca de nosotros, no nos crea primero a nosotros, cuando su voluntad es suficiente para dar consistencia a todas las cosas? En cambio, resulta que crea primero al Logos, pero delibera primero acerca de nosotros y nos quiere antes que al mediador; y a nosotros, queriéndonos crear y deliberando acerca de nosotros, el Padre nos llama criaturas, mientras que a Él, que lo creó por causa nuestra, lo llama Hijo, propio y heredero. [5] Pero entonces habría sido necesario más bien que nosotros, aquellos por quienes el Padre hizo al Logos, fuésemos llamados hijos, o bien, al ser evidente que el Logos es Hijo, que lo hubiese deseado y querido antes a Él, por causa del cual nos hace a todos nosotros. Tales son, por tanto, los vómitos y nauseas de los herejes.

31. [1] Ciertamente no se debe silenciar la doctrina de la verdad, sino que conviene, por encima de todo, incluso gritarla. En efecto, el Logos de Dios no fue creado por causa nuestra, sino que más bien fuimos nosotros los creados por causa suya, porque *en Él fueron creadas todas las cosas*[173]. Ni fue creado por causa de nuestra debilidad (porque era capaz de ser creado por el Padre solo) con el fin de que fuéramos nosotros creados por medio de Él como por medio de un instrumento. ¡De ningún modo! ¡No es así! [2] Pues incluso en el caso de que Dios no hubiese tenido la intención de hacer a las criaturas, en modo alguno el Logos habría dejado de estar junto a Dios y el Padre en Él. Es cierto que las criaturas no habrían podido ser creadas sin el Logos, y así resulta que fueron creadas por medio de Él, como corresponde. En efecto, dado que el Hijo es Logos propio de la sustancia del Padre por naturaleza y procede de Él y existe en el Padre, como el mismo Hijo dice[174], las cosas creadas no podrían haber sido creadas si no es por medio de Él. [3] Así como la luz ilumina con su resplandor todas

173. Col 1, 16. 174. Cf. Jn 10, 38.

las cosas y sin su resplandor no podría iluminar nada, de igual manera el Padre, como por medio de una mano, creó en el Logos todas las cosas y no hace nada sin Él. Así lo recuerda también Moisés: *Entonces dijo Dios: que sea creada la luz, que se junten las aguas, que surja la tierra* y *hagamos al hombre*[175]. Y así también canta el bienaventurado David: *Él lo dijo y fueron creadas, lo ordenó y fueron creadas*[176].

[4] Y no lo dijo para que un subordinado cualquiera lo escuchase, como sucede con los hombres, y lo realizase, después de haber comprendido la voluntad de quien le habla y marchase. En verdad, esto es propio de las criaturas, pero no es adecuado pensarlo y decirlo en el caso del Logos, dado que el Logos de Dios es artífice y hacedor y la decisión es del Padre. [5] Por eso la Sagrada Escritura no ha dicho que escuchó y que, al escuchar, respondió preguntando cómo o qué clase de criaturas quería que fueran creadas, sino que Dios únicamente dijo: *Que sea creada*, y añadió: *Y así fue*[177], pues lo intentado y querido por Dios fue inmediatamente creado y llevado a término por el Logos. [6] En efecto, cuando Dios da órdenes a otros, bien sean ángeles, o conversa con Moisés o hace una promesa a Abrahán, es entonces cuando el que escucha responde, y uno dice: *¿Cómo voy a saberlo?*[178]; otro afirma: *Escoge a otro*[179]; y en otra ocasión: *Si me preguntan cuál es tu nombre ¿qué les respondo?*[180]; y el ángel le decía a Zacarías: *Esto dice el Señor*[181], mientras que al Señor le pregunta: *Señor todopoderoso, ¿hasta cuándo vas a dejar de apiadarte de Jerusalén?*[182], esperando escuchar palabras favorables y consoladoras[183]. [7] Esto sucede porque cada uno de ellos tiene por mediador al Logos y a la Sabiduría, que conoce la voluntad del Padre. En cambio, cuando

175. Gn 1, 3.9.11.26.
176. Sal 32 (33), 9.
177. Gn 1, 6 (entre otros).
178. Gn 15, 8.
179. Ex 4, 13.
180. Ex 3, 13.
181. Za 1, 17.
182. Za 1, 12.
183. Cf. Za 1, 13.

el Logos mismo obra y crea, no se dan la pregunta y la respuesta (ya que en Él está el Padre y el Logos está en el Padre), sino que basta el hecho de quererlo y entonces la obra es creada. De modo que la expresión *dijo* es por nosotros y sirve para reconocer su voluntad, mientras que la expresión *y así fue* se refiere a la obra que tiene lugar por medio del Logos y de la Sabiduría, en la cual también está la voluntad del Padre. Y la misma expresión *dijo Dios* puede ser reconocida en el Logos, pues dice: *Todas las cosas las hiciste en la Sabiduría*[184]; y también: *Con el Logos del Señor fueron dispuestos los cielos en el firmamento*[185]; e igualmente: *Un solo Señor Jesucristo, por medio del cual son todas las cosas y nosotros por medio de Él*[186].

32. [1] A partir de todo esto es posible comprender cómo los arrianos no se están enfrentando a nosotros en la contienda acerca de su herejía, sino que dan la impresión de enfrentarse a nosotros cuando en realidad están luchando contra la divinidad misma. En efecto, si la voz que dice: *Éste es mi Hijo*[187] fuese nuestra, poca cosa supondría para ellos nuestro reproche. En cambio, si se trata de la voz del Padre y los apóstoles también la escucharon, y el Hijo mismo dice de sí mismo: *Antes que a todos los montes me engendró*[188], ¿cómo no van a estar combatiendo ahora ellos también a Dios, al igual que nos cuenta la mitología que hacían los Gigantes[189], cuando, como dice el Salmista, tienen *la lengua como espada punzante*[190] e inclinada a la impiedad? [2] Ciertamente ni temen la voz del Padre ni tienen consideración con las palabras del Salvador. Y tampoco han dado crédito a los santos, a pesar de que uno de ellos escribe: *El cual es resplandor de la gloria del Padre e im-*

184. Sal 103 (104), 24.
185. Sal 32 (33), 6
186. 1 Co 8, 6.
187. Mt 3, 17.
188. Pr 8, 25.
189. Esta comparación también aparece en IRENEO, *Adv. haer.*, II, 30, 1.
190. Sal 56 (57), 5.

pronta de su hipóstasis[191], y también: *Cristo fuerza de Dios y Sabiduría de Dios*[192]; otro canta: *Porque en Ti está la fuente de la vida, en tu luz veremos la luz*[193], y también: *Todo lo hiciste en la Sabiduría*[194]; los profetas dicen: *Y me vino la palabra*[195] *del Señor*[196]; y Juan: *En el principio existía el Logos*[197]; y Lucas: *De la misma manera que también nos transmitieron a nosotros los que fueron testigos oculares desde el principio y servidores del Logos*[198]; y también David, de modo similar: *Envió a su Logos y los curó*[199].

[3] Todo esto pone en evidencia a la herejía arriana por doquier, y muestra la eternidad del Logos, y que no es algo ajeno sino propio de la sustancia del Padre. En efecto, ¿cuándo ha visto alguien la luz sin su resplandor? ¿O quién se atreve a decir que la impronta de la hipóstasis es algo diferente? ¿O cómo no va a estar loco de remate el que piense, aunque sólo sea en su ánimo, que Dios puede estar privado en algún momento de Logos y de Sabiduría[200]? Como la naturaleza humana es incapaz de comprender a Dios, la Escritura puso tales ejemplos e imágenes para que pudiésemos pensar sobre Él en la medida en que es posible, aunque sea poco y oscuramente. [4] Y así como la creación y la providencia bastan para conocer la existencia de Dios (pues *a partir de la grandeza y la belleza*[201] *y de la creación del mundo*[202] *se contempla por analogía al creador*[203]) y no aprendemos a base de exigir voces a estas cosas, sino que lo creemos escuchando las Escrituras; y al contemplar el orden mismo y la armonía de todas las cosas, llegamos a la conclu-

191. Hb 1, 3.
192. 1 Co 1, 24.
193. Sal 35 (36), 10.
194. Sal 103 (104), 24.
195. En griego *logos*.
196. Jr 1, 11 (entre otros).
197. Jn 1, 1.
198. Lc 1, 2.
199. Sal 106 (107), 20.
200. O también, dado el múltiple significado de la palabra griega *logos*, «irracional» (privado de Logos) y «necio» (privado de Sabiduría).
201. Sab 13, 5.
202. Rm 1, 20.
203. Sab 13, 5.

sión de que existe un Dios creador y dueño de todas ellas, y comprendemos su providencia y el maravilloso gobierno de todas las cosas; lo mismo ocurre respecto a la divinidad del Hijo: puesto que bastan las palabras que se han citado anteriormente, está de más, o incluso más bien rebosa locura, poner en duda y preguntar al estilo de los herejes: «¿Cómo es entonces posible que el Hijo exista eternamente? ¿O cómo puede proceder de la sustancia del Padre y no ser una parte?, pues lo que se dice que proviene de algo es parte suya y lo que ha sido dividido en partes ya no es algo completo».

33. [1] Tales son las astutas artimañas de los heterodoxos. Y aunque en lo precedente nos hayamos adelantado a refutar la falta de lógica que esconden sus argumentos, no obstante también el significado preciso de las palabras y el sentido de los ejemplos refutan la oscuridad de su infame doctrina. [2] En efecto, vemos que el Logos existe siempre, que procede y es propio de la sustancia de Aquél de quien también es el Logos y que no hay en Él un antes y un después. Y vemos que el resplandor que procede del sol es propio de él, que la sustancia del sol ni se separa ni disminuye, sino que permanece íntegra y que el resplandor es perfecto, íntegro y no disminuye la sustancia de la luz, sino que coexiste con ella, como aquello que es verdaderamente lo engendrado de ella. [3] Vemos también que el Hijo no es engendrado de fuera, sino que ha sido engendrado del Padre, que el Padre permanece íntegro y que la impronta de la hipóstasis es siempre semejante y vive como imagen invariable del Padre, de manera que, quien ve al Hijo, ve también en Él la hipóstasis de la cual el Hijo es impronta[204]. Y a partir de la actividad de la impronta entendemos verdaderamente la divinidad de la hipóstasis, pues el Salvador mismo enseñaba esto cuando decía: *El Padre que permanece en mí, Él hace las obras que yo hago*[205]; *Yo y el Pa-*

204. Cf. Hb 1, 3.

205. Jn 14, 10.

dre somos una sola cosa[206]; y también: *Yo estoy en el Padre y el Padre en mí*[207].

[4] Por lo tanto, esta herejía que combate a Cristo debe intentar primero examinar lo que sucede en los ejemplos que tenemos de las cosas creadas, y debería decir: «el sol tuvo un tiempo sin su resplandor», o que «el resplandor no es propio de la sustancia de la luz», o bien que «es propio, pero es una parte de la luz por vía de división». Y luego que a su vez debe examinar al Logos y decir que es diferente del entendimiento[208], o bien que «hubo un tiempo en que no existió», o que «no es propio de su sustancia», o bien que «es una parte del Padre por vía de división». También deberá reflexionar acerca de la impronta, de la luz y de la potencia, de la misma manera que ha hecho en el caso del Logos y del resplandor, y entonces que se inventen lo que les venga en gana. [5] Pero si tal osadía se les presenta imposible, ¿cómo no van a enloquecer sobremanera si en vano se lanzan hacia aquellas cosas que superan a las criaturas y a su propia naturaleza e intentan cosas imposibles?

34. [1] En efecto, si incluso en el caso de las cosas creadas y corporales se descubre que las cosas que han sido engendradas no son una parte de las sustancias de las que proceden, que no han sido constituidas mediante pasión y que no menguan la sustancia de sus progenitores, ¿cómo no van a enloquecer entonces, cuando buscan y postulan partes en el caso del Dios incorpóreo y verdadero y atribuyen pasiones y divisiones al Dios impasible y que no cambia, con el propósito de inquietar los oídos de aquellos que son incautos y alejarlos de la verdad? [2] En efecto, ¿quién, al oír «Hijo», no se representa

206. Jn 10, 30.

207. Jn 14, 10.

208. El argumento que Atanasio ofrece se basa en la identidad entre entendimiento y palabra (*logos* en griego). La palabra expresa el entendimiento y por lo tanto no puede ser distinta de él.

en su ánimo lo propio de la sustancia del Padre? ¿Quién que haya escuchado, cuando era catequizado al principio, que Dios tiene un Hijo y que ha hecho todas las cosas con su propio Logos, no lo habría entendido de la misma manera que nosotros ahora? ¿Quién, una vez surgida la infame herejía de los arrianos, nada más haber escuchado las cosas que dicen, no se ha extrañado de cuanto están diciendo y sembrando además cosas diferentes y contrarias a la palabra sembrada desde el principio?[209].

[3] Lo sembrado en cada una de las almas desde el principio es que Dios tiene un Hijo, el Logos, la Sabiduría, la potencia, y que es imagen y resplandor suyo. De todo lo dicho se sigue, natural e inmediatamente, que lo engendrado de la sustancia es «siempre», «procedente del Padre», «semejante» y «eterno», y en nada de ello hay la más mínima idea de «criatura» o «cosa hecha». [4] Pero cuando un hombre enemigo[210], estando dormidos los hombres, sembró además aquello de «criatura», «hubo un tiempo en que no existió» y «¿cómo puede...?», fue entonces cuando la perversa herejía de los que combaten a Cristo se convirtió en adelante como en cizaña, y acto seguido, como carentes de todo recto entendimiento, andan merodeando como los bandidos y se atreven a decir: «¿Cómo puede el Hijo coexistir eternamente con el Padre? En efecto, pasado un tiempo también unos hombres llegan a ser hijos de otros, y así el padre tiene treinta años mientras que el hijo engendrado comienza a existir entonces. Y en todos los casos, sin excepción, un hijo de hombre no existe antes de haber sido engendrado». [5] Y también murmuran de la siguiente manera: «¿Cómo puede el Hijo ser Logos, o el Logos imagen de Dios? Pues la palabra[211] de los hombres, que se compone de sí-

209. Cf. *CA* I, 1, 2.

210. Alusión a la parábola de Mt 13, 25ss.

211. Hay que tener en cuenta el significado del término griego *logos*, para entender el argumento que sigue a continuación.

labas, únicamente expresa la voluntad de quien la ha dicho y cesa enseguida y se desvanece».

35. [1] Ellos, por tanto, como quienes han olvidado las anteriores refutaciones que se han hecho contra ellos, se enredan nuevamente a sí mismos con semejantes cadenas de impiedad y meditan tales cosas, pero el argumento de la verdad les refuta de la siguiente manera: Si están considerando el caso de un hombre cualquiera, entonces que reflexionen humanamente acerca de su palabra y de su hijo; pero si se trata de Dios, que ha creado a los hombres, entonces no deberán discurrir ya humanamente, sino de otra manera que supere la naturaleza de los hombres. [2] En efecto, tal como sea el que engendra también habrá de ser por fuerza lo engendrado, y tal como sea el padre de la palabra también habrá de ser su palabra. De este modo, un hombre que ha sido engendrado en el tiempo engendra también él en el tiempo a su hijo, y como procede de la nada también cesa su palabra y no permanece. Sin embargo, *Dios no es como los hombres*[212] (y esto lo dice la Escritura), sino que es *el que es*[213] y existe siempre, y por esta razón también el ser de su Logos es existir, y existe eternamente junto al Padre como el resplandor de la luz.

[3] Por otro lado, la palabra de los hombres está compuesta de sílabas y ni vive ni actúa nada, sino que únicamente es expresión del pensamiento del que habla; y una vez que ha salido y ocurrido, ya no aparece más, pues tampoco existía en modo alguno antes de ser pronunciada. Por esta razón, la palabra de los hombres ni vive ni actúa ni es en modo alguno un hombre, y esto sucede, como ya he dicho, porque el hombre que la engendra tiene una naturaleza que procede de la nada. En cambio, el Logos de Dios no es, como alguno podría decir, algo proferido, ni un ruido de palabras, ni el Hijo es aquello que

212. Jdt 8, 16. 213. Cf. Ex 3, 14.

Dios ordenó, sino que es el perfecto engendrado del que es perfecto, como lo es el resplandor de la luz. [4] Por lo cual también es Dios e imagen de Dios (la Escritura, en efecto, dice que *el Logos era Dios*[214]), mientras que las palabras de los hombres no dan origen a ninguna actividad; y por ello el hombre tampoco trabaja por medio de su palabra, sino por medio de sus manos, porque éstas existen mientras que las palabras no tienen consistencia. [5] En cambio, el Logos de Dios, como dijo el Apóstol, *es el Logos de Dios viviente y activo, más tajante que toda espada de doble filo y alcanza hasta la separación del alma y el espíritu, de las articulaciones y los tuétanos, y juzga los deseos y pensamientos del corazón; y no hay creación oculta a sus ojos, sino que todas las cosas están desnudas y manifiestas a los ojos de Aquél a quien hemos de dar cuenta*[215]. Así pues, el Logos es el artífice, *sin Él no se hizo nada*[216] y no hay nada capaz de ser creado sin Él.

36. [1] No hace falta preguntar: «¿Por qué razón el Logos de Dios no es igual que nuestra palabra?». Por la sencilla razón de que Dios tampoco es exactamente igual que nosotros, como ya se ha dicho. Y tampoco es apropiado preguntar: «¿Cómo procede de Dios el Logos? ¿Cómo es resplandor de Dios?». O bien: «¿Cómo engendra Dios y qué clase de generación es la de Dios?». [2] En efecto, uno se volvería loco al atreverse a algo semejante, porque estaría considerando posible traducir para sí, en palabras, un hecho inefable propio de la naturaleza de Dios y conocido únicamente por Dios y por el Hijo. Es, en efecto, el mismo caso de quienes preguntan: «¿Dónde está Dios? ¿Cómo es Dios? ¿Y qué clase de cosa es el Padre?». Y al igual que preguntar cosas semejantes es impío y propio de quienes desconocen a Dios, de igual manera no es lícito tampoco tener semejantes pretensiones acerca de la ge-

214. Jn 1, 1.
215. Hb 4, 12-13.
216. Jn 1, 3.

neración del Hijo de Dios, ni utilizar para Dios y su Sabiduría la misma medida que usan para su propia naturaleza y debilidad.

[3] Sin embargo, no por ello hay que llegar a pensar en contra de la verdad ni se debe dejar de creer en aquello que está en la Escritura cuando uno duda al preguntarse sobre estas cosas. Es mejor que los que duden se callen y crean que dejar de creer por tener dudas, dado que la persona que duda puede obtener indulgencia de alguna manera, ya que, aunque se ha preguntado, no ha pasado de ahí. Pero el que por dudar piensa lo que no se debe y pronuncia acerca de Dios lo que no es digno de Él, tiene la pena de su osadía sin perdonar. [4] Puede, en efecto, obtener de las Sagradas Escrituras algún alivio a semejantes dudas, de modo que entienda correctamente lo que está escrito, y pensar, tomando como ejemplo nuestra palabra, que así como es propia y procede de nosotros y no es una obra externa a nosotros, de igual manera también el Logos de Dios es propio y procede del Padre, y, por otro lado, que no es algo hecho ni una palabra como la de los hombres (porque entonces habría que entender a Dios como un hombre).

[5] Y he aquí, además, que las palabras de los hombres son múltiples y variadas, según van pasando los días, y esto se debe a que las palabras previas no permanecen sino que se esfuman. Esto sucede, a su vez, porque los padres de estas palabras, al ser hombres, tienen años que pasan y pensamientos que se suceden unos a otros, y pronuncian aquellas cosas que piensan y consideran, de modo que tienen muchas palabras pero, después que pasan, no tienen nada en absoluto, pues nada más haber dejado de hablar, la palabra desaparece por completo. [6] En cambio, el Logos de Dios es uno sólo y el mismo, y, como está escrito, *el Logos de Dios permanece para siempre*[217], al no cambiar ni venir antes o después de otra palabra, sino siendo

217. Sal 118 (119), 89.

el mismo siempre. Por tanto, era conveniente que al ser Dios uno solo, una sola fuera también su imagen, uno sólo su Logos y una sola su Sabiduría.

37. [1] Por todo lo cual también me asombra ver cómo, si Dios es uno sólo, éstos añaden, conforme a sus propias concepciones, muchas imágenes, sabidurías y logos, y dicen que es otro el Logos propio del Padre por naturaleza, y en dicho Logos ha hecho también al Hijo; en cambio el Hijo, según su concepción, es Logos únicamente de nombre, como sucede cuando es llamado «vid»[218], «camino»[219], «puerta»[220] y «leño de la vida»[221]. También dicen que es llamado Sabiduría por nombre, pero es ciertamente otra la Sabiduría verdadera y propia del Padre, que coexiste con Él sin ser creada, en la cual creó también al Hijo, al que llamó Sabiduría, al participar en la sustancia de aquella Sabiduría. [2] Y tales cosas no se han limitado a palabras, sino que Arrio las ha incluido en su *Thalia* y el sofista Asterio, como ya dijimos anteriormente[222], las ha escrito de esta manera: «Y no dijo el bienaventurado Pablo que predicaba a Cristo como la potencia de Dios o la Sabiduría de Dios[223], sino potencia y Sabiduría de Dios, sin añadir el artículo. Predicaba así que es otra la potencia propia de Dios mismo, que es innata a Él y que coexiste con Él sin haber sido engendrada, la cual a su vez es generadora (pues evidentemente engendra a Cristo) y artífice de todo el mundo. A ella se refiere cuando enseña en la Epístola a los romanos: *Lo invisible de Él desde la creación del mundo es contemplado por el entendimiento en sus criaturas, así como su eterna potencia y divinidad*[224]. Pues así como ninguno diría que la divinidad que aquí se menciona es Cristo, sino que se trata del Padre mismo, de

218. Cf. Jn 15, 1.5.
219. Cf. Jn 14, 6.
220. Cf. Jn 10, 7.
221. Cf. Ap 22, 2.
222. Cf. *CA* I, 32.
223. Cf. 1 Co 1, 24.
224. Rm 1, 20.

manera semejante considero que también «su eterna potencia y divinidad» no corresponden al Dios unigénito[225], sino al Padre que lo ha engendrado. Y enseña que es otra la potencia y Sabiduría de Dios que se ha mostrado por medio de Cristo»[226].

[3] Y poco después el mismo Asterio añade: «Y ciertamente su eterna potencia y Sabiduría, la cual los razonamientos verdaderos muestran que carece de principio y no es engendrada, sería entonces una sola y la misma, y en cambio serán muchas las sabidurías y potencias creadas, todas y cada una de ellas, por la Sabiduría, de las cuales Cristo es el primogénito y el unigénito. Es cierto que todas dependen de su dueño de un modo semejante y que todas son llamadas "potencias" de aquél que las ha creado y se sirve de ellas, como sucede, por ejemplo, cuando el profeta dice que la langosta, que surgió enviada por la divinidad a causa de los pecados de los hombres, es designada por Dios mismo no sólo "potencia" sino "gran potencia"[227], y el bienaventurado David, en muchos de sus salmos, ordena alabar a Dios no sólo en sus ángeles sino también en sus potencias[228]»[229].

38. [1] Aunque sólo hubiesen pronunciado esto, ¿cómo no van a ser completamente merecedores de odio? Pues si no es Hijo en razón de su generación del Padre y de la eternidad de su sustancia, como ellos creen, sino que es llamado Logos a causa de las criaturas que tienen palabra, y es denominado Sabiduría a causa de las criaturas que son instruidas en sabiduría y potencia a causa de las que tienen potencia, entonces no hay duda de que de alguna manera también fue llamado Hijo a causa de quienes han sido hechos hijos, y quizá incluso se diga también que tiene el ser en cuanto que es concebido en la

225. Esto es, al Hijo.

226. ASTERIO, *Syntagmation*, fragm. 64 (Vinzent).

227. Cf. Jl 2, 25.

228. Cf. Sal 148, 2.

229. ASTERIO, *Syntagmation*, fragm. 66 (Vinzent).

mente a causa de quienes existen. [2] Así pues, entonces, ¿qué es Él? Pues no podría ser ninguna de estas cosas, si lo es sólo de nombre, y entonces su existencia es algo imaginado por nosotros y está adornado con estos nombres. Pero ésta es más bien una falta de juicio incluso diabólica, o quizá más todavía, ya que pretenden existir ellos realmente mientras piensan que el Logos de Dios existe únicamente nominalmente.

[3] ¿Cómo no va ser también una de sus fantásticas historias decir que la Sabiduría coexiste con el Padre y negar que sea el Cristo y, en cambio, decir que hay múltiples potencias y sabidurías creadas y que una de ellas es el Señor, el cual es equiparado por ellos con una oruga y con una langosta[230]? ¿Cómo no van a ser también unos malvados si, cuando nos escuchan decir que el Logos coexiste con el Padre, se ponen a murmurar diciendo: «¿Entonces estáis hablando de dos que no han sido creados?», y en cambio, cuando hablan de «su Sabiduría increada» no ven cómo les alcanza a ellos mismos el insensato reproche, que precisamente ellos [nos] echan en cara? [4] ¿Y cómo no va a ser también muy necia aquella otra concepción suya, la de decir que la Sabiduría increada, que coexiste con Dios, es ella misma Dios? En efecto, lo que coexiste no lo hace consigo mismo sino que coexiste con otro, del mismo modo que los evangelistas dicen del Señor que estaba con sus discípulos[231], pues no estaba consigo mismo, sino con sus discípulos. A no ser que digan que Dios es algo compuesto, al tener una Sabiduría mezclada con su propia sustancia o complementaria a ella, una Sabiduría que tampoco sea ella misma creada y que ellos introducen como artífice del mundo con el fin de quitarle al Logos también su función de artífice. Se esfuerzan por decir todas estas cosas para no tener que pensar acerca del Hijo conforme a la verdad.

230. Cf. Jl 2, 25.

231. Cf. Lc 9, 18.

39. [1] En efecto, ¿en qué lugar de la Escritura han encontrado mencionado, o de quién han oído, que existiera otro Logos y otra Sabiduría aparte de este Hijo, para inventarse semejantes cosas? Es cierto que está escrito: *¿Acaso no son mis palabras como fuego?*[232], y, en el libro de los Proverbios: *Os enseñaré mis palabras*[233]. Sin embargo, estas palabras son mandamientos y preceptos que Dios ha dicho a los santos por medio de su propio, único y verdadero Logos, y de ellas decía el Salmista: *Protegiste mis pasos de todo camino malvado, para que guardase tus palabras*[234]. [2] Y también el Salvador daba a entender que estas palabras eran distintas de Él, cuando decía por boca de sí mismo: *Las palabras que yo os he hablado*[235]. No hay, pues, ninguna duda de que semejantes palabras no son seres engendrados o hijos, ni son tantos los logos artífices, ni tantas las imágenes del único Dios, ni tantos los que se han hecho hombre por nosotros. Y tampoco es cierto que entre muchos semejantes uno sólo es quien ha llegado a ser hombre, como dice Juan, sino que fue anunciado por Juan como el único Logos de Dios: *El Logos llegó a ser carne*[236], y también: *Por medio de Él llegaron a ser todas las cosas*[237].

[3] Estos testimonios, por lo tanto, están escritos refiriéndose exclusivamente a nuestro Señor Jesucristo y a su unidad con el Padre (y así uno muestra que el Hijo del Padre es uno sólo, y los santos, que sabían esto, decían que el Logos era uno sólo y que era Unigénito), e indican también las obras que han sido creadas por medio de Él: todas las visibles e invisibles[238] *llegaron a ser por medio de Él y sin él no se hizo nada*[239]. Ahora bien, en la Escritura no se encuentra ninguna referencia a otro, ni en nombre ni en obra, o algún otro Logos o Sa-

232. Jr 23, 39.
233. Pr 1, 23.
234. Sal 118 (119), 101.
235. Jn 6, 63.
236. Jn 1, 14.
237. Jn 1, 3.
238. Cf. Col 1, 16.
239. Jn 1, 3.

biduría como el que ellos se imaginan y modelan, sino que únicamente es mencionado por los arrianos. [4] Es, en efecto, una invención y suposición suya contra Cristo. Se sirven del nombre de Logos y Sabiduría, e inventándose otros, niegan al verdadero Logos de Dios y a la absoluta y única Sabiduría del Padre, y así ellos, desdichados, emulan a los maniqueos. En efecto, también éstos, que ven las obras de Dios, niegan que sea el único y verdadero Dios, y se modelan otro, del cual no son capaces de encontrar referencia alguna en la Escritura, bien sea acerca de su obra o de algún otro testimonio[240].

40. [1] Por tanto, si en las Sagradas Escrituras no se encuentra otra Sabiduría que no sea el Hijo ni hemos escuchado otra cosa semejante de nuestros padres, y, por otro lado, los arrianos han reconocido y escrito que la Sabiduría que coexiste con el Padre es increada, es propia de Él y es artífice del mundo, entonces el Hijo mismo tendría que ser el que, según ellos, coexiste eternamente con el Padre. En efecto, el Hijo es también el artífice, como está escrito: *Todas las cosas las hiciste en la Sabiduría*[241].

[2] Incluso Asterio, como si se hubiese olvidado de aquello que escribió antes, luego, involuntariamente como Caifás[242], cuando hace frente a los griegos, ya no menciona varias sabidurías ni tampoco la langosta, sino que en adelante reconoce que es una sola escribiendo así: «Dios es un solo Logos, mientras que son muchas las criaturas dotadas de palabra[243]; y una sola es la sustancia y la naturaleza de la Sabiduría, mientras que son numerosas las criaturas sabias y bellas»[244]. [3] Y poco después vuelve a decir: «¿Quiénes son aquellos a quienes corresponde la dignidad de ser designados hijos de Dios? Pues cier-

240. Como es sabido, lo maniqueos contraponían al Dios creador el Dios bueno, no creador.

241. Sal 103 (104), 24.

242. Cf. Jn 11, 51 y *CA* I, 53, 3.

243. En griego *logos*.

244. ASTERIO, *Syntagmation*, fragm. 32 (Vinzent).

tamente no dirán que éstos son logos ni afirmarán que hay numerosas sabidurías, ya que no es posible, cuando el Logos es uno sólo y ha sido probado que la Sabiduría es una sola, repartir la sustancia del Logos entre una multitud de hijos y concederles el sobrenombre de sabiduría»[245].

[4] Nada hay de extraño entonces, cuando los arrianos luchan contra la verdad, en que también se equivoquen al hacerse tropezar unos a otros con sus afirmaciones, ya que unas veces dicen que son muchas las Sabidurías y otras veces afirman que es una sola; unas veces equiparan la Sabiduría con la langosta[246] y otras veces dicen que coexiste con el Padre y es propia de Él; y en unas ocasiones dicen que el Padre es el único increado y en otras que también su Sabiduría y su potencia son increadas. [5] Se enfrentan a nosotros cuando decimos que el Logos de Dios existe siempre, pero olvidan sus propias afirmaciones cuando dicen que la Sabiduría coexiste con Dios sin haber sido creada. Así se aturden en todo, negando la verdadera Sabiduría e inventándose la que no existe, de igual modo que los maniqueos se modelan otro dios y niegan al Dios que existe.

41. [1] Sin embargo, escuchen los maniqueos y las demás herejías que uno sólo es el Padre de Cristo, dueño y hacedor de la creación por medio de su propio Logos. Escuchen particularmente quienes adolecen de la locura de Arrio, que uno sólo es el Logos de Dios, el único Hijo propio y genuino, porque procede de su sustancia y tiene inseparablemente junto con su propio Padre la unidad de la divinidad, como hemos dicho muchas veces al haberlo aprendido del Salvador mismo.

[2] Porque si no es así, ¿por qué razón creó el Padre por medio del Logos[247] y se revela en Él a quienes quiere[248] y los ilumina? ¿O por qué razón el Hijo es nombrado también juntamente con el Padre en la consagración bautismal? En efecto,

245. *Ibid.*, fragm. 33 (Vinzent).
246. Cf. Jl 2, 25.
247. Cf. Col 1, 16.
248. Cf. Mt 11, 27.

si el Padre no se basta por sí mismo, esta fórmula sería impía[249], pero si se basta es lícito preguntarse: ¿qué necesidad hay del Hijo ya sea en la creación ya sea en este santo lavado? ¿Pues qué comunión cabe entre la criatura y el creador? ¿O por qué aquello que ha sido hecho[250] se enumera junto con quien lo ha hecho[251] a la hora de consagrar todas las cosas[252]? ¿O por qué, según vosotros, se transmite la fe en un solo creador y en una sola criatura[253]? [3] Si es para ponernos en contacto con la divinidad, ¿qué necesidad hay de la criatura?, mientras que si es para unirnos al Hijo, que es una criatura, la mención del Hijo en el Bautismo está de más según vosotros, ya que el mismo Dios (que lo ha hecho Hijo) se basta para hacernos hijos a nosotros también. De otro modo, si el Hijo es una criatura, al ser una sola la naturaleza de las criaturas dotadas de palabra, ninguna ayuda podrá venir a las criaturas de parte de una criatura, ya que todas están necesitadas de la gracia que proviene de Dios.

[4] Por consiguiente, nos hemos adelantado a decir algunas pocas cosas que derivan como consecuencia de la afirmación *Por medio de Él fueron creadas todas las cosas*[254]. Sin embargo, ya que el curso de nuestra argumentación nos ha llevado a hacer mención del santo Bautismo, es preciso –así lo pienso y creo yo– decir que no se menciona al Hijo junto con el Padre como si el Padre no se bastase a sí mismo, y que no se trata tampoco en ningún caso de una afirmación fortuita. Al con-

249. Es impío decir que el Padre necesita de otros, pues esto equivaldría a afirmar que no es todopoderoso. Atanasio quiere poner de relieve que el hecho de invocar al Hijo junto al Padre, en este caso concreto de la fórmula bautismal, requiere una explicación.

250. En este supuesto, el Hijo.

251. Es decir, el Padre.

252. Alusión a la fórmula bautismal, mediante la cual se opera la consagración.

253. Se refiere respectivamente al Padre y al Hijo, a quien los arrianos consideran criatura.

254. Jn 1, 3.

trario, como es el Logos de Dios y su Sabiduría propia y, al ser su resplandor, existe siempre con el Padre, por eso es imposible que al ser el Padre quien procure la gracia, ésta no venga dada en el Hijo, pues el Hijo está en el Padre como el resplandor en la luz. Dios, en efecto, no ha cimentado la tierra en su propia Sabiduría[255] ni ha hecho todas las cosas en el Logos que procede de Él[256] ni ha establecido sólidamente el santo lavado[257] en el Hijo como si estuviese falto de algo, sino como Padre, [5] puesto que allí donde está el Padre está también el Hijo, igual que allí donde está la luz está el resplandor. Y así como aquello que obra el Padre lo lleva a cabo por medio del Hijo y el Señor mismo dice: «Las cosas que veo hacer al Padre las hago también yo»[258], de la misma manera, a la hora de conceder el Bautismo, el Hijo bautiza a aquél a quien el Padre bautiza, y aquél a quien el Hijo bautiza es consagrado en el Espíritu Santo. Y de igual manera que, cuando aparece el sol, uno podría decir también que el resplandor ilumina (pues la luz es una sola y no es posible dividirla ni separarla), de igual manera allí donde se encuentra el Padre o se le nombra está también sin duda alguna el Hijo. El Padre es nombrado en el Bautismo, y, por lo tanto, es preciso que el Hijo sea también nombrado juntamente con Él.

42. [1] También por esta razón, cuando hacía la promesa a los santos, les decía: *Mi Padre y yo vendremos y haremos morada junto a él*[259], y también: *Para que igual que tú y yo somos una sola cosa también ellos sean una sola cosa en nosotros*[260]. Y la gracia que se concede es una sola, al ser dada por el Padre en el Hijo, como escribe Pablo a lo largo de todas sus cartas: *La gracia y la paz de Dios nuestro Padre y de Jesucristo*

255. Cf. Pr 3, 19.
256. Cf. Sb 9, 1.
257. El Bautismo.
258. Cf. Jn 5, 19.
259. Jn 14, 23.
260. Jn 17, 21; 10, 30.

el Señor sea con vosotros[261]. En efecto, es necesario que la luz exista juntamente con su brillo y que el resplandor sea visto juntamente con su propia luz. [2] Por ello los judíos, junto con los arrianos, al negar al Hijo, no tienen tampoco al Padre[262], y al haber abandonado por completo la fuente de la Sabiduría[263], como dijo Baruc censurándoles, arrojaron de ellos también la Sabiduría que procede de ella, nuestro Señor Jesucristo (pues el Apóstol afirma: *Cristo, fuerza de Dios y Sabiduría de Dios*[264]), pues dicen: *No tenemos más rey que al César*[265]. Los judíos ya han recibido el castigo como pago por su negación, pues han perdido también el juicio junto con la ciudad[266].

Pero los arrianos corren el peligro de echar a perder también la plenitud del misterio (me refiero ciertamente al Bautismo). [3] En efecto, si la consagración se concede en el nombre del Padre y del Hijo, y resulta que no están nombrando al Padre verdadero (por estar negando al que procede de Él y es semejante a su sustancia), y además están negando al Hijo verdadero y llaman hijo a otro que se han inventado y que ha sido creado de la nada, ¿cómo no va a ser absolutamente ineficaz y infructuoso el Bautismo que ellos confieren, cuando tiene una pretensión, que en realidad no sirve de ninguna ayuda para la piedad? Ciertamente los arrianos no lo confieren «en el nombre del Padre y del Hijo», sino en el del «creador y de la criatura» y en el del «hacedor y de algo hecho». [4] De la misma manera que una criatura es algo distinto del Hijo, así también el supuesto bautismo que ellos confieren sería algo distinto de la verdad, por más que pretendan mencionar el nombre del Padre y del Hijo por el hecho de estar en la Escritura. Pues el que dice «Señor», sin más, no confiere el Bau-

261. Entre otros Rm 1, 7.
262. Cf. 1 Jn 2, 23.
263. Cf. Ba 3, 12.
264. 1 Co 1, 24.
265. Jn 19, 15.
266. La ciudad de Jerusalén, que cayó en manos de los romanos en el 70 d. C.

tismo, sino aquél que, además de pronunciar el nombre, tiene una fe recta. Y por esta misma razón el Salvador tampoco ordenó bautizar sin más, sino que dice primero: *Haced discípulos*, y después añade así: *Bautizad en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*[267], de modo que a partir del discipulado la fe sea recta y, juntamente con la fe, se conceda la consagración bautismal.

43. [1] Y así también ocurre con muchas otras herejías. Al mencionar únicamente los nombres, pero no discurrir rectamente, como ya se ha dicho, ni tener una fe saludable, también es infructuosa el agua concedida por ellos, al carecer de piedad, de manera que quien es lavado por ellos es más bien ensuciado por la impiedad que purificado de ella. [2] Lo mismo ocurre con los griegos, que aunque invocan a Dios con los labios, pueden ser acusados de ateísmo, porque no conocen al Dios realmente existente y verdadero, el Padre de nuestro Señor Jesucristo. De igual modo los maniqueos, frigios y los discípulos del de Samosata[268], aunque pronuncian los nombres, no dejan de ser heréticos por ello.

Lo mismo pasa luego también con aquellos que piensan como Arrio: aunque lean lo que está en la Escritura y mencionen los nombres, engañan a quienes reciben de ellos el bautismo, resultando ser así los más impíos de entre todas las herejías, y poco a poco las van sobrepasando y las justifican con su verborrea. [3] Pues aquéllas afirman falsamente algo que va más allá de la verdad y tienen una concepción equivocada del cuerpo [de Jesús], o bien diciendo que no ha recibido la carne de María, o bien sencillamente que no murió ni llegó a ser hombre, sino que únicamente se apareció como tal, pero sin serlo realmente, y así parecía tener un cuerpo sin tenerlo en realidad y parecía tener apariencia de hombre, cuando en

267. Mt 28, 19.

268. Pablo de Samosata.

realidad se trataba como de un sueño de la fantasía[269]. Los arrianos, por el contrario, cometen impiedad abiertamente contra el Padre mismo. [4] En efecto, aunque escuchan de las Escrituras que la divinidad del Padre es testimoniada en el Hijo como en una imagen, blasfeman contra ella al decir que es una criatura y van llevando a todas partes, como ocurre con el barro en una alforja, la expresión «no existía» aplicada a la imagen y la arrojan como hace la serpiente con su veneno.

[5] Además, como lo que para ellos es un dogma resulta nauseabundo para todos, toman como apoyo para el error de su herejía el patrocinio humano[270], de modo que al verlo el que es más simple (o incluso por temor) no comprenda lo nocivo de su perversa manera de pensar. ¿Cómo no van a ser entonces dignos de compasión quienes son engañados por ellos? ¿O cómo no va a ser justo llorar por ellos, cuando por causa de los placeres, en una ilusión momentánea, han traicionado lo que les conviene y se han apartado de la esperanza venidera? Pues al pensar que reciben el Bautismo en el nombre del que no existe, no habrán recibido nada en realidad, y al estar asociados a una criatura, no recibirán ninguna ayuda de parte de la creación. [6] Y como creen en quien es sustancialmente desemejante y diferente del Padre, no estarán unidos al Padre, porque no tienen al Hijo propio que procede de Él por naturaleza, que es el que está en el Padre y Aquél en el cual también está el Padre, como el mismo Hijo dijo[271]. Al contrario, esos desgraciados, al haber sido extraviados por los arrianos, se quedarán en adelante solos y desprovistos de la divinidad. En efecto, cuando mueran no les acompañará en modo alguno la fantasía de los que se encuentren sobre la tierra, y cuando

269. Esta herejía recibe el nombre de «docetismo» (a partir del verbo griego *dokeō*, que significa, entre otras cosas, «aparecer»; es la misma raíz de la palabra *doxa*, que aunque en griego bíblico significa «gloria», en griego clásico tiene el significado de «apariencia»).

270. Cf. *CA* I, 10.

271. Cf. Jn 14, 10.

vean al Señor, a quien negaron, sentado junto al trono del Padre y juzgando a vivos y muertos, tampoco podrá ninguno de ellos llamar en su ayuda a alguno de los que ahora los han engañado, pues los verán también a ellos juzgados y despreciados por las injusticias e impiedades que cometieron.

44. [1] Hasta este momento hemos tratado separadamente estas cosas, antes de abordar la expresión de los Proverbios, haciendo frente a las absurdas y fabulosas invenciones que proceden del corazón de los arrianos. Así, una vez que sepan que no le cuadra al Hijo de Dios ser una criatura, aprenderán a leer ellos también apropiadamente la expresión que se encuentra en los Proverbios, la cual tiene también el mismo significado correcto. [2] En efecto, está escrito: *El Señor me creó como principio de sus caminos para sus obras*[272]. No obstante, puesto que se trata de proverbios y han sido dichos de manera proverbial, no hay que tomar sin más la expresión quedándose así en el sentido literal, sino buscar la persona de la que se trata y de esta manera acomodar con piedad el sentido a la persona. En verdad lo que se dice en los Proverbios no se dice abiertamente, sino que se anuncia veladamente, como enseñaba el Señor mismo en el Evangelio de Juan, cuando decía: *Os he hablado estas cosas en proverbios; llega una hora en que ya no os hablaré en proverbios, sino abiertamente*[273]. Así pues, hace falta revelar el sentido de la expresión porque está velado, buscarlo y no tomar sin más la expresión, como si se hubiese dicho llanamente, para evitar que, al hacer una mala interpretación, nos alejemos de la verdad.

[3] Por tanto, si lo que está escrito se refiere a un ángel o a algún otro de los seres creados, entonces dígase la expresión *creó*, como si se tratara de uno cualquiera de nosotros, que somos cosas que han sido hechas. En cambio, si se trata de la Sa-

272. Pr 8, 22. 273. Jn 16, 25.

biduría de Dios, en la cual todas las cosas creadas han sido hechas y que está hablando de sí misma, ¿qué es necesario pensar sino que al decir *creó*, no lo dice como algo opuesto a «engendró»? [4] Tampoco la Sabiduría se está colocando a sí misma entre las criaturas, como si se hubiese olvidado de que es creadora y artífice, o como si ignorase la diferencia entre el creador y las criaturas, sino que está dando a entender un sentido velado (y no llanamente), como sucede en el caso de los proverbios. Aquel *creó* que inspiraba profetizar a los santos, la Sabiduría lo explica poco después en un pasaje paralelo con otras palabras, cuando afirma: *La Sabiduría se construyó a sí misma una casa*[274]. [5] Y es evidente que la casa de la Sabiduría es nuestro propio cuerpo, y al tomarlo, ha llegado a ser hombre. Y con toda razón dice Juan: *El Logos llegó a ser carne*[275], mientras que por medio de Salomón la Sabiduría, con cautela, no dice de sí misma: «Soy una criatura», sino tan sólo: *El Señor me creó como principio de sus caminos para sus obras*[276]. Y tampoco dice: «Me creó para existir», ni: «Tengo un principio y origen propios de una criatura».

45. [1] Así sucede también aquí, donde el Logos no está hablando, por medio de Salomón, refiriéndose a la sustancia de su divinidad ni a su generación eterna y genuina del Padre, sino que nuevamente se refería a su humanidad y a su economía salvífica, que nos alcanza a nosotros. Por esta razón, como ya he dicho antes, no dijo: «Soy una criatura», ni: «He llegado a ser una criatura», sino únicamente: *creó*. [2] En efecto, las criaturas, al tener una sustancia creada, pertenecen al número de las cosas creadas y se dice también que son creadas, y la criatura es creada en su totalidad. En cambio, la palabra «creó», cuando se dice ella sola, no se refiere a la sustancia en su totalidad o a la generación, sino que puede mostrar que algo distinto llega

274. Pr 9, 1.
275. Jn 1, 14.
276. Pr 8, 22.

a existir en aquello a quien la palabra se atribuye. Y entonces ya no sucede que todo aquello que se dice creado es también una criatura por naturaleza y en su sustancia.

La Sagrada Escritura conoce esta diferencia cuando dice de las criaturas: *La tierra ha sido repleta de tu creación*[277], y también: *La creación gime y sufre juntamente*[278]; y en el Apocalipsis se afirma: *Y pereció una tercera parte de las criaturas que están en el mar, las que tienen alma*[279]; y de igual manera dice Pablo: *Toda criatura de Dios es buena y nada que se reciba con acción de gracias es despreciable*[280]; y en la Sabiduría está escrito: *Y en tu Sabiduría preparaste al hombre para que dominase las criaturas que han sido creadas por ti*[281]. [3] Ciertamente dice que éstas son criaturas y han sido creadas, como es posible oírlo también del Señor, que dice: *Desde el principio el creador los hizo varón y mujer*[282]. Moisés por su parte escribe en el cántico: *Preguntad a los días que fueron creados antes del tuyo, el día en que Dios creó al hombre sobre la tierra, y hasta un extremo del cielo*[283]. Y Pablo, en la Epístola a los colosenses, dice: *El cual es imagen del Dios invisible, primogénito de toda la creación, porque en Él fueron creadas todas las cosas, las visibles y las invisibles, ya sea los tronos, las dominaciones, los principados o las potestades; todo fue creado por medio de Él y para Él y Él existe antes que todas las cosas*[284].

46. [1] Así pues, al estar repleta la Escritura de semejantes afirmaciones, basta con las que hemos mencionado para recordar que, en el caso de las criaturas que tienen por naturaleza una sustancia creada, se dice también que son creadas. Por otro lado, que la palabra «creó» dicha ella sola no se refiere a la sustancia en su totalidad y a la creación, esto lo canta David:

277. Sal 103 (104), 24.
278. Rm 8, 22.
279. Ap 8, 9.
280. 1 Tm 4, 4.
281. Sb 9, 2.
282. Mt 19, 4 (Gn 1, 27).
283. Dt 4, 32.
284. Col 1, 15-17.

Que esta generación escriba para otra generación y que el pueblo que ha sido creado alabe al Señor[285], y en otro momento: *Crea en mí, oh Dios, un corazón puro*[286]; mientras que Pablo dice en la Epístola a los efesios: *Habiendo abolido la ley de los mandamientos en sus decretos para en Él mismo crear a partir de los dos un solo hombre nuevo*[287], y en otro lugar dice: *Revestíos del hombre nuevo que ha sido creado según Dios en la santidad y justicia de la verdad*[288]. [2] En efecto, David no hablaba de un pueblo creado sustancialmente ni imploraba recibir otro corazón distinto del que tenía, sino que se estaba refiriendo a la renovación y regeneración conforme a Dios; y Pablo no estaba mostrando que dos sujetos eran creados sustancialmente en el Señor, así como tampoco estaba aconsejando que nos revistiéramos de algún otro hombre, sino que hablaba en un caso del hombre según Dios, es decir de la vida según la virtud, y en el caso de los creados en Cristo se refería a los dos pueblos que eran renovados en Él.

[3] De la misma índole es también lo que dice Jeremías: *El Señor creó una salvación nueva para que sirviera de plantación, en cuya salvación el hombre paseará*[289]. Al decir esto no se está refiriendo a alguna sustancia de una criatura, sino que profetiza la renovada salvación que tiene lugar en los hombres y que nos ha llegado a nosotros en Cristo. [4] Esa es la diferencia entre las criaturas y la expresión «creó», cuando se dice ella sola; si encontráis algún lugar de la Sagrada Escritura en el que se llame al Señor criatura, mostradlo y combatid. Pero si en ningún lugar está escrito que sea criatura y Él dice de sí mismo en los Proverbios que *el Señor me creó*[290], entonces avergonzaos por la diferencia mencionada anteriormente y por lo que se dice de manera proverbial; y en adelante, al oír la expresión

285. Sal 101 (102), 19.
286. Sal 50 (51), 12.
287. Ef 2, 15.
288. Ef 4, 24.
289. Jr 38, 22.
290. Pr 8, 22.

creó, no la entendáis como si el Logos fuese una criatura, sino referida a la humanidad creada que lo rodeó, pues de ésta es propio también el ser creada. [5] Por tanto, ¿cómo no vais a cometer injusticia, si cuando oís la expresión *creó* de David y de Pablo no la entendéis referida a la sustancia y a la creación, sino a la renovación; y en cambio, cuando escucháis del Señor la expresión *creó*, incluís su sustancia entre el número de las criaturas? Además, cuando escucháis: *La Sabiduría se construyó a sí misma una casa y puso como sostén siete columnas*[291], entendéis la casa en sentido alegórico, y en cambio tomáis tan literalmente la expresión *creó*, que transformáis al Logos en una criatura. Y ni os ha detenido el hecho de ser Él el artífice, ni habéis temido el hecho de que sea el único propio engendrado del Padre, sino que sin más, como quienes han sido reclutados, lucháis en contra suya y pensáis de Él cosas más bajas que acerca de los hombres.

47. [1] La misma expresión muestra, sin lugar a dudas, que el hecho de que el Señor sea una criatura es una invención exclusivamente vuestra. En efecto, el Señor, que sabe que su propia sustancia es Sabiduría unigénita y lo engendrado del Padre, y que es distinta de las cosas creadas y de las que son criaturas por naturaleza, dice ahora por amor a los hombres: *El Señor me creó como principio de sus caminos*[292], lo cual equivale a decir: «El Padre me ha preparado un cuerpo[293] y me creó para los hombres, en favor de la salvación de los hombres». [2] Y así como al escuchar a Juan: *El Logos llegó a ser carne*[294], no pensamos que el Logos sea todo Él carne, sino revestido de carne y llegado a ser hombre, y al escuchar: *Cristo se hizo maldición en favor nuestro*[295], y también: *Al que no conoció pecado lo hizo pecado en favor nuestro*[296], no pensamos que se ha

291. Pr 9, 1.
292. Pr 8, 22.
293. Cf. Hb 10, 5.
294. Jn 1, 14.
295. Ga 3, 13.
296. 2 Co 5, 21.

convertido todo Él en maldición y pecado, sino que recibió la maldición que pesaba sobre nosotros (como dice el Apóstol: *Nos rescataste de la maldición*[297]) y cargó con nuestros pecados[298] (como dijo Isaías) y *los llevó consigo en su cuerpo sobre el leño*[299] (como por su parte Pedro escribió); de igual manera, aunque escuchemos *creó* en los Proverbios, no hay que pensar que el Logos sea todo Él criatura por naturaleza, sino que se revistió de un cuerpo creado y que Dios lo creó por nosotros, preparándole un cuerpo creado (como está escrito[300]) para nosotros, para que en Él pudiésemos ser renovados y divinizados.

[3] ¡Necios! ¿Qué es entonces lo que os ha engañado para decir que el Creador es una criatura? ¿O de dónde os habéis sacado este vano modo de pensar, en el que también tomáis parte? Es cierto que los Proverbios dicen *creó*, pero no llaman criatura al Hijo, sino lo engendrado. Y de acuerdo con la distinción mencionada anteriormente, que está tomada de la Escritura (me refiero a la distinción entre «creó» y «criatura»)[301], los Proverbios conocen el carácter propio por naturaleza del Hijo, Sabiduría unigénita y artífice de las criaturas. De este modo, cuando dicen *creó* no lo atribuyen a su sustancia, sino que indican que el Hijo llega a ser principio de muchos caminos. Por lo tanto, la expresión *creó* se opone a lo engendrado, y la frase «principio de los caminos» a su ser Logos unigénito.

48. [1] En efecto, si el Hijo es lo engendrado, ¿cómo decís que es una criatura? En verdad nadie dice que engendra aquello que crea, ni llama criaturas a su propia prole. Además, si es unigénito, ¿cómo va a llegar a ser *principio de los caminos*? Porque se sigue necesariamente que Él, que ha sido creado el primero de todos, ya no existe sólo, al tener quienes han lle-

297. Ga 3, 13; Mt 8, 13.
298. Cf. Is 53, 4.
299. 1 P 2, 24.
300. Cf. Hb 10, 5.
301. Cf. *CA* II, 46.

gado a existir después de Él. [2] Pues ciertamente Rubén, que llegó a ser principio de sus hijos[302], no fue unigénito, sino el primero en el tiempo, siendo también uno en naturaleza y linaje con aquellos que existieron después de Él. Por tanto, si resulta que también el Logos es principio de los caminos, entonces también Él sería como los caminos, y los caminos serían tal como es el Logos, aunque haya sido creado antes en el tiempo. [3] También el principio de una ciudad es tal como son las demás partes de la ciudad, y estas partes, unidas al principio, constituyen una ciudad única y completa (al igual que siendo el cuerpo uno sólo las partes son muchas[303]), y no sucede que una parte de ella pertenece al grupo de las que crean y otra al de quienes son creadas y están por debajo de la otra parte, sino que toda parte de la ciudad es igualmente cuidada y constituida por parte del que la ha creado. Por ello, si el Señor ha sido creado también de esta manera, como principio de todas las cosas, por fuerza también Él completa la unidad de la creación junto a todo lo demás, y ni se distingue de las demás, aunque llegue a ser el principio de todas las cosas, ni es Señor de las demás partes de la creación, aunque sea más anciano en el tiempo, porque junto a todas las cosas también Él tiene un Logos y un dueño que es el que hace de artífice.

[4] ¿Cómo entonces, si es una criatura según vosotros, puede ser creado Él sólo y el primero para ser también principio de todos, cuando en base a cuanto se ha dicho es evidente que no hay ni uno sólo entre las criaturas que sea único por sí mismo y que haya llegado a existir primero, sino que llega a ser al mismo tiempo, junto con todas las cosas, por más que se distinga en gloria de las demás[304]? [5] En efecto, no sucede con cada una de las estrellas ni los grandes astros que uno haya aparecido primero y otro después, sino que, en un solo día y con

302. Cf. Gn 49, 3.
303. Cf. Rm 12, 4.
304. Cf. 1 Co 15, 41.

un mismo mandato, todos fueron llamados a la existencia. De esa misma manera también fueron modelados los cuadrúpedos, las aves, los peces, las bestias y las plantas. Y también así llegó a existir a semejanza el linaje de los hombres, ya que, aunque también Adán fue el único modelado de la tierra, en él se encontraban, no obstante, los principios formales[305] de la sucesión de todo el género humano.

49. [1] A partir de la creación del mundo que se nos muestra, contemplamos en las criaturas sus ocultos designios[306], ya que tampoco en ella ocurre que vemos cada una de las criaturas por separado, ni vienen unas antes y otras después, sino que todas las cosas subsisten a la vez de acuerdo con su especie. En efecto, el Apóstol no ha enumerado cada una de ellas diciendo: «Ya un ángel, ya un trono, ya una dominación y una potestad», sino todas juntas conforme a su orden: *ya ángeles, ya arcángeles, ya principados*[307], pues tal es la forma en que las criaturas son creadas. [2] Por lo tanto si, como ya he dicho antes, el Logos fuese una criatura, por fuerza no podría existir Él primero, sino que habría de ser creado a un tiempo juntamente con las demás potencias, por más que exceda a las demás en gloria. Pues lo mismo se puede ver que sucede en el caso de las demás criaturas, esto es, que han sido creadas a un tiempo y no existe una primero y otra después, y que se diferencian entre ellas en gloria; y así unas están a la derecha, otras en torno y otras a la izquierda, y todas ellas cantan a un tiempo y asisten al Señor sirviéndolo.

[3] Por consiguiente, si el Logos es una criatura no podría ser el primero ni el principio de los demás, mientras que si existe antes que todos (como de hecho ocurre[308]) y sólo Él es primero e Hijo, entonces no es de ninguna manera principio de todas las cosas en su sustancia, ya que en todas las cosas el

305. En griego *hoi logoi*.
306. Cf. Rm 1, 20.
307. Col 1, 16.
308. Cf. Col 1, 17.

principio de todo lo demás se cuenta también entre el número de ellas. [4] Y si no es principio tampoco es una criatura, sino que sería evidente que se distingue en sustancia y en naturaleza de las criaturas y no es una de ellas, que es imagen y semejanza del único y verdadero Dios y que también Él es único. [5] Por esta razón las Escrituras tampoco lo colocan junto a las criaturas, sino que precisamente David increpa a quienes se atreven aunque sólo sea a pensar algo semejante, diciendo: *¿Quién hay como Tú, Señor, entre los dioses?*[309] *¿Quién podrá ser asemejado al Señor entre los hijos de los Dios?*[310] Y Baruc dice: *Éste es nuestro Dios, no pensarás en otro distinto de Él*[311]. [6] En efecto, Éste crea, mientras que las criaturas son creadas, y Éste es el Logos propio de la sustancia de Dios y la Sabiduría, mientras que las cosas creadas, que no existían antes, son hechas por medio de este Logos.

50. [1] Ciertamente vuestra cantinela de que el Hijo es una criatura no es verdad, sino únicamente una imaginación vuestra, y sois puestos en evidencia por Salomón, pues muchas veces lo habéis manipulado. En efecto, él no ha dicho que el Hijo sea una criatura, sino lo engendrado y la Sabiduría de Dios, cuando afirma: *Dios cimentó la tierra en la Sabiduría*[312], y también: *La Sabiduría se construyó a sí misma una casa*[313]. [2] La misma expresión, al ser examinada, refuta vuestra impiedad, porque está escrito: *El Señor me creó como principio de sus caminos para sus obras*[314]. Así pues, si el Hijo existe antes que todos y dice: *me creó*, no «para que haga las obras» sino *para sus obras*, entonces o bien la expresión *creó* es posterior al Hijo mismo, o bien aparecerá que es creado después de las criaturas y que, cuando es creado, encuentra ya subsistiendo antes

309. Sal 85 (86), 8.
310. Sal 88 (89), 7.
311. Ba 3, 36.
312. Pr 3, 19.
313. Pr 9, 1.
314. Pr 8, 22.

que Él a aquellas por las cuales también llega a existir. Pero si esto es así, ¿cómo puede todavía ocurrir que exista antes que todas las cosas[315]? ¿Y cómo es que todas han sido creadas por medio de Él[316] y tienen su consistencia en Él[317]? [3] Pues he aquí que, según vosotros, las obras por las cuáles Él es creado y enviado subsistían también antes que Él. Pero no es así. ¡De ningún modo! Este modo de pensar de los herejes es falso. En efecto, el Logos de Dios no es una criatura, sino creador, y es en el momento en el que se reviste de la carne creada, cuando dice de manera proverbial: *Me creó*.

[4] Esto también se puede entender a partir de la misma expresión, ya que aunque es Hijo y tiene a Dios por Padre (pues es lo propio engendrado del Padre), no obstante, llama ahora Señor al Padre; no porque fuese siervo, sino porque *tomó la forma de siervo*[318]. Pues así como era apropiado que llamase Padre a Dios, al ser Logos que procede del Padre (esto es, en efecto, algo propio del Hijo respecto al Padre), de igual manera también era apropiado que, al haber venido a cumplir la obra[319] y haber tomado la forma de siervo, llamase Señor al Padre. [5] Y el Hijo mismo enseñaba esta diferencia con un bellísimo contraste, cuando decía en los Evangelios: *Te alabo, Padre*, y, a continuación: *Señor del cielo y de la tierra*[320]. Así dice que Dios es su propio Padre y, por otro lado, lo llama Señor de las criaturas, de modo que a partir de esto se muestra claramente que en el preciso momento en que se reviste de lo creado, es cuando llama Señor al Padre. [6] No hay duda de que, en la oración de David, el Espíritu Santo[321] da

315. Cf. Col 1, 17.
316. Cf. Jn 1, 3.
317. Cf. Col 1, 17.
318. Flp 2, 7.
319. Cf. Jn 4, 34.
320. Mt 11, 25.
321. Es interesante ver cómo ahora Atanasio atribuye directamente las palabras de la Escritura al Espíritu Santo, en lugar de al Logos, que suele ser lo habitual. Considerando otras ocasiones, en esta misma obra, en que Atanasio atribuye al Espíritu las palabras de la Escritura, y no al Logos, parece ser que el criterio que sigue es atribuir al Logos

a entender la misma diferencia, cuando dice, por medio de los Salmos: *Da fuerza a tu hijo y salva al hijo de tu sierva*[322]. En efecto, una cosa es el que es verdadero y por naturaleza Hijo de Dios, y otra los hijos de la sierva, cuya naturaleza pertenece a las cosas creadas. Por lo cual el primero, en calidad de Hijo, tiene el poder paterno, mientras que los otros están necesitados de salvación[323].

51. [1] Pero si tontamente se aferran al hecho de que es llamado «hijo»[324], sepan que también Isaac fue llamado hijo[325] de Abrahán y el hijo[326] de la sumanita hijito[327]. Y con toda razón, al ser nosotros siervos y haber llegado a ser el Logos como nosotros, también llama en ese momento «Señor» al Padre, como nosotros. Y esto lo ha hecho así por amor al hombre, para que nosotros, que somos siervos por naturaleza, al haber recibido el Espíritu del Hijo[328], nos atrevamos, por gracia, a llamar «Padre» a Aquél que es por naturaleza nuestro Señor. [2] Y así como nosotros, por el hecho de llamar «Padre» al Señor, no negamos nuestro carácter de siervos por naturaleza (pues somos

las palabras que Dios pronuncia en primera persona, mientras que atribuye al Espíritu las palabras de la Escritura que otros personajes dicen o no son dichas por Dios en primera persona.

322. Sal 85 (86), 16.

323. Atanasio está utilizando tres palabras griegas distintas para «hijo»: *pais*, *huiós*, y *tékna* (plural). Aquí el contraste se establece entre el hijo (usando indistintamente *pais* y *huiós*) y los hijos de la esclava (*tékna*).

324. La discusión se centra ahora en el uso del término griego *pais* (hijo) frente al término *huiós* (también hijo). En el uso griego común, el primero tiene un significado más amplio, que puede ir más allá de los que son propiamente hijos, mientras que *huiós* se aplica exclusivamente a los verdaderos hijos. Los arrianos tratan de usar esta diferencia para negar que el Logos es hijo verdadero basándose en el hecho de que se le llama con la palabra *pais*. Atanasio va a refutar este argumento.

325. En griego *pais*.

326. En griego *huiós*.

327. En griego *pais* en diminutivo. Cf. Gn 21, 7 y 2 R 4, 18.

328. Cf. Ga 4, 6.

obra suya y fue Él quien nos hizo y no nosotros[329]), de la misma manera, cuando el Hijo, al tomar la forma de siervo[330], diga: *El Señor me creó*[331], que ellos no nieguen la eternidad de su divinidad y que *en el principio existía el Logos*[332], que *todo fue creado por Él y para Él* y que *en Él fueron creadas todas las cosas*[333].

[3] Por lo que respecta a la expresión de los Proverbios, como ya he dicho, ésta no se refiere a la sustancia, sino a la humanidad del Logos, ya que, si especifica que fue creado *para las obras*, se muestra cómo no quiere referirse a su propia sustancia sino a la economía salvífica que ha surgido para las obras, lo cual es ciertamente algo secundario a su ser. En efecto, las cosas que han llegado a existir y las cosas creadas han sido hechas primeramente para ser y existir, y después tienen la capacidad de obrar aquello que el Logos pueda ordenarles, como podemos ver que ocurre en todos los casos de forma similar. [4] Así, Adán no fue creado para trabajar, sino para existir primero como hombre, y después de esto recibió el mandato de trabajar[334]. Tampoco Noé fue creado para construir el arca, sino en primer lugar para existir y ser hombre, y después de esto recibió el mandato de preparar el arca[335]. Esto mismo se puede encontrar también en cada uno de los casos de los seres vivos. No hay tampoco duda de que también el gran Moisés fue primero hombre, y le fue encomendada después la guía del pueblo[336].

[5] Por lo tanto, también en este caso es posible pensar lo mismo, pues ves cómo no fue creado para existir, sino que *en el principio existía el Logos*[337] y después de esto es enviado *para las obras* y su economía salvífica; y como el Hijo existía

329. Cf. Sal 99 (100), 3.
330. Cf. Flp 2, 7.
331. Pr 8, 22.
332. Jn 1, 1.
333. Col 1, 16.
334. Cf. Gn 3, 16-19.
335. Cf. Gn 6, 14ss.
336. Cf. Ex 3, 10ss.
337. Jn 1, 1.

siempre antes de que las obras llegaran a ser, no había ya necesidad alguna de que fuese creado. [6] Pero cuando fueron creadas las obras, y surgió después la necesidad de su economía salvífica para enderezarlas, en ese momento es cuando el Logos se ofreció a sí mismo para condescender y hacerse semejante a las obras. Esto precisamente es lo que Él nos ha mostrado por medio de la expresión *creó*, mientras que, queriendo dar a entender la misma idea una vez más, dice por medio del profeta Isaías: *Y ahora así dice el Señor, que me modeló desde el vientre como siervo suyo para congregar a Jacob y a Israel junto a Él: voy a ser congregado y glorificado delante del Señor*[338].

52. [1] Y he aquí que tampoco en este lugar se dice que es modelado para existir, sino para congregar las tribus que ya existían antes de ser Él plasmado. En efecto, lo mismo que ocurre allí con la expresión *creó* ocurre también aquí con la expresión *modeló*, y al igual que allí es *para las obras*, de igual manera aquí es *para congregar*, de modo que aparece por todas partes que la expresión *creó* y la expresión *modeló*, que se dicen del Logos, son posteriores a su existencia. [2] Y así como las tribus, por causa de las cuales el Logos fue modelado, existían antes de que fuera modelado, de igual manera aparece que existen también las obras para las cuales el Logos también fue creado. Cuando *en el principio existía el Logos*[339], todavía no existían las obras, como ya he dicho, mientras que cuando fueron creadas las obras y la necesidad lo reclamaba, entonces es cuando utiliza la expresión *creó*.

[3] Ocurre lo mismo que si un hijo, después de haber perdido los esclavos y estando éstos, por propia negligencia, en manos de los enemigos, al haberse presentado la necesidad, fuese enviado por su padre a reunirlos y congregarlos: también éste hijo marcharía revestido con una ropa semejante a la de los

338. Is 49, 5. 339. Jn 1, 1.

esclavos y adoptaría un proceder como el suyo, para evitar que lo rechazaran, al ser reconocido por los que los retenían, y le fuese entonces impedido también bajar hasta los esclavos, que habían sido ocultados por ellos bajo la tierra. [4] En este caso, si uno le preguntase después por qué obró de esa manera, él habría dicho: «El padre me ha modelado y compuesto de esta manera para sus obras»; y, al decirlo así, no estaría dando a entender que Él era un esclavo ni una de las obras, ni estaría hablando del comienzo de su existencia, sino del cuidado de las obras que le han sido confiadas después. En efecto, de la misma manera también el Señor, al haberse revestido de nuestra propia carne y *habiendo sido conocido como hombre en su proceder*[340], si hubiese sido preguntado por quienes le ven de esa manera y se asombran, les habría respondido: *El Señor me creó como principio de sus caminos para sus obras*[341], y también: *Me modeló para congregar a Israel*[342].

[5] Esto también lo daba a entender ya antes el Espíritu, cuando decía en los Salmos: *Lo preparó para las obras de tus manos*[343], que es precisamente aquello que el Señor mismo dice hablando de sí mismo: *Yo fui constituido rey por Él sobre Sión, su monte santo*[344]. [6] Y así como, cuando brilló corporalmente en Sión, no tuvo lugar el comienzo de su existencia ni de su reinado, sino que siendo Logos de Dios y rey eterno juzgó conveniente iluminar corporalmente su propio reinado también en Sión (para someter a su propio reinado paternal a quienes ha liberado del pecado que reinaba en ellos[345] y a nosotros), de la misma manera es constituido para las obras; no para aquellas que todavía no existen, sino que es constituido para las que ya existen y necesitan enmienda.

340. Flp 2, 7.
341. Pr 8, 22.
342. Is 49, 5.
343. Sal 8, 7.
344. Sal 2, 6. Atanasio está distinguiendo dos sujetos de las palabras de la Escritura, el Espíritu y el Hijo.
345. Cf. Rm 5, 21.

53. [1] Así pues, las expresiones *creó*, *modeló* y *preparó*, que tienen el mismo sentido, no indican que ése sea el comienzo de la existencia del Logos, ni que su sustancia sea creada, sino la renovación que ha tenido lugar para nosotros por el buen obrar del Logos. Por eso, aunque decía estas cosas, sin embargo también enseñaba que existía antes que ellas diciendo: *Antes que Abrahán existiera, yo soy*[346], *Cuando preparaba el cielo yo estaba junto a Él*[347], y *Estaba junto a Él disponiendo ordenadamente*[348]. [2] Y así como el Logos existía antes que Abrahán existiera, e Israel existió después de Abrahán, y es evidente que, aunque el Logos existía con anterioridad, es modelado después, y su ser modelado no constituye el comienzo de su existencia, sino que se refiere a la Encarnación, en la cual reúne a las tribus de Israel; de la misma manera entonces, al coexistir siempre con el Padre, el Logos es el artífice de la creación, y es evidente que las obras son posteriores a Él, y que la expresión *creó* no se refiere al comienzo de su existencia, sino que descubre la economía salvífica que ha comenzado para nosotros y que el Logos ha realizado en la carne. [3] En efecto, era conveniente que también Él, que es distinto de las criaturas (y sobre todo siendo su artífice), asumiese sobre sí la renovación de las mismas, de modo que, al ser Él creado para nosotros, recreara para sí todas las cosas.

De hecho, nada más decir *creó*, en seguida añadió también la causa, diciendo: *para las obras*, de manera que la expresión «ser creado para las obras» señalase su llegar a ser hombre para la renovación de todas las cosas. [4] Esto es algo habitual en la Sagrada Escritura, ya que, cuando se refiere a la creación del Logos según la carne, pone también la causa por la cual ha llegado a ser hombre. En cambio, cuando se refiere a su divinidad, el Logos es el que habla y sus servidores lo comunican,

346. Jn 8, 58.
347. Pr 8, 27.
348. Pr 8, 30.

dice todo con una expresión simple, sin especificar su sentido, y nada de cuanto dice está ligado a una causa. Pues el Logos es el resplandor del Padre, y así como el Padre no existe por alguna causa, de la misma manera tampoco hay necesidad de buscar la causa de su resplandor. [5] Está escrito: *En el principio existía el Logos y el Logos estaba junto a Dios y el Logos era Dios*[349], y, sin embargo, no aparece la razón por la cual es así, mientras que cuando dice: *El Logos llegó a ser carne*[350], entonces sí que pone la causa por la cual ha sucedido así, diciendo: *Y habitó entre nosotros*[351]. Y en otra ocasión el Apóstol, al decir: *El cual existía en la forma de Dios*[352], no pone la causa, sino cuando dice: *Tomó la forma de siervo*[353], pues en ese momento provee la causa, diciendo: *Se humilló a sí mismo hasta la muerte, y una muerte de cruz*[354], pues por esa razón llegó a ser carne y tomó la forma de siervo.

54. [1] Y el Señor mismo ha dicho muchas cosas mediante proverbios, pero cuando se refería a sí mismo decía sin más especificaciones: *Yo estoy en el Padre*[355], *Yo y el Padre somos una sola cosa*[356], *El que me ha visto a mí ha visto al Padre*[357], *Yo soy la luz del mundo*[358], y *Yo soy la verdad*[359], sin poner la causa de cada una de estas afirmaciones ni dar la razón, para evitar aparecer como algo que viene después de aquellas cosas por las cuales ha llegado a existir, pues es preciso que le preceda la causa sin la cual tampoco Él habría llegado a existir. [2] Así Pablo, *separado como apóstol para el Evangelio que el Señor anunció por medio de los profetas*[360], tenía el Evangelio que estaba antes que él y del cual llegó a ser también servidor[361]; y

349. Jn 1, 1.
350. Jn 1, 14.
351. *Ibidem.*
352. Flp 2, 6.
353. Flp 2, 7.
354. Flp 2, 8.
355. Jn 14, 10.
356. Jn 10, 30.
357. Jn 14, 9.
358. Jn 8, 12.
359. Jn 14, 6.
360. Rm 1, 1-2.
361. Cf. Ef 3, 7.

Juan [Bautista], que había sido elegido de antemano para preceder al Señor, tenía al Señor que estaba antes que él. En cambio, el Señor, al no tener una causa de su ser Logos antes que Él mismo, sino únicamente el hecho de ser lo engendrado del Padre y Sabiduría unigénita, en el preciso momento en el que llega a ser hombre es cuando pone también la causa por la cual va a llevar la carne, pues la necesidad de los hombres, sin la cual no se habría revestido de carne, precede su llegar a ser hombre.

[3] El Señor mismo indica la necesidad por la cual ha llegado a ser hombre, cunado dice: *He bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. Y ésta es la voluntad del que me ha enviado: que todo lo que me ha dado procedente de Él no perezca, sino que yo lo resucitaré en el último día. Ésta es la voluntad de mi Padre: que todo el que vea al Hijo y crea en Él tenga vida eterna y yo lo resucitaré en el último día*[362]. [4] Y también: *Yo soy la luz que ha venido al mundo para que todo el que crea en mí no permanezca en la tiniebla*[363]. Y en otra ocasión dice: *Yo para esto he sido engendrado y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad*[364]. Por su parte Juan escribe: *Para esto se manifestó el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo*[365].

55. [1] Por lo tanto, dar testimonio, tomar sobre sí la muerte en favor nuestro, resucitar a los hombres y deshacer las obras del diablo son la razón por la cual el Señor ha venido, y ésta es la causa de su venida en la carne. Pues de otro modo la resurrección no habría tenido lugar si no hubiese tenido lugar la muerte. ¿Y cómo podría haber tenido lugar la muerte si no hubiese tenido un cuerpo mortal? [2] Esto es lo que decía Pablo, cuando lo aprendió de Él: *Puesto que los hijos participan en común de la sangre y de la carne, también Él participó de manera similar de ellas, para que por medio de la muerte ani-*

362. Jn 6, 38-40.
363. Jn 12, 46.
364. Jn 18, 37.
365. 1 Jn 3, 8.

quilase al que tenía el poder de la muerte, al diablo, y liberase a quienes por miedo a la muerte estaban sometidos de por vida a servidumbre[366]; y también: *Puesto que por un hombre viene la muerte, también por un hombre viene la resurrección*[367]; y en otra ocasión: *Pues aquello que la ley era incapaz de hacer, por cuanto era débil por causa de la carne, Dios lo hizo al haber enviado a su Hijo en semejanza de carne de pecado y, en lo que se refiere al pecado, condenó el pecado en la carne, para que se cumpliese lo establecido como justicia por la ley en nosotros, los que caminamos no según la carne, sino según el Espíritu*[368]. [3] Y Juan por su parte dice: *Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por medio de Él*[369]. Y en otra ocasión el Salvador dice de sí mismo: *He venido al mundo para un juicio, de modo que los que no vean vean y los que ven se vuelvan ciegos*[370].

[4] Así pues, el Salvador no ha venido por causa de sí mismo, sino por nuestra salvación, para que la muerte sea aniquilada, para condenar al pecado, para abrir nuevamente los ojos a los ciegos y para resucitar a todos de entre los muertos. Y si la causa de su venida no es Él, sino nosotros, entonces la causa por la cual es creado no es Él, sino nosotros. Y si no es Él la causa por la cual es creado, sino nosotros, entonces no es una criatura, sino que está llamando criatura a la carne con que se revistió por nosotros. [5] Que las Escrituras tienen este sentido es posible aprenderlo del Apóstol, ya que en la Epístola a los efesios dice: *Habiendo destruido el muro divisorio y habiendo aniquilado en su carne la enemistad, la ley de los mandamientos en sus decretos, para crear a partir de los dos en Él un solo hombre nuevo*[371]. Pero si en Él los dos son creados y éstos dos están en su cuerpo, entonces es perfectamente ló-

366. Hb 2, 14-15.
367. 1 Co 15, 21.
368. Rm 8, 3-4.
369. Jn 3, 17.
370. Jn 9, 39.
371. Ef 2, 14-15.

gico que, al llevar a los dos en Él, el Salvador sea como creado, dado que ha unido a quienes han sido creados en Él y Él estaba en ellos igual que ellos en Él. De esta manera, al haber sido creados los dos en Él, podía decir adecuadamente la expresión: *El Señor me creó*[372]. [6] En efecto, así como al recibir nuestras debilidades se dice que el Salvador estuvo débil, aunque no era uno de los débiles (pues es la potencia de Dios), y llegó a ser pecado y maldición en favor nuestro, aunque no pecó (sino porque cargó con nuestros pecados y nuestra maldición), de la misma manera puede decir ahora también, al crearnos en Él: *Me creó para las obras*[373], aunque no sea una criatura.

56. [1] Porque si dice: *El Señor me creó*[374], siendo una criatura, como si la sustancia del Logos fuese creada, según ellos dicen, entonces no ha sido creado por causa nuestra. Y si el Logos no ha sido creado por causa nuestra, entonces nosotros no habríamos sido creados en Él, y, al no haber sido creados en el Logos, no le tendríamos en nosotros, sino fuera de nosotros, si es que hemos recibido esta enseñanza de Él como de un maestro. Ahora bien, si nosotros fuésemos así, el pecado no habría dejado de reinar en absoluto sobre la carne[375], al permanecer en ella y no haber sido expulsado de ella. [2] Sin embargo, el Apóstol se opone a ellos, diciendo un poco antes esto: *Pues somos hechura suya, creados en Cristo Jesús*[376]. Y si nosotros hemos sido creados en Cristo, entonces no es Cristo el que es creado, sino que somos nosotros los creados en Él, y la palabra *creó* es por causa nuestra. En efecto, por causa de nuestra necesidad el Logos, aunque era creador, soportó incluso esta palabra que pertenece a las criaturas. La palabra *creó* no es propia de Él, en cuanto que es Logos, sino propia de nosotros, que somos creados en Él. [3] Y así como al existir

372. Pr 8, 22.
373. *Ibidem.*
374. *Ibidem.*
375. Cf. Rm 5, 21.
376. Ef 2, 10.

siempre el Padre, siempre existe también su Logos, y existiendo siempre, dice: *Yo era aquella en la cual Él se regocijaba. Día tras día yo me deleitaba en su semblante*[377], y *Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí*[378], de la misma manera, cuando, por causa de nuestra necesidad, llegó a ser hombre, así Él, consecuentemente, utilizó expresiones que son propias de nosotros (*El Señor me creó*[379]), para que, al haber habitado Él en la carne, el pecado fuera completamente expulsado de la carne y nosotros tuviésemos el pensamiento liberado.

[4] ¿Qué otra cosa habría sido necesario decir, una vez que ha llegado a ser hombre? ¿Que «yo era hombre al principio»? Pero decir esto no cuadra con el Logos ni es verdad. E igual que esto no era conveniente decirlo, así también era adecuado y propio decir, en el caso de un hombre, las expresiones *creó* y *lo hizo*. [5] Por esta razón, se añade entonces también la causa del *creó*, que es precisamente la necesidad que tenían las obras. Allí donde se añade la causa, ésta misma resuelve por completo de manera satisfactoria el sentido de la lectura. De hecho también aquí, en el caso de *creó*, pone la causa, esto es, *las obras*, mientras que en seguida, dando a entender su generación del Padre, sin precisar el sentido, añadió: *Antes que todas las colinas me engendra*[380]. Y no dice el por qué (como hizo en el caso de *me creó*, añadiendo *para las obras*), sino que, sin precisar el sentido, dice: *Me engendra*, al igual que sucede con la expresión: *En el principio existía el Logos*[381]. Pues aunque no hubieran sido creadas las criaturas, el Logos de Dios existiría, porque *el Logos era Dios*[382]. Por el contrario, el llegar a ser hombre no hubiera tenido lugar, si no se hubiese dado la necesidad que tenían los hombres. [6] Por lo tanto, el Hijo no es una criatura, pues si lo fuese no habría dicho *me engendra*, al

377. Pr 8, 30.
378. Jn 14, 10.
379. Pr 8, 22.
380. Pr 8, 25.
381. Jn 1, 1.
382. *Ibidem*.

ser las criaturas obras externas a quien las hace, mientras que lo engendrado no es algo externo, como ocurre con una obra, sino que procede del Padre, como propio de la sustancia. Precisamente por eso éstas son criaturas, mientras que el Logos de Dios es Hijo unigénito.

57. [1] Respecto a la creación, como es natural, Moisés no dijo: «Al principio engendró», sino: *Al principio hizo Dios el cielo y la tierra*[383], y David no cantó: «Tus manos me engendraron», sino: *Tus manos me hicieron*[384], y aplica por todas partes la expresión «creó» a las criaturas. [2] Pero en el caso del Hijo sucede lo contrario, pues no ha dicho «hice» sino *engendré*[385], *me engendra*[386] y también: *Mi corazón ha producido un Logos bello*[387]; y en el caso de la creación se dice: *En el principio hizo*[388], mientras que en el caso del Hijo se afirma: *En el principio existía el Logos*[389]. [3] En esto radica la diferencia, pues las criaturas están hechas bajo un principio y aquello que se dice de ellas (esto es, *En el principio hizo*) supone un comienzo de la existencia que es temporal. En el caso de las criaturas esto equivale a decir «desde del principio», como el Señor enseñó (porque conocía aquello que había hecho), cuando refutaba a los fariseos diciendo: *El que los creó desde el principio los hizo varón y mujer*[390]. En efecto, desde un principio, que era el no ser, hubo un momento en que las criaturas llegaron a existir y fueron creadas. [4] A esto se refería el Espíritu Santo cuando decía en los Salmos: *Y tú, Señor, en los principios cimentaste la tierra*[391]; y en otra ocasión: *Recuerda a tu pueblo reunido que adquiriste desde el principio*[392]. Es evidente que aquello que ha ocurrido *en los principios* tiene un principio de ser creado y que

383. Gn 1, 1.
384. Sal 118 (119), 73.
385. Sal 109 (110), 3.
386. Pr 8, 25.
387. Sal 44 (45), 2.
388. Gn 1, 1.
389. Jn 1, 1.
390. Mt 19, 4.
391. Sal 101 (102), 26 (Hb 1, 10).
392. Sal 73 (74), 2.

Dios adquirió al pueblo reunido desde un cierto principio. La expresión *en el principio hizo*, al utilizar la palabra *hizo*, es igual a *comenzó a hacer*, como el mismo Moisés lo muestra después de que se han completado todas las cosas, al decir: *Y bendijo Dios el día séptimo y lo santificó, porque en él Dios descansó de todas las obras que comenzó a hacer*[393].

[5] Por tanto, las criaturas han comenzado a llegar a ser, mientras que el Logos de Dios, al no tener principio de su existencia, lógicamente no comenzó a ser ni a llegar a ser, sino que existía siempre. Las obras tienen su principio cuando son hechas, y el principio precede a las criaturas, mientras que el Logos, al no ser una de las criaturas, resulta ser más bien el artífice de aquellas, que tienen un principio. [6] Y el ser de las criaturas se mide cuando son creadas y Dios comienza a hacerlas por medio de su Logos desde un cierto principio, de manera que se sepa que no existían antes de ser creadas, mientras que el Logos no tiene su ser en otro principio, sino en el Padre, el cual, también según los arrianos, carece de principio, de modo que el Logos también existe en el Padre, careciendo de principio, como lo engendrado y no como una criatura suya.

58. [1] De esta manera, pues, entiende la Sagrada Escritura la diferencia entre lo engendrado y las cosas que han sido hechas, porque muestra que lo engendrado no es un Hijo que ha comenzado desde un cierto principio, sino Hijo eterno, mientras que da a entender que la cosa hecha, como resulta ser una obra externa al que la ha hecho, ha comenzado a llegar a ser. Por eso Juan, al teologizar sobre el Hijo y conocer la diferencia de las palabras, no dijo: «En el principio ha llegado a ser», o «ha sido hecho», sino: *En el principio existía el Logos*[394], para que juntamente con el *existía* se entendiera «lo engendrado», y para que nadie piense en ellos como separados, sino que crea que el Hijo existe siempre y eternamente. [2] Y habiendo que-

393. Gn 2, 3.

394. Jn 1, 1.

dado así mostrado, arrianos, ¿cómo es que, sin haber ponderado las palabras que aparecen en el Deuteronomio, os habéis vuelto a atrever en este otro lugar[395] a cometer impiedad contra el Señor, llamándole cosa hecha y criatura, cuando en realidad es lo engendrado? Ciertamente, afirmáis que lo engendrado y la cosa hecha se refieren a lo mismo. Pero no por ello vais a dejar de ser reconocidos también aquí como incultos e impíos.

[3] La primera frase es la siguiente: *¿No te adquirió éste mismo, tu Padre, y te hizo y te creó?*[396]. Y poco después dice en el mismo canto: *Abandonaste a Dios que te engendró y te olvidaste de Dios que te alimentó*[397]. El sentido resulta ser muy sorprendente, pues no ha dicho primero *engendró* para evitar que ésta palabra quedase sin distinguirse de la palabra *creó*, y entonces los arrianos tengan una excusa para decir: «Moisés dijo que Dios había hablado así desde el principio: *Hagamos al hombre*[398], pero después de esto ha dicho en otra ocasión: *Abandonaste a Dios que te engendró*[399]. Lo hace así porque las palabras son idénticas, ya que lo engendrado y la cosa hecha son lo mismo». No obstante, tras *adquirió* e *hizo* añadió después, al final, *engendró*, de modo que apareciera que también el Logos tiene una explicación. [4] En efecto, con la palabra *hizo* se refiere acertadamente a aquello que es conforme a la naturaleza de los hombres, es decir, el hecho de que son obras y cosas hechas, mientras que con la palabra *engendró* muestra el amor de Dios por los hombres que ha llegado hasta ellos después de crearlos. Y puesto que han llegado a ser ingratos ante este amor de Dios por los hombres, Moisés los reprende después y dice primero: *¿Es esto lo que das al Señor a cambio?*[400]; y después añade: *¿No te adquirió éste mismo, tu Padre, y te hizo y te creó?*[401]; y después nuevamente afrima: *Hacían sacri-*

395. Se refiere al texto del Deuteronomio que viene a continuación.
396. Dt 32, 6.
397. Dt 32, 18.
398. Gn 1, 26.
399. Dt 32, 18.
400. Dt 32, 6.
401. *Ibidem.*

ficios a los demonios y no a Dios, a dioses que no conocían. Han llegado dioses nuevos y recientes a quienes sus padres no conocían. Abandonaste a Dios que te engendró[402].

59. [1] En verdad, Dios no sólo los creó como hombres, sino que también los llamó hijos por haberlos engendrado, porque *engendró* también se refiere aquí a «hijo», como dice también por medio del profeta: *He engendrado hijos y los he ensalzado*[403]. Siempre que la Escritura quiere referirse al Hijo, no usa la expresión «creé», sino que en todas las ocasiones se refiere a Él mediante la expresión «engendré». [2] Y esto nuevamente lo muestra Juan cuando dice: *Les dio poder para llegar a ser hijos de Dios, a quienes no han sido engendrados de las sangres, ni del deseo de la carne, ni del deseo del varón, sino de Dios*[404], siendo también aquí muy acertado el cuidado que pone en la expresión. Utiliza la expresión *llegar a ser*, porque ellos son llamados hijos no por naturaleza sino por una determinación; en cambio ha utilizado la expresión *han sido engendrados*, porque también ellos han tomado plenamente el nombre de hijo. Sin embargo el pueblo, como dice el profeta, se ha desentendido de su bienhechor[405]. [3] En esto consiste el amor de Dios por el hombre, en que por gracia llega a ser después también Padre de aquellos de quien es el hacedor; y llega a serlo cuando, como dijo el Apóstol, los hombres que han sido creados reciben en su corazón el Espíritu del Hijo, que clama: ¡Abbá, Padre![406] Y éstos son los que habiendo recibido al Logos han tomado de Él poder para ser hijos de Dios[407]. [4] Así, de otra forma, no habrían podido llegar a ser hijos, al ser criaturas por naturaleza, si no es porque han recibido el Espíritu del Hijo verdadero y por naturaleza. Por lo tanto, para que

402. Dt 32, 17-18.
403. Is 1, 2.
404. Jn 1, 12-13.
405. Cf. Is 1, 2.
406. Cf. Ga 4, 6.
407. Cf. Jn 1, 12.

esto suceda, *el Logos llegó a ser carne*[408], para hacer al hombre capaz de recibir la divinidad.

[5] Este sentido también se puede aprender del profeta Malaquías, que dice: *¿No nos creó un único Dios? ¿No es uno sólo el Padre de todos nosotros?*[409]. En efecto, también aquí ha puesto primero *creó* y después *Padre*, para mostrar, también él, que desde el principio somos criaturas por naturaleza y nuestro creador es Dios por medio del Logos, y que después somos hechos hijos y que en adelante Dios, que es nuestro Creador, llega a ser también nuestro Padre. Por tanto, la expresión «padre» es propia del hijo, y la expresión propia del Padre no es «criatura», sino «hijo». [6] De manera que también a partir de esto se muestra que nosotros no somos hijos por naturaleza, sino el Hijo que está en nosotros, y, a su vez, que Dios no es nuestro Padre por naturaleza, sino del Logos que está en nosotros, en el cual y por el cual clamamos: ¡Abbá, Padre![410] Y de igual manera el Padre mismo llama también hijos a aquellos en quienes ve a su propio Hijo, y dice *engendré*, porque precisamente «engendrar» hace referencia al hijo, mientras que la expresión *hacer* muestra que se trata de las obras. [7] Por esta razón, entonces, nosotros no hemos sido primero engendrados, sino hechos primero (en efecto, está escrito: *Hagamos al hombre*[411]) y después, al haber recibido la gracia del Espíritu, se dice también, de ese momento en adelante, que hemos sido engendrados. Naturalmente también en el canto el gran Moisés, con buen criterio, ha vuelto a decir primero *adquirió* y después *engendró*, para que cuando escuchasen *engendró* no se olvidasen de su propia naturaleza, que tienen desde el principio, sino que conociesen que son criaturas desde el principio, y que, cuando por gracia se dice que han sido engendrados, son como hijos, pero los que son hombres por naturaleza no dejan por ello ni mucho menos de ser cosas hechas.

408. Jn 1, 14.
409. Ml 2, 10.
410. Cf. Ga 4, 6.
411. Gn 1, 26.

60. [1] Y que «criatura» no es lo mismo que «lo engendrado», sino que se diferencian el uno del otro, tanto en la naturaleza como en el significado de las palabras, el Señor mismo lo muestra en los Proverbios. En efecto, después de haber dicho: *El Señor me creó como principio de sus caminos*[412], añadió: *Pero antes que todos las colinas me engendra*[413]. [2] Por tanto, si el Logos fuese por naturaleza y en su sustancia una criatura y hubiese alguna diferencia entre lo que ha sido engendrado y la criatura, no habría añadido la expresión *me engendra*, sino que hubiese bastado con decir *creó*, ya que esta expresión tendría el mismo significado que «engendró». Ahora bien, después de haber dicho: *Me creó como principio de sus caminos para sus obras*, no ha añadido simplemente la expresión *me engendra*, sino que la ha ligado a la conjunción *pero*, como reforzando con ella la expresión *creó*, y así dice: *Pero antes que todas las colinas me engendra*. En efecto, la expresión *me engendra*, seguida de la expresión *creó* y ligada a ella, hace que el significado sea uno sólo, y muestra la razón por la cual la expresión *creó* ha sido dicha, esto es, porque *me engendra* es anterior a *creó*. [3] En efecto, lo mismo que si hubiese dicho, cambiando el orden: «el Señor me engendra», y hubiese continuado: «pero antes de todas las cosas me creó», sin duda *creó* sería anterior a *engendró*, de la misma manera, al haber dicho primero *creó* y haber añadido después *pero antes que todas las colinas me engendra*, muestra forzosamente que *engendró* es anterior a *creó*.

[4] Además, al decir *antes que todas las cosas me engendra*, da a entender que Él es distinto de todas las cosas, y la verdad ha mostrado ya en los argumentos anteriores que de hecho ninguna de las criaturas viene antes que otra, sino que todas las cosas creadas han adquirido su consistencia juntas, a un tiempo y por obra de un único e idéntico mandato. Por esta razón, entonces, lo que está escrito en el caso de *creó* no vuelve a estar

412. Pr 8, 22. 413. Pr 8, 25.

escrito en el caso de *me engendra*, sino que en el caso de *creó* está escrito *principio de los caminos*, mientras que en el caso de *me engendra* no dijo «me engendra como principio», sino *antes que todas las cosas me engendra*. [5] Lo que es anterior a todas las cosas no es el principio de todas las cosas, sino que es algo distinto de todas ellas. Y si es algo distinto de todas ellas (entre las cuales se incluye también el principio de todas ellas), entonces es evidente que es distinto de las criaturas, y se comprende al mismo tiempo con claridad que, al ser algo distinto de todas las cosas y existir antes que ellas, el Logos sea creado después como principio de los caminos para las obras, por causa de la Encarnación, para que, como dijo el Apóstol, *el que es principio, primogénito de entre los muertos, resulte ser el primero en todo*[414].

61. [1] Siendo tal la diferencia que existe entre *creó* y *me engendra*, entre *principio de los caminos* y *antes que todas las cosas*, Dios, que es el creador de los hombres en la forma en que se ha explicado, llega a ser también después su Padre, porque su Logos habita en ellos. En cambio, en el caso del Logos sucede lo contrario: Dios, que por naturaleza es su Padre, llega a ser también después de esto su creador y hacedor en el momento en que el Logos se reviste de la carne, que es creada y hecha y llega a ser hombre. [2] En efecto, así como los hombres, al recibir el Espíritu del Hijo[415], llegan a ser hijos por medio de Él[416], de igual manera también se dice que el Logos de Dios ha sido creado y que ha sido hecho en el preciso momento en que se revistió de la carne de los hombres. Por lo tanto, si nosotros somos hijos[417] por naturaleza, entonces es evidente también que el Logos es una criatura y algo hecho por naturaleza. Pero si nosotros llegamos a ser hijos por determinación y por gracia, entonces también es evidente que el Lo-

414. Col 1, 18.
415. Cf. Ga 4, 6.
416. Cf. Jn 1, 12.
417. Se entiende "hijos de Dios".

gos ha dicho *el Señor me creó* al haber llegado a ser hombre para que nos llegue la gracia.

[3] Después, como se ha revestido de lo creado y ha llegado a ser semejante a nosotros según el cuerpo, ha sido llamado justamente hermano nuestro y primogénito[418]. En efecto, aunque ha llegado a ser hombre después que nosotros y por nosotros, y es nuestro hermano a causa de la semejanza de cuerpo, sin embargo, también en esto se dice que es «primero» respecto a nosotros, ya que estando todos los hombres pereciendo conforme a la transgresión de Adán, la carne del Señor fue salvada y liberada la primera de todas, pues llegó a ser el cuerpo del Logos mismo, mientras que nosotros somos salvados después, al resultar ser concorpóreos con su cuerpo. [4] De esa manera el cuerpo el Señor llega a ser también nuestro guía hacia el Reino de los Cielos y hacia su propio Padre, diciendo: *Yo soy el camino*[419], y también: *Yo soy la puerta y por medio de mí todos tienen que entrar*[420]. Por eso también se le llama a su vez primogénito de entre los muertos[421], no porque haya muerto antes (pues nosotros habíamos muerto antes), sino porque, después de haber asumido la muerte[422] por nosotros y de haberla aniquilado, resucitó el primero de todos como hombre, al haber resucitado su propio cuerpo por nosotros. En efecto, en adelante, puesto que el Señor ha resucitado, también nosotros somos resucitados de entre los muertos a partir de Él y por causa suya.

62. [1] Y aunque se dice también que es primogénito de la creación[423], sin embargo no se dice «primogénito» como igualándolo a las criaturas y como si fuese el primero de ellas en el sentido temporal (¿cómo va a serlo, si resulta que Él es unigénito?), sino a causa de la condescendencia del Logos hacia las

418. Cf. Rm 8, 29; Hb 2, 11.
419. Jn 14, 6.
420. Jn 10, 9.
421. Cf. Col 1, 18.
422. Cf. 2 Tm 1, 10.
423. Cf. Col 1, 15.

criaturas, por la cual llegó a ser hermano de muchos[424]. En efecto, el que es unigénito es unigénito porque no existen otros hermanos, mientras que el primogénito es llamado así porque hay otros hermanos. [2] Por esta razón, sin duda, en ningún lugar de las Escrituras se ha dicho «primogénito de Dios» ni «criatura de Dios», sino que las expresiones *Unigénito*, *Hijo*, *Logos* y *Sabiduría* apuntan en su sentido al Padre y a su identidad. En efecto: *Hemos visto su gloria, la gloria que le corresponde como Unigénito del Padre*[425]; *Dios envió a su Hijo, el Unigénito*[426]; *Tu Logos, Señor, permanece por los siglos*[427]; *El Logos estaba junto a Dios*[428]; *Cristo, potencia de Dios y Sabiduría de Dios*[429]; *Éste es mi Hijo, el amado*[430]; y *Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo*[431].

[3] La expresión *primogénito*, por el contrario, apunta a la condescendencia para con la creación, porque es llamado primogénito de ella, y la expresión *creó* apunta a la gracia que alcanzan las obras, pues para ellas ha sido creado. Así pues, si es Unigénito (como en realidad lo es), que se interprete entonces la expresión *primogénito* en consecuencia; pero si es primogénito entonces que no sea unigénito. En efecto, una misma persona no puede ser unigénito y primogénito a la vez, a no ser que sea respecto de cosas distintas, de modo que sea unigénito a causa de su generación del Padre, como se ha dicho, y en cambio primogénito a causa de la condescendencia hacia la creación y de hacer hermanos a muchos. [4] Naturalmente, al ser contrarias entre sí estas dos expresiones, uno podría decir justamente que, en el caso del Logos, el hecho de ser unigénito se impone más como propiedad, pues no existe otro Logos u otra Sabiduría, sino que el Logos es el único Hijo verdadero del Pa-

424. Cf. Rm 8, 29.
425. Jn 1, 14.
426. 1 Jn 4, 9.
427. Sal 118 (119), 89.
428. Jn 1, 1.
429. 1 Co 1, 24.
430. Mt 3, 17.
431. Mt 16, 16.

dre. Y, en efecto, como se ha dicho en los argumentos precedentes, la expresión *Hijo unigénito que está en el seno del Padre*[432] no se ha dicho junto con una causa ligada a ella, sino en sentido absoluto, mientras que la expresión *primogénito* tiene ligada a ella la causa de la creación que Pablo añadió, cuando dijo: *Porque en Él fueron creadas todas las cosas*[433]. Y si todas las cosas fueron creadas en Él, entonces el Logos es algo distinto de las criaturas y no es una criatura, sino el creador de todas ellas.

63. [1] Por lo tanto no se le llama *primogénito* por el hecho de proceder del Padre, sino porque la creación ha sido creada en Él. Y así como el Hijo mismo, por medio del cual la creación llegó a existir, existía antes de la creación, de la misma manera también, antes de que se le llamase *primogénito de toda la creación*[434], no era menos cierto que era *El Logos junto a Dios y el Logos era Dios*[435]. [2] Sin embargo, al no saber esto tampoco, los impíos van de aquí para allá diciendo: «Si es primogénito de toda creación entonces es evidente que también Él es uno de la creación». ¡Necios! [3] Ciertamente no ha dicho que sea «primogénito de las demás criaturas» para evitar que se piense que es una de ellas, sino que está escrito *de toda la creación*, para que quede claro que es algo distinto de ella. De este modo, no se dice que Rubén sea el primogénito de todos los hijos de Jacob, sino de Jacob mismo y de sus hermanos, para evitar que se piense que era algo distinto de los hijos de Jacob[436].

[4] Sin embargo, tampoco el Apóstol ha dicho, en el caso concreto del Señor mismo, que «llegue a ser primogénito de todos», para evitar que se pensase que llevaba un cuerpo distinto del nuestro, sino *entre muchos herma-*

432. Jn 1, 18.
433. Col 1, 16.
434. Col 1, 15.
435. Jn 1, 1.
436. Cf. Gn 46, 8, entre otros textos.

nos[437], a causa de la semejanza de la carne. [5] Si el Logos fuese una de las criaturas, entonces la Escritura habría dicho también que era «primogénito de las demás criaturas». Ahora bien, al decir los santos que es *primogénito de toda la creación*, muestra clarísimamente que el Hijo de Dios es algo distinto de toda la creación y no es una criatura. [6] En efecto, si es una criatura, entonces es primogénito de sí mismo. ¿Cómo entonces, arrianos, puede ser anterior y a la vez posterior a sí mismo? Además, si es una criatura, y resulta que toda la creación llegó a ser por medio de Él[438] y en Él tiene su consistencia[439], ¿cómo puede crear la creación y ser a la vez uno de los que tienen su consistencia en Él mismo?

[7] Pero como semejante invención suya aparece como algo absurdo, son refutados por la verdad, ya que fue llamado *primogénito entre muchos hermanos*[440] por el parentesco de la carne, *primogénito de entre los muertos*[441] porque a partir de Él y con Él tiene lugar la resurrección de los muertos, y *primogénito de toda creación*[442] a causa del amor del Padre por los hombres. Por este amor, no sólo dio consistencia a todas las cosas en su Logos, sino que también la creación misma, acerca de la cual el Apóstol dijo que *espera la revelación de los hijos de Dios*[443], *será liberada entonces de la esclavitud de la corrupción para la libertad de la gloria de los hijos de Dios*[444]. [8] Al ser la creación liberada de esta manera, el Señor será llamado también el primogénito de ella y de todos aquellos que han sido hechos hijos, de modo que, al decir que Él es el primero, las criaturas que vienen tras Él permanezcan unidas al Logos como procediendo de un principio.

64. [1] Creo que también ellos, los impíos, han sido avergonzados a partir de semejante sentido. Pues si no fuese como

437. Rm 8, 29.
438. Cf. Jn 1, 3.
439. Cf. Col 1, 17.
440. Rm 8, 29.
441. Col 1, 18.
442. Col 1, 15.
443. Rm 8, 19.
444. Rm 8, 21.

hemos dicho antes, sino que quieren que el Logos sea primogénito de toda la creación como si fuese en su sustancia una criatura entre las criaturas, entonces que se anden con ojo, porque están suponiendo que también es hermano de los seres irracionales e inanimados, y semejante a ellos. [2] En efecto, resulta que también éstos son partes de toda la creación, y por otro lado es preciso que el primogénito sea primero únicamente en el tiempo, pero ha de ser igual a todos tanto en linaje como en semejanza. Por lo tanto, ¿cómo no van a sobrepasar todo grado de impiedad al decir esto? ¿O quién los soportará cuando digan estas cosas? ¿O cómo no iba a odiarles alguien, aunque solo fuese por el mero hecho de pensar tales cosas?

[3] Para todos es evidente que no ha sido llamado primogénito de la creación ni por ser Él mismo como una criatura, ni por tener un cierto parentesco según la sustancia con toda la creación, sino porque el Logos, al crear como artífice a las criaturas desde el principio, ha tenido condescendencia con los que han sido engendrados, de manera que puedan llegar a existir, pues no habrían podido resistir su naturaleza pura y su claridad, que es la paterna, si no fuera porque Él, al haber condescendido por el amor de Dios Padre a los hombres, se hizo cargo de ellas y, al dominarlas, las llevó a la existencia. [4] Y como segunda razón, porque, al haber condescendido el Logos, también la creación misma es hecha hija por medio de Él, de modo que, como se ha dicho antes, llega a ser primogénito de ella en todos los aspectos, tanto cuando crea, como cuando es introducido en el mundo por nosotros.

[5] En realidad, así está escrito: *Cuando introduce al primogénito en el mundo dice: y que lo adoren todos los ángeles de Dios*[445]. Presten atención los que combaten a Cristo y que se despedacen a sí mismos, pues Dios hizo que entrase en el

445. Hb 1, 6.

mundo y fuese llamado primogénito de todos, de modo que el Hijo es Unigénito del Padre por ser el único que procede de Él, mientras que es primogénito de la creación porque todos son hechos hijos. [6] Y al igual que también resucitó *de entre los muertos como primicia de los que están dormidos*[446], de igual manera, como primogénito entre hermanos (puesto que era conveniente que fuese el primero en todo[447]), es creado como principio de los caminos[448], para que, al haber caminado sobre Él y entrando por medio de Aquél que dice: *Yo soy el camino*[449] y *la puerta*[450], y participando del conocimiento del Padre, podamos escuchar también nosotros: *Bienaventurados los que son irreprochables en el camino*[451], y *Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios*[452].

65. [1] Una vez que la verdad ha mostrado que el Logos no es una criatura por naturaleza, hay que decir lógicamente a continuación por qué se le llama también *principio de los caminos*[453]. En efecto, puesto que el primer camino, que era a través de Adán, fue destruido y en lugar del paraíso nos inclinamos hacia la muerte y hemos escuchado: *Eres tierra y a la tierra volverás*[454], el Logos de Dios, que ama al hombre, se ha revestido por voluntad del Padre de la carne que ha sido creada para vivificar en virtud de la sangre de su propio cuerpo aquella carne que el primer hombre hizo morir por medio de la trasgresión, y para que, como ha dicho el Apóstol, renovase *para nosotros un camino nuevo y vivo a través del velo, esto es, a través de su carne*[455]. Esto precisamente lo indica también en otra epístola, diciendo: *De modo que si uno está en Cristo es una nueva creación: las cosas antiguas han pasado, he aquí que han*

446. 1 Co 15, 20.
447. Cf. Col 1, 18.
448. Cf. Pr 8, 22.
449. Jn 14, 6.
450. Jn 10, 9.
451. Sal 118 (119), 1.
452. Mt 5, 8.
453. Pr 8, 22.
454. Gn 3, 19.
455. Hb 10, 20.

llegado a ser nuevas[456]. [2] Si ha tenido lugar una nueva creación, era necesario que hubiese alguien primero, anterior a esta creación, y por lo tanto, un mero hombre, hecho meramente de tierra (que es como hemos llegado a ser nosotros a partir de la trasgresión), no habría sido capaz de serlo. De hecho, los hombres se convirtieron en incrédulos en la primera creación y por ellos pereció la primera creación, y había necesidad de otro que renovara la primera y conservase la nueva que ha tenido lugar.

[3] Así pues, por amor al hombre, no algún otro sino el Señor, el principio de la nueva creación, es creado camino, y dice justamente: *El Señor me creó como principio de sus caminos*[457], para que el hombre no actuase ya más según aquella primera creación, sino que, al haber un principio de la nueva creación, y teniendo nosotros a Cristo como principio de los caminos de la misma, le acompañemos a Él, que dice: *Yo soy el camino*[458]. [4] Esto era lo que el bienaventurado Apóstol enseñaba en la Epístola a los colosenses, cuando decía: *Él es la cabeza del cuerpo de la Iglesia, el que es el principio, primogénito de entre los muertos, para ser así el primero en todas las cosas*[459].

66. [1] En efecto, si, como se ha dicho, Cristo es llamado primicia por su resurrección de entre los muertos y es también principio[460] a causa de ella, y por otro lado resulta que la resurrección ha tenido lugar en el preciso momento en que, llevando nuestra carne, se entregó a sí mismo a la muerte por nosotros, entonces sería evidente que la expresión *me creó como principio de los caminos*[461], dicha por Él, no se refiere a su sustancia, sino a su venida corporal. [2] En efecto, la muerte es

456. 2 Co 5, 17.
457. Pr 8, 22.
458. Jn 14, 6.
459. Col 1, 18.
460. Las palabras que traducimos en esta frase por «principio» y «primicia» tienen en griego la misma raíz.
461. Pr 8, 22.

algo propio del cuerpo y, de la misma manera que la muerte es propia del cuerpo, así también sería propio de su presencia corporal la mencionada expresión (*me creó como principio de sus caminos*). Por tanto, habiendo sido creado el Salvador de esta manera según la carne, habiendo llegado a ser principio de los que son recreados y teniendo la primicia (que es la carne humana que asumió), se sigue consecuentemente que después de Él es creado también el pueblo venidero, como dice David: *Que esta generación escriba para otra, y el pueblo creado alabará al Señor*[462]; y nuevamente en el salmo veintiuno: *La generación que viene anunciará al Señor, y anunciarán su justicia al pueblo que habrá sido dado a luz, el pueblo que hizo el Señor*[463]. [3] Pues no escucharemos ya más: *En el día en que comáis de él moriréis de muerte*[464], sino: *Donde yo estoy vosotros también estaréis*[465], de modo que diremos: *Somos hechura suya, creados por Él para obras buenas*[466]. Además, puesto que la obra de Dios, es decir, el hombre que fue creado perfecto, ha llegado a ser deficiente por culpa de la trasgresión y muerto por el pecado, y, por otro lado, no era conveniente que la obra de Dios quedase imperfecta, así todos los santos pedían por ello, diciendo en el salmo ciento treinta y siete: *El Señor devolverá en mi lugar y en mi favor; Señor, no desprecies la obra de tus manos*[467].

[4] Ésta es, pues, la razón por la cual el Logos perfecto de Dios se rodea del cuerpo que es imperfecto y se dice que *es creado para las obras*, para que, devolviendo la deuda en lugar nuestro, perfeccionase por medio de sí mismo aquellas cosas que le faltan al hombre. Le faltaban al hombre la inmortalidad y el camino hacia el paraíso, que es lo que decía el Salvador: *Yo te he glorificado sobre la tierra, he perfeccionado tu obra, la que*

462. Sal 101 (102), 19.
463. Sal 21 (22), 31-32.
464. Gn 2, 17.
465. Jn 14, 3.
466. Ef 2, 10.
467. Sal 137 (138), 8.

me has dado para que la hiciera[468]; y en otra ocasión: *Las obras que me ha dado mi Padre para que las perfeccione, esas obras, que son las que yo hago, dan testimonio de mí*[469]. [5] Las obras que aquí dice que el Padre le ha dado para perfeccionar, son precisamente aquellas para las cuales es creado, y dice en los Proverbios: *El Señor me creó como principio de sus caminos para sus obras*[470], porque es lo mismo decir «el Padre me dio las obras» que «me creó para las obras».

67. [1] A vosotros que combatís a Dios [os pregunto]: ¿Cuándo tomó las obras para perfeccionarlas? Pues en base a esto podrá ser conocido también el sentido de la expresión *creó*. Así pues, si decís que desde el principio, cuando hacía que viniesen de la nada a la existencia, es mentira, pues todavía no habían sido creadas y resulta que aparece diciendo que toma las que ya existen. Pero tampoco es respetuoso decir que fue en el tiempo que ocurre antes de que el Logos llegase a ser carne, para evitar que su venida entre nosotros parezca luego algo accesorio siendo las obras el fin por el cual tuvo lugar su venida entre nosotros. [2] Así pues, queda en adelante la opción de decir que en el mismo momento en que llegó a ser hombre tomó las obras, pues en ese momento las perfeccionó, al haber curado nuestras heridas y haber concedido a todos como gracia la resurrección de entre los muertos. Y si le fueron concedidas las obras al Logos, cuando ha llegado a ser carne, entonces es evidente también que *es creado para las obras*, cuando ha llegado a ser hombre. Por lo tanto, la expresión *creó* no se refiere a su sustancia, como se ha dicho ya muchas veces, sino a su llegar a ser corporal, ya que en ese momento, a causa de que las obras habían llegado a ser imperfectas y defectuosas a partir de la trasgresión, se dice que es creado corporalmente para que, habiéndolas perfeccionado y hecho

468. Jn 17, 4.
469. Jn 5, 36.
470. Pr 8, 22.

íntegras, ofreciese al Padre, como dice el Apóstol, la Iglesia, *que no tiene mancha ni arruga ni nada por el estilo, sino que sea santa y sin tacha*[471].

[3] El linaje humano, por tanto, ha sido perfeccionado y restaurado en Él, habiendo llegado a ser como era también desde el principio, y más todavía por una gracia mayor[472], porque una vez que resucitamos de entre los muertos ya no tememos la muerte, sino que en Cristo reinaremos siempre en los cielos. Esto ha sucedido porque el Logos mismo, que es propio de Dios y procede de Él, se revistió de la carne y ha llegado a ser hombre. En efecto, si hubiese llegado a ser hombre siendo una criatura, el hombre habría quedado absolutamente tal cual estaba, al no haber sido unido a Dios. [4] Pues, ¿cómo podría una criatura ser unida al creador por medio de otra criatura? ¿O qué clase de ayuda habría podido tener lugar para los semejantes por parte de quienes son semejantes a ellos, cuando tienen necesidad también ellos de esa misma ayuda? ¿Y cómo, si resultase que el Logos es una criatura, habría sido capaz de levantar la sentencia de Dios y perdonar el pecado, cuando está escrito por los profetas que esto es algo propio de Dios? *Pues ¿quién hay como tú, oh Dios, que arrancas los pecados y dejas a un lado los quebrantamientos de la ley?*[473]. [5] Dios dijo: *Eres tierra y a la tierra volverás*[474], y los hombres han llegado a ser mortales. ¿Cómo entonces habría sido posible que el pecado fuera desatado por parte de las criaturas? Sin embargo lo desató el Señor en persona, como Él mismo dijo : *A no ser que el Hijo os libere*[475]; y el Hijo que ha liberado ha mostrado verdaderamente cómo no es una criatura ni una de las cosas creadas, sino Logos propio e imagen de la sustancia del Padre, que es quien dictó al principio la sentencia y es el único que perdona los pecados[476].

471. Ef 5, 27.
472. Cf. Rm 5, 15.
473. Mi 7, 18.
474. Gn 3, 19.
475. Jn 8, 36.
476. Cf. Lc 5, 21.

[6] Y ya que en el Logos se dijo: *Eres tierra y a la tierra volverás*[477], se sigue lógicamente que también por medio del Logos mismo, y en Él, haya tenido lugar la liberación y la suspensión de la condena.

68. [1] No obstante dicen: «Aunque el Salvador fuese una criatura, Dios, con sólo decirlo, habría sido capaz de destruir la maldición». Pero eso mismo podrían también escucharlo los arrianos de alguien que les diga: «También, con sólo decirlo, Dios habría sido capaz de destruir la maldición, aunque no hubiese habitado en modo alguno entre nosotros». [2] Sin embargo, hay que prestar atención a lo que es ventajoso para los hombres, y no pensar siempre en lo que Dios es capaz de hacer, porque antes del Arca de Noé también podría haber destruido a los hombres, que entonces eran trasgresores, y no obstante lo hizo después del Arca. Y podría haber conducido al pueblo fuera de Egipto sin Moisés y con sólo decirlo, y sin embargo convenía que fuese por medio de Moisés. También podría haber salvado Dios al pueblo sin los Jueces, y sin embargo convenía al pueblo que les fuese suscitado un Juez en el tiempo oportuno. Y el Salvador habría podido haber habitado entre nosotros desde el principio, o no haber sido entregado a Pilato después de venir, y no obstante vino en la plenitud de los tiempos[478] y, cuando fue preguntado, dijo: *Yo soy*[479]. [3] En efecto, aquello que Dios hace es lo que conviene a los hombres, y no habría sido adecuado que sucediera de otra manera, y se establece una providencia precisamente de aquello que conviene y es adecuado. Vino, pues, *no para ser servido sino para servir*[480] y llevar a cabo nuestra salvación. Naturalmente, podía también haber dictado la ley desde el cielo, pero vio que convenía a los hombres dictarla desde el Sinaí, y lo hizo así para

477. Gn 3, 19.
478. Cf. Hb 9, 26.
479. Jn 18, 5.
480. Mt 20, 28.

que Moisés pudiese subir y aquellos pudiesen prestar más fe al escuchar más de cerca las palabras.

[4] Además también se puede contemplar, desde este punto de vista, el buen sentido de cuanto ha sucedido, pues si por el hecho de ser capaz de ello, Dios hubiese hablado y suprimido la maldición, entonces se habría mostrado la potencia del que había dado la orden, pero el hombre habría llegado a ser tal como lo era también Adán antes de la trasgresión, recibiendo la gracia desde fuera y no teniendo esa gracia en armonía con su cuerpo (pues esa es la manera en que estaba y fue colocado entonces en el paraíso, pero pronto llegó a ser peor, cuando aprendió a transgredir la ley). [5] Siendo así entonces, si el hombre hubiese sido seducido otra vez por la serpiente, habría sido necesario de nuevo que Dios diese la orden y suprimiese de esa manera la maldición, y así habría sido necesario hacerlo una y otra vez hasta el infinito. Y no por ello los hombres habrían dejado de permanecer sometidos a la servidumbre del pecado, sino que, al estar siempre pecando, habrían estado necesitados siempre de alguien que los perdonase; y nunca habrían sido liberados, al ser por sí mismos carne y ser vencidos siempre por la ley a causa de la debilidad de la carne.

69. [1] Además, si el Hijo fuese una criatura, el hombre no habría dejado de seguir siendo mortal, al no estar unido a Dios. En efecto, una criatura no habría podido unir las criaturas a Dios, al tener que buscar también ella alguien que la uniese a Dios. Tampoco una parte de la creación podría ser la salvación de la creación, al estar también esa parte necesitada de salvación. [2] Así pues, para que esto no suceda, Dios envía a su propio Hijo, que llega a ser Hijo del hombre, al haber tomado la carne creada, para que el Hijo, dado que todos están sometidos a la muerte, al ser algo distinto de todos los demás, ofrezca por todos su propio cuerpo en la muerte, de modo que en adelante, al haber muerto todos por medio de Él, se cumplan las palabras de la sentencia: *Pues todos murieron en*

Cristo[481]; y así todos en adelante lleguen a estar, por medio de Él, libres del pecado[482] y de la maldición causada por el pecado, y permanezcan realmente para siempre después de resucitar de entre los muertos y ser revestidos de inmortalidad e incorruptibilidad[483].

[3] En efecto, al revestirse el Logos de la carne, como se ha señalado ya muchas veces, ha cesado por completo toda mordedura de la serpiente sobre ella. Y si algún mal brotaba de ella por movimientos carnales, era eliminado, y junto con ellos era aniquilada la muerte, que es consecuencia del pecado, como el Señor mismo dice: *Llega el príncipe de este mundo y no encuentra nada en mí*[484]; y como escribió Juan: *Para esto se manifestó, para deshacer las obras del diablo*[485]. [4] Por lo tanto, al haber sido estas obras desatadas de la carne, todos hemos sido así liberados en base al parentesco en la carne, y también hemos sido unidos nosotros para siempre al Logos. Y al haber sido unidos a Dios, ya no nos quedamos en la tierra, sino que, como Él dijo, donde Él está también estaremos nosotros[486]. [5] En adelante, ya no temeremos tampoco a la serpiente, pues ha sido aniquilada en la carne, al haber sido perseguida por el Salvador y haber escuchado: *Aléjate detrás de mí, Satanás*[487], y de esta manera se encuentra fuera del paraíso arrojada al fuego eterno. Y tampoco tendremos que guardarnos de la mujer seductora, ya que *en la resurrección ni se casan ni son entregados en matrimonio, sino que son como los ángeles*[488], y *en Cristo Jesús se dará una nueva creación*[489], y ya no habrá ni varón ni mujer[490], sino que *Cristo lo será todo y en todos*[491]. Estando allí Cristo, ¿qué clase de miedo o qué clase de peligro podrá darse todavía?

481. 2 Co 5, 14.
482. Cf. Rm 6, 18.
483. Cf. 1 Co 15, 53.
484. Jn 14, 30.
485. 1 Jn 3, 8.
486. Cf. Jn 14, 3.
487. Mc 8, 33; Mt 16, 23; cf. Mt 4, 10.
488. Mt 22, 30.
489. 2 Co 5, 17; cf. Ga 6, 15.
490. Cf. Ga 3, 28.
491. Col 3, 11.

70. [1] Pero todo esto no habría sucedido si el Logos fuese una criatura, ya que el diablo, que es una criatura, siempre habría podido plantar batalla contra una criatura, y el hombre, estando en medio, habría estado siempre sometido a la muerte, no teniendo por medio de quién y en quién ser unido a Dios y llegar así a ser liberado de todo temor. De donde se sigue que la verdad muestra que el Logos no es una de las criaturas, sino más bien el artífice de ellas. En efecto, también asumió el cuerpo creado y humano de esa manera, para que, habiéndolo renovado como artífice en sí mismo, lo divinizase y así nos introdujera a todos nosotros en el Reino de los cielos conforme a la semejanza con aquel cuerpo. Y, una vez más, el hombre no habría podido ser divinizado al haber sido unido a una criatura, si no fuese porque el Hijo era Dios verdadero, y el hombre no habría podido estar junto al Padre, si no fuese porque Aquél que se revistió de cuerpo era su Logos por naturaleza y verdadero. [2] Y así como no habríamos sido liberados del pecado y de la maldición, si la carne de la cual el Logos se revistió no fuese una carne humana por naturaleza (pues no habría en nosotros nada en común con quien es distinto), de la misma manera el hombre no habría sido divinizado, si quien llegó a ser carne no fuese el Logos que procede del Padre por naturaleza, verdadero y propio de Padre. Por esta razón ha tenido lugar semejante unión, para que uniera al hombre por naturaleza con lo que es propio de la divinidad por naturaleza, y así su salvación y divinización llegasen a estar firmemente asentadas.

[3] Así pues, que los que niegan que el Hijo procede del Padre por naturaleza y que es propio de su sustancia nieguen también que ha tomado carne verdaderamente humana de María, la siempre Virgen. En efecto, ningún provecho mayor podría haber tenido lugar para nosotros, los hombres, si el Logos no fuese Hijo verdadero y por naturaleza de Dios, y la carne que asumió no fuese carne verdadera. ¡Pero tomó carne verdadera!, por más que se le vaya la cabeza a Valentín. El Lo-

gos era Dios verdadero y por naturaleza, por más que se les vaya la cabeza a los que padecen la locura arriana, y en aquella carne llegó a ser para nosotros principio de la nueva creación, al haber sido creado por nosotros y haberla renovado como camino para nosotros[492], como se ha dicho.

71. [1] Por tanto, el Logos ni es una criatura ni una obra. En efecto, «criatura», «cosa hecha» y «obra» son lo mismo, y, si fuera una criatura y algo hecho, entonces sería también una obra. Ésta es la razón, entonces, por la cual no ha dicho: «Me creó obra», ni: «Me hizo junto con las obras», para evitar que se piense que es una criatura por naturaleza y sustancia. Ni ha dicho tampoco que «creó las obras para hacerme a mí», para evitar nuevamente que, como sucede con la maldad de los impíos, se considere que es como un instrumento que ha sido creado por causa nuestra. Pero tampoco proclamó que «me creó antes que las obras», para evitar hacer entender que la expresión «lo engendrado» y la expresión «creó» son lo mismo y que, al igual que es lo engendrado antes de todas las cosas, así también es creado antes de todas las obras.

[2] Al contrario, con notoria precisión ha dicho *para las obras*[493], que equivale a decir: «El Padre me ha hecho llegar a ser hombre en la carne», de modo que también a partir de una expresión semejante vuelve a mostrarse que el Logos no es una obra, sino lo engendrado. En efecto, al igual que el que entra en una casa no es una parte de la casa sino algo distinto de ella, de igual manera el que es creado para las obras sería algo distinto de las obras en lo que respecta a la naturaleza. Pues si, como pensáis vosotros, arrianos, el Logos de Dios es una obra, ¿con qué clase de mano y sabiduría ha llegado a ser Él entonces? [3] Pues todas las obras creadas han llegado a serlo en la mano y en la Sabiduría de Dios, y Dios mismo dice: *Mi*

492. Cf. Hb 10, 20.

493. Pr 8, 22.

mano hizo todas estas cosas[494], y David canta: *Y tú, Señor, desde el principio cimentaste la tierra, y los cielos son la obra de tus manos*[495]; y en otra ocasión, en el salmo ciento cuarenta y dos: *Recordé los días antiguos y cuidé de todas tus obras, cuidando de las cosas que hicieron tus manos*[496]. [4] Por lo tanto, si las cosas que han sido hechas son obra de la mano de Dios y está escrito que todas las cosas fueron creadas por medio del Logos y sin Él no se hizo nada[497], y también: *Un solo Señor, Jesús, por medio del cual son todas las cosas*[498], y *En Él todas las cosas tienen su consistencia*[499], entonces es evidente que el Hijo no sería una obra, sino la mano de Dios y la Sabiduría.

[5] Sabiendo esto, los que llegaron a ser mártires en Babilonia (Ananías, Azarías y Misael), también refutan la impiedad arriana, al haber dicho: *Bendecid, obras todas del Señor, al Señor*[500]. Han considerado las cosas en el cielo y las que están sobre la tierra (esto es, la creación) como obras, mientras que al Hijo no lo han nombrado. En efecto, no han dicho: «Bendice, ¡oh Logos!, y alaba, ¡oh Sabiduría!», para mostrar que todas las demás cosas son las que alaban y son obras, mientras que el Logos no es una obra ni uno de los que alaban, sino que es alabado y adorado junto con el Padre y es considerado como Dios, al ser su Logos y Sabiduría, y es el artífice de las obras. Y esto también lo ha dicho el Espíritu en los Salmos con una bellísima distinción: *El Logos del Señor es recto y todas sus obras son leales*[501], de modo similar a como dice en otro salmo: *¡Qué grandes son tus obras, Señor! Todo lo hiciste en la Sabiduría*[502].

72. [1] Si el Logos fuese una obra, también Él, por supuesto, habría llegado a ser en la Sabiduría, y la Escritura no

494. Is 66, 22.
495. Sal 101 (102), 26.
496. Sal 142 (143), 5.
497. Cf. Jn 1, 3.
498. 1 Co 8, 6.
499. Col 1, 17.
500. Dn 3, 57.
501. Sal 32 (33), 4.
502. Sal 103 (104), 24.

lo habría distinguido de las obras ni habría nombrado a las obras por un lado y anunciado por otro al Logos y Sabiduría propia de Dios. Ahora bien, la Escritura, al distinguirlo de las obras, muestra que la Sabiduría es el artífice de las obras, y no una obra. [2] También Pablo ha hecho uso de esta distinción, al escribir a los Hebreos: *Pues el Logos de Dios es vivo y eficaz, más tajante que espada de doble filo, penetra hasta la frontera entre el alma y el espíritu, junturas y médulas, escruta los pensamientos y no hay creación alguna oculta a sus ojos, sino que todas las cosas están desnudas y patentes a los ojos de Aquél a quien hemos de dar cuenta*[503]. En efecto, he aquí que llama «creación» a las cosas que han llegado a ser, mientras que sabe que el Hijo es «Logos de Dios», como alguien diferente de las criaturas. Y, al volver a decir *Todas las cosas están desnudas y patentes a los ojos de Aquél a quien hemos de dar cuenta*, da a entender que el Logos es distinto de todos los demás.

[3] Ésta es, pues, la razón por la cual Él juzga, mientras que cada uno de los demás seres creados está obligado a darle cuentas. Así pues, y estando también toda la creación gimiendo junto con nosotros para ser liberada de la esclavitud de la corrupción[504], muestra que el Hijo es distinto de las criaturas. En efecto, si fuese una criatura, también Él sería uno de los que gimen, al necesitar, también Él, de alguien que lo haga hijo y lo libere junto con todos. [4] Pero si toda la creación gime junto con nosotros para ser liberada de la esclavitud de la corrupción, y resulta que el Hijo no es uno de los que gimen ni de los que necesitan liberación, sino que es quien hace hijos y libera todas las cosas y dice a los judíos de entonces: *El siervo no permanece en la casa para siempre, mientras que el Hijo permanece para siempre. Por lo tanto, si el Hijo es el que os libera, seréis verdaderamente li-*

503. Hb 4, 12-13. 504. Cf. Rm 8, 22.

bres[505]; así, a partir de estas expresiones se prueba, con más claridad que la luz del día, que el Logos de Dios no es una criatura, sino Hijo verdadero y genuino por naturaleza del Padre.

[5] Por tanto, en lo que respecta a la expresión: *El Señor me creó como principio de los caminos*, estas consideraciones, aunque sean breves, son no obstante suficientes –creo yo–, para ofrecer a los más versados la oportunidad de preparar más argumentos para destruir la herejía arriana. Ahora bien, puesto que los herejes, también al leer el siguiente versículo, en el que está escrito: *Antes de los siglos me cimentó*[506], lo entienden mal, pensando que estas cosas se dicen de la divinidad del Logos y no de su venida encarnada, es necesario también analizar este versículo y mostrar el error de su interpretación.

73. [1] Está escrito: *Dios cimentó la tierra en la Sabiduría*[507]. Si la tierra está cimentada en la Sabiduría, ¿cómo entonces va a ser cimentado Aquél que es precisamente el que cimienta? Pero también esto se dice de manera proverbial, y hace falta buscar igualmente su sentido para comprender que el Padre crea como artífice, y cimienta la tierra en la Sabiduría para que se asiente bien y permanezca, mientras que esta Sabiduría es cimentada a favor nuestro, con el objetivo de que llegue a ser el principio y el cimiento de nuestra nueva creación y renovación. [2] Por eso tampoco en estas expresiones ha dicho: «Me ha hecho Logos o Hijo antes de los siglos», para que no parezca que tuviera un principio en el que ha sido hecho. Lo primero de todo que hay que averiguar es si es Hijo, y empezar por rastrear las Escrituras al respecto. En efecto, cuando los apóstoles fueron preguntados sobre esto, Pedro respondió diciendo: *Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo*[508], [3] y esto es también lo que preguntó el padre de la he-

505. Jn 8, 35-36.
506. Pr 8, 23.
507. Pr 3, 19.
508. Mt 16, 16.

rejía arriana[509] en los comienzos: *Si eres el Hijo de Dios*[510]. Ciertamente sabía que Él era la verdad y el Señor de nuestra fe y que, si era el Hijo, entonces su diabólica tiranía iba a llegar a su final, mientras que si era una criatura, también Él era uno de los que procedían de Adán (el cual había sido engañado por él), y entonces no tenía que preocuparse de nada. Por esta misma razón se enojaban también los judíos de entonces, porque el Señor decía que era Hijo de Dios y que Dios era su propio Padre[511]. [4] Si hubiese sido una de las criaturas, habría afirmado: «Soy algo hecho», y sus oyentes no se habrían extrañado ni hubiesen considerado blasfemas semejantes palabras, pues sabían que también a sus padres se les habían aparecido unos ángeles. Sin embargo, como decía que era Hijo, veían que semejante característica no era propia de una criatura, sino de la divinidad y de la naturaleza propia del Padre.

74. [1] Por lo tanto, habría sido necesario que los arrianos, aunque estén imitando a su propio padre (que es el diablo), prestasen atención, y, si hubiese dicho: «Me cimentó como Logos o Hijo», pensasen como piensan ahora, mientras que si no lo dijo así, no deberían inventarse lo que no es. Pues no ha dicho: «Antes de los siglos me cimentó como Logos o Hijo», sino únicamente: *Me cimentó*[512], para mostrar una vez más, como ya he dicho, que no dice esto por Él, sino en forma proverbial, a causa de aquellos que son edificados sobre Él.

[2] En efecto, sabiendo esto, el Apóstol también escribe: *Nadie puede colocar otro cimiento distinto del que está puesto, que es Cristo Jesús*[513]. *Que cada uno vea cómo edifica encima*[514]. Es preciso que el cimiento sea semejante a como son las cosas que se edifican encima, para que puedan ser ajustadas

509. Se refiere al diablo.
510. Mt 4, 6.
511. Cf. Jn 5, 18.
512. Pr 8, 23.
513. 1 Co 3, 11.
514. 1 Co 3, 10.

armoniosamente al cimiento. Así pues, como es Logos, en cuanto que es Logos, no tiene quienes sean semejantes que puedan ser ajustados armoniosamente a Él, ya que es Unigénito. Pero al haber llegado a ser hombre tiene semejantes, y se ha revestido de una carne semejante a la de los hombres. Por tanto, es cimentado en lo que se refiere a su humanidad, para que nosotros también podamos ser edificados sobre Él como piedras valiosas[515], y lleguemos a ser templo del Espíritu Santo que habita dentro de nosotros[516]. [3] Y lo mismo que Él es cimiento y nosotros piedras edificadas sobre Él, de la misma manera es a su vez la viña y nosotros estamos unidos como los sarmientos[517]; no según la sustancia de la divinidad (pues esto es ciertamente imposible), sino nuevamente según la humanidad (pues es necesario que los sarmientos sean semejantes a la vid), ya que resultamos ser semejantes a Él según la carne.

[4] Por otra parte, como los herejes piensan en la humanidad según los modelos humanos, conviene refutarlos por medio de esos mismos argumentos. El Logos no ha dicho: «Me ha hecho cimiento», como si tuviese un principio en el que llegó a ser, para que no encuentren en ello una excusa vergonzosa para su impiedad, sino que ha dicho: *Me cimentó*. [5] Y lo que es cimentado es construido por causa de las piedras que son colocadas sobre él, y no llega a ser así sin más, sino cuando una piedra es transportada desde el monte y es colocada abajo, en la profundidad de la tierra. Mientras está en el monte es una piedra, todavía no ha llegado a ser cimiento. En cambio, cuando la necesidad lo requiere y es transportada y colocada en lo profundo de la tierra, entonces y en adelante, si la piedra pudiese hablar, diría: «Ahora me ha hecho cimiento el que me trasladó desde el monte hasta aquí». [6] Así pues, sucede lo mismo con el Señor: no comienza a ser cuando se convierte en

515. Cf. 1 Co 3, 12.10.
516. Cf. 1 Co 3, 16.
517. Cf. Jn 15, 1.5.

cimiento (pues era ya Logos antes de esto), sino que en el momento en que se revistió de nuestro cuerpo, el que recibió precisamente de María una vez que fue diseñado, y es cuando dice: *Me cimentó*, lo cual equivale a decir: «A mí, que soy Logos, me cubrió de un cuerpo terreno». En efecto, es cimentado de esa manera por causa nuestra, asumiendo lo que es propio nuestro, para que nosotros, ajustados armoniosamente a Él, al ser concorpóreos y estar ligados estrechamente a Él por la semejanza de la carne y habiendo alcanzado el estado del hombre perfecto[518], permanezcamos inmortales e incorruptibles.

75. [1] Tampoco las expresiones: *Antes de los siglos*[519], *Antes de hacer la tierra*[520] y *Antes de que fuesen hechos los montes*[521] deben inquietar a nadie, pues con mucho sentido las unió a la expresión *cimentó* y *creó*, ya que también esto se refiere nuevamente a la economía salvífica según la carne. [2] En efecto, la gracia que nos ha llegado a nosotros del Salvador se ha manifestado precisamente ahora[522], como dijo el Apóstol, y ha tenido lugar al haber llegado a estar Él entre nosotros, pero esta gracia ya había sido preparada incluso antes de que nosotros fuéramos creados, o mejor dicho, incluso antes del comienzo del mundo. ¡Y qué propicia y admirable es la causa! No era conveniente que Dios deliberase después sobre nosotros, para que no pareciese que ignoraba cuanto se refiere a nosotros. [3] De este modo, creándonos por medio de su propio Logos, conociendo nuestras cosas y previendo por nosotros que, aunque fuéramos creados buenos[523], después íbamos a transgredir el mandamiento e íbamos a ser arrojados del paraíso a causa de la desobediencia, el Dios del universo, como es amigo del hombre y bueno, preparaba ya con antelación en su propio Logos, por medio del cual también nos creó, la eco-

518. Cf. Ef 4, 13.
519. Pr 8, 23.
520. Pr 8, 24.
521. Pr 8, 25.
522. Cf. Tt 2, 11.
523. Cf. Gn 1, 31.

nomía salvífica de nuestra salvación, para que, aunque cayésemos engañados por la serpiente, no permaneciéramos muertos de manera irrevocable, sino que, teniendo en el Logos la redención y la salvación preparada con antelación para nosotros y resucitando, volviésemos a permanecer inmortales. Esto sucede cuando el Logos fue creado principio de los caminos[524] por nosotros, y el primogénito de la creación[525] llegó a ser primogénito de los hermanos[526] y fue resucitado como primicia de los muertos[527].

[4] Esto también lo enseña el bienaventurado apóstol Pablo, ya que al escribir interpreta de esta manera las expresiones: *Antes de los siglos*[528] y *Antes que fuese creada la tierra*[529], que aparecen en los Proverbios, diciendo a Timoteo: *Comparte conmigo los sufrimientos por el Evangelio según la potencia de Dios, que nos salvó y nos llamó con una vocación santa, no según nuestras obras, sino según la propia determinación y gracia que nos ha sido dada en Cristo Jesús antes de los tiempos eternos, pero manifestada ahora por medio de la manifestación de nuestro Salvador Jesucristo, el cual ha destruido la muerte y ha iluminado la vida*[530]. Y dice a los efesios: *Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bienes espirituales en los cielos en Cristo Jesús, al habernos elegido en Él, antes de la creación del mundo, para ser santos e inmaculados ante Él por el amor, y habernos predestinado a ser hechos hijos suyos por medio de Jesucristo*[531].

76. [1] ¿Cómo, pues, podría habernos elegido antes de ser creados, si no hubiésemos estado prefigurados en Él, como

524. Cf. Pr 8, 22.
525. Cf. Col 1, 15.
526. Cf. Rm 8, 29.
527. Cf. 1 Co 15, 20.
528. Pr 8, 23.
529. Pr 8, 24.
530. 2 Tm 1, 8-10.
531. Ef 1, 3-5.

él mismo dice[532]? ¿Y de qué manera habría podido predestinarnos, antes que los hombres fuesen creados, para ser hechos hijos[533], si el Hijo mismo no hubiese sido cimentado antes de los siglos, al haber aceptado la economía salvífica por nosotros? ¿O de qué manera, como añade el Apóstol, hemos sido predestinados a heredar[534], si el Señor mismo no hubiese sido cimentado antes de los siglos, para poder tener la determinación de aceptar, a través de la carne y por nosotros, toda la herencia del juicio que había contra nosotros y después poder hacernos hijos en Él? [2] ¿Y cómo es que sin haber llegado a existir todavía, sino habiendo llegado a existir en el tiempo, habríamos podido recibir la gracia antes de los tiempos eternos, si la gracia que ha llegado hasta nosotros no hubiese estado reservada en Cristo? Por eso, en el juicio, cuando cada uno reciba conforme a su obrar[535], dice: *Venid aquí, benditos de mi Padre, recibid en herencia el Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo*[536]. [3] ¿Cómo entonces, y en quién, antes de que nosotros llegáramos a existir, fue preparado este Reino, si no es en el Señor, que fue cimentado antes de los siglos para que nosotros, al ser edificados sobre Él, tomásemos parte, como piedras bien ajustadas, de la vida y la gracia que vienen de Él? Y esto ha sucedido –como sin mucha dificultad llega uno a pensar piadosamente–, para que, como he dicho, resucitando de la muerte que dura poco tiempo, seamos capaces de vivir eternamente. Siendo hombres procedentes de la tierra, no habríamos sido capaces de ello si la esperanza de la vida y de la salvación no hubiese sido preparada con antelación para nosotros en Cristo, antes de los siglos.

[4] Así pues, el Logos, al venir sobre nuestra carne y ser en ella creado como principio de los caminos para sus obras[537], es

532. Cf. Ef 1, 11.
533. Cf. Ef 1, 5.
534. Cf. Ef 1, 11.
535. Cf. Mt 16, 27.
536. Mt 25, 34.
537. Cf. Pr 8, 22.

lógicamente cimentado en la manera en que la voluntad del Padre había dispuesto sobre Él, como se ha dicho, antes de los siglos[538], antes que la tierra fuese creada[539], antes que fueran hechas las colinas[540] y antes que las fuentes manasen[541], para que, aunque la tierra, los montes y las figuras de los seres que han aparecido pasen cuando tenga lugar la consumación del tiempo presente[542] y nosotros envejezcamos[543] como ellos, no obstante, seamos capaces de vivir también después, al tener la vida y la bendición espiritual preparada para nosotros con antelación en el Logos mismo según su elección. [5] En efecto, así podremos no tener una vida pasajera, sino que seremos capaces de permanecer también después, al vivir en Cristo, ya que, antes de todo esto, nuestra vida ha sido cimentada y preparada en Cristo.

77. [1] En efecto, no era conveniente que nuestra vida se cimentase en ningún otro sino en el Señor, que existe antes de los siglos y por medio del cual han llegado a existir también los siglos[544], para que, al estar esa vida en Él, también nosotros fuéramos capaces de heredar la vida eterna. En efecto, Dios es bueno, y como es bueno siempre ha querido esto porque conoce nuestra débil naturaleza, la cual está necesitada de la ayuda y salvación que vienen de Él. [2] Y de igual manera que si un sabio arquitecto, al determinarse a edificar una casa, piensa también en lo necesario para que pueda volver a ser restaurada en el caso de que en algún momento, después de haber sido construida, se estropee, y con este propósito prepara con antelación el equipo necesario para restaurarla y se lo da al constructor, y así resulta que el equipo de restauración llega a existir antes que la casa; de la misma manera la

538. Cf. Pr 8, 23.
539. Cf. Pr 8, 24.
540. Cf. Pr 8, 25.
541. Cf. Pr 8, 24.
542. Cf. Mt 13, 40; Ga 1, 4.
543. Cf. Hb 1, 11.
544. Cf. Hb 1, 2.

restauración de nuestra salvación es cimentada en Cristo antes que nosotros existiéramos, para que también seamos capaces de ser recreados en Él. [3] De esta manera, la decisión y la determinación han sido preparadas antes de los siglos, mientras que la obra ha llegado a darse cuando la necesidad lo ha pedido y el Salvador ha venido entre nosotros. En efecto, el Señor mismo, en lugar de todas las cosas, llegará a estar en el cielo para nosotros, recibiéndonos para la vida eterna.

[4] Bastan por tanto estas consideraciones para probar que el Logos de Dios no es una criatura y que la expresión tiene un sentido correcto. Pero dado que, al examinar la expresión, ésta tiene un sentido correcto desde todos los puntos de vista, lógicamente toca a continuación explicar este significado, para que así los arrianos, que son necios, sean avergonzados por todas partes. [5] Necesitamos nuevamente de lo que se ha dicho anteriormente, porque el asunto que nos ocupa concierne al mismo proverbio y a la misma Sabiduría. El Logos no dijo que era una criatura por naturaleza, sino que en los Proverbios utilizó la expresión: *El Señor me creó*[545]; y es evidente que no está dando a entender el sentido abiertamente, sino de forma encubierta; sentido que nosotros podemos encontrar si descorremos el velo[546] del proverbio. [6] En efecto, ¿quién, al escuchar a la Sabiduría artífice decir: *El Señor me creó para sus obras*[547], no busca inmediatamente el significado de estas palabras, preguntándose cómo es posible que sea creada precisamente la Sabiduría que crea? ¿Quién, al haber escuchado al Hijo unigénito de Dios decir: *Me creó principio de los caminos*[548], no encuentra el sentido al sorprenderse de cómo es posible que el Hijo unigénito llegue a ser el principio de muchos otros? Es un enigma, y la Escritura dice: *El que tenga enten-*

545. Pr 8, 22.
546. Cf. 2 Co 3, 16.
547. Pr 8, 22.
548. *Ibidem*.

dimiento entenderá la parábola, el discurso sombrío, las expresiones de los sabios y los enigmas[549].

78. [1] Así pues, la Sabiduría unigénita y absoluta de Dios es creadora y artífice de todas las cosas, pues la Escritura dice: *Todas las cosas las hiciste en la Sabiduría y la tierra ha sido llenada de tu creación*[550]. Y para que las cosas que han llegado a ser no sólo existieran sino que existieran bien, le pareció bien a Dios hacer descender su propia Sabiduría hasta las criaturas, para colocar en cada una de ellas, y en todas como conjunto, una cierta figura[551] y representación de la imagen de la Sabiduría, y así las cosas que han llegado a existir aparezcan sabias y dignas obras de Dios. [2] En efecto, así como nuestra palabra[552] es imagen del Logos, que es el Hijo de Dios, de la misma manera la sabiduría que nos ha llegado a nosotros es también, a su vez, imagen de la Sabiduría, que es Él mismo, por la cual, al poder conocer y pensar, llegamos a ser capaces de recibir la Sabiduría artífice y, por medio de ella, somos capaces de conocer al Padre de dicha Sabiduría. Por ello la Escritura dice: *El que tiene al Hijo tiene también al Padre*[553] y *El que me recibe a mí recibe al que me ha enviado*[554].

[3] Como semejante figura de la Sabiduría ha sido creada en nosotros y está en todas las obras, la Sabiduría verdadera y artífice, al tomar nuevamente sobre sí misma aquellas cosas que tienen su propia figura, utiliza lógicamente la expresión: *El Señor me creó para sus obras*[555]. En efecto, aquellas cosas que dijo la sabiduría que está en nosotros las dice el Señor mismo como propias. Y Él no es creado, porque es el creador, pero, a causa de su imagen que ha sido creada en las obras, dice estas cosas como si se tratase de Él mismo. Al igual que el Señor mismo

549. Pr 1, 5-6.
550. Sal 103 (104), 24.
551. La palabra griega que traducimos aquí (y hasta el final de este segundo discurso) por «figura» es *typos*.
552. En griego *logos*.
553. 1 Jn 2, 23.
554. Mt 10, 40.
555. Pr 8, 22.

ha dicho: *El que os recibe a vosotros a mí me recibe*[556] (por el hecho de que su figura está en nosotros), de la misma manera, aunque no sea una de las cosas creadas, por el hecho de que su imagen y figura son creadas en las obras, como si se tratara de Él mismo, afirma: *El Señor me creó como principio de los caminos para sus obras*[557]. [4] La figura de la Sabiduría llegó a estar en las obras de esta manera, para que, como he dicho anteriormente, el mundo conozca en ella a su propio Logos artífice y, por medio de Él, al Padre. Y esto es lo que decía Pablo: *Porque lo conocido de Dios aparece en ellas, pues Dios se lo mostró a ellas. En efecto, lo invisible de Él desde la creación del mundo es contemplado por el entendimiento en sus criaturas*[558]. De modo que el Logos no es una criatura en su sustancia, sino que la expresión de los Proverbios se refiere a la sabiduría que está, y se dice que está, en nosotros.

79. [1] Pero si tampoco dan crédito a estos argumentos, entonces que ellos nos digan si hay una cierta sabiduría en las criaturas o no. Si no la hay, ¿cómo es que el Apóstol hace un reproche, diciendo: *Dado que en la sabiduría de Dios el mundo no ha conocido a Dios por medio de la sabiduría*[559]? ¿O cómo, si no hay una sabiduría, se encuentra en la Escritura una multitud de sabios[560], y *el sabio por temor se apartó del mal*[561] y *se construye una casa con la Sabiduría*[562]? Y el Eclesiastés asevera: *La sabiduría del hombre iluminará su rostro*[563], y reprende a los inquietos afirmando: *No digas: ¿Por qué ha sucedido que los días antiguos fueron buenos y mejores que éstos? Pues no has preguntado acerca de esto con sabiduría*[564]. [2] Por el contrario, si existe esa sabiduría (como dice también el Sirácida: *La de-*

556. Mt 10, 40.
557. Pr 8, 22.
558. Rm 1, 19-20.
559. 1 Co 1, 21.
560. Cf. Sb 6, 24.
561. Pr 14, 16.
562. Pr 24, 3.
563. Qo 8, 1.
564. Qo 7, 10.

rramó sobre todas sus obras junto con toda carne conforme a su don y se la suministró a quines le aman[565]); y si por otro lado semejante derramamiento no es un signo distintivo de la sustancia de la Sabiduría absoluta y unigénita, sino de la que ha sido hecha a imagen en el mundo, ¿qué hay de increíble en que la Sabiduría misma, la que es artífice y verdadera, de la cual es figura y ciencia la sabiduría que ha sido derramada en el mundo, diga como si se tratara de ella misma, como he mencionado ya antes: *El Señor me creó para sus obras*[566]?

[3] En efecto, la sabiduría que está en el mundo no es creadora, sino la que ha sido creada en las obras, según la cual *los cielos refieren la gloria de Dios y el firmamento pregona la obra de sus manos*[567]. Y los hombres, si la llevan en ellos mismos, reconocerán la verdadera Sabiduría de Dios y conocerán que han llegado a existir realmente a imagen de Dios. De la misma manera que si al hijo de un rey, al querer su padre construir una ciudad, pretendiendo que en cada una de las obras estuviera escrito su propio nombre (tanto para tener seguridad de que las obras permanezcan, gracias a la representación de su propio nombre que hay en cada una de ellas, como para que a partir del nombre se puedan acordar de él y de su padre), le preguntasen acerca de la ciudad, una vez terminada, cómo llegó a existir, diría: «Ha llegado a existir de forma segura, pues conforme a la voluntad de mi padre en cada una de ellas ha sido representada una imagen mía, pues mi nombre ha sido creado en las obras», y al decir esto no se estaría dando a entender que su propia sustancia ha sido creada, sino su propia figura por medio del nombre; de la misma manera, a causa de la semejanza con el modelo, la verdadera Sabiduría responde así a los que se sorprenden de que la sabiduría esté en las criaturas: «*El Señor me creó para las obras*[568], pues la figura

565. Si 1, 9-10.
566. Pr 8, 22.
567. Sal 18, 2.
568. Pr 8, 22.

que está en ellas es mía y yo he condescendido de esta manera con la creación».

80. [1] Y tampoco hay que extrañarse de que el Hijo hable de la sabiduría que está en nosotros como si se tratase de sí mismo, si resulta que (pues no hay que vacilar en repetir lo mismo), cuando Pablo perseguía a la Iglesia, en la cual estaban la figura e imagen del Hijo, como si Él mismo estuviese perseguido, le decía: *Saulo, ¿por qué me persigues?*[569]. [2] Por lo tanto, como se ha dicho, si la figura misma de la sabiduría que está en las obras hubiese dicho la expresión: *Me creó para las obras*[570], nadie se habría extrañado. De la misma manera, si la Sabiduría artífice y verdadera de Dios, el Logos unigénito de Dios, dijese ella misma las cosas que son propias de su propia imagen como si se tratase de ella misma, por ejemplo la expresión: *Me creó para las obras*, que nadie, olvidándose de la sabiduría que está en el mundo y que ha sido creada en las obras, piense que la expresión *creó* se dice acerca de la sustancia de la Sabiduría absoluta, no sea que parezca que oculta la verdad mezclando el vino con el agua[571]. [3] En efecto, ésta es creadora y artífice, mientras que la figura ha sido creada en las obras, como ocurre con aquello que es a imagen de la imagen.

Y dice: *Principio de los caminos*[572], porque semejante sabiduría es un cierto principio y llega a constituir como los primeros elementos del conocimiento de Dios. De este modo, empezando primero con esta sabiduría, como si uno subiese por un camino, y custodiándola en el temor de Dios, como dice Salomón (*El principio de la sabiduría es el temor del Señor*[573]), ascendiendo después nuevamente con el entendimiento y habiendo contemplado con el entendimiento la Sabiduría artífice en la creación, también contemplará en Ella con el entendi-

569. Hch 9, 4.
570. Pr 8, 22.
571. Cf. Is 1, 22.
572. Pr 8, 22.
573. Pr 1, 7.

miento a su Padre, como dijo el Señor mismo: *El que me ha visto a mí ha visto al Padre*[574], y como Juan escribe: *El que reconoce al Hijo tiene también al Padre*[575].

[4] También afirma: *Antes de los siglos me cimentó*[576], porque las obras permanecen firmes y para siempre en la figura de la Sabiduría. Después, para que, al escuchar acerca de la sabiduría que ha sido creada de esta manera en las obras, uno no piense que la Sabiduría verdadera de Dios, el Hijo, es una criatura por naturaleza, se vio obligado a añadir: *Antes que los montes*[577], *Antes que la tierra*[578], *Antes que las aguas*[579] y *Antes que las colinas*[580], para que, al decir «Antes de toda creación» (pues ha mostrado con estas expresiones que se refiere a toda la creación), muestre que no ha sido creado sustancialmente junto con las obras. [5] En efecto, si ha sido creado para las obras, es anterior a las obras, y entonces es evidente que existe antes de ser creado. Luego no es una criatura por naturaleza y en su sustancia, sino, como el Logos mismo añadió[581], lo engendrado. Y en qué se distingue, y cómo dista por naturaleza, una criatura de lo engendrado, ha quedado mostrado en los argumentos precedentes[582].

81. [1] Pero dado que añade y dice: *Cuando preparaba el cielo estaba con Él*[583], es necesario comprender que no dice esto como si el Padre no hubiese estado preparando por medio de la Sabiduría el cielo o las nubes que están en lo alto[584], pues no hay duda de que todas las cosas fueron creadas en la Sabiduría y sin ella no llegó a existir nada[585], sino que lo que dice es esto: «Todas las cosas han llegado a existir en mí y por medio

574. Jn 14, 9.
575. 1 Jn 2, 23.
576. Pr 8, 23.
577. Pr 8, 25.
578. Pr 8, 24.
579. *Ibidem.*
580. Pr 8, 25.
581. Cf. Pr 8, 25.
582. Cf. *CA* I, 29, 1 y *CA* II, 12, 1.
583. Pr 8, 27.
584. Cf. Pr 8, 28.
585. Cf. Jn 1, 3.

de mí, pero al darse la necesidad de que la sabiduría fuera creada en las obras, aunque yo estaba por sustancia en el Padre, por condescendencia hacia la cosas creadas estaba disponiendo armoniosamente mi figura en las obras, de manera que, al estar todas las cosas como en un solo cuerpo, el mundo no se dividiese con contiendas, sino que tuviese un mismo común parecer».

[2] Así pues, aquellos que llegan a ser contemplativos de las criaturas por su recto pensar, conforme a la sabiduría que les ha sido concedida, son capaces de decir también ellos mismos: «Por tu disposición todas las cosas permanecen»[586]. En cambio, los que han descuidado esto escucharán: *Al decir que son sabios se han vuelto insensatos*[587], ya que *lo conocido de Dios aparece en ellas, pues Dios se lo mostró. En efecto, lo invisible de Él desde la creación del mundo es contemplado por el entendimiento en sus criaturas, su potencia eterna y su divinidad, hasta tal punto que no tienen excusa, porque habiendo conocido a Dios no lo han glorificado como Dios*[588], sino que *han dado culto a la creación en lugar de al creador de todas las cosas, el cual es bendito por los siglos. Amén*[589]. [3] Y se avergonzarán ciertamente al escuchar, en un modo similar al anterior: *Porque en la sabiduría de Dios el mundo no ha conocido a Dios por medio de la sabiduría, sino que a Dios le ha parecido bien salvar a los creyentes por medio de la necedad del anuncio*[590].

Así pues, Dios ya no ha querido ser conocido por medio de la imagen y sombra de la sabiduría que está en las criaturas, como en los primeros tiempos, sino que hizo que la Sabiduría verdadera tomase ella misma carne, llegara a ser un hombre mortal y soportase la cruz, para que por la fe en Él[591] todos los que crean puedan en adelante ser salvados. [4] En efecto, se

586. Cf. Sal 118 (119), 91.
587. Rm 1, 22.
588. Rm 1, 19-21.
589. Rm 1, 25.
590. 1 Co 1, 21.
591. Cf. Ef. 2, 8.16.

trata de la Sabiduría misma de Dios, la que primero se manifestaba a sí misma por medio de su propia imagen, que está en las criaturas, y en razón de la cual se dice que Ella es creada, y, a través de sí misma manifestaba a su propio Padre, y después ésta, que es Logos, *llegó a ser carne*[592], como dice Juan, y después de aniquilar a la muerte[593] y salvar nuestro linaje, se reveló a sí mismo todavía más y, por medio de Él, reveló a su propio Padre, diciendo: *Concédeles que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien enviaste*[594].

82. [1] Toda la tierra, pues, se ha llenado de su conocimiento, porque uno sólo es el conocimiento del Padre por medio del Hijo y el conocimiento del Hijo que viene del Padre. Y en esto encuentra alegría el Padre, y con esta misma alegría el Hijo se regocija en el Padre, diciendo: *Yo era aquél en quién se complacía. Día tras día me regocijaba en su rostro*[595]. Esto muestra nuevamente que el Hijo no es algo diferente, sino propio de la sustancia del Padre. [2] Pues he aquí que no ha llegado a ser a causa de nosotros, como dicen los impíos, ni en absoluto procede de la nada (pues Dios tampoco adquirió para sí desde fuera alguien que le produjese alegrías), sino que la frase mencionada es signo distintivo de algo que es propio y semejante[596]. Por tanto, ¿cuál fue el tiempo en que no se alegró el Padre? Y si resulta que se ha alegrado siempre, entonces ha existido siempre Aquél en quien se alegraba. ¿Y en quién se alegra el Padre sino cuando lo ve a Él, que es precisamente su propio Logos, su propia imagen? [3] Y aunque *después de haber completado el mundo se regocijaba en los hijos de los hombres*[597], como está escrito en los mismos Proverbios, sin embargo también esto tiene el mismo sentido. En efecto, se regocija de esta manera no porque le hayan sobrevenido unas alegrías, sino

592. Jn 1, 14.
593. Cf. 2 Tm 1, 10.
594. Jn 17, 2-3.
595. Pr 8, 30.
596. Cf. *CA* I, 20, 5.
597. Pr 8, 31.

nuevamente al ver las obras que han llegado a ser a su imagen, de manera que el hecho de que Dios se alegre de esta manera es el motivo de su imagen. ¿Y cómo va a regocijarse el Hijo sino al verse a sí mismo en el Padre? Porque esto es lo equivalente a decir: *El que me ha visto a mí ha visto al Padre*[598], y *Yo estoy en el Padre y el Padre en mí*[599].

[4] Vuestro altanero discurso –vosotros que lucháis contra Cristo– se ha mostrado entonces vacío por todas partes, habéis desfilado pomposamente en vano y habéis repetido machaconamente por todas partes la expresión: *El Señor me creó como principio de sus caminos*[600], malinterpretando su sentido y dando a conocer, más bien, vuestra propia invención, en lugar de lo que pensaba Salomón. [5] He aquí que vuestro modo de pensar se ha mostrado pura imaginación, mientras que la expresión que se encuentra en los Proverbios y todas las cosas que hemos dicho antes muestran que el Hijo no es una criatura por naturaleza ni en su sustancia, sino lo engendrado propio del Padre, Sabiduría y Logos verdadero, *por medio del cual todas las cosas han llegado a ser y sin Él nada ha llegado a ser*[601].

598. Jn 14, 9.
599. Jn 14, 10.
600. Pr 8, 22.
601. Jn 1, 3.

TERCER DISCURSO

1. [1] Los que padecen la locura arriana, según parece, dando por hecho que se han convertido en apóstatas y transgresores de la verdad de una vez para siempre, pretenden afanosamente atraer contra sí mismos aquello que está escrito: *Cuando el impío alcanza el abismo de los males, se engríe*[1]. En efecto, ni desisten cuando se les refuta ni cambian su parecer cuando son avergonzados, sino que, al igual que la mirada de una ramera, han perdido la vergüenza para con todos en sus impiedades[2].

[2] Además, las expresiones que ellos alegaban como pretexto (*El Señor me creó*[3], *Habiendo llegado a ser superior a los ángeles*[4], *Primogénito*[5] y *Siendo fiel a quien lo hizo*[6]) tienen una correcta interpretación y muestran la genuina piedad hacia Cristo[7]. Por eso no sé cómo ellos otra vez, como embebidos de un veneno de serpiente[8], sin fijarse en aquello en que conviene fijarse y no comprendiendo aquello que leen, han comenzado después a ridiculizar también, como vomitándolo desde el abismo de su impío corazón, aquello que fue dicho por el Señor: *Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí*[9]. Ellos dicen: «¿Cómo es posible que el Hijo tenga cabida en el Padre

1. Pr 18, 3.
2. Cf. Jr 3, 3.
3. Pr 8, 22.
4. Hb 1, 4.
5. Rm 8, 29; Col 1, 15.
6. Hb 3, 2.
7. Estas expresiones ya fueron explicadas por Atanasio en los dos discursos precedentes, a partir de *CA* I, 53.
8. Cf. Sal 139 (140), 4.
9. Jn 14, 10.

y el Padre en Él? ¿O cómo es posible que el Padre, siendo más grande[10], tenga cabida en el Hijo siendo éste más pequeño? ¿O qué hay de extraordinario en que el Hijo esté en el Padre cuando de hecho también acerca de nosotros está escrito: *En Él vivimos, nos movemos y existimos*[11]?»[12]. [3] Pero esto les sucede como consecuencia de su perverso modo de pensar, pues creen que Dios es un cuerpo y no comprenden ni lo que es un Padre verdadero y un Hijo verdadero, ni qué es una luz invisible y eterna y su resplandor invisible, ni qué es una hipóstasis invisible, una impronta incorpórea y una imagen incorpórea. En efecto, si lo supiesen, no habrían hecho burla blasfemando contra el Señor de la gloria, ni habrían sacado de quicio todo aquello que estaba bien dicho, al tratar de entender corporalmente aquellas cosas que son incorpóreas.

[4] Por tanto, habría bastado únicamente que ellos, al escuchar al Señor decir estas cosas, creyeran, puesto que la fe sencilla es mejor que el lenguaje enrevesado, que es fruto de la sutileza[13]. Pero, puesto que también han intentado contaminar estas cosas con su propia herejía, es preciso refutar su perverso modo de pensar y mostrar su sentido verdadero, para así poder transmitir certeza a los creyentes. [5] En efecto, cuando se dice: *Yo estoy en el Padre y el Padre en mí*[14], no se intercambian el uno al otro entre sí a modo de recipientes huecos que son llenados el uno por el otro –como creen los arrianos–, de manera que el Hijo llena el vacío del Padre y el Padre a su vez llena la entraña del Hijo y ninguno de los dos es un ser completo y perfecto. Esto es ciertamente algo propio de los cuerpos, por lo que el mero hecho de decirlo está repleto de impiedad. El Padre, en efecto, es completo y perfecto, y el Hijo es la plenitud de la divinidad[15].

10. Cf. Jn 14, 28.
11. Hch 17, 28.
12. ASTERIO, *Syntagmation*, fragm. 42 (Vinzent).
13. Cf. Col 2, 4.
14. Jn 14, 10.
15. Cf. Col 2, 9.

[6] Tampoco está el Padre en el Hijo de la misma manera en que Dios los fortalecía, llegando a estar en los santos, pues el Hijo mismo es la potencia y la Sabiduría del Padre. Las cosas que han llegado a ser son santificadas en el Espíritu al participar del Hijo, mientras que Él no es Hijo por participar de la sustancia, sino que es lo propio engendrado del Padre. [7] El Hijo tampoco está en el Padre de la misma manera en que nosotros *vivimos, nos movemos y existimos en Él*[16], porque el Hijo es como la vida que procede de la fuente del Padre, en quien todas las cosas son engendradas para la vida y tienen su consistencia[17]. La vida, en efecto, no vive en la vida (porque no sería entonces vida), sino que el Hijo es más bien quien engendra todas las cosas para la vida[18].

2. [1] Veamos también, por otro lado, la postura de Asterio el sofista, que apoya la herejía, pues también él, emulando a los judíos, ha escrito estas cosas con el mismo propósito: «Es evidente que el Hijo dijo que estaba en el Padre y el Padre a su vez en Él[19] por esta razón: porque no dice que el discurso que ha pronunciado es suyo, sino del Padre[20], y porque tampoco dice que las obras son propias suyas, sino del Padre[21], que le ha otorgado la potencia»[22]. [2] Esto, si hubiese sido dicho simplemente por un muchachillo, sería excusable por la edad, pero puesto que quien lo ha escrito es el llamado sofista[23] y el que hace alarde de conocerlo todo, ¿de qué tamaña acusación será digno un sujeto semejante? ¿Y cómo no va a mostrarse a sí mismo alejado del Apóstol cuando se engríe en persuasivos argumentos de la sabiduría[24], creyendo que con ellos es capaz

16. Hch 17, 28.
17. Cf. Col 1, 17.
18. Cf. 1 Tm 6, 13.
19. Cf. Jn 14, 10.
20. Cf. Jn 14, 24.
21. Cf. Jn 14, 10.
22. ASTERIO, *Syntagmation*, fragm. 38 (Vinzent).
23. La palabra griega que traducimos por «sofista» tiene la misma raíz de la palabra que traducimos por «sabiduría». Atanasio se refiere a Asterio.
24. Cf. 1 Co 2, 4.

de engañar, y no piensa en lo que está diciendo ni en la persona de la que se trata[25]?

[3] En efecto, las mismas cosas que el Hijo ha dicho (y que son propias y se ajustan al único Hijo, Logos, Sabiduría e imagen de la sustancia del Padre) las degrada Asterio al aplicarlas a todas las criaturas y hacerlas comunes al Hijo y a éstas. Este injusto hombre también dice que la potencia del Padre recibe potencia, de manera que de esta impiedad suya se sigue lógicamente que también el Hijo ha sido hecho Hijo en el Hijo y que el Logos recibió su poder del Logos. Y ya no quiere que haya dicho estas cosas como Hijo, sino como quien las ha aprendido, y de esta manera lo sitúa junto con todas las cosas que han sido hechas[26]. Entonces, si se debe a que las palabras que decía el Hijo no eran del Hijo, sino que eran del Padre, y se trataba de la misma situación que las obras, ¿cómo es que el Hijo decía: *Yo estoy en el Padre y el Padre en mí*[27]?

[4] También David dice: *Voy a escuchar lo que Dios va a decir en mí*[28], y Salomón: *Mis palabras han sido dichas por Dios*[29]. Moisés dispensaba las palabras que venían de parte de Dios, y cada uno de los profetas no decía sus propias palabras, sino las que provenían de Dios: *Esto dice el Señor*[30]. Y las obras que hacían los santos no eran algo propio de ellos, sino que afirmaban que eran de Dios, que les había otorgado la potencia, como cuando Elías y Eliseo invocaban a Dios para que Él mismo resucitara a los muertos. [5] Y si Eliseo, después de haber curado a Naamán de la lepra, le dice: *Para que sepas que hay un Dios en Israel*[31]; si Samuel mismo, en los días de la siega, oraba también a Dios para que concediera la lluvia[32]; y si resulta que los apóstoles decían que no hacían los signos con

25. Cf. 1 Tm 1, 7.
26. Cf. Asterio, *Symtagmation*, fragm. 69 (Vinzent).
27. Jn 14, 10.
28. Sal 84 (85), 9.
29. Pr 31, 1.
30. Ex 4, 22, entre otros.
31. 2 R 5, 8.15.
32. Cf. 1 S 12, 17.

su propia potencia[33], sino con la gracia del Señor, entonces es evidente, según lo que dice Asterio, que semejantes palabras podrían ser comunes a todos ellos, de modo que cada uno de ellos podría decir: *Yo estoy en el Padre y el Padre en mí*[34], y en adelante el Hijo de Dios ya no es uno sólo, el Logos y la Sabiduría, sino que también el Hijo resulta ser uno entre muchos.

3. [1] Sin embargo, si el Señor hubiese hablado de esa manera, no habría sido necesario que dijese: *Yo estoy en el Padre y el Padre en mí*[35], sino más bien: «También yo estoy en el Padre y el Padre está también en mí». De este modo, no tendría esa gracia como algo propio y distintivo de cara al Padre en cuanto Hijo, sino como algo compartido por todos. Pero no es como ellos piensan. Los arrianos, en efecto, al no considerar que es Hijo auténtico que procede del Padre, hablan falsamente en contra del que es el auténtico, el único a quien corresponde decir: *Yo estoy en el Padre y el Padre en mí*[36]. [2] Pues el Hijo está en el Padre, como es ciertamente lícito pensar, ya que todo el ser del Hijo es propio de la sustancia del Padre en la manera en que el resplandor procede de la luz y el río de la fuente. De modo que quien ve al Hijo ve lo propio del Padre y entiende que el ser del Hijo, proviniendo del Padre de esa manera, está en el Padre. Y también el Padre está en el Hijo, puesto que el Hijo resulta ser aquello que es lo propio que procede del Padre, lo mismo que el resplandor está en el sol, el pensamiento en la palabra[37] y la fuente en el río[38]. Por eso ocurre que quien contempla al Hijo, contempla lo propio de la sustancia del Padre y entiende que el Padre está en el Hijo. [3] En efecto, como el ser del Hijo es la forma visible[39] y la divinidad

33. Cf. Heb 3, 12.
34. Jn 14, 10.
35. *Ibidem.*
36. *Ibidem.*
37. En griego *logos*.
38. Cf. *CA* I, 37, 6.
39. El término griego que traducimos por «forma visible» es *eidos*, para distinguirlo de otro término que también utiliza Atanasio en esta obra, *morphē*, y que traducimos por «forma».

del Padre, se sigue que el Hijo está en el Padre y el Padre en el Hijo. Por esta razón, habiendo dicho antes adecuadamente: *El Padre y Yo somos una sola cosa*[40], añadió luego aquello de: *Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí*[41], para mostrar la identidad de divinidad y la unicidad de la sustancia.

4. [1] El Padre y el Hijo no son una sola cosa como lo que ha sido dividido en dos partes, que no resultan ser sino una sola cosa, ni tampoco como una sola cosa que es nombrada con dos nombres distintos, de tal modo que una misma cosa llegue a ser unas veces Padre y otras Hijo de sí mismo (pues Sabelio[42], al haber pensado de esta manera, fue juzgado como hereje), sino que son dos porque el Padre es Padre (y Él mismo no es Hijo) y el Hijo es Hijo (y Él mismo no es Padre). Pero la naturaleza es una sola (pues lo engendrado no es desemejante de quien lo ha engendrado, al ser imagen suya) y todo lo del Padre es del Hijo. [2] Por esta razón el Hijo no es tampoco otro Dios (pues no es considerado como algo externo), ya que entonces los dioses serían sin duda muchos al ser considerada su divinidad como algo ajeno al Padre. En efecto, aunque el Hijo, en cuanto que es lo engendrado, es otro distinto, no obstante es lo mismo en cuanto Dios, y Él y el Padre son una sola cosa por el carácter propio y el parentesco en la naturaleza y por la identidad de la única divinidad, como se ha dicho.

[3] Sin duda el resplandor es luz, no es algo posterior al sol, y no es otra luz distinta ni participa del sol, sino que es en sentido pleno lo engendrado propio de él. Semejante luz, que ha sido engendrada de esta manera, es por fuerza una única luz y ninguno podría decir que son dos luces, sino que, por un lado,

40. Jn 10, 30.

41. Jn 14, 10.

42. Hereje del s. III d. C., quien afirmaba que en realidad el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no eran sino «modos» diversos de manifestarse la misma persona.

son dos (el sol y el resplandor) y, por otro lado, una sola es la luz que procede del sol e ilumina en el resplandor cuanto se encuentra por todas partes[43]. [4] De igual manera también la divinidad del Hijo es del Padre, de donde se sigue que es indivisible, y de esta manera *Dios es uno sólo y no hay otro fuera de Él*[44]. Por lo tanto, al ser el Padre y el Hijo una sola cosa en esta forma, y al ser una sola la divinidad, se dicen acerca del Hijo las mismas cosas que se dicen del Padre (a excepción del hecho de llamarse Padre), como por ejemplo: «Dios» (*El Logos era Dios*[45]), «Omnipotente» (*Estas cosas dice el que era, el que es y el que viene, el omnipotente*[46]), «Señor» (*Un único Señor, Jesucristo*[47]), el hecho de ser luz (*Yo soy la luz*[48]), el hecho de perdonar los pecados (pues dice: *Para que veáis que el Hijo del hombre tiene poder en la tierra para perdonar los pecados...*[49]), y más cosas que puedes encontrar. En efecto, el Hijo mismo dice: *Todo lo del Padre es mío*[50], y en otra ocasión: *Lo mío es tuyo*[51].

5. [1] El que escucha las palabras que son propias del Padre aplicadas al Hijo verá también de esta manera al Padre en el Hijo, y contemplará también al Hijo en el Padre, cuando se digan del Padre aquellas cosas que se dicen del Hijo. ¿Por qué razón se aplican al Hijo las palabras que corresponden al Padre, si no es porque el Hijo es lo engendrado que procede de Él? ¿Y por qué lo del Hijo es propio del Padre, si no es porque, a su vez, el Hijo es lo engendrado propio de la sustancia del Padre? [2] El Hijo, como es lo engendrado propio de la sustancia del Padre, lógicamente se atribuye a sí mismo las cosas que son propias del Padre. De manera que, como es conve-

43. Cf. *CA* II, 31, 3.
44. Mc 12, 32.
45. Jn 1, 1.
46. Ap 1, 8.
47. 1 Co 8, 6.
48. Jn 8, 12.
49. Lc 5, 24.
50. Jn 16, 15.
51. Jn 17, 10.

niente y se sigue de la afirmación *El Padre y Yo somos una sola cosa*[52], añadió: *Para que conozcan que yo estoy en el Padre y el Padre en mí*[53]. Y a esto añade en otra ocasión: *Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre*[54]. El sentido es uno e idéntico en estas tres expresiones, pues el que ha conocido que el Hijo y el Padre son una sola cosa de esa manera, sabe también que el Hijo está en el Padre y el Padre en el Hijo. En efecto, esta divinidad del Hijo es del Padre y está en el Hijo, y quien lo ha comprendido está convencido de que el que ha visto al Hijo ha visto al Padre, ya que en el Hijo se contempla la divinidad del Padre.

[3] También uno podrá llegar a comprender estas cosas de manera más accesible a partir del ejemplo de la imagen del rey. En la imagen del rey están la forma visible y la forma[55] del rey, y en el rey está la forma visible que está en la imagen, pues la semejanza del rey que encontramos en la imagen no es distinta. De este modo, quien se fija en la imagen ve en ella al rey, y, a su vez, quien ve al rey reconoce que éste es el que está en la imagen. [4] Por el hecho de no diferir en semejanza, la imagen podría decir a quien quisiera contemplar al rey e ir más allá de la imagen: «Yo y el rey somos una sola cosa, pues yo estoy en él y él en mí, y lo que ves en mí lo ves en él y lo que has visto en él lo ves en mí». [5] De este modo, quien adora la imagen está adorando en ella al rey, ya que la imagen es la forma y la forma visible del rey. Por consiguiente, dado que el Hijo es imagen del Padre, forzosamente hay que entender que la divinidad y el carácter propio del Padre son el ser del Hijo. Y éste es el sentido de las expresiones: *El cual existiendo en la forma de Dios*[56] y *El Padre está en mí*[57].

52. Jn 10, 30.
53. Jn 10, 38.
54. Jn 14, 9.
55. Cf. *supra* nota 39.
56. Flp 2, 6.
57. Jn 14, 10.

6. [1] Y la forma de su divinidad no procede de una parte[58], sino que el ser del Hijo es *la plenitud de la divinidad del Padre*[59], y el Hijo es Dios totalmente. Por esta razón, aunque es semejante a Dios, *no consideró el ser semejante a Dios algo a lo que aferrarse*[60]. Además, puesto que la divinidad y la forma visible del Hijo no son propias de ningún otro sino del Padre, a esto precisamente se refería cuando utilizó la expresión: *Yo estoy en el Padre*[61]. [2] Así es como *Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo*[62], ya que el Hijo, en quien la creación es reconciliada con Dios, es lo propio de la sustancia del Padre. De esta manera las obras que hace el Hijo son obras del Padre, pues el Hijo es la forma visible de la divinidad del Padre, que es la que hace las obras. También de esta manera quien ve al Hijo ve al Padre, ya que el Hijo está en la divinidad paterna y se contempla en ella, y la forma visible paterna que hay en el Hijo muestra a su propio Padre. Y así está el Padre en el Hijo, mientras que el carácter propio y la divinidad que están en el Hijo y que provienen del Padre muestran que el Hijo está en el Padre y que es siempre inseparable de Él.

[3] El que escucha y ve que las mismas cosas que se dicen del Padre se dicen del Hijo –no como por una gracia o participación que ha sobrevenido a su sustancia, sino porque el ser mismo del Hijo es lo engendrado propio de la sustancia paterna– entenderá bien lo que se ha dicho, como ya he indicado: *Yo estoy en el Padre y el Padre en mí*[63], y también: *Yo y el Padre somos una sola cosa*[64]. En efecto, el Hijo es semejante al Padre por cuanto que tiene todas las cosas que son propias del Padre. [4] Por eso también se hace referencia al Hijo junto con el Padre, pues nadie podría decir «Padre» si no existiera un Hijo. Ciertamente el que llama «creador» a Dios no muestra

58. En el sentido opuesto a totalidad.
59. Col 2, 9.
60. Flp 2, 6.
61. Jn 14, 10.
62. 2 Co 5, 19.
63. Jn 14, 10.
64. Jn 10, 30.

en modo alguno las cosas que han llegado a ser (pues el creador existe antes que las cosas hechas), pero el que lo llama Padre se refiere inmediatamente también, junto con el Padre, a la existencia del Hijo[65].

[5] Por esta razón, también el que cree en el Hijo cree en el Padre, dado que cree en lo que es propio de la sustancia del Padre. De esta manera una sola es la fe en el único Dios, y el que adora y honra al Hijo adora y honra al Padre en el Hijo, pues la divinidad es una sola. [6] Y por ello la honra y la adoración que se da en el Hijo, y que por medio de Él llega al Padre, es una sola, y el que adora de esta manera adora un único Dios. En efecto, Dios es uno sólo y no hay otro Dios sino Él[66]. Por lo tanto, cuando se dice que únicamente el Padre es Dios[67] y que Dios es uno sólo[68] y las expresiones: *Yo soy y fuera de mí no hay otro Dios*[69] y *Yo soy el primero y yo soy el que viene después de estas cosas*[70], se dice correctamente, pues Dios es uno sólo, único y primero. Sin embargo, estas cosas no se dicen para excluir al Hijo. ¡De ningún modo! También Él existe en el uno, único y primero, porque es el único Logos, Sabiduría y resplandor del uno, único y primero. [7] El Hijo también es primero, plenitud de la divinidad del primero y único[71], siendo entera y plenamente Dios. Por consiguiente, no se dicen las mencionadas expresiones por causa del Hijo, sino para aclarar que no existe otro como el Padre y su Logos. Y ésta es claramente la idea del profeta y es evidente para todos.

7. [1] Sin embargo, puesto que los impíos y quienes refieren estas cosas blasfeman contra el Señor y nos censuran diciendo: «He aquí que Dios es llamado uno, único y primero, ¿cómo decís vosotros que el Hijo es Dios? Pues si fuese

65. Cf. *CA* I, 33, 7-8.
66. Cf. Mc 12, 32.
67. Cf. Jn 17, 3.
68. Cf. 1 Co 8, 6.
69. Dt 32, 39.
70. Is 44, 6.
71. Cf. Col 2, 9.

Dios no habría dicho: *Sólo yo*[72], ni tampoco que *uno sólo es Dios*[73]»[74]. Es preciso entonces explicar el significado de estas palabras en la medida en que sea posible, para que todos sepan que los arrianos realmente combaten a Dios también a partir de esas palabras. [2] Si el Hijo tiene una rivalidad con el Padre, entonces que presten atención a semejantes palabras, y si el Padre ve al Hijo como David escuchó acerca de Adonías[75] y Absalón[76], entonces que el Padre se aplique y reconduzca a sí mismo semejantes palabras, no sea que el Hijo, al decir que Él es Dios, aleje a algunos del Padre.

[3] Pero si el que conoce al Hijo conoce más bien al Padre (por ser el Hijo quien le revela al Padre), entonces en el Logos verá más bien al Padre, como se ha dicho, porque el Hijo no ha venido para glorificarse a sí mismo, sino que ha glorificado al Padre, diciendo a quien se le acerca: *¿Por qué me dices bueno? Nadie es bueno sino uno sólo, Dios*[77], y respondiendo a quien le pregunta cuál es el mandamiento más grande en la ley[78]: *Escucha Israel, tu Dios, el Señor, es un solo Señor*[79]. [4] Además dice a las multitudes: *Yo he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del Padre que me ha enviado*[80]; y a los discípulos les enseña que *el Padre es mayor que yo*[81] y que *el que me honra a mí honra al que me ha enviado*[82]. Si ésta es la actitud del Hijo con respecto a su Padre, ¿qué clase de oposición hay para que uno saque semejante conclusión acerca de tales expresiones? Y si el Hijo es el Logos del Padre, ¿quién hay tan estúpido –a excepción de los que combaten a Cristo– como para pensar que Dios ha dicho semejantes cosas desacreditando y excluyendo a su propio Logos? No es éste el

72. Dt 32, 39.
73. Dt 6, 4.
74. ASTERIO, *Syntagmation*, fragm. 51 (Vinzent).
75. Cf. 1 R 1, 18.
76. Cf. 2 S 18, 32.
77. Lc 18, 19.
78. Cf. Mt 22, 36.
79. Mc 12, 29.
80. Jn 6, 38.
81. Jn 14, 28.
82. Jn 6, 23.

modo de pensar de los cristianos. ¡De ningún modo! En efecto, estas cosas no han sido escritas a causa del Hijo, sino para excluir los falsos dioses que han sido modelados por los hombres, y el sentido de semejantes palabras tiene una explicación muy razonable.

8. [1] Así pues, los que se arriman a los falsos dioses se alejan del Dios verdadero; por esta razón, Dios, como es bueno, se preocupa por los hombres y vuelve a llamar a aquellos que se han extraviado, y dice: *Yo soy el único Dios*[83], y también: *Yo soy y fuera de mí no hay Dios alguno*[84], y otras expresiones que son semejantes a éstas, para desacreditar así lo que es falso y convertir a todos hacia sí. [2] Y lo mismo que si alguno, siendo de día y brillando el sol, pintase un simple leño que no tuviese sino una apariencia de luz y dijera que esa imagen es la causa de la luz, y el sol, al verlo, dijese: «Sólo yo soy la luz del día y no hay otra luz del día fuera de mí», esto no lo dice el sol mirando a su propio resplandor, sino haciendo frente al error causado por la imagen de madera y considerando la desemejanza de la fútil apariencia; de igual manera ocurre también con las expresiones: *Yo soy*, *Yo soy el único Dios* y *No hay otro Dios fuera de mí*; la intención es apartar a los hombres de los falsos dioses y que aprendan en adelante que Él es el Dios verdadero.

[3] De hecho, cuando Dios decía estas cosas las decía por medio de su propio Logos, a no ser que acaso los judíos de hoy día añadan que no ha dicho estas cosas por medio del Logos. Sin embargo era así como las decía, por más que enloquezcan quienes pertenecen al diablo, pues le vino al profeta la palabra[85] de Dios[86] y se oían estas cosas. [4] Y si se trataba de su Logos y decía estas cosas, y resulta que no hay nada que Dios diga y haga que no diga y haga en el Logos, entonces –¡oh arrianos

83. Dt 32, 39.
84. *Ibidem.*
85. En griego *logos*.
86. Cf. Ag 2, 20.

que combatís a Dios!– estas cosas no se dicen por causa suya, sino por causa de las cosas que son diferentes al Logos y que no existen en realidad[87]. [5] Y sin duda, de acuerdo con el ejemplo de la imagen que hemos puesto, si el sol hubiese dicho aquellas palabras, no habría refutado el error y dicho semejantes expresiones dejando a un lado su propio resplandor, sino refiriéndose a su propia luz en el resplandor. Así pues, estas palabras no tienen por objeto excluir al Hijo y no son dichas por causa suya, sino para suprimir lo que es falso.

[6] Por esa razón, Dios, en el principio, aunque el Logos, por medio del cual fueron creadas todas las cosas[88], estaba con Él, no dirigió a Adán semejantes palabras, pues no había ninguna necesidad, al no existir todavía los ídolos. En cambio, cuando los hombres se alzaron contra la verdad y nombraron para sí los dioses que quisieron, surgió entonces de veras la necesidad de excluir a los dioses que no existían. [7] Yo añadiría también que semejantes palabras fueron dichas en previsión de la insensatez de los que combaten a Cristo[89], para que de este modo entiendan que este dios que proponen, externo a la sustancia del Padre, no es verdadero Dios, ni imagen, ni tampoco Hijo del único y primero[90].

9. [1] Por lo tanto, aunque se diga que el Padre es el único verdadero[91], esto no se ha dicho para deshacerse del que dice[92] *Yo soy la verdad*[93], sino para excluir a los que no son verdaderos por naturaleza, como lo son en cambio el Padre y su Logos. [2] Por eso el Señor mismo añadió inmediatamente: *Y Jesucristo a quien tú enviaste*[94]. Si fuese una criatura, no lo habría añadido ni se habría puesto al mismo nivel de quien lo hubiera

87. Esto es, los dioses paganos.
88. Cf. Jn 1, 3.
89. Atanasio está aludiendo a los arrianos.
90. Cf. *CA* I, 15, 6.
91. Cf. Jn 17, 3.
92. Esto es, el Hijo.
93. Jn 14, 6.
94. Jn 17, 3.

creado. En efecto, ¿qué comunión hay entre el verdadero y el que no lo es? Pero ahora, al haberse unido a sí mismo al Padre, ha mostrado que es de la naturaleza del Padre, y nos ha dado a conocer que es lo realmente engendrado del verdadero Padre.

[3] Juan, que lo había aprendido, poniéndolo por escrito en la carta, enseñaba: *Y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Éste es el Dios verdadero y la vida eterna*[95]. Y al decir el profeta, refiriéndose a la creación: *El único que ha desplegado el cielo*[96], y Dios, por su parte: *Yo soy el único que extendí el cielo*[97], ha quedado claro a todos que cuando dice *único* también se está refiriendo al Logos del que es único, Logos en quien *todas las cosas llegaron a ser y sin Él cual nada llegó a ser*[98]. Así pues, si han llegado a ser por medio del Logos y por otro lado dice *Yo soy el único*, entonces se entiende que junto al *único* también está el Hijo, por medio del cual llegó a existir también el cielo. De modo que entonces, aunque se diga *Dios es uno*, *Yo soy el único* y *Yo soy el primero*, en el *uno*, *único*, y *primero* se entiende que coexiste el Logos, como sucede con el resplandor en la luz.

[4] Y esto no se podría pensar de ningún otro sino de uno sólo, el Logos. En efecto, todas las demás cosas han adquirido su consistencia de la nada por medio del Hijo, y hay una gran diferencia en naturaleza. El Hijo, en cambio, procede por naturaleza del Padre y es lo engendrado verdaderamente de Él. Por eso la expresión: *Yo soy el primero*, que ellos –necios– consideraron que era útil para justificar su herejía, resulta que más bien refuta su malvado modo de pensar. Dice Dios: *Yo soy el primero y yo soy el que viene después de estas cosas*[99]. Así pues, al decir que es anterior a ellas, si perteneciese al número de las que existen después de Dios, de modo que aquellas cosas vengan después de Él, entonces también Dios debería ser, como

95. 1 Jn 5, 20.
96. Jb 9, 8.
97. Is 44, 24.
98. Jn 1, 3.
99. Is 44, 6.

pensáis vosotros, una de las cosas que han sido hechas y las debería aventajar únicamente en el tiempo. Sin embargo, tan sólo esto sobrepasa toda medida de impiedad. [5] En cambio, si ha dicho: *Yo soy el primero*, para demostrar que no procede de ningún otro y que no existe nadie antes que Él, sino que Dios es el principio y la causa de todas las cosas, y acabar con los mitos que hay entre los griegos, entonces es también evidente que cuando se dice que el Hijo es primogénito no se le llama *primogénito* porque se le incluya en la creación, sino para mostrar que todo ha sido creado por el artífice y hecho hijo por medio del Hijo[100]. [6] Y así como el Padre es *primero*, de igual manera también el Hijo es primero, porque es imagen del primero y porque en Él está el que es primero, y, por otro lado, es lo engendrado que procede del Padre y toda la creación es creada y hecha hijo en Él.

10. [1] No obstante, los arrianos tratan nuevamente de luchar con denuedo también contra esto, ayudándose de los propios mitos que se han inventado, diciendo que el Hijo y el Padre no son una sola cosa ni semejantes en la forma en que la Iglesia lo predica, sino como ellos quieren. [2] Dicen que es «porque aquellas cosas que el Padre quiere las quiere también el Hijo, y el Hijo no se opone al Padre ni con sus pensamientos ni con sus juicios, sino que en todas las cosas está en sintonía con Él, correspondiendo con la identidad de pareceres y con un razonamiento que sigue y se adhiere a la enseñanza del Padre. Por esta razón el Hijo y el Padre son una sola cosa»[101].

[3] En efecto, no sólo se han atrevido a decirlo, sino que algunos de ellos se han atrevido incluso a escribirlo. ¿Y qué podría decir alguno que sea más absurdo e inconsistente que esto? Pues si por esa razón son una sola cosa el Hijo y el Padre, y si es así como se asemeja el Logos al Padre, entonces he

100. Cf. *CA* I, 63ss.
101. ASTERIO, *Syntagmation*, fragm. 40 (Vinzent).

aquí que también los ángeles y todas las demás criaturas que están por encima de nosotros (los principados, potestades, tronos y dominaciones[102]) y las visibles (el sol, la luna y las estrellas) son como el Hijo. También de ellos habrá que decir que son hijos, porque ellos y el Padre son una sola cosa y cada uno de ellos es logos e imagen de Dios, ya que también ellos quieren lo que quiere Dios y no discrepan con Dios ni con sus pareceres ni con sus juicios, sino que son sumisos en todo a quien los ha hecho. Ciertamente no habrían permanecido en la gloria que les pertenece, si no hubiesen querido también aquellas cosas que ha querido el Padre. De este modo, aquél que no permaneció, sino que perdió el juicio[103], escuchó: *¿Cómo ha caído del cielo el lucero matutino que sale temprano?*[104].

[4] Siendo así las cosas, ¿cómo, pues, únicamente Él es el Hijo unigénito, el Logos y la Sabiduría? ¿O cómo habiendo tantos semejantes al Padre, únicamente Él es la imagen? [5] Sin duda también entre los hombres se encontrarán muchos semejantes al Padre, la mayoría de los cuales llegaron a ser mártires, y antes que ellos los apóstoles, los profetas y también los patriarcas. E incluso ahora son muchos los que han guardado el mandamiento del Salvador, siendo también compasivos como el Padre que está en los cielos[105] y observando la exhortación: *Sed, por tanto, imitadores de Dios como hijos amados y caminad en el amor igual que Cristo os amó*[106]. Muchos han llegado a ser imitadores de Pablo, igual que éste lo fue de Cristo[107]. [6] Y sin embargo ninguno de éstos es Logos, ni Sabiduría, ni Hijo unigénito, ni imagen, y ninguno de ellos se habría atrevido a decir: *Yo y el Padre somos una sola cosa*[108], ni

102. Cf. Col 1, 16.
103. Atanasio se refiere probablemente al diablo.
104. Is 14, 12.
105. Cf. Lc 6, 36; Mt 5, 48.
106. Ef 5, 1-2.
107. Cf. 1 Co 11, 1.
108. Jn 10, 30.

tampoco: *Yo estoy en el Padre y el Padre en mí*[109], sino que acerca de todos ellos se ha dicho: *¿Quién hay semejante a ti entre los dioses, Señor?*[110], *¿Quién se asemejará al Señor entre los hijos de Dios?*[111]. Del Hijo, en cambio, se dice que es la única imagen verdadera y por naturaleza del Padre. [7] Aunque es cierto que también nosotros hemos sido creados a imagen[112] y hemos sido llamados imagen y gloria de Dios[113], sin embargo no tenemos esta gracia de la vocación originada por nosotros mismos, sino por causa de la imagen y gloria verdadera de Dios, que ha puesto su casa entre nosotros. Esta imagen es precisamente el Logos de Dios, que más tarde llegó a ser carne por nosotros.

11. [1] Así pues, después de quedar claro que ese modo de pensar que ellos tienen es inapropiado y equivocado, es necesario trasladar la semejanza y unidad a la sustancia misma del Hijo. En efecto, si no se pudiese entender así y no apareciese que el Hijo tiene algo más que las criaturas, como se ha dicho, entonces tampoco será semejante al Padre, sino semejante a los pareceres del Padre. [2] Y entonces es distinto del Padre, ya que el Padre es padre, mientras que los pareceres y la enseñanza son algo que pertenece al Padre. Por lo tanto, si el Hijo es semejante al Padre en los pareceres y la enseñanza, el Padre será, según ellos, padre únicamente de nombre, y el Hijo no será imagen perfecta, y aparecerá más bien que tampoco tiene propiedad o semejanza alguna del Padre en absoluto. En efecto, ¿qué clase de semejanza o propiedad hay en quien ha sido diferenciado del Padre?

[3] Pablo, aunque ciertamente enseñaba cosas semejantes al Salvador, no era semejante a Él en lo que respecta a la sustancia. Por consiguiente, los arrianos se engañan, al pensar se-

109. Jn 14, 10.
110. Ex 15, 11; Sal 85 (86), 8.
111. Sal 88 (89), 7.
112. Cf. Gn 1, 27.
113. Cf. 1 Co 11, 7.

mejantes cosas, y el Hijo y el Padre son una sola cosa en la forma en que se ha dicho. El Hijo es semejante al Padre y procede del Padre mismo en la manera en que se puede ver y entender a un hijo respecto de su padre y se puede ver el resplandor respecto del sol. [4] Al obrar el Hijo, en efecto, por el hecho de ser Hijo de esta manera, es el Padre quien obra, y al llegar el Hijo hasta los santos, es el Padre quien llega en el Hijo, como Él mismo anunciaba, cunado dice: *Vendremos yo y el Padre y haremos morada en él*[114], como en la imagen se contempla al Padre y en el resplandor está la luz.

[5] Por esta razón, como ya hemos dicho un poco antes[115], aunque el Padre dé la gracia y la paz, también ésta la da el Hijo, según refiere Pablo a lo largo de todas sus cartas, cuando escribe: *La gracia y la paz de Dios nuestro Padre y de Jesucristo el Señor sea con vosotros*[116]. En efecto, una sola e idéntica es la gracia de parte de Dios en el Hijo, igual que la luz del sol, el resplandor y la iluminación del sol, que tiene lugar por medio del resplandor, son una sola cosa. [6] Así también, orando en otra ocasión por los tesalonicenses, y diciendo: *Que el mismo Dios y Padre nuestro y el Señor Jesucristo dirija nuestro camino hasta vosotros*[117], salvaguardó la unidad del Padre y del Hijo, ya que no dijo «dirijan» (como si una doble gracia fuese concedida por dos: por el Padre y por el Hijo), sino *dirija*, con el fin de mostrar que el Padre la concede por medio del Hijo. Pero aunque los impíos arrianos podrían avergonzarse por estas razones, no quieren.

12. [1] En efecto, si no hubiese unidad y el Logos no fuese lo engendrado propio de la sustancia del Padre (como lo es el resplandor de la luz), sino que el Hijo estuviese separado del Padre por naturaleza, bastaría entonces con que únicamente

114. Jn 14, 23.
115. Cf. *CA* II, 42, 1.
116. Rm 1, 7; 1 Co 1, 3; 2 Co 1, 2; Ga 1, 3; Ef 1, 2; Flp 1, 2; 2 Ts 1, 2; 1 Tm 1, 2; 2 Tm 1, 2; Tt 1, 4; Flm 3.
117. 1 Ts 3, 11.

el Padre la concediera, puesto que ninguna de las cosas que han llegado a ser participa a modo de comunión con quien las ha hecho a la hora de conceder la gracias. En el presente caso, en cambio, la donación muestra la unidad del Padre y del Hijo, [2] ya que ninguno, al rezar, habría pedido recibir del Padre y de los ángeles o de alguna de las otras criaturas, ni habría dicho: «Que Dios y el ángel te concedan», sino que habría pedido recibir del Padre y del Hijo, a causa de la unidad y de la unicidad, en cuanto a la forma visible, que es lo que caracteriza la donación. Por medio del Hijo, en efecto, se conceden aquellas cosas que se dan, y no hay nada que el Padre no obre por medio del Hijo. De esta manera el que recibe la gracia, la tiene también de forma segura.

[3] Y aunque el patriarca Jacob, al bendecir a sus descendientes Efraín y Manasés, decía: *El Dios que me alimentó desde mi juventud hasta este día, el ángel que me rescató de todos los males bendiga a estos muchachos*[118], sin embargo no estaba uniendo una de las criaturas (como es el caso también de los ángeles por naturaleza) al Dios que las ha creado, ni estaba pidiendo para sus descendientes la bendición de un ángel, dejando a un lado a Dios que lo alimentó, sino que al haber dicho: *El que me rescató de todos los males*, ha mostrado que no era uno de los ángeles creados, sino el Logos de Dios, a quien rezaba uniéndolo al Padre, y por medio del cual Dios rescata a quienes quiere. [4] Puesto que sabía que el Logos es llamado también «Ángel de la gran decisión»[119] del Padre, el patriarca no estaba diciendo que fuera otro, sino el Logos, el que bendice y salva de los males. Así pues, Jacob no pedía que él fuera bendecido por Dios y, en cambio, quería que sus hijos fuesen bendecidos por un ángel, sino que rezaba para que el mismo a quien invoca, cuando dice: *No te dejaré marchar si no me bendi-*

118. Gn 48, 15-16. 119. Cf. Is 9, 5.

ces[120] (y éste era Dios, como él mismo dice: *He visto el rostro de Dios cara a cara*[121]), bendijese también a los hijos de José. [5] Es propio de un ángel prestar servicio a lo que Dios manda, y muchas veces caminaba por delante para expulsar al amorreo[122] y era enviado para proteger al pueblo en el camino[123]. Sin embargo, tampoco estas cosas son suyas propias, sino de Dios, que lo ha mandado y le ha enviado, y de quien es también propio el hecho de rescatar a quienes quiera rescatar. [6] Por esta razón no era otro sino el Señor mismo, Dios, el que habiéndose aparecido a Jacob dijo: *Y he aquí que yo estoy contigo protegiéndote en todo el camino, donde quiera que vayas*[124]. Tampoco era otro sino Dios el que, habiéndose aparecido, contuvo la maquinación de Labán, después de haberle ordenado que no dijese cosas malas a Jacob[125]. Y Jacob mismo no invoca a otro sino a Dios, diciendo: *Sálvame de la mano de mi hermano Esaú, pues le tengo miedo*[126], y ciertamente, al toparse con las mujeres, les decía: *Dios no permitió a Labán que me hiciese daño*[127].

13. [1] Por esta razón, cuando se trata de ser rescatado, tampoco David invoca a otro sino a Dios mismo: *He gritado a ti, Señor, cuando estaba afligido, y me escuchaste; Señor, rescata mi alma de los labios injustos y de la lengua mentirosa*[128]. Agradeciéndoselo pronunció las palabras del canto que se encuentran en el salmo diecisiete, el día en que el Señor le salvó de la mano de todos sus enemigos y de la mano de Saúl, y dijo: *Te amaré Señor, mi fuerza, Señor, baluarte mío, mi refugio y el que me ha rescatado*[129]. [2] Pablo, por su parte, habiendo resistido numerosas persecuciones, no da gracias a otro sino a

120. Gn 32, 27.
121. Gn 32, 31.
122. Cf. Ex 23, 23; 32, 34.
123. Cf. Ex 14, 19.
124. Gn 28, 15.
125. Cf. Gn 31, 24.
126. Gn 32, 12.
127. Gn 31, 7.
128. Sal 119 (120), 1-2.
129. Sal 17 (18), 1-3.

Dios, diciendo: *Pero de todas ellas me ha rescatado el Señor*[130], y también: *Me salvará Aquél en quien he confiado*[131]. Y no es otro sino Dios el que bendijo a Abrahán y a Isaac, y, cuando Isaac oraba por Jacob, decía: *Mi Dios te bendiga y te haga crecer y te conviertas en asamblea de las naciones, y que te conceda la bendición de Abrahán, mi padre*[132].

[3] Si no es propio de ningún otro sino de Dios el bendecir y rescatar, y no fue otro quien salvó a Jacob sino el Señor mismo, y resulta que el patriarca invocaba sobre sus descendientes a quien le había salvado a él, entonces es evidente que en su plegaria no unió con Dios a ningún otro sino a su Logos, a quien también llamó «ángel», porque es el único que revela al Padre. Esto es precisamente lo que hacía el Apóstol cuando decía: *La gracia y la paz de Dios nuestro Padre y de Jesucristo el Señor esté con vosotros*[133]. En efecto, de esta manera era segura la bendición, dada la inseparabilidad del Hijo respecto del Padre, y también porque una sola e idéntica es la gracia concedida. [4] Así pues, aunque la dé el Padre, lo que se da viene por medio del Hijo, y, aunque se diga que el Hijo es quien concede la gracia, es el Padre quien la procura por medio del Hijo y en el Hijo. Ciertamente dice el Apóstol, escribiendo a los corintios: *Doy gracias a mi Dios por vosotros en toda ocasión por la gracia de Dios que os ha sido dada en Cristo Jesús*[134]. [5] Esto también lo puede uno ver en el caso de la luz y el resplandor, ya que el resplandor esclarece precisamente aquello que la luz ilumina y, por otro lado, aquello que el resplandor esclarece es precisamente aquello que viene iluminado a partir de la luz. De igual manera, al ver al Hijo se ve al Padre (pues es el resplandor del Padre), y así el Padre y el Hijo son una sola cosa.

130. 2 Tm 3, 11.
131. 2 Co 1, 10.
132. Gn 28, 3-4.
133. Entre otros, 1 Co 1, 3.
134. 1 Co 1, 4.

14. [1] Pero esto no lo podría decir nadie acerca de las cosas que han llegado a ser y de las criaturas. En efecto, al obrar el Padre, no sucede que algún ángel o alguna otra criatura obra esas mismas cosas (pues ninguno de éstos es causa creadora, sino que pertenecen a las cosas que llegan a ser, y además están separados y diferenciados del que es único, pues son algo distinto respecto a su naturaleza y resulta que son obras), ni son capaces de obrar las cosas que obra el Padre (porque parecería entonces que son obra de sí mismas) ni, como he dicho anteriormente, cuando Dios concede una gracia, la conceden juntamente con Él, ni nadie podría decir que ha visto al Padre por el hecho de ver un ángel. [2] En verdad los ángeles, como está escrito, *son espíritus dedicados al servicio divino y son enviados para servir*[135], y son los que anuncian los dones otorgados por Dios a quienes los reciben a través del Logos.

El ángel mismo que se aparece reconoce que ha sido enviado por su dueño, como ocurre con Gabriel en el caso de Zacarías, y él mismo reconoció, en el caso de María, a la Madre de Dios[136]. [3] Quien ve la aparición de los ángeles sabe que ha visto un ángel y no a Dios. Zacarías vio un ángel, mientras que Isaías vio al Señor[137]; Manóah, padre de Sansón, vio un ángel[138], pero Moisés contempló también a Dios[139]; Gedeón vio un ángel[140], mientras que Dios se apareció a Abrahán[141]. Y ni el que contemplaba a Dios veía a un ángel, ni el que veía un ángel pensaba que estaba viendo a Dios, ya que hay una gran diferencia, mejor dicho, una diferencia total en cuanto a la naturaleza, entre las cosas que han llegado a ser y Dios que las ha creado.

[4] Y aunque en alguna ocasión, cuando se ha aparecido un ángel, el que lo veía escuchaba la voz de Dios (como sucedió

135. Hb 1, 14.
136. Cf. Lc 1, 19.30.
137. Cf. Is 6, 1.
138. Cf. Jc 13, 21.
139. Cf. Ex 3, 6.
140. Cf. Jc 6, 12.
141. Cf. Gn 18, 1.

en el caso de la zarza, pues se apareció el ángel del Señor en una llama de fuego que provenía de la zarza y el Señor llamó a Moisés desde la zarza diciendo: *Yo soy el Dios de tu Padre, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob*[142]), sin embargo, el ángel no era el Dios de Abrahán, sino que Dios estaba hablando en el ángel, y el que se aparecía era un ángel, mientras que el que hablaba en él era Dios. En efecto, lo mismo que Dios hablaba con Moisés en la columna de nube dentro de la tienda[143], de igual manera Dios aparece también hablando en los ángeles, y así es como hablaba con el hijo de Nun, por medio de un ángel[144]. [5] Las cosas que Dios dice es evidente que las dice por medio de su Logos y no por medio de ningún otro, y por su parte el Logos, como no está separado del Padre y no es desemejante ni extraño a su sustancia, obra aquellas cosas que son obra del Padre y hace así que la obra del artífice sea una sola. [6] En lo que se refiere a las cosas que da el Hijo, la donación es obra del Padre. El que ha visto al Hijo sabe que, una vez que lo ha visto, no ha visto un ángel, ni algo mayor que los ángeles, ni en absoluto alguna de las criaturas, sino al Padre mismo. Y quien escucha al Hijo sabe que escucha al Padre, al igual que lo que ha sido esclarecido por el resplandor sabe que también ha sido iluminado por el sol.

15. [1] En efecto, queriendo que lo entendiésemos así, la Sagrada Escritura también nos ha transmitido ejemplos, como hemos dicho ya en lo precedente, con los cuales podemos no sólo avergonzar a los traidores judíos, sino también acabar con la acusación de los griegos, que dicen y piensan que por la Trinidad también nosotros hablamos de muchos dioses. [2] Como el mismo ejemplo ilustra[145], tampoco introducimos tres principios o tres padres (como hacen los seguidores de Marción y

142. Ex 3, 6.
143. Cf. Ex 33, 9.
144. Cf. Jos 1, 1.
145. Esto es, la comparación con el sol y el resplandor.

los seguidores de Mani), pues no hemos supuesto la imagen de tres soles, sino un sol, un resplandor y una sola luz que viene del sol en el resplandor. De este modo pensamos en un único principio y decimos que el Logos artífice no tiene ningún otro tipo de divinidad sino la del único Dios, por el hecho de proceder de Él por naturaleza.

[3] Por lo tanto, son más bien quienes padecen la locura arriana los que estarían acusados de politeísmo o incluso de ateísmo, porque van parloteando que el Hijo es una criatura que procede de fuera, y también que el Espíritu ha sido creado de la nada. Pues o bien dicen que el Logos no es Dios o bien, si lo llaman Dios (por el hecho de que está escrito), pero no es propio de la sustancia del Padre, estarían introduciendo muchos dioses al diferir entre ellos en forma visible, a no ser que se atrevan a decir que también el Logos es llamado Dios por participación como todas las cosas. [4] No obstante, cuando piensan esto cometen una impiedad todavía mayor, diciendo que el Logos es una de las criaturas. ¡Ojalá que esto no entre jamás en nuestro pensamiento! En efecto, una sola es la forma visible de la divinidad, que es precisamente la que está también en el Logos, y Dios es uno sólo, el Padre, que existe en sí mismo por el hecho de estar por encima de todas las cosas, que se muestra en el Hijo por el hecho de que se extiende a través de todas las cosas y en el Espíritu por el hecho de obrar en Él en toda ocasión por medio del Logos. [5] De este modo, por medio de la Trinidad, reconocemos que Dios es uno sólo y hablamos mucho más piadosamente de la divinidad que los herejes, quienes afirman que tiene múltiples formas visibles y tiene múltiples partes, mientras que nosotros pensamos en una única divinidad en la Trinidad.

16. [1] Ahora bien, si no es así, sino que el Logos es una cosa creada de la nada y una criatura, o bien no es Dios verdadero por ser una de las criaturas, o bien, si los arrianos simplemente lo llaman Dios al verse refutados por las Escrituras,

por fuerza entonces tienen que hablar de dos dioses (uno creador y otro creado), adorar a dos señores[146] (uno que no ha llegado a ser y otro que ha llegado a ser y es una criatura), y tener una doble fe (una en el Dios verdadero y la otra en el que ha sido hecho y modelado por ellos y es llamado Dios). [2] Al estar ellos cegados de esta manera, cuando adoren al que no ha llegado a ser[147], darán la espalda por fuerza al que ha llegado a ser[148]; y, a su vez, cuando acudan a la criatura, por fuerza rechazarán al creador. En efecto, no es posible ver al Padre en el Hijo, dado que las naturalezas y las operaciones de ambos son extrañas y distintas. Y al pensar así, sin duda introducirán también más dioses, pues ésta es la intención de los que se han apartado del único Dios.

[3] ¿Por qué razón entonces los arrianos, que piensan y discurren semejantes cosas, no se consideran a sí mismos como griegos? Pues tanto los arrianos como los griegos adoran a una criatura en contra de Dios, que es quien ha creado todas las cosas[149]. Evitan, sin embargo, el nombre de griegos para engañar a los insensatos, y tratan de disimular un modo de pensar que es semejante al que ellos tienen. [4] Sin lugar a dudas, la astuta afirmación que suelen repetir («no hablamos de dos que no hayan llegado a ser»[150]) la usan para engañar a los incautos, pues al decir «no hablamos de dos que no han llegado a ser» están hablando de dos dioses que además tienen naturalezas distintas: uno tiene una naturaleza que ha llegado a ser y el otro una que no ha llegado a ser. [5] Y si los griegos adoran a uno sólo que no ha llegado a ser y a muchos que han llegado a ser y éstos adoran a uno que ha llegado a ser y a otro que no ha llegado a ser, entonces tampoco así se diferencian de los griegos. En efecto, el Logos de los arrianos, que dicen que es uno solo, es

146. Cf. Mt 6, 24.
147. Esto es, el Padre.
148. El Hijo, en el supuesto de los arrianos.
149. Cf. Rm 1, 25.
150. Asterio, *Syntagmation*, fragm. 3 (Vinzent).

uno que ha llegado a ser entre muchos, y la mayoría de los dioses de los griegos tienen la misma naturaleza que este Logos que es uno solo: tanto éste como aquellos dioses son criaturas.

[6] ¡Desgraciados! Y tanto más por cuanto han sido trastornados al pensar en contra de Cristo, pues se han alejado de la verdad y han rebasado la traición de los judíos al negar a Cristo. Además, los impíos arrianos se han revolcado con los griegos adorando a una criatura y a diversos dioses. [7] En efecto, Dios es uno sólo y no muchos, uno sólo es su Logos (y no muchos) y el Logos es Dios[151], ya que sólo el Logos tiene la forma visible del Padre. Al ser esto así, el Salvador mismo confundía a los judíos, diciendo: *El Padre que me ha enviado, Él da testimonio de mí. No habéis oído nunca su voz ni habéis visto nunca su forma visible y no tenéis su Logos permaneciendo en vosotros porque no creéis en Aquél a quien Él envió*[152]. Ha unido correctamente el Logos con la forma visible para mostrar que el Logos mismo de Dios es la imagen, la impronta y la forma visible de su propio Padre y porque los judíos, al no haber acogido a quien les estaba hablando, no recibieron al Logos, que es precisamente la forma visible de Dios. [8] También el patriarca Jacob, al verlo, fue bendecido y fue llamado por Él «Israel», en lugar de «Jacob», como atestigua la Sagrada Escritura cuando dice: *El sol le salió mientras pasó la forma visible de Dios*[153]. Ésta era la forma visible, que dice: *El que me ha visto a mí ha visto al Padre*[154], *Yo estoy en el Padre y el Padre en mí*[155], y *Yo y el Padre somos una sola cosa*[156]. De esta manera, Dios es uno sólo y una sola es la fe en el Padre y el Hijo[157]. Y como el Logos es Dios, *el Señor nuestro Dios es un solo Señor*[158], ya que el Hijo es propio e inseparable del que es único, a causa del carácter propio y del parentesco de la sustancia.

151. Cf. Jn 1, 1.
152. Jn 5, 37-38.
153. Gn 32, 32.
154. Jn 14, 9.
155. Jn 14, 10.
156. Jn 10, 30.
157. Cf. Ef. 4, 5-6.
158. Mc 12, 29.

17. [1] No obstante, ni aún así cambian de parecer los arrianos, sino que dicen: «No es como vosotros decís, sino como queremos nosotros. En efecto, aunque hayáis refutado nuestras primeras ideas, hemos encontrado una más nueva y decimos que el Hijo y el Padre son una sola cosa y que el Padre está en el Hijo y el Hijo en el Padre de la misma manera en que nosotros hemos llegado a estar en el Hijo. [2] Así está escrito en el Evangelio de Juan, que es precisamente lo que el Señor pedía para nosotros, cuando decía: *Padre santo, guarda en tu nombre a los que me has dado para que sean una sola cosa como lo somos también nosotros*[159]; y poco después: *No te pido sólo por éstos sino también por los que crean en mí por medio de su palabra, para que todos sean una sola cosa, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, para que también ellos sean una sola cosa en nosotros, de manera que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado a ellos la gloria que tú me has dado, para que sean una sola cosa como también lo somos nosotros, yo en ellos y tú en mí, para que sean perfeccionados en la unidad y para que el mundo conozca que tú me has enviado*[160]». [3] A continuación, como si hubiesen encontrado una justificación, los mentirosos arrianos añaden estas cosas: «Si el Hijo y el Padre son una sola cosa de la misma manera en que nosotros llegamos a ser una sola cosa en el Padre y resulta que ésta es la manera en que el Hijo está en el Padre, ¿cómo es que, por el hecho de que diga: *Yo y el Padre somos una sola cosa*[161] y *Yo estoy en el Padre y el Padre en mí*[162], vosotros decís que el Hijo es propio del Padre y semejante a su sustancia? Pues es preciso o bien que nosotros seamos propios de la naturaleza del Padre o bien que el Hijo sea diferente, al igual que nosotros somos diferentes».

[4] Éstas son las tonterías que ellos afirman en su desvario y yo no veo en semejante modo perverso de pensar ninguna

159. Jn 17, 11.
160. Jn 17, 20-23.
161. Jn 10, 30.
162. Jn 14, 10.

otra cosa sino una osadía irracional y una demencia diabólica, al decir ellos como aquél[163]: *Subiremos al cielo y seremos semejantes al Altísimo*[164]. [5] En efecto, quieren que lo mismo que se ha concedido como una gracia a los hombres se equipare a la divinidad de quien otorga esa gracia. De este modo, por el hecho de escuchar que a los hombres se les da el nombre de hijos, han pensado que también ellos mismos son semejantes al que es Hijo verdadero y por naturaleza. [6] Y al volver a escuchar ahora del Salvador: *Para que sean una sola cosa como también lo somos nosotros*[165] se engañan a sí mismos y se muestran confiados, creyendo que también ellos estarán de la misma manera en que está el Hijo en el Padre y el Padre en el Hijo, sin ver la desgracia en la que cayó su padre el diablo a raíz de semejante presunción.

18. [1] Por tanto, como hemos dicho muchas veces, si el Logos de Dios es igual que nosotros y únicamente se diferencia de nosotros en el tiempo, entonces deberá ser semejante a nosotros y deberá tener el mismo lugar que nosotros tenemos junto al Padre; y entonces que no se diga que es unigénito, ni único Logos, ni Sabiduría del Padre, sino que se aplique en común este mismo nombre a todos los que somos semejantes. [2] En efecto, es justo que quienes comparten una única naturaleza tengan también un nombre en común, por más que difieran entre sí en razón del tiempo, pues Adán es un hombre, pero también lo es Pablo y el que es engendrado ahora, ya que el tiempo no altera la naturaleza de la especie. Por lo tanto, si resulta que el Logos es distinto de nosotros únicamente en el tiempo, entonces nosotros deberíamos ser como Él. Pero resulta que ni nosotros somos Logos o Sabiduría ni Él es una criatura y una cosa hecha, pues ¿cómo se explica que todos hayamos llegado a ser a partir de uno sólo y únicamente Él sea el Logos?

163. Alusión al diablo.
164. Is 14, 14.
165. Jn 17, 11.

[3] Si bien a los arrianos les conviene escuchar semejantes cosas, a nosotros nos toca reflexionar sobre sus blasfemias. Pues aunque tampoco habría sido necesario prestar una excesiva atención a estas palabras (dado el sentido tan claro y piadoso que tienen y dada la recta fe que profesamos), sin embargo, para que también a partir de ellas los impíos sean puestos en evidencia, procedamos brevemente y, como hemos aprendido de nuestros padres, refutemos a partir de la expresión misma su heterodoxia.

[4] Es costumbre en la Escritura tomar los seres naturales como imágenes y ejemplos para los hombres. Esto lo hace para ilustrar aquellas acciones de los hombres que son fruto de una elección libre a partir de aquellos cuyas acciones ocurren por naturaleza, y, de esta manera, muestra su comportamiento perverso o justo. En este sentido, en el caso de las acciones perversas lo hace a modo de prescripción: *No seáis como el caballo y el mulo, que no tienen inteligencia*[166], o también, cuando reprende a los que han llegado a ser así, dice: *Un hombre que es tenido en estima no ha comprendido y se parece a las bestias que carecen de entendimiento y es hecho semejante a ellas*[167]. [5] En otra ocasión la Escritura dice: *Se han convertido en caballos locos por las hembras*[168]. Y el Salvador, refiriéndose a qué clase de hombre era Herodes, decía: *Decid a esa zorra*[169], mientras que a los apóstoles les decía: *He aquí que os envío como ovejas en medio de lobos. Sed por tanto prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas*[170]. [6] El Salvador no decía estas cosas para que nos convirtiéramos por naturaleza en bestias, serpientes o palomas, pues no es así como nos ha hecho. Esto no ocurre, por lo tanto, en la naturaleza, sino que lo dice para que nosotros evitemos las inclinaciones irracionales y de esta manera, al conocer la astucia de la serpiente, no seamos engañados por ella y asumamos la mansedumbre de la paloma.

166. Sal 31 (32), 9.
167. Sal 48 (49), 13.
168. Jr 5, 8.
169. Lc 13, 32.
170. Mt 10, 16.

19. [1] También en el caso de los hombres divinos el Salvador habla usando las imágenes de los hombres: *Sed compasivos como vuestro Padre que está en los cielos*[171], y también: *Debéis ser perfectos como vuestro Padre celeste es perfecto*[172]. Esto lo decía no para que llegásemos a ser como el Padre (pues es imposible que lleguemos a ser como el Padre, porque somos una criatura y hemos venido a la existencia de la nada), sino de manera semejante a como prescribió: *No seáis como los caballos*[173], para que no nos convirtiéramos en bestias y no imitáramos la irracionalidad que les es propia. [2] De igual manera tampoco decía: *Sed compasivos como vuestro Padre*[174], para que llegásemos a ser como Dios, sino para que, dirigiendo nuestra mirada a las buenas obras del Padre, no hagamos por los hombres las cosas buenas que hacemos, sino por el Padre mismo, y así recibamos su recompensa y no la de los hombres. [3] En efecto, de igual manera que, aunque uno sólo es el Hijo por naturaleza, verdadero y unigénito, nosotros también llegamos a ser hijos (no como el Hijo, que lo es por naturaleza y realmente, sino conforme a la gracia del que lo ha llamado así), y aunque somos hombres que procedemos de la tierra, se nos da el nombre de «dioses» (no como lo es el Dios verdadero o su Logos, sino en la manera en que Dios, que es el que da esta gracia, lo ha querido); de igual manera llegamos a ser compasivos como Dios, sin por ello ponernos a su mismo nivel ni llegar a ser verdaderos bienhechores por naturaleza (en efecto, el hecho de hacer bien no es una invención nuestra, sino de Dios), para que así también nosotros hagamos partícipes a otros, sin hacer distinciones, de aquellas mismas cosas que nos han llegado como gracia de parte de Dios mismo, extendiendo sencillamente a todos este buen obrar. Sólo en este sentido somos capaces de imitarlo de alguna manera, pero de ninguna otra

171. Lc 6, 36.
172. Mt 5, 48.
173. Sal 31 (32), 9.
174. Lc 6, 36.

forma, ya que repartimos a otros las cosas que recibimos de Dios.

[4] Y al igual que entendemos esto adecuada y rectamente, de igual manera la lectura de Juan tiene también el mismo sentido, pues no dice que nosotros hayamos llegado a estar en el Padre de la misma manera en que el Hijo está en el Padre. ¿Cómo podría ser esto posible cuando resulta que el Hijo es Logos y Sabiduría de Dios, mientras que nosotros hemos sido modelados de la tierra, y es Logos por naturaleza y sustancia y verdadero Dios? Por ello Juan dice: *Sabemos que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado entendimiento para que conozcamos al verdadero. Y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Éste es el verdadero Dios y la vida eterna*[175]. Nosotros, en cambio, hemos sido hechos hijos por medio de Él, por una disposición y por una gracia, al participar de su Espíritu. Dice, en efecto: *A cuantos lo recibieron les dio poder para llegar a ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre*[176]. [5] Por lo cual también el Hijo es la verdad y dice: *Yo soy la verdad*[177]; y al dialogar con su propio Padre, decía: *Santifícalos en tu verdad. Tu Logos es la verdad*[178], mientras que nosotros llegamos a ser perfectos e hijos por imitación.

20. [1] Así pues, el Hijo no decía: *Para que seáis una sola cosa como lo somos nosotros*[179], con la intención de que fuésemos como Él, sino para que así como el Hijo, al ser el Logos, está en su propio Padre, de igual manera también nosotros, al tener un cierto modelo y mirarle a Él, lleguemos a ser una sola cosa unos con otros, en concordia y en la unidad del Espíritu, y no andemos en desacuerdo como los corintios, sino que pensemos lo mismo, como ocurría con los cinco mil que aparecen en los Hechos de los Apóstoles, que resultaban ser como uno sólo[180]. So-

175. 1 Jn 5, 20.
176. Jn 1, 12.
177. Jn 14, 6.
178. Jn 17, 17.
179. Jn 17, 11.
180. Cf. Hch 4, 4.32.

mos, pues, como hijos, pero no como el Hijo; y somos dioses, pero no como Dios; y compasivos a semejanza del Padre, pero no lo mismo que el Padre. [2] Como se ha dicho, aunque lleguemos a ser de esta manera una sola cosa como el Padre y el Hijo, no estaremos sin embargo como el Padre está por naturaleza en el Hijo y el Hijo en el Padre, sino en la medida en que puede nuestra naturaleza; nos es posible ser conformados al modelo de allí y nos es posible aprender el modo en el cual debemos llegar a ser una sola cosa, de forma similar a como aprendemos también a ser compasivos.

En efecto, las cosas que son semejantes se unen por naturaleza a las que son semejantes, dado que toda carne se reúne según su especie. [3] Por consiguiente, el Logos no es semejante a nosotros, sino semejante al Padre. Por esta razón es por naturaleza y verdaderamente una sola cosa con su propio Padre, mientras que nosotros, que compartimos unos con otros la especie (pues todos hemos llegado a ser a partir de uno sólo y una sola es la naturaleza de todos los seres racionales), llegamos a ser una sola cosa por la disposición que tengamos unos con otros, teniendo como modelo la unidad por naturaleza del Hijo con el Padre. [4] Ciertamente, así como el Hijo nos enseñó su propia mansedumbre, diciendo: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón*[181], y no lo hizo para que fuéramos exactamente como Él (pues es imposible), sino para que, al mirarlo, nos mantengamos mansos en toda ocasión, así también en esta ocasión, queriendo que nosotros tengamos una disposición entre nosotros que sea verdadera, firme e inquebrantable, toma el ejemplo de sí mismo y dice: «*Para que seáis una sola cosa como también lo somos nosotros* (y la unidad que hay en nosotros es indivisible) y para que así, al haber aprendido de nosotros la naturaleza indivisible, también ellos observen cuidadosamente la armonía de los unos con los

181. Mt 11, 28.

otros». [5] Como se ha dicho, la imitación más segura para los hombres se toma de los seres naturales, porque ésta permanece y nunca cambia, mientras que el comportamiento de los hombres resulta muy cambiante. [6] Es posible evitar las cosas viles mirando a aquello de la naturaleza que no cambia, y también disponerse uno mismo para las mejores. Y de esta manera, en efecto, también la expresión: *Para que ellos sean en nosotros una sola cosa*[182], tiene también a su vez un sentido que es recto.

21. [1] Por lo tanto, si hubiese sido posible que nosotros llegásemos a estar como el Hijo en el Padre, habría sido necesario decir: «Para que ellos sean una sola cosa en ti, igual que el Hijo está en el Padre». Ahora bien, no ha dicho esto, sino que al decir *en nosotros*, ha mostrado la separación y la diferencia, ya que únicamente el Hijo está en el único Padre, al ser el único Logos y Sabiduría, mientras que nosotros estamos en el Hijo y, por medio de Él, en el Padre. Y al decir esto no quería dar a entender otra cosa sino esto: «Que también ellos lleguen a ser en nuestra unidad una sola cosa unos con otros, lo mismo que nosotros somos una sola cosa por naturaleza y en verdad. No podrían llegar a serlo de otra manera, sino aprendiendo en nosotros la unidad». [2] Que la expresión *en nosotros* tiene este sentido, es posible escuchárselo a Pablo, que dice: *Esto me lo he aplicado a mí mismo y a Apolo, para que aprendáis en nosotros a no ensalzaros por encima de las cosas que están escritas*[183]. La expresión *en nosotros* no significa ciertamente «en el Padre, en la manera en que el Hijo está en Él», sino que se trata de un ejemplo e imagen en lugar de decir «que aprendan de nosotros». [3] En efecto, de la misma manera que Pablo es un modelo y una lección para los corintios[184], así también la unidad del Hijo y del Padre es un modelo y una lec-

182. Jn 17, 21.
183. 1 Co 4, 6.
184. Cf. 1 Co 11, 1.

ción para todos, y por ella pueden aprender, mirando a la unidad del Padre y del Hijo (que es por naturaleza), cómo deben llegar a ser una sola cosa unos para con otros en sus pensamientos.

[4] Si es necesario defender la expresión de otra manera distinta, la expresión *en nosotros* puede también equivaler a decir: «En el poder del Padre y del Hijo, para que lleguen a ser una sola cosa al decir lo mismo». En efecto, sin Dios es imposible que ocurra. [5] Esto nuevamente es posible encontrarlo en las Sagradas Escrituras, como sucede con las expresiones: *En Dios haremos cosas poderosas*[185], *En Dios pasaremos por encima de la muralla*[186], y *En ti abatiremos a nuestros enemigos*[187]. En consecuencia, es evidente que en el nombre del Padre y del Hijo podemos tener, como el firme vínculo del amor[188], el hecho de haber llegado a ser una sola cosa. [6] En otra ocasión (apliquemos pues el mismo sentido) dice el Señor: *También yo les he dado a ellos la gloria que tú me has dado, para que sean una sola cosa como lo somos nosotros*[189]. Con razón tampoco ha dicho aquí: «Para que estén en ti como lo estoy yo», sino que ha dicho: *Como nosotros.* Además, el que dice *como* no indica identidad, sino una imagen o ejemplo de lo que dice.

22. [1] Así pues, el Logos tiene, real y verdaderamente, la identidad de naturaleza con el Padre, mientras que a nosotros nos corresponde, si se da el caso, imitarlo, como se ha dicho. [2] Ciertamente añadió enseguida: *Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfeccionados en la unidad*[190]. Aquí, por lo demás, el Señor está pidiendo para nosotros algo mejor y más perfecto, pues es evidente que el Logos llegó a estar en nosotros al haberse revestido de nuestro propio cuerpo. «Tú en cambio estás en mí, Padre (pues soy tu Logos), y dado que tú estás en mí,

185. Sal 59 (60), 14; 107 (108), 14.
186. Sal 17 (18), 30; 2 S 22, 30.
187. Sal 43 (44), 6.
188. Cf. Ef 4, 3.
189. Jn 17, 22.
190. Jn 17, 23.

porque soy tu Logos y yo estoy en ellos por causa del cuerpo, en mí es llevada a perfección la salvación de los hombres por causa tuya; te pido para que ellos también lleguen a ser una sola cosa conforme al cuerpo que hay en mí y a su perfección, de manera que ellos también lleguen a ser perfectos, al estar unidos a este cuerpo y haber llegado a ser una sola cosa con él, para que así, al llevarlos sobre mí, todos sean un solo cuerpo y un solo espíritu[191] y lleguen hasta el hombre perfecto[192]». En verdad, al participar todos de Él, llegamos a ser un solo cuerpo, teniendo al único Señor en nosotros mismos.

[3] Siendo éste el sentido de la expresión, la diferente opinión que sostienen los arrianos, que combaten a Cristo, es refutada todavía más. En efecto, y lo digo repitiéndolo una vez más, si hubiese dicho «para que sean una sola cosa en ti» o «para que ellos y yo seamos una sola cosa en ti», sin matizar ni especificar nada, entonces los que luchan contra Dios habrían tenido una excusa, aunque fuese vergonzosa. Pero resulta que en esta ocasión no habló sin matizar, sino que dijo: *Como Tú, Padre, en mí y Yo en ti, para que todos sean una sola cosa*[193]. [4] Y a su vez, al decir *como*, muestra que los que han llegado a ser están lejos (no en distancia sino en naturaleza) de estar en el Padre como lo está Él. En efecto, nada está lejos de Dios en términos de distancia, sino que todas las cosas están lejos de Él únicamente en términos de naturaleza. Como he dicho anteriormente, el que utiliza la palabra «como» no indica una identidad o igualdad, sino un ejemplo de lo que esta diciendo, visto desde un cierto punto de vista.

23. [1] Esto se puede aprender nuevamente del Salvador, que dice: *Así como Jonás estuvo en el vientre del cetáceo tres días y tres noches, así estará también el Hijo del hombre en el corazón de la tierra*[194]. Pero resulta que Jonás no era como

191. Cf. Ef 4, 4.
192. Cf. Ef 4, 13.
193. Jn 17, 21.
194. Mt 12, 40.

el Salvador, ni Jonás bajó al infierno, ni el cetáceo era el infierno, ni tampoco Jonás, después de ser engullido, sacó a quienes antes que él habían sido engullidos por el cetáceo, sino que únicamente él fue devuelto, cuando se le ordenó al cetáceo. [2] Así pues, con la palabra «como» no se da a entender ninguna identidad o igualdad, sino que cada término de la comparación es distinto del otro. Da a entender que hay una cierta semejanza con Jonás por tratarse de tres días. [3] De la misma manera entonces, al decir el Señor «como», nosotros no llegamos a estar como el Hijo está en el Padre ni como el Padre en el Hijo, pues nosotros llegamos a ser una sola cosa, como el Padre y el Hijo, en el modo de pensar y en la armonía del espíritu, y el Salvador, por su parte, estará en la tierra como lo estuvo Jonás. Pero así como el Salvador no es Jonás, ni bajó a los infiernos en la manera en que Jonás fue engullido, sino que una y otra cosa son distintas, de la misma manera nosotros, aunque lleguemos a ser una sola cosa de forma similar a como el Hijo está en el Padre, no seremos como el Hijo ni iguales a Él, pues el Hijo y nosotros somos algo distinto.

[4] Por esta razón precisamente se añade en nuestro caso la palabra «como», porque las cosas que no son por naturaleza, al contemplar algo distinto, llegan a ser como aquellas. Se sigue entonces que el Hijo mismo está en el Padre de forma absoluta y no por asociación alguna (pues esto le pertenece a Él por naturaleza), mientras que nosotros, al no tener eso por naturaleza, necesitamos una imagen y un ejemplo para que se pueda decir de nosotros: *Como yo en ti y tú en mí*[195]. [5] El Hijo dice: «Cuando éstos sean perfeccionados de esa forma, entonces también el mundo conocerá que tú me has enviado[196]. Pues si no hubiese venido y tomado su cuerpo, ninguno de ellos habría sido perfeccionado, sino que todos habrían seguido siendo corruptibles. Obra entonces en ellos, Padre, y así como

195. Jn 17, 21.

196. Cf. Jn 17, 23.

me has concedido tomar el cuerpo, concédeles también a ellos tu Espíritu, para que también ellos lleguen a ser una sola cosa en Él y sean perfeccionados en mí. [6] En efecto, su perfeccionamiento muestra que ha tenido lugar la venida de tu Logos, y el mundo, viéndolos a ellos perfectos y tomados por Dios, creerá del todo que tú me has enviado y que yo he venido. ¿De dónde, pues, les habría podido venir el perfeccionamiento si yo, tu Logos, no me hubiese hecho hombre tomando su cuerpo y hubiese llevado a su perfección, Padre, la obra que me has confiado? Ahora bien, la obra ya ha sido llevada a su perfección, porque los hombres, redimidos del pecado, ya no permanecen muertos sino que, habiendo sido deificados, tienen entre ellos, mirándonos a nosotros, el vínculo del amor».

24. [1] Por lo tanto, ya hemos dicho de muchas maneras en qué medida es posible entender, de una manera más sencilla, las palabras de esta expresión. Pero el bienaventurado Juan, en su carta, con pocas palabras y de un modo más perfecto que el nuestro, mostrará el sentido de lo que está escrito, refutará el modo de pensar de los impíos y enseñará el modo en que llegamos a estar nosotros en Dios y Dios en nosotros, el modo en el que nosotros llegamos a ser una sola cosa en Él y en cuánto difiere el Hijo de nosotros en lo que respecta a la naturaleza. Parará los pies, en adelante, a los arrianos, para que ya no vuelvan a pensar que van a ser como el Hijo, de manera que no tengan que oír: *Tú eres un hombre y no Dios*[197], y también: *No te consideres como rico tú que eres pobre*[198].

[2] Juan escribe así, diciendo: *En esto conoceremos que permanecemos en Él y Él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu*[199]. [3] Así pues, nosotros llegamos a estar en el Hijo,

197. Ez 28, 2.9.
198. Pr 23, 4.
199. 1 Jn 4, 13.

y Él en nosotros, por la gracia del Espíritu que nos ha sido dada; y como el Espíritu es de Dios y éste Espíritu ha llegado a estar en nosotros, con razón pensamos que hemos llegado a estar en Dios al tener este Espíritu, y de esta manera Dios está en nosotros. [4] Así pues, nosotros no hemos llegado a estar en el Padre de la misma manera que el Hijo está en el Padre, ya que el Hijo no es alguien que participa del Espíritu para así llegar a estar en el Padre, ni toma del Espíritu, sino que Él es más bien quien lo distribuye a todos. Y el Espíritu no es quien une el Hijo al Padre, sino que más bien es el Espíritu el que toma del Logos. [5] Además, el Hijo está en el Padre como Logos propio y resplandor suyo, mientras que nosotros, sin el Espíritu, somos extraños y estamos lejos de Dios, pero por la participación en el Espíritu estamos unidos a la divinidad. De manera que el hecho de estar nosotros en el Padre no es algo propio nuestro, sino del Espíritu que está en nosotros y permanece en nosotros mientras lo conservemos mediante la confesión de la fe, como Juan dice en otra ocasión: *El que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él y él en Dios*[200].

[6] ¿Qué clase de semejanza y qué grado de igualdad tenemos entonces con el Hijo? ¿O cómo es que no son refutados por todos lados los arrianos, y sobre todo por Juan, si el Hijo está en el Padre de manera diferente a la que nosotros hemos llegado a estar en Él? Porque ni nosotros vamos a ser en algún momento como el Hijo ni sucede que el Logos es como nosotros, a no ser que acaso se atrevan a decir también ahora, como hacen en toda ocasión, que el Hijo también llegó a estar en el Padre por la participación en el Espíritu y por la excelencia de su obrar. Sin embargo, también esto vuelve a ser una impiedad incomparable, aunque sólo sea el hecho de concebirlo en el pensamiento, ya que, como se ha dicho, el Hijo

200. 1 Jn 4, 15.

mismo es quien da el Espíritu y todo lo que tiene el Espíritu lo ha recibido del Logos.

25. [1] Así pues, cuando el Salvador utiliza en nuestro caso la expresión: *Como Tú, Padre, en mí y Yo en ti, para que también ellos sean una sola cosa en nosotros*[201], no se está refiriendo a la identidad que nosotros vamos a tener con Él (pues esto también ha sido probado con el ejemplo de Jonás), sino que, como ha escrito Juan, es una petición al Padre para que el Espíritu conceda a los creyentes la gracia por medio del Hijo, mediante el cual pensamos también llegar a estar en Dios y ser unidos en Él por el Espíritu. [2] En efecto, puesto que el Logos está en el Padre y el Espíritu es dado procediendo del Hijo, quiere que nosotros recibamos el Espíritu para que, cuando lo recibamos, teniendo entonces el Espíritu del Logos que está en el Padre, nosotros también parezcamos, alcanzado por el Espíritu, una sola cosa en el Logos y, por medio de Él, en el Padre.

[3] Aunque utilice la expresión: *Como nosotros*, no posee de nuevo otra intención, sino que semejante gracia del Espíritu que se concede a los discípulos, llegue a ser inquebrantable e irrevocable. [4] Pues, como he dicho antes, quiere que aquello que por naturaleza corresponde al Logos en el Padre, nos sea concedido a nosotros de forma irrevocable por medio del Espíritu. Sabiendo esto precisamente, el Apóstol decía: *¿Quién podrá apartarnos del amor de Cristo?*[202]. *Pues los dones de Dios y la gracia de la vocación son irrevocables*[203]. [5] Ciertamente es el Espíritu el que se encuentra en Dios y no nosotros por nosotros mismos; y lo mismo que somos hijos y dioses en razón del Logos que está en nosotros, así también estaremos en el Hijo y en el Padre; y se pensará que hemos llegado a ser una sola cosa por el hecho de estar en nosotros el Espíritu, que

201. Jn 17, 21.
202. Rm 8, 35.
203. Rm 11, 29.

es precisamente el que está en el Logos que está en el Padre. [6] De este modo, cuando uno se aleja del Espíritu por algún mal, la gracia se mantiene irrevocable para quienes la quieren, aunque alguno, habiéndose alejado, cambie su modo de pensar. Pero el que se ha alejado ya no está en Dios (porque el Espíritu Paráclito y Santo que está en Dios se ha separado de él), sino que estará en aquél a quien el pecador se haya sometido, como sucedió en el caso de Saúl: *Se separó de él el Espíritu de Dios y lo afligía un espíritu maligno*[204].

[7] Al escuchar estas cosas, los que combaten a Dios deberían haberse avergonzado en adelante y deberían haber dejado ya de hacerse a sí mismos iguales a Dios. Pero ni comprenden (pues se dice que *el impío no comprende el conocimiento*[205]), ni soportan las palabras piadosas, pues les resulta pesado incluso oírlas.

26. [1] En efecto, he aquí que como no desfallecen en sus impiedades, sino que están endurecidos como el Faraón[206], al escuchar y ver de nuevo los comportamientos humanos del Salvador en los evangelios, se han olvidado completamente de la divinidad paterna del Hijo, como hiciera el de Samosata[207], y, confiados en su lengua audaz, dicen: «¿Cómo puede el Hijo proceder del Padre por naturaleza y ser por sustancia semejante a Él, si dice: *Me ha sido dado poder*[208], *El Padre no juzga a nadie sino que ha dado todo juicio al Hijo*[209], *El Padre ama al Hijo y todo lo ha puesto en su mano y el que cree en el Hijo tiene vida eterna*[210], *Todo me ha sido dado por mi Padre y ninguno conoce al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar*[211], y *Todo lo que me ha dado el Padre vendrá a*

204. 1 S 16, 14.
205. Pr 29, 7.
206. Cf. Ex 7, 3.
207. Pablo de Samosata.
208. Mt 28, 18.
209. Jn 5, 22.
210. Jn 3, 35-36.
211. Mt 11, 27.

mí[212]?»[213]. [2] Y después añaden: «Si fuese Hijo por naturaleza, como vosotros decís, no tendría necesidad alguna de recibir, sino que lo tendría por el hecho de ser Hijo. ¿Pues cómo puede ser potencia verdadera y por naturaleza del Padre quien, llegada la ocasión del sufrimiento, dice: *Ahora mi alma está turbada. ¿Y qué voy a decir? ¿Padre sálvame de esta hora? ¡Pero si para esto he venido, para esta hora! Padre glorifica tu nombre. Vino entonces una voz del cielo: lo he glorificado y lo volveré a glorificar*[214]? Y en otra ocasión decía algo parecido: *Padre, si es posible, aparta este cáliz*[215], y también: *Habiendo dicho esto, Jesús fue turbado en el Espíritu y dio testimonio diciendo: en verdad os digo, uno de vosotros me va a entregar*[216]»[217].

[3] Los malvados arrianos añaden a esto: «Si fuese potencia no habría tenido miedo, sino que más bien habría procurado a otros ese poder». Además dicen: «Si era la verdadera Sabiduría por naturaleza y la propia del Padre, ¿cómo es que está escrito: *Jesús progresaba en sabiduría, en edad y en gracia ante Dios y ante los hombres*[218], y después de haber llegado a la región de Cesarea de Filipo preguntaba a los discípulos quién decía la gente que era Él[219]? ¿Y cómo es que al haberse presentado en Betania pregunta dónde yace Lázaro[220] y también preguntaba a los discípulos: *¿Cuántos panes tenéis?*[221]?»[222]. Y continúan afirmando: «¿Cómo entonces va a ser la Sabiduría, si progresa en la sabiduría y desconoce aquello que preguntaba a otros con el propósito de aprenderlo?»[223]. [4] También dicen esto otro: «¿Cómo puede ser el Logos propio del

212. Jn 6, 37.
213. Asterio, *Syntagmation*, fragm. 74 (Vinzent).
214. Jn 12, 27-28.
215. Mt 26, 39.
216. Jn 13, 21.
217. *Ibidem*.
218. Lc 2, 52.
219. Cf. Mt 16, 13.
220. Cf. Jn 11, 1.34.
221. Mt 15, 34; Mc 6, 38.
222. Asterio, *Syntagmation*, fragm. 74 (Vinzent).
223. *Ibidem*.

Padre, sin el cual no habría existido nunca el Padre y por medio del cual hace todas las cosas, como vosotros pensáis, Aquél que subido a la cruz dice: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*[224], y que antes oraba diciendo: *Glorifica tu nombre*[225], y también: *glorifícame Padre con la gloria que tenía junto a ti antes que el mundo existiese*[226]? Y rezaba en los desiertos y exhortaba a los discípulos a rezar *para no caer en tentación*[227] y les decía: *El espíritu está pronto pero la carne es débil*[228], y *Acerca del día y la hora nadie sabe, ni los ángeles ni el Hijo*[229]»[230]. [5] Y los desgraciados todavía añaden más a esto, diciendo: «Si, como vosotros pensáis, existiese eternamente junto al Padre no desconocería el día, sino que lo conocería por ser el Logos, ni habría sido abandonado al coexistir con Él, ni habría pedido recibir gloria por tenerla en el Padre, ni habría tenido que rezar en absoluto, pues al ser Logos no habría carecido de nada. Sin embargo, puesto que es una criatura y una de las cosas que han llegado a ser, decía semejantes cosas y pedía aquellas cosas que no tenía, pues es propio de las criaturas carecer y pedir aquellas cosas que no se tienen»[231].

27. [1] Tales son los argumentos a los que apelan los impíos arrianos cuando hablan. Sin embargo, si piensan tales cosas, deberían haber dicho incluso con mayor atrevimiento: «¿Por qué razón entonces el Logos llegó a ser carne?», y añadir después: «¿Cómo habría podido llegar a ser hombre, si es Dios? ¿O cómo habría podido llevar un cuerpo, si es incorpóreo?» O incluso haber dicho, de una manera más propia de los judíos, como Caifás: «¿Por qué Cristo, si es totalmente un hombre, se hace a sí mismo Dios?». [2] En efecto, al ver estas

224. Mt 27, 46.
225. Jn 12, 28.
226. Jn 17, 5.
227. Mt 26, 41.
228. Mc 14, 38; Mt 26, 41.
229. Mt 24, 36; Mc 13, 32.
230. ASTERIO, *Syntagmation*, fragm. 74 (Vinzent).
231. *Ibidem*.

cosas y otras similares, los judíos murmuraban entonces, mientras que ahora, los que padecen la locura arriana, al leerlas, no creen y han incurrido en blasfemias.

[3] Por tanto, si alguien colocase en paralelo sus palabras y las de los judíos, con toda seguridad encontraría que los arrianos han incurrido en la misma incredulidad y en un impío atrevimiento similar, y que tienen en común con los judíos el hecho de combatir contra nosotros. Pues los judíos decían: «¿Cómo puede ser Dios, si es un hombre?»; y los arrianos, por su parte, dicen: «Si fuese Dios verdadero que procede de Dios, ¿cómo habría podido llegar a ser hombre?». Los judíos se escandalizaban y se burlaban, diciendo: «Si fuese Hijo de Dios no habría padecido la cruz»; y los arrianos, situados en el extremo opuesto, nos dicen: «¿Cómo os atrevéis a decir que Aquél que tiene un cuerpo capaz de sufrir esto es el Logos propio de la sustancia del Padre?». [4] Después, al estar buscando los judíos la manera de matar al Señor porque decía que Dios era su propio Padre y se hacía a sí mismo igual a Dios al obrar las cosas que obra el Padre[232], los arrianos han aprendido a decir también ellos que ni es igual a Dios, ni Dios es el Padre propio y por naturaleza del Logos. Al contrario, tratan de matar a los que piensan de esta manera. [5] Y nuevamente, al decir los judíos: *¿No es éste el hijo de José, cuyo padre y madre conocemos?*[233]. ¿Cómo es que ahora dice: *Antes que Abrahán llegara a ser Yo soy*[234] y *He bajado del cielo*[235]? También los arrianos prestan oído a lo mismo, diciendo: «¿Cómo puede ser Logos o Dios quien dormía como un hombre, lloraba y preguntaba?». Unos y otros niegan la eternidad y la divinidad del Logos en base a las cosas humanas que el Salvador soportó a causa de la carne que tenía.

232. Cf. Jn 5, 18.
233. Jn 6, 42.
234. Jn 8, 58.
235. Jn 6, 42.

28. [1] Por lo tanto, como semejante locura es judaica y es propia de los judíos también la que procede de Judas el traidor, entonces, o bien que reconozcan abiertamente una vez más que ellos mismos son discípulos de Caifás y de Herodes (sin esconder su judaísmo bajo el nombre de cristianismo) y que nieguen absolutamente, según hemos dicho con anterioridad[236], la presencia encarnada del Salvador (pues este es el modo de pensar propio de su herejía); o bien, si tienen miedo de judaizar abiertamente y circuncidarse para complacer a Constancio[237] y por causa de aquellos a quienes han engañado, que no digan tampoco las cosas que son propias de los judíos, ya que es justo que abandonen también el modo de pensar de aquellos de quienes han rechazado el nombre. [2] ¡Nosotros somos cristianos, oh arrianos, nosotros! Y es algo propio nuestro el hecho de entender correctamente los evangelios en lo que se refiere al Salvador, no apedrearle junto con los judíos[238], cuando le oímos hablar de su divinidad y eternidad, y no escandalizarnos junto con vosotros por aquellas cosas que, como hombre y por nosotros, pronuncia haciendo uso de palabras humildes.

[3] Por lo tanto, si también vosotros queréis ser cristianos, desprendeos de la locura arriana y de vuestro sermón ensuciado con palabras blasfemas, y lavaos con los discursos propios de la piedad, sabiendo que, cuando dejéis de ser arrianos, pondréis también fin inmediatamente al erróneo modo de pensar de los judíos actuales y que, cuando os hayáis alejado de la oscuridad, la verdad brillará para vosotros. [4] Entonces ya no nos reprocharéis que hablemos de «dos divinidades eternas», sino que también vosotros reconoceréis que el Señor es verdadero y por naturaleza Hijo de Dios; y no eterno así sin más, sino que sabréis que coexiste con la eternidad del Padre.

236. Cf. *CA* I, 38, 5.
237. Cf. *CA* I, 10, 4.
238. Cf. Jn 10, 31.

[5] En efecto, hay cosas eternas de las cuales se dice que el Señor es el artífice, pues en los Salmos está escrito: *Alzad las puertas, príncipes vuestros, y levantaos puertas eternas*[239], y es evidente que estas cosas también llegaron a ser por medio de Él. Y si resulta que el Señor es también el artífice de las cosas eternas, ¿quién de nosotros será capaz de poner todavía en duda que está por encima incluso de estas cosas que son eternas? [6] El Señor no se caracteriza tanto por el hecho de ser eterno, cuanto porque es el Hijo de Dios. Al ser Hijo es inseparable del Padre y no se ha dado el caso de un tiempo en que no existiera, sino que ha existido siempre, y al ser imagen y resplandor del Padre tiene también la eternidad del Padre.

Así pues, es posible comprender de alguna manera, a partir de cuanto hemos venido diciendo brevemente, que han sido refutados quienes entienden equivocadamente las palabras que aludían como pretexto. Y es fácil entender, también en el caso de las palabras que vuelven a tomar de los evangelios y que aducen como pretexto, que muestran tener un pensamiento corrompido, sobre todo si tenemos en cuenta también ahora el sentido de la fe, según la entendemos nosotros los cristianos y, sirviéndonos de ella a modo de canon[240], como dice el Apóstol, nos dedicamos a la lectura[241] de la Escritura inspirada por Dios[242]. En verdad, los que combaten a Cristo, haciendo caso omiso de estas cosas, *se han alejado del camino de la verdad*[243] y *han tropezado con la piedra de tropiezo*[244], pensando *lo contrario de aquello que hay que pensar*[245].

29. [1] Por tanto, éste es el sentido y el carácter de la Escritura, como hemos dicho muchas veces: el doble anuncio que en ella se hace acerca del Salvador. De una parte, que el Hijo

239. Sal 23 (24), 7.
240. Cf. *CA* I, 52, 6.
241. Cf. 1 Tm 4, 13.
242. Cf. 2 Tm 3, 16.
243. Sb 5, 6.
244. Rm 9, 32.
245. Rm 12, 3.

es Dios, y lo ha sido siempre, al ser Logos, resplandor y Sabiduría del Padre; y de otra parte, que al haber tomado después carne por nosotros de la Virgen María, Madre de Dios, ha llegado a ser hombre. [2] Y es posible encontrar referencias a esto a lo largo de toda la Escritura, que ha sido inspirada por Dios, como ha dicho el Señor mismo: *Escrutad las Escrituras, pues ellas son las que dan testimonio de mí*[246].

[3] Pero para evitar que al recopilar todas estas frases me extienda mucho al escribirlas, nos será suficiente, como si se tratase de todos, mencionar por un lado a Juan, que dice: *En el principio existía el Logos y el Logos estaba junto a Dios y el Logos era Dios. Él estaba en el principio junto a Dios. Todo llegó a ser por medio de Él y sin Él no se hizo nada*[247], y después: *Y el Logos llegó a ser carne y puso su tienda entre nosotros*[248], y por otro lado a Pablo, que escribe: *El cual, existiendo en la forma de Dios, no consideró el ser semejante a Dios algo a lo que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo tomando la forma de siervo y fue hallado en su figura como un hombre. Se vació a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz*[249]. [4] En efecto, a partir de estos textos y recorriendo toda la Escritura con este mismo sentido, uno verá cómo, por una parte, el Padre dijo al Hijo en el principio: *Que exista la luz*[250], *que exista el firmamento*[251], y *Hagamos al hombre*[252]; y por otra, en la plenitud de los tiempos[253], *lo envió al mundo, no para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por medio de Él*[254]. Y también está escrito: *He aquí que la Virgen concebirá en su seno y dará a luz un hijo, y será llamado Emmanuel, que traducido significa «Dios con nosotros»*[255].

246. Jn 5, 39.
247. Jn 1, 1-3.
248. Jn 1, 14.
249. Flp 2, 6-8.
250. Gn 1, 3.
251. Gn 1, 6.
252. Gn 1, 26.
253. Hb 9, 26.
254. Jn 3, 17.
255. Mt 1, 23. Cf. Is 7, 14.

30. [1] Por lo tanto, el que se tope con la Sagrada Escritura, que aprenda las expresiones que aparecen en los libros del Antiguo Testamento, pero que contemple en los evangelios al Señor que ha llegado a ser hombre. En efecto, la Escritura dice: *El Logos llegó a ser carne y puso su morada entre nosotros*[256]. Lo que ocurrió es que llegó a ser hombre, no que entrase en un hombre. [2] Así pues, es preciso también entender eso, no sea que los impíos, errando en eso también, engañen a algunos y piensen además que, de la misma manera que en los tiempos precedentes llegó a cada uno de los santos, de esa misma manera también ahora el Logos ha entrado a habitar en un hombre, santificándolo y apareciéndose como en los demás casos. [3] Si hubiese sido así, y únicamente se hubiera aparecido en un hombre, entonces no habría nada paradójico y los que lo vieron no se habrían extrañado, diciendo: *¿De dónde es Éste?*[257], y también: *¿Por qué siendo tú un hombre te haces semejante a Dios?*[258], pues estaban acostumbrados a escuchar que la palabra[259] del Señor llegó hasta cada uno de los profetas[260].

[4] Ahora, en cambio, puesto que el Logos de Dios, *por medio del cual llegaron a ser todas las cosas*[261], soportó incluso llegar a ser Hijo del hombre y *se vació a sí mismo tomando la forma de siervo*[262], por esta razón la cruz de Cristo es *escándalo para los judíos*[263], mientras que *para nosotros Cristo es fuerza de Dios y Sabiduría de Dios*[264]. [5] En efecto, como dijo Juan, *el Logos llegó a ser carne*[265]. Es costumbre de la Escritura llamar «carne» al hombre, como dice por medio del profeta Joel: *Derramaré de mi Espíritu sobre toda carne*[266], y como David

256. Jn 1, 14.
257. Mt 8, 27.
258. Jn 10, 33.
259. En griego *logos*.
260. Por ejemplo, cf. Mi 1, 1.
261. Jn 1, 3.
262. Flp 2, 7.
263. 1 Co 1, 23.
264. 1 Co 1, 24.
265. Jn 1, 14.
266. Jl 3, 1.

dijo a Astiages: *No adoro ídolos que son fabricados por las manos, sino al Dios vivo que ha creado el cielo y la tierra y que tiene dominio sobre toda carne*[267]. También David, al igual que Joel, llama carne al linaje de los hombres.

31. [1] Antiguamente el Logos de Dios llegaba hasta[268] cada uno de los santos y santificaba a quienes lo recibían auténticamente, pero ni se ha dicho que hubiese llegado a ser hombre, cuando ellos nacieron, ni se dijo que padeciese cuando ellos sufrían. En cambio, cuando se hizo presente procediendo de la Virgen María, en una ocasión única, *en la plenitud de los tiempos, para el perdón de los pecados*[269] (pues habiéndole parecido bien así el Padre *envió a su propio Hijo nacido de una mujer, nacido bajo la ley*[270]), entonces es cuando se ha dicho que ha llegado a ser hombre, habiendo tomado carne, y en ella padeció por nosotros, como dijo Pedro: *Cristo padeció por nosotros en la carne*[271], para que así se mostrase y todos creyésemos que, aunque es siempre Dios y santifica a aquellos hasta quienes ha llegado y dispone todas las cosas conforme a la voluntad del Padre, no obstante, después llegó a ser también hombre por nosotros y, como dice el Apóstol: *La divinidad habitó corporalmente*[272] en la carne. Esto equivale a decir: «Aunque es Dios tuvo un cuerpo propio y, sirviéndose de él como instrumento, llegó a ser hombre».

[2] Las cosas que son propias de la carne se dicen del Logos porque existió en ella, como son, por ejemplo, el hecho de tener hambre y sed, sufrir, cansarse y demás cosas semejantes que la carne es capaz de experimentar. Por otro lado, el Logos

267. Dn 14, 5.

268. Literalmente, «llegar a ser hacia». Atanasio quiere mostrar la diferencia entre la venida del Logos hasta los santos y profetas, y la venida del Logos a la carne (Jn 1, 14).

269. Hb 9, 26.

270. Ga 4, 4.

271. 1 P 4, 1.

272. Col 2, 9.

hacía, por medio de su propio cuerpo, las obras que son propias del Logos mismo, como son, por ejemplo, el hecho de que resucite muertos, devuelva la vista a los ciegos y cure a la hemorroisa. [3] De una parte, el Logos cargó sobre sí las debilidades[273] de la carne como propias (pues la carne era suya), y de otra parte la carne obraba sometiéndose a las obras de la divinidad, ya que la divinidad llegó a estar en ella (pues el cuerpo era de Dios). Acertadamente el profeta ha dicho que *cargó sobre sí*[274] y no que «cuidó de nuestras debilidades», para evitar que, al estar fuera del cuerpo y habiéndolo curado tan sólo, volviese a dejar a los hombres sometidos a la muerte. El Logos carga sobre sí nuestras debilidades y lleva nuestros pecados[275], para que se muestre que llegó a ser hombre por nosotros y que el cuerpo que llevaba en sí nuestros pecados era el suyo propio. [4] Y Él, como dice Pedro, no era dañado en nada cuando subía nuestros pecados sobre el leño en su propio cuerpo[276], mientras que nosotros, los hombres, éramos rescatados de nuestros propios sufrimientos y colmados de la justicia del Logos.

32. [1] De ello se sigue que, al haber sufrido la carne, el Logos no estaba fuera de ella (y por esta razón se dice que Él también sufrió) y que cuando hacía las obras del Padre, en cuanto Dios, la carne no estaba fuera de Él, sino que en el cuerpo mismo el Señor hacía también estas cosas. Y por esta razón, en efecto, después de haber llegado a ser hombre, decía: *Si no hago las obras de mi Padre no creáis en mí; pero si las hago, aunque no me creáis a mí, creed en las obras y sabed que el Padre está en mí y yo en Él*[277]. [2] Naturalmente, cuando hubo necesidad de levantar a la suegra de Pedro[278], que estaba afectada de fiebre, le tendió la mano como hombre, pero estaba haciendo ce-

273. Cf. Mt 8, 17 (Is 53, 4).
274. Is 53, 4.
275. Cf. Is 53, 4.
276. Cf. 1 P 2, 24.
277. Jn 10, 37-38.
278. Cf. Mt 8, 14-15.

sar la enfermedad como Dios. En el caso del ciego de nacimiento liberaba un esputo humano que provenía de la carne, pero como Dios le abría los ojos mediante el barro[279]. Y en el caso de Lázaro pronunciaba las palabras como un hombre, pero como Dios resucitaba a Lázaro de entre los muertos[280]. Así sucedían estas cosas y mostraban que el Logos era cuerpo y que no lo tenía de modo aparente sino en verdad. Convenía que el Señor, al revestirse de carne humana, se revistiese de ella completamente, incluyendo los padecimientos que le son propios, para que así como decimos que el cuerpo es propio suyo, de la misma manera se le atribuyan los padecimientos que son propios únicamente del cuerpo, aunque no se vea afectado en lo que respecta a su divinidad.

[3] Por tanto, si el cuerpo es de otro, a ése otro habría que atribuir entonces los padecimientos, pero si la carne es del Logos (en efecto, *el Logos llegó a ser carne*[281]), es preciso también atribuir los padecimientos de la carne a Aquél de cuya carne se trata. [4] Y a Aquél a quien se le atribuyen los padecimientos, como son principalmente el hecho de ser condenado, flagelado, tener sed, la cruz, la muerte y demás debilidades del cuerpo, pertenecen también el triunfo y la gracia. Por esta razón, entonces, como es lógico y también conveniente, semejantes sufrimientos no se dicen de otro sino del Señor, de modo que también la gracia venga de Él y no nos convirtamos en adoradores de otro, sino en verdaderos hombres piadosos. Pues no invocamos a ninguna de las criaturas ni a un hombre como nosotros, sino al que procede de Dios por naturaleza y es Hijo verdadero, como Señor, Dios y Salvador, que en absoluto deja de serlo también después de haber llegado a ser hombre.

33. [1] ¿Y quién no se maravillaría de esto? ¿O quién no estaría de acuerdo en que este asunto es algo verdaderamente

279. Cf. Jn 9, 1.6.
280. Cf. Jn 11, 43.
281. Jn 1, 14.

divino? En efecto, si las obras de la divinidad del Logos no hubiesen tenido lugar por medio del cuerpo, el hombre no habría sido divinizado. Y a su vez, si las cosas que son propias de la carne no se atribuyesen al Logos, el hombre de ningún modo habría podido ser liberado de ellas. Al contrario, aunque hubiesen cesado por un poco de tiempo, como he dicho anteriormente, habrían permanecido nuevamente el pecado y la corrupción en él, tal como ha sucedido con los hombres anteriores y ya se ha indicado. [2] Es cierto que hubo muchos hombres santos y limpios de todo pecado: Jeremías fue santificado desde el vientre[282] y Juan, estando todavía en el seno, saltó de júbilo[283] ante la voz de María, la Madre de Dios. Y no obstante, *la muerte reinó desde Adán hasta Moisés, también sobre aquellos que no pecaron, por causa de la semejanza de la trasgresión de Adán*[284]. Así pues, los hombres no dejaban ni mucho menos de ser mortales y corruptibles, capaces de experimentar los padecimientos propios de su naturaleza. [3] Pero ahora, al haber llegado a ser hombre el Logos y haber hecho suyo lo que es propio de la carne, estas cosas ya no tocan al cuerpo, porque el Logos ha llegado a estar en él, sino que son destruidas por el Logos y en adelante los hombres ya no siguen siendo pecadores y muertos a causa de los padecimientos que les son propios, sino que, al resucitar por el poder del Logos, son inmortales y permanecen incorruptibles.

[4] Por eso, al haber nacido la carne de María, la Madre de Dios, se dice que el Logos mismo (que es quien otorga a las demás cosas el llegar a la existencia) ha sido engendrado para trasladar a sí mismo nuestro modo de llegar a la existencia, y para que ya no volviésemos a la tierra[285] (por el hecho de ser nosotros únicamente tierra), sino que, por haber sido unidos al Logos que proviene del cielo, seamos elevados al cielo por Él. [5]

282. Cf. Jr 1, 5.
283. Cf. Lc 1, 44.
284. Rm 5, 14.
285. Cf. Gn 3, 19.

Así pues, no sin razón Él trasladó a sí mismo de igual manera todos los demás padecimientos del cuerpo, para que tuviésemos parte en la vida eterna, no ya como hombres, sino como propios del Logos. En efecto, ya no morimos en Adán[286], conforme a nuestro anterior modo de llegar a la existencia, sino que en adelante, al haber sido trasladado al Logos nuestro modo de llegar a la existencia y toda debilidad carnal, somos levantados de la tierra, siendo anulada la maldición causada por el pecado gracias a Aquél que en nosotros ha llegado a ser maldición por nosotros[287]. Y muy a propósito, porque así como, al proceder de la tierra, todos hemos muerto en Adán[288], así también, al haber vuelto a ser engendrados del agua y del Espíritu[289] en Cristo, todos somos vivificados[290], siendo nuestra carne no ya terrena sino asemejada al Logos, gracias a que el Logos de Dios llegó a ser carne a favor nuestro[291].

34. [1] Para que se pueda conocer con más exactitud la impasibilidad de la naturaleza del Logos y aquellas debilidades que se le atribuyen en razón de la carne, es bueno escuchar al bienaventurado Pedro, pues él podría ser un testigo digno de crédito en lo que respecta al Salvador. Escribe en una carta, diciendo: *Cristo, por tanto, sufrió por nosotros en la carne*[292]. [2] Así pues, cuando se diga que tiene hambre y sed, que se cansaba, no sabía, dormía, lloraba, preguntaba, huía, era engendrado, pedía que se apartara el cáliz y en general todas aquellas cosas que son propias de la carne, habría que añadir lógicamente a cada una de ellas: «Cristo, por tanto, tuvo hambre y sed por nosotros en la carne»; «decía que no sabía, era apaleado y se cansaba por nosotros en la carne»; «fue exaltado, engendrado, crecía, tenía miedo y se escondía en la carne»; «decía: *Si es posible aparta de mí este cáliz*[293],

286. Cf. 1 Co 15, 22.
287. Cf. Ga 3, 13.
288. Cf. 1 Co 15, 22.
289. Cf. Jn 3, 3.5.
290. Cf. 1 Co 15, 22.
291. Cf. Jn 1, 14.
292. 1 P 4, 1.
293. Mt 26, 39.

era golpeado y apresado por nosotros en la carne»; y en general todas las cosas semejantes que hizo por nosotros en la carne. [3] No hay duda de que por esta razón el Apóstol mismo no dijo: «Cristo, por tanto, sufrió por nosotros en la divinidad», sino *por nosotros en la carne*[294], para que no se llegase a pensar que los padecimientos son propios del Logos mismo conforme a su naturaleza, sino propios de la carne por naturaleza.

Por lo tanto, que nadie se escandalice a causa de los padecimientos humanos, sino más bien que sepa que el Logos mismo permanece impasible en lo que respecta a su naturaleza y que, no obstante, a causa de la carne de la que se revistió, se le atribuyen estas cosas, puesto que son propias de la carne y se trataba del cuerpo mismo del Salvador. [4] Él permanece como es, impasible en lo que respecta a su naturaleza, sin ser dañado por ellas, sino más bien haciéndolas desaparecer y destruyéndolas. Los hombres, por su parte, al haber trasladado sus propios padecimientos a Aquél que es impasible y haber sido éstos borrados, llegan a ser también ellos en adelante y para siempre impasibles y libres de ellos, como enseñaba Juan, diciendo: *Y sabéis que Él se manifestó para quitarnos nuestros pecados y que no hay pecado en Él*[295].

[5] Siendo esto así, ningún hereje podrá hacer la siguiente crítica: «¿Por qué resucita la carne, si resulta que es mortal por naturaleza? Y aunque resucite, ¿por qué no vuelve a tener hambre y sed, a padecer y a permanecer mortal? En efecto, ha llegado a ser procediendo de la tierra. ¿Cómo entonces podría apartarse de ella lo que es tierra por naturaleza?». Si la carne fuese capaz en ese momento de responder al hereje que contiende de esa manera, diría: «Procedo de la tierra y soy por naturaleza mortal, pero después ha llegado a ser la carne del Logos y Él, aunque era impasible, cargó sobre sí mis pade-

294. 1 P 4, 1. 295. 1 Jn 3, 5.

cimientos[296]. Yo, por mi parte, he llegado a ser liberada de ellos y ya no puedo ser esclava de ellos gracias al Señor, que me ha librado de ellos. En efecto, si me echas en cara la extinción de la corrupción que me pertenece por naturaleza, ten cuidado de no echar en cara al Logos de Dios el hecho de haber tomado la forma de esclavo[297] que me pertenece». [6] En efecto, así como el Señor, al haberse revestido de un cuerpo, llegó a ser hombre, de la misma manera nosotros, los hombres, al haber sido asumidos por medio de su carne, somos divinizados por el Logos y en adelante heredamos la vida eterna.

35. [1] Hemos tenido que examinar estas cosas necesariamente, para que así, cuando veamos a Cristo haciendo o diciendo algo divino por medio del instrumento de su propio cuerpo, sepamos que hace estas cosas porque es Dios. Y, a su vez, cuando le veamos hablando o padeciendo humanamente, no olvidemos que, llevando la carne, llegó a ser hombre, y así es como hace y dice estas cosas. En efecto, al conocer lo que es propio de cada uno y viendo y comprendiendo que unas y otras son realizadas por uno solo, creemos rectamente y ya no caeremos en el error. Pero si uno, viendo aquellas que son realizadas por el Logos en cuanto Dios, negase el cuerpo, o viendo aquellas cosas que son propias del cuerpo negase la venida en carne del Logos, o pensase cosas bajas del Logos en razón de sus comportamientos humanos, semejante persona considerará la cruz escándalo[298], como el vendedor judío que mezcla el vino con el agua[299], y como un griego tachará de locura el mensaje[300], que es precisamente lo que les ha ocurrido también a los arrianos que combaten a Dios. [2] En efecto, al ver las cosas humanas del Salvador, han pensado que es una criatura. Habría sido entonces necesario que, al ver las obras

296. Cf. Mt 8, 17 (Is 53, 4).
297. Cf. Flp 2, 7.
298. Cf. 1 Co 1, 23.
299. Cf. Is 1, 22.
300. Cf. 1 Co 1, 23.

divinas del Logos, ellos negasen también que su cuerpo ha llegado a ser y que así, en adelante, entrasen a formar parte del grupo de los maniqueos.

[3] Sin embargo, aunque sea un poco tarde, que aprendan que *el Logos llegó a ser carne*[301]. Nosotros en cambio, al tener el sentido de la fe, sabemos que las cosas que ellos piensan erróneamente tienen una interpretación correcta. [4] En efecto, las expresiones: *El Padre ama al Hijo y todo lo ha puesto en su mano*[302], *Todo me ha sido entregado por mi Padre*[303], *No puedo hacer nada por mí mismo, sino que juzgo según lo oigo*[304] y todas las demás que son semejantes a ellas, no pretenden dar a entender que haya un tiempo en que el Hijo no tuviera estas cosas. En efecto, ¿cómo podría no tener eternamente las cosas que tiene el Padre Aquél que es el único Logos por naturaleza del Padre y su Sabiduría, y que dice también: *Todas las cosas que tiene mi Padre son mías*[305], y *Mis cosas son del Padre*[306]? Y si resulta que las cosas del Padre son del Hijo y el Padre tiene estas cosas siempre, entonces es evidente que las cosas que tiene el Hijo, al ser del Padre, están siempre en Él. [5] Así pues, no decía estas cosas porque no las tuviera en algún momento, pues el Hijo las tiene eternamente, al tener del Padre todo lo que posee.

36. [1] Para evitar que alguno, al ver al Hijo que tiene todo cuanto tiene el Padre (en razón de la inalterable semejanza e identidad de cuanto tiene), llevado a engaño como Sabelio, cometa la impiedad de pensar que el Hijo es el Padre, por esta razón utilizó las expresiones *Me ha sido dado*[307], *Recibí*[308], y *Me ha sido entregado*[309]. El único propósito es mostrar que el

301. Jn 1, 14.
302. Jn 3, 35.
303. Mt 11, 27.
304. Jn 5, 30.
305. Jn 16, 15.
306. Cf. Jn 17, 10.
307. Mt 28, 18.
308. Jn 10, 18.
309. Mt 11, 27.

Hijo no es el Padre, sino el Logos del Padre, y que el Hijo eterno tiene, por su semejanza con el Padre, aquellas cosas que ha recibido de Él, mientras que las tiene eternamente por ser el hecho de ser Hijo que procede del Padre. [2] Por ello, es posible comprender, incluso a partir de las expresiones mismas: *Me ha sido dado*, *Me ha sido entregado*, y otras expresiones semejantes, que no menoscaban la divinidad del Hijo. En efecto, si todo le ha sido entregado[310], Él es, para empezar, distinto de todas las cosas que ha recibido. Además, como es el heredero de todas las cosas[311], es el Hijo mismo y sustancialmente lo propio del Padre, ya que, si fuese una entre todas las cosas, no sería el heredero de todas ellas, sino que cada uno recibiría también según quisiera y diese el Padre. Ahora bien, como el Hijo recibe todas las cosas, es distinto de todas ellas y el único propio del Padre.

[3] Por otra parte, las expresiones: *Me ha sido dado* y *Me ha sido entregado* no indican que no tuviese esas cosas en algún momento, como es posible comprenderlo a partir de una expresión semejante y en todos los casos. El Salvador mismo, en efecto, dice: *Así como el Padre tiene vida en Él, así también le ha dado al Hijo tener vida en Él*[312]. Al decir *ha dado*, está indicando que Él no es el Padre, mientras que al decir *así*, muestra el carácter propio por naturaleza del Hijo respecto del Padre y su semejanza. [4] Por lo tanto, si se hubiese dado un tiempo en que el Padre no tenía vida, entonces sería evidente que hubo un tiempo en que tampoco el Hijo la tenía, ya que de la misma manera que sucede con el Padre sucede también con el Hijo. Pero si es impío decir esto y por otro lado es más piadoso decir que el Padre siempre la tiene, ¿cómo no va a ser absurdo, si el Hijo dice tener la vida de la misma manera que la tiene el Padre, que los arrianos digan que el Hijo no la tiene de esta manera sino de otra? El Logos es más digno de fe[313], y

310. Cf. Mt 11, 27.
311. Cf. Hb 1, 2.
312. Jn 5, 26.
313. Cf. 1Tm 4, 9.

lo que dice que ha recibido y tiene siempre, eso lo tiene habiéndolo recibido del Padre, y el Padre no lo recibe de ningún otro, mientras que el Hijo lo tiene del Padre.

[5] En efecto, ocurre lo mismo que si en el caso del resplandor éste dijera: «La luz me ha dado iluminar todo lugar y no ilumino por mí mismo, sino como quiere la luz». Al decir esto, no da a entender que en algún momento no la tuviese, sino «soy algo propio de la luz, y todo lo suyo es mío». [6] De igual manera, e incluso más, es posible pensar acerca del caso del Hijo, ya que el Padre ha dado todas las cosas al Hijo y a su vez tiene todas las cosas en el Hijo, y al tenerlas el Hijo, las tiene de nuevo el Padre. La divinidad del Hijo es, en efecto, la divinidad del Padre, y de esta manera el Padre, en su providencia, dispone de todas las cosas en el Hijo.

37. [1] Éste es, por tanto, el sentido de semejantes expresiones. Y, por otro lado, cuanto se dice humanamente del Salvador, también tiene a su vez un significado piadoso. Por esta razón, en efecto, hemos examinado detenidamente con anterioridad semejantes expresiones, para que cuando le oigamos preguntar dónde yace Lázaro[314] y cuando, *tras haber llegado a la región de Cesarea*[315], trate de averiguar: *¿Quién dicen los hombres que soy Yo?*[316], *¿Cuántos panes tenéis?*[317], y *¿Qué queréis que haga por vosotros?*[318], [2] reconozcamos, a partir de cuanto se ha dicho anteriormente, el significado correcto de las expresiones y no nos escandalicemos, como los arrianos que combaten a Cristo.

Así pues, a quienes cometen impiedad hay que preguntarles en primer lugar de dónde piensan ellos que procede la ignorancia de Cristo. En efecto, el que pregunta no tiene por qué ser completamente ignorante cuando pregunta, sino que es po-

314. Cf. Jn 11, 34.
315. Mt 16, 13.
316. Mc 8, 27. Cf. Mt 16, 13.
317. Mc 6, 38.
318. Mt 20, 32.

sible que quien sepa algo pregunte acerca de lo que conoce con certeza. [3] Juan sabe, naturalmente, que cuando el Señor pregunta: *¿Cuántos panes tenéis?*[319], no lo ignoraba, pues dice: *Esto lo decía tratando de probar a Felipe, pues Él sabía qué iba a hacer*[320]. Si sabía lo que hacía entonces no lo ignoraba, sino que lo pregunta sabiéndolo. Es ciertamente posible entender también los casos que son similares a partir de éste, porque cuando el Señor pregunta no ignora dónde yace Lázaro ni quién dicen los hombres que es Él, sino que lo pregunta a propósito, sabiendo lo que va a hacer. De esta manera se rechaza rápidamente la sabia invención de los arrianos.

[4] Pero si todavía quieren batallar por el hecho de que pregunte, deberán escuchar entonces que en la divinidad no se da la ignorancia, y que el hecho de ignorar es propio de la carne, como se ha dicho. Que esto sea verdad se ve por cómo el Señor mismo, que es quien pregunta dónde yace Lázaro, cuando no estaba presente, sino estando todavía lejos, dijo: *Lázaro ha muerto*[321] e indica dónde ha muerto. El mismo que ellos consideran ignorante es el que conoce de antemano los pensamientos de los discípulos y sabe lo que hay en el corazón de cada uno y *qué hay en el hombre*[322]. Y lo que es más importante, únicamente Él conoce al Padre y dice: *Yo estoy en el Padre y el Padre en mí*[323].

38. [1] Así pues, para cualquiera es evidente que el hecho de ignorar es propio de la carne, mientras que el Logos mismo, en cuanto que es Logos, conoce todas las cosas incluso antes de que lleguen a suceder. En verdad, no deja de ser Dios por el hecho de haber llegado a ser hombre, como tampoco por el hecho de ser Dios huye de lo humano. ¡Que esto no suceda! Sino que más bien, aunque era Dios, asumió la carne y, al vi-

319. Mc 6, 38.
320. Cf. Jn 6, 6.
321. Jn 11, 14.
322. Jn 2, 25.
323. Jn 14, 11.

vir en la carne, divinizó la carne. [2] Y al igual que estando en ella preguntaba, de la misma manera estando también en ella resucitó al muerto y mostró a todos que Aquél que vivifica a los muertos[324] y vuelve a llamar al alma, con mucha más razón conoce lo que está escondido en todas las cosas y conocía dónde yacía Lázaro. Lo preguntaba, no obstante, y esto lo hacía el Logos de Dios, todo santo, el que soportó todos los sufrimientos por nosotros, para que, al llevar nuestra ignorancia de esta manera sobre sí, nos concediera la gracia de conocer a su único y verdadero Padre y a Él mismo, el enviado por nosotros para la salvación de todos. No podría haber una gracia mayor que ésta.

[3] Por lo tanto, cuando el Salvador dice (y son éstas las expresiones que los arrianos toman como excusa): *Me ha sido dado poder*[325], y *Glorifica a tu Hijo*[326], y Pedro también afirma: *Le ha sido dado poder*[327], debemos entender todas estas expresiones de la misma manera; es decir, que dice todas estas cosas humanamente, por causa del cuerpo. En efecto, aunque el Hijo no tenía necesidad, sin embargo se dice que ha tomado aquello que ha recibido humanamente; de nuevo para que la gracia permaneciese firme al haberla recibido el Señor y haber descansado sobre Él la donación. [4] Así, cuando la recibe alguien, que es solo un hombre, es posible que le sea arrebatada, y esto ha quedado claro en el caso de Adán[328], el cual, después de haberla recibido, la echó a perder. Pero para que la gracia no se pudiera perder y fuese preservada firme para los hombres, el Señor hizo suya la donación, y dice que ha recibido, en cuanto hombre, el poder que tenía siempre en cuanto Dios. También afirma: «Glorifícame a mí, que soy el que glorifico a

324. Cf. Jn 5, 21.
325. Mt 28, 18.
326. Jn 17, 1.
327. Ap 13, 7. ¿Está atribuyendo entonces Atanasio el Apocalipsis a Pedro?
328. Cf. Gn 3, 22-23.

otros», para que se muestre que tiene una carne que necesita de estas cosas. Por tanto, se dice que el Señor ha recibido, porque la carne ha recibido y porque la carne que recibe está en Él y al asumirla llegó a ser hombre.

39. [1] Así pues, si el Logos no hubiese llegado a ser hombre, como muchas veces se ha dicho, entonces hay que atribuir al Logos, como decís vosotros, el hecho de recibir, carecer de gloria e ignorar. Pero si llegó a ser hombre (y efectivamente llegó a serlo) y es propio del hombre el hecho de recibir, carecer de gloria e ignorar, ¿por qué razón consideramos al que da como si fuese el que recibe, suponemos que está necesitado el que provee a los demás, separamos al Logos del Padre como si fuera imperfecto y tuviese necesidad, y despojamos a la humanidad de la gracia? [2] En efecto, si resulta que el Logos mismo, en cuanto Logos, recibe y es glorificado por causa de sí mismo y es el que es santificado y resucita según la divinidad, ¿qué clase de esperanza hay entonces para los hombres? Ciertamente, permanecerán como estaban, desnudos, temerosos y muertos, al no tener parte alguna en aquello que es dado al Hijo. [3] Y entonces, ¿por qué razón el Logos habitó entre nosotros y llegó a ser hombre? Si lo hizo para recibir aquellas cosas que dice que ha recibido, entonces carecía de ellas antes, y sería más bien el Logos quien debería reconocerse agradecido al cuerpo, ya que, cuando llegó a ser en el cuerpo, recibe estas cosas que no tenía antes de su descenso a la carne. Y en base a esto, parece más que el Logos mejora a causa del cuerpo que el cuerpo a causa de Él. Sin embargo, éste es un modo de pensar propio de los judíos.

[4] En cambio, si el Logos habitó entre nosotros para redimir el linaje humano y llegó a ser carne para santificar y divinizar a los hombres (pues con este propósito llegó a ser hombre), ¿a quién no le resulta ya evidente que aquellas cosas que dice que ha recibido, cuando llegó a ser hombre, no las dice por causa de sí mismo, sino por la carne? [5] En efecto, estaba

en ella cuando hablaba y a ella pertenecían los dones que el Padre concede por medio de Él. Veamos entonces qué era lo que pedía y, en general, qué era lo que decía que había recibido, para que así aquellos puedan ser capaces de darse cuenta. Pedía, pues, gloria, y sin embargo decía: *Todo me ha sido entregado*[329]; y después de la resurrección afirma que ha recibido todo poder[330]. [6] No obstante, también era Señor de todas las cosas antes de que dijese: *Todo me ha sido entregado*, ya que *todo llegó a ser por medio de Él*[331] y era el *único Señor*[332], *por medio del cual son todas las cosas*[333]. Y cuando pedía la gloria era y es *Señor de la gloria*, como dice Pablo: *Pues si lo hubieran conocido no habrían crucificado al Señor de la gloria*[334]. En efecto, cuando decía: *Con la gloria que yo tenía junto a ti antes que el mundo existiese*[335], tenía lo que estaba pidiendo.

40. [1] Y el poder que dice que ha recibido después de la resurrección, ése lo tenía también antes de recibirlo y antes de la resurrección, ya que el Señor mismo recriminaba a Satanás en virtud de sí mismo, diciendo: *Apártate, detrás de mí, Satanás*[336], y a sus discípulos les daba poder contra él y, cuando volvieron, les decía: *He visto a Satanás cayendo como un relámpago desde el cielo*[337]. [2] No obstante, se muestra nuevamente que aquello que dice que ha recibido lo tiene antes de recibirlo, ya que Él mismo expulsaba los demonios y desataba lo que Satanás había atado (como en el caso de la hija de Abrahán[338]), perdonaba los pecados diciendo al paralítico y a la mujer que le untaba los pies: *Tus pecados te son perdonados*[339], resucitaba a los muertos y restauró el nacimiento del ciego concediéndole la gracia de la visión[340]. [3] Y todas estas cosas no las hacía

329. Lc 10, 22.
330. Cf. Mt 28, 18.
331. Jn 1, 3.
332. 1 Co 8, 6.
333. *Ibidem.*
334. 1 Co 2, 8.
335. Jn 17, 5.
336. Mt 16, 23. Cf. Mt 4, 10.
337. Lc 10, 18-19.
338. Cf. Lc 13, 16.
339. Mt 9, 5. Cf. Lc 7, 48.
340. Cf. Jn 9, 1.7.

como quien tiene la intención de hacerlo y espera el momento de recibir el poder, sino siendo perfectamente poderoso. Por lo tanto, a partir de este hecho, es evidente que, una vez que ha llegado a ser hombre y después de la resurrección, se dice también que ha recibido en cuanto hombre aquellas cosas que tenía por ser Logos, para que por causa suya los hombres, *al haber llegado a ser partícipes de la naturaleza divina*[341], tengan en adelante poder contra los demonios[342] en la tierra, y reinen[343] eternamente en el cielo al haber sido liberados de la corrupción[344].

[4] En general es necesario conocer que no ha recibido nada de lo que dice haber recibido, como si no lo tuviera, ya que al ser el Logos de Dios tenía siempre estas cosas. Y ahora se dice que lo ha recibido en cuanto hombre para que, al haberlo recibido la carne que está en Él, a partir de aquella carne en adelante aquello también permanezca para nosotros de manera firme. [5] No hay duda de que lo que Pedro dice tiene semejante sentido: *Habiendo recibido de Dios la honra y la gloria*[345], y también: *Habiendo sometido los ángeles a Él*[346]. Pues así como resucitó a Lázaro en cuanto Dios (aunque preguntaba como un hombre), de igual manera también la expresión «recibió» se le atribuye en cuanto hombre, y la sumisión de los ángeles muestra la divinidad del Logos.

41. [1] Por consiguiente, poned fin a todo esto, vosotros que sois odiosos a Dios, y no minimicéis al Logos ni le privéis de su divinidad, que es precisamente la del Padre, como si necesitase de algo o fuese ignorante, para no lanzar contra Cristo lo que os corresponde a vosotros mismos, igual que hacían los judíos de entonces, cuando lo apedreaban[347]. En efecto, resulta

341. 2 P 1, 4.
342. Cf. Mt 10, 1.
343. Cf. Ap 22, 5.
344. Cf. Rm 8, 21.
345. 2 P 1, 17.
346. 1 P 3, 22.
347. Cf. Jn 10, 31.

que estas cosas no son propias del Logos, en cuanto Logos, sino de los hombres. [2] Y de la misma manera que, aunque escupió, extendió las manos y llamó a Lázaro, no diríamos que la hazaña era humana (por más que tuviese lugar por medio del cuerpo), sino de Dios, así tampoco, aunque en el Evangelio se atribuyan cosas humanas al Salvador, cuando veamos la naturaleza de las cosas que se le atribuyen y lo ajenas que resultan a Dios, pensemos entonces que se atribuyen a la divinidad del Logos, sino a su humanidad. Pues, aunque el *Logos llegó a ser carne*[348], sin embargo los padecimientos son propios de la carne, y aunque la carne es llevada por Dios en el Logos, no obstante la gracia y la potencia son propias del Logos, y por ello hacía las obras de Dios mediante la carne. [3] Pero no por ello dejaban de mostrarse en Él los padecimientos de la carne, como cuando preguntaba por Lázaro y lo resucitó, y cuando reprendía a su madre, diciendo: *Todavía no ha llegado mi hora*[349], y en seguida convirtió el agua en vino. En efecto, el Logos era Dios verdadero en la carne y la carne estaba verdaderamente en Él. Por esta razón, a partir de sus obras le conocemos a como Hijo de Dios y conocemos a su propio Padre, mientras que a partir de los padecimientos propios de la carne mostraba que llevaba verdaderamente un cuerpo y que éste era suyo propio.

42. [1] Siendo así las cosas, estudiemos entonces también la expresión: *Acerca del día y de la hora nadie sabe, ni los ángeles ni el Hijo*[350]. [2] En efecto, al tener una ignorancia tan grande sobre esto y estar aturdidos, los arrianos creen tener en esta afirmación un gran pretexto para su herejía. Yo, por mi parte, veo que los herejes, al alegar esto como pretexto y aparejándose con ello, luchan nuevamente contra Dios como los Gigantes. En efecto, el Señor del cielo y de la tierra, por medio del cual llegaron a ser todas las cosas[351], es juzgado por ellos en

348. Jn 1, 14.
349. Jn 2, 4.
350. Mt 24, 36; Mc 13, 32.
351. Cf. Jn 1, 3.

lo que se refiere al día y la hora; el Logos, que conoce todas las cosas, es acusado por ellos de no conocer el día; y el Hijo, que conoce al Padre, se dice que desconoce la hora del día. [3] ¡Caramba! ¿Qué estupidez más grande se podría decir? ¿Con qué clase de locura podrá uno comparar estas cosas? Resulta que por medio del Logos llegaron a ser todas las cosas: los tiempos, las ocasiones, la noche, el día y toda la creación, ¿y se dice que el Artífice desconoce aquello que ha sido creado?

[4] Pero el curso mismo de la lectura muestra que el Hijo de Dios conoce el día y la hora, por más que los arrianos caigan en la ignorancia. Pues aunque ha dicho *ni el Hijo*, refiere a sus discípulos todo aquello que antecede al día, diciendo: «Sucederá esto y aquello y luego vendrá el fin»[352]. El que refiere las cosas que preceden al día conoce también sin duda alguna el día que vendrá después de cuanto ha sido dicho con antelación, mientras que si no hubiese conocido la hora tampoco habría indicado las cosas que sucederán antes de ella, por no saber cuándo tendrá lugar la hora. [5] Y de igual manera que si uno, queriendo indicar una casa o ciudad a quienes no la conocen, señalase las cosas que se encuentran antes de la casa y la ciudad y, una vez que ha dado todas las indicaciones, dijera: «Luego, en seguida, está la ciudad y la casa», ésa persona que da las indicaciones conocería perfectamente dónde están la casa y la ciudad (pues no habría indicado qué hay delante de aquellas, si no las hubiese conocido, para evitar o bien que quienes le escuchan se alejen mucho por causa de su ignorancia, o bien que, por hablar él, el sitio que indica pase inadvertido y sea sobrepasado); de igual manera el Señor, al decir las cosas que preceden al día y a la hora, conoce con precisión, y no ignora, cuándo será la hora.

43. [1] Así pues, es algo en lo que nadie debe entrometerse el saber por qué no dijo entonces abiertamente a sus discípu-

352. Cf. Mt 24, 3ss.

los aquellas cosas sobre las que guardó silencio. En efecto, *¿quién llegó a conocer la mente del Señor y quién ha sido su consejero?*[353]. Pero pienso que ninguno de los creyentes ignora la razón por la cual, aunque lo sabía, decía que tampoco el Hijo lo conoce; es decir, afirmaba también esto, no obstante, en cuanto hombre, a causa de la carne. En modo alguno esto es un defecto del Logos, sino de la naturaleza humana de la cual es propio el hecho de ignorar. [2] También uno podría entenderlo, si con una buena conciencia considera detenidamente la ocasión, en qué momento y a quiénes decía el Salvador estas cosas. No decía estas cosas ciertamente cuando el cielo llegó a ser por medio de Él[354], ni cuando estaba junto a Dios disponiendo todas las cosas armoniosamente[355], ni antes de llegar a ser hombre, sino cuando *el Logos llegó a ser carne*[356]. Por esta razón es justo que todas aquellas cosas, que dice en cuanto hombre después de haber llegado a ser hombre, se atribuyan también a su humanidad. [3] En efecto, es propio del Logos conocer las cosas que han sido hechas y no desconocer su final, pues son obras suyas. Él sabe también cuántas son y hasta cuándo les ha dado consistencia y, al conocer el origen y el final de cada una de ellas, conoce perfectamente el final de todas ellas en conjunto.

[4] Naturalmente, cuando en el Evangelio dice de sí mismo en cuanto hombre: *Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo*[357], es evidente que como Logos conoce también la hora del final de todas las cosas, mientras que como hombre lo ignora, ya que es propio del hombre el hecho de ignorar, sobre todo estas cosas. Sin embargo, también esto forma parte del amor del Salvador por los hombres, [5] puesto que, después de haber llegado a ser hombre, no se avergonzó de decir «no lo

353. Rm 11, 34 (Is 40, 13).
354. Cf. Jn 1, 3.
355. Cf. Pr 8, 30.
356. Jn 1, 14.
357. Jn 17, 1.

sé» a causa de la carne que no lo sabe, para mostrar que, aunque conoce en cuanto Dios, no lo sabe carnalmente. Por eso no ha dicho: «Ni el Hijo de Dios sabe», para que no parezca que es la divinidad la que lo ignora, sino que dijo simplemente *ni el Hijo*, para que la ignorancia pertenezca al Hijo que llega a ser uno de los hombres.

44. [1] También por esta razón, al hablar de los ángeles, no ha dicho, ascendiendo más todavía, que «ni el Espíritu Santo sabe», sino que ha guardado silencio mostrando dos cosas: si lo sabe el Espíritu, con mayor razón lo sabe el Logos, en cuanto que es Logos, porque también el Espíritu recibe de Él; y también, al haber guardado silencio acerca del Espíritu, ha dejado claro que decía *ni el Hijo* refiriéndose al servicio divino que presta su humanidad. [2] Prueba de ello es que, al haber dicho en cuanto hombre que ni el Hijo conoce, muestra sin embargo que conoce todas las cosas en cuanto Dios, pues quien dice que el Hijo no conoce el día es el mismo Hijo, que sin embargo conoce al Padre y afirma: *Nadie conoce al Padre sino el Hijo*[358].

[3] Todo el mundo –a excepción de los arrianos– estaría de acuerdo en reconocer que el que conoce al Padre conoce, con mucha más razón, la totalidad de la creación, y en la totalidad está incluido también el final de dicha creación. Y si el día y la hora ya están fijados por Dios, es evidente que han sido fijados por medio del Hijo, y que el Hijo conoce lo que ha sido fijado por medio de Él, pues no hay nada que no haya llegado a ser o no haya sido fijado por medio del Hijo. Así pues, como el Hijo es el artífice de todas las cosas, conoce cómo son, su número y hasta cuándo el Padre ha decretado que existan de esa manera, pues en el número y el hasta cuándo se incluye el cambio que experimentan. [4] Y a su vez, si todo lo del Padre es del Hijo (esto, en efecto, lo dijo Él mismo[359]) y es pro-

358. Mt 11, 27.

359. Cf. Jn 16, 15.

pio del Padre conocer el día, entonces es evidente que también el Hijo lo conoce por tener también eso como algo propio recibido del Padre. Además, si el Hijo está en el Padre y el Padre en el Hijo, y resulta que el Padre conoce tanto el día como la hora, entonces es claro que también el Hijo, al estar en el Padre y conocer las cosas que hay en el Padre, conoce el día y la hora. Por otro lado, si el Hijo también es imagen verdadera del Padre y resulta que el Padre conoce el día y la hora, entonces es evidente que el Hijo también se asemeja al Padre en el hecho de conocer dichas cosas.

[5] Nada de extraño tiene que Aquél *por medio del cual llegaron a ser todas las cosas*[360] y en quien todo tiene su consistencia[361] conozca las cosas que han llegado a ser, y cuándo tendrá lugar el final de cada una de ellas en particular y de todas ellas juntas. Sin embargo, la presente temeridad que caracteriza a los seguidores de Arrio nos ha obligado a entrar en una extensa defensa, [6] ya que al incluir al Hijo de Dios, el Logos eterno, entre el número de las cosas que han llegado a ser, poco a poco han venido a decir que incluso el Padre mismo es inferior a la creación. En efecto, si quien conoce al Padre no conoce el día y la hora, entonces me temo que será más importante, como ellos podrían decir aquejados por la locura, el conocimiento de la creación (o más bien el conocimiento de una pequeña parte de ella) que el conocimiento del Padre.

45. [1] Pero como blasfeman de esta manera contra el Espíritu, que no esperen recibir en algún momento el perdón de esta impiedad, como el Señor dijo[362]. En cambio nosotros, amantes y portadores de Cristo, sabemos que el Logos, en cuanto que es Logos, no dijo «no sé» porque lo ignorase (pues lo sabía), sino para mostrar su humanidad, ya que es propio de los hombres el hecho de ignorar y porque se revistió de la carne

360. Jn 1, 3.
361. Cf. Col 1, 17.
362. Cf. Mt 12, 32.

que es ignorante, y estando en ella decía carnalmente: «No sé». [2] De este modo, después de haber dicho en ese momento: *Ni el Hijo conoce*, y poniendo como ejemplo la ignorancia de los hombres del tiempo de Noé, añadió enseguida: *Así pues, estad vigilantes porque no sabéis tampoco vosotros qué día viene vuestro Señor*[363]; y en otra ocasión [dijo]: *En la hora en que no lo pensáis viene el Hijo del Hombre*[364]. «Es por vosotros que yo, al haber llegado a ser como vosotros, he dicho: Ni el Hijo». [3] Si lo hubiese ignorado en cuanto Dios tendría que haber dicho: «Así pues, estad vigilantes porque yo no sé», o también: «En la hora en que yo no pienso». Ahora bien, no ha dicho eso, sino que al haber dicho: *Vosotros no sabéis* y *en la hora en que no pensáis*, ha mostrado que el hecho de ignorar es algo propio de los hombres. Asumiendo por ellos una carne semejante a la suya y habiendo llegado a ser hombre, decía: «*Ni el Hijo sabe*, pues no conozco con la carne, aunque conozco como Logos».

[4] También el ejemplo de Noé refuta la desvergüenza de los que combaten a Cristo, ya que tampoco allí dijo: «No sé», sino: *No lo supo hasta que llegó el diluvio*[365]. Los hombres, en efecto, no lo sabían, pero el que dirigía el diluvio (que era el Salvador mismo) sabía el día y la hora en que abrió las compuertas del cielo y rasgó los abismos[366] y dijo a Noé: *Entrad tú y tus hijos en el arca*[367]. [5] Si no lo hubiese sabido, no habría dicho con antelación a Noé: *Todavía quedan siete días y dirigiré el diluvio contra la tierra*[368]. Y si describe el día, tomando como imagen lo que ocurrió con Noé, y conocía el día del diluvio, sin duda sabía también el día de su propia venida.

46. [1] Además, al haber establecido una semejanza con el caso de las vírgenes, ha mostrado de una manera más clara to-

363. Mt 24, 42.
364. Mt 24, 44.
365. Mt 24, 39.
366. Cf. Gn 7, 11.
367. Gn 7, 1.
368. Gn 7, 4.

davía quiénes son los que desconocen el día y la hora, diciendo: *Así pues, estad vigilantes, porque no sabéis el día ni la hora*[369]. [2] Por lo tanto, cuando los discípulos le preguntan de esta manera acerca del final, les dijo carnalmente, por razón del cuerpo, en aquella ocasión: *Ni el Hijo*, para mostrar que no lo sabe como hombre, ya que es propio de los hombres el hecho de ignorar. Ciertamente, si es Logos y es el que viene, el juez y el esposo, entonces sabe cuándo y a qué hora viene y cuándo va a decir: *Despierta tú que duermes y resucita de los muertos*[370]. En efecto, así como al haber llegado a ser hombre tiene hambre, sed y padece junto con los hombres, de igual manera como hombre entre los hombres no sabe, mientras que en cuanto Dios, estando en el Padre, lo sabe como Logos y Sabiduría y no hay nada que ignore.

[3] De la misma manera también pregunta humanamente acerca de Lázaro, Él que ha sido enviado para resucitarlo y sabe de dónde [tiene que] reclamar el alma de Lázaro (y es más relevante saber dónde está el alma que saber dónde ha sido colocado el cuerpo). Y no obstante preguntó como hombre para resucitarlo como Dios. [4] También así pregunta a los discípulos, después que llegaron a la región de Cesarea, aún sabiéndolo antes de que Pedro haya respondido[371]. Pues si el Padre ha revelado a Pedro aquello acerca de lo cual el Señor le estaba preguntando, es evidente que la revelación ha tenido lugar por mediación del Hijo, ya que dice: *Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo se lo revele*[372]. [5] Y si el conocimiento del Padre y del Hijo es revelado a través del Hijo, no hay duda de que el Señor mismo que está preguntando lo hacía humanamente después de haber revelado previamente a Pedro aquello que procede del Padre, para mostrar también que, aunque pre-

369. Mt 25, 13.
370. Ef 5, 14.
371. Cf. Mt 16, 13.
372. Mt 11, 27; Lc 10, 22.

guntaba carnalmente, sabía en cuanto Dios lo que Pedro iba a decir. Por tanto, el Hijo lo sabe, pues conoce todas las cosas y conoce a su propio Padre. No podría darse un conocimiento ni mayor ni más perfecto que éste.

47. [1] Estas cosas, pues, son suficientes para refutarlos, pero quería preguntar a los arrianos para que así aparezcan como notables enemigos de la verdad y que luchan contra Cristo. El Apóstol, escribiendo en la segunda Epístola a los corintios, dice: *Conozco a un hombre en Cristo que hace catorce años (no sé si en el cuerpo o fuera del cuerpo, Dios lo sabe)*[373]... ¿Qué ha dicho entonces? ¿Sabe el Apóstol, aunque diga *no sé*, lo que ha experimentado en la visión o no lo sabe? [2] Pues si resulta que no lo sabe, vigilad entonces, no sea que, habiendo aprendido a caer, caigáis también en el delito de los frigios, quienes afirman que ni los profetas, ni los demás que servían al Logos, tenían conocimiento de las cosas que hacían ni de las cosas que anunciaban. Por el contrario, si resulta que dice *no sé*, aunque lo sepa (pues tenía en sí mismo a Cristo, que es quien le revelaba todas las cosas), ¿cómo no va a estar verdaderamente corrompido[374] y autocondenado[375] el corazón de los que combaten a Dios? [3] ¡Afirman que el Apóstol, que dice *no sé*, sabe, y en cambio afirman que el Señor, que dice *no sé*, no sabe! En efecto, puesto que Cristo está en él, si Pablo sabe aquello que dice que no sabe, ¿cómo no va a saber más Cristo mismo, aunque diga *no sé*? [4] El Apóstol, por tanto, al revelárselo el Señor, sabe lo que ha experimentado y ésta es entonces la razón por la que dice: *Conozco un hombre en Cristo*. Al conocer a la persona conoce también cómo fue arrebatado.

[5] De hecho Eliseo, al ver a Elías, sabe también cómo fue elevado a lo alto, y no obstante, aunque lo sabe, como los hi

373. 1 Co 12, 2.
374. Cf. Dt 32, 20.
375. Cf. Tt 3, 11.

jos de los profetas creían que Elías había sido arrojado a uno de los montes por el Espíritu y le apremiaban (aunque él trataba de convencerlos, porque conocía la causa que él mismo había visto), se mantuvo callado y accedió a que marcharan a buscarlo[376]. [6] Así pues, ya que se calló, ¿no lo sabía entonces? Lo sabía, y sin embargo accedió, como si no lo supiera, para que aquellos, una vez que se hubiesen convencido, no volvieran a dudar ya más acerca de la subida de Elías a lo alto. Con mayor razón, por tanto, Pablo, al ser él mismo el que fue arrebatado, sabe también cómo fue el rapto. También Elías lo sabía y, si alguno se lo hubiese preguntado, habría explicado cómo fue llevado a lo alto.

[7] No obstante, Pablo dice «no sé», y esto por dos razones: la primera, según creo yo y como él mismo dijo, para que, por causa de la excelencia de las revelaciones[377], no se pensase que él era algo distinto y más grande de lo que veían[378]; la otra, porque habiendo dicho el Salvador *no sé*, era propio que también él dijese *no sé*, para que no pareciese que él, siendo el siervo, estaba por encima de su Señor y el discípulo por encima del maestro[379].

48. [1] Así pues, mucho más ha de conocer Aquél que ha hecho que Pablo conociese. No hay duda de que, al describir las cosas que anteceden al día, sabe también –como he dicho antes– cuándo será el día y la hora. Sin embargo, aunque lo sabe, dice: *Ni el Hijo lo sabe.* ¿Con qué propósito dijo entonces que no sabía aquello que conocía como dueño? Como es necesario que concluya la pregunta, eso lo hizo, pienso yo, buscando lo qué nos convenía a nosotros. ¡Quiera el Salvador mismo en su voluntad darnos a entender la verdad! En ambas cosas el Salvador mira por aquello que es provechoso para nosotros. [2] En efecto, por un lado nos ha mostrado las cosas que

376. Cf. 2 R 2, 12.15-18.
377. Cf. 2 Co 12, 7.
378. Cf. 2 Co 12, 6.
379. Cf. Mt 10, 24.

sucederán antes del final, para que, como Él mismo dijo, cuando ocurran, no nos extrañemos[380] ni temamos[381], sino que por ellas conozcamos el final que las sigue; y por otro lado, en lo que se refiere al día y a la hora, no ha querido decir, en cuanto Dios, que «sabe», sino que ha dicho «no sé», como ya hemos dicho antes, carnalmente, por causa de la carne que es ignorante, para que ya no le pregunten más en el futuro, o para no entristecer entonces a los discípulos por no habérselo dicho, o para evitar que, al decirlo, hiciese algo que vaya en contra de lo que conviene a los discípulos y a todos nosotros. Haga lo que haga, en cualquier caso, esto lo hace sin ninguna duda por nosotros, ya que también por nosotros *el Logos llegó a ser carne*[382], y, por lo tanto, también por causa nuestra ha dicho aquello de *ni el Hijo sabe*.

Y no mintió al decir esto (pues dijo «no sé» humanamente, en cuanto hombre), ni dejó que sus discípulos le apremiaran, ya que, al haber dicho «no sé», puso fin a sus preguntas. [3] Así en los Hechos de los Apóstoles está escrito que cuando se colocó por encima de los ángeles[383], subiendo como hombre y llevándose arriba la carne que llevaba, y también cuando los discípulos, al ver esto, volvían a preguntar: «¿Cuándo tendrá lugar el final y cuándo vendrás tú?»[384], el Señor les dijo más claramente: *No os toca a vosotros conocer los tiempos y las ocasiones que el Padre ha dispuesto con su propia autoridad*[385]. [4] Y no dijo entonces «ni el Hijo», como había dicho antes en cuanto hombre, sino: *No os toca a vosotros conocer*, ya que en adelante la carne estaba resucitada, desembarazada de la muerte y divinizada. Además ya no era apropiado que Él, al estar subiendo al cielo, respondiese carnalmente, sino que en adelante, en cuanto Dios, enseñase que *no os toca a vosotros co-*

380. Cf. 1 P 4, 12.
381. Cf. Mt 24, 6; 2 Ts 2, 2.
382. Jn 1, 14.
383. Cf. Sal 17 (18), 11.
384. Cf. Mt 24, 3.
385. Hch 1, 7.

nocer los tiempos y las ocasiones que el Padre ha dispuesto con su autoridad; sin embargo recibiréis la potencia[386]. ¿Y quién es la potencia del Padre sino Cristo? En efecto, *Cristo es la potencia de Dios y la Sabiduría de Dios*[387].

49. [1] Por lo tanto, al ser Logos, el Hijo lo sabe, pues al decir esto dio a entender que «yo sé, pero no os toca a vosotros conocer. También por vosotros dije, sentado en el monte, que *ni el Hijo lo sabe*, por vuestra conveniencia y la de todos. En efecto, os conviene escuchar de esta manera lo que se refiere a los ángeles y al Hijo a causa de los engaños que vendrán después, de manera que, aunque los demonios tomen la forma de ángeles[388] e intenten hablar sobre el final de los tiempos, no les creáis, porque ellos lo desconocen. [2] E incluso si el anticristo, cambiando su propia figura, dijese: «Yo soy el Cristo»[389], y tratase de hablar sobre el final de los tiempos para engañar a los que lo escuchasen, puesto que vosotros habéis oído de mí mismo que *ni el Hijo* lo sabe, tampoco le creáis a él. No conviene a los hombres saber cuándo será el final o el día del final por otra razón: para que al saberlo no lleguen a despreciar el tiempo intermedio mientras aguardan los días cercanos al final, pues sólo en ese momento tendrían un motivo para cuidar de sí mismos».

[3] Por esta razón también ha guardado silencio sobre el final de cada uno, la muerte, para que los hombres, ensoberbecidos en razón del conocimiento, no comiencen a abandonar el cuidado de sí mismos la mayor parte del tiempo. Por tanto, no hay duda de que el Logos nos ha ocultado ambas cosas, el final universal y el término de cada uno (pues también en el universal se incluye el final de cada uno y en el término de cada uno el universal), para que, al no estar claro el final y esperarlo cada día, como quienes son llamados, progresemos *ten-*

386. Hch 1, 7-8.
387. 1 Co 1, 24.
388. Cf. 2 Co 11, 14.
389. Cf. Mt 24, 5.

diendo hacia lo que está por delante, olvidándonos de lo que queda atrás[390]. [4] En efecto, ¿quién, al conocer el día del final, no descuidará el tiempo intermedio, y quién, desconociéndolo no se preparará cada día? Por esta razón, pues, el Salvador añadió otras palabras a éstas, diciendo: *Así pues, estad vigilantes, porque no sabéis vosotros tampoco qué día vendrá vuestro Señor*[391], y también: *El Hijo del hombre vendrá en la hora en que no penséis*[392]. Esto lo ha dicho, ciertamente, por la conveniencia que deriva del hecho de ignorarlo. Y sin duda que, al decir esto, también quiere que nosotros estemos preparados en todo momento. Dice: «Vosotros no lo sabéis, pero yo, el Señor, sí sé cuándo voy a venir, por más que los arrianos no piensen que soy el Logos del Padre».

50. [1] Así pues, conociendo lo que es conveniente para nosotros, el Señor fortalecía de esa manera a los discípulos, y ellos, una vez aprendido, corregían a su vez a los tesalonicenses que iban a equivocarse en este punto[393]. [2] Pero puesto que los arrianos, que combaten a Cristo, ni siquiera así se retractan, aunque sé que tienen un corazón más endurecido que el de Faraón[394], quiero volverles a preguntar también acerca de lo siguiente. En el paraíso Dios pregunta, diciendo: *Adán, ¿dónde estás?*[395], y también interroga a Caín: *¿Dónde está Abel, tu hermano?*[396]. ¿Qué decís al respecto? Pues, si pensáis que Dios lo ignora y que por esta razón lo pregunta, entonces os habéis alineado ya junto con los maniqueos (semejante osadía, en efecto, es algo propio de ellos), pero si por temor a ser llamados abiertamente maniqueos os veis obligados a decir que pregunta sabiéndolo, ¿qué habéis visto de absurdo o extraño, para caer de esa manera en el error, en que el Hijo

390. Flp 3, 13.
391. Mt 24, 42.
392. Mt 24, 44.
393. Cf. 2 Ts 2, 2.
394. Cf. Ex 7, 22.
395. Gn 3, 9.
396. Gn 4, 9.

mismo pregunte a los discípulos en cuanto hombre, en quien en ese momento Dios estaba preguntando, cubierto ahora de carne? A no ser, naturalmente, que habiéndoos convertido en maniqueos queráis criticar también la pregunta dirigida entonces a Adán, con el único fin de comportaros también vosotros como niños en vuestros malos propósitos. [3] En efecto, refutados en todos los argumentos, ahora volvéis a murmurar por causa de lo que dice Lucas, quien lo dice bien, pero vosotros interpretáis mal. Es necesario entonces exponer qué significa esto para que también así se muestre vuestro corrupto modo de pensar.

51. [1] Dice así Lucas: *Y Jesús progresaba en sabiduría, edad y gracia ante Dios y los hombres*[397]. Ésta es pues la frase. Pero puesto que también tropiezan en ella, es necesario preguntarles igualmente, como a los saduceos y fariseos, acerca de lo que dice Lucas. Y es preciso hacerlo de la siguiente manera: ¿Jesucristo es un hombre como todos los demás hombres o es Dios que lleva carne? [2] Si resulta entonces que Él es también un hombre común, como todos los demás hombres, estoy de acuerdo en que progrese como un hombre. Éste es precisamente el modo de pensar del de Samosata[398], que es lo que en realidad pensáis también vosotros, desmintiéndolo únicamente de palabra por causa de los hombres. Pero si es Dios que lleva carne, puesto que se trata de algo real (*el Logos llegó a ser carne*[399] y siendo Dios bajó a la tierra), ¿qué clase de progreso se da en quien es *semejante a Dios*[400]? ¿O en qué dirección podría crecer el Hijo que está siempre en el Padre? Pues si progresa estando siempre en el Padre, ¿qué hay más allá del Padre, para que pueda progresar también desde Él?

[3] Además, es bueno repetir las mismas cosas que dijimos en el caso del hecho de recibir y ser glorificado: si el Logos pro-

397. Lc 2, 52.
398. Pablo de Samosata.
399. Jn 1, 14.
400. Flp 2, 6.

gresaba después de haber llegado a ser hombre, entonces es evidente que era imperfecto antes de llegar a ser un hombre, y que es más bien la carne la que fue la causa de su perfeccionamiento, en lugar de ser Él la causa del perfeccionamiento de la carne. Y si resulta que siendo Logos progresa, ¿qué podría haber llegado a ser que sea más importante que Logos, Sabiduría, Hijo, Dios y potencia? [4] Pues el Logos es todas estas cosas y, si alguno pudiese de alguna manera participar de Él como un destello, semejante individuo sería el más perfecto entre los hombres y llegaría a ser semejante a los ángeles. En efecto, también los ángeles, los arcángeles, las dominaciones, las potencias y los tronos, al participar del Logos, contemplan siempre el rostro de su Padre[401].

[5] Por tanto, ¿cómo va a progresar junto con ellos Aquél que procura la perfección a los demás? En efecto, los ángeles prestaron también sus servicios para el nacimiento humano de Aquél[402], y lo que dice Lucas ha sido dicho después del servicio de los ángeles. Así pues, ¿cómo es posible que estas cosas se le pasen a uno por la cabeza? ¿O cómo es posible que la Sabiduría progrese en sabiduría? ¿O cómo es posible que Aquél que da la gracia a los demás (Pablo, en efecto, sabiendo que la gracia nos viene dada por medio de Él, dice a lo largo de todas sus epístolas: *La gracia de nuestro Señor Jesucristo esté con todos vosotros*[403]), progrese Él mismo en gracia? [6] Pues o bien tendrán que decir que el Apóstol miente o bien que deberán atreverse a decir que el Hijo tampoco es Sabiduría. Pero si es Sabiduría, como dijo Salomón[404] y Pablo escribió: *Cristo es fuerza de Dios y Sabiduría de Dios*[405], ¿qué clase de progreso experimentó la Sabiduría?

401. Cf. Mt 18, 10.
402. Cf. Lc 2, 9-13.
403. Rm 1, 7; 1 Co 1, 3; 2 Co 1, 2; Ga 1, 3; Ef 1, 2; Flp 1, 2; 2 Ts 1, 2; 1 Tm 1, 2; 2 Tm 1, 2; Tt 1, 4; Flm 3.
404. Por ejemplo, Pr 8, 22.
405. 1 Co 1, 24.

52. [1] En efecto, los hombres, que son criaturas, pueden tender hacia la virtud y progresar de algún modo en ella. En este sentido, Enoc fue transportado[406] de esa manera; Moisés, a medida que iba creciendo, iba perfeccionándose; Isaac progresaba y se convertía en alguien grande[407]; y el Apóstol decía que tendía cada día hacia lo que está por delante[408]. Cada uno de ellos tenía, en efecto, campo en el que progresar cuando miraba el paso que estaba delante de él. Pero el Hijo de Dios, que es el único Hijo, ¿hacia que dirección podía tender? Pues todas las cosas progresan mirándolo a Él, pero el Hijo es el único que está en el único Padre, de quien tampoco se separa, sino que permanece siempre en Él. [2] Así pues, mientras que el hecho de progresar es algo propio de los hombres, el Hijo de Dios, dado que no podía progresar por ser perfecto y existir en el Padre, *se vació a sí mismo*[409] por nosotros, para que en su vaciamiento pudiésemos nosotros crecer mucho más. Y nuestro crecimiento no consiste en otra cosa sino en apartarse de las cosas sensibles y en acercarse al Logos, porque su vaciamiento no consiste en otra cosa sino en tomar nuestra propia carne. No era entonces el Logos, en cuanto que es Logos, el que progresaba (al ser perfecto, proceder del Padre perfecto y no carecer de nada), sino que conducía a los demás hacia su progreso.

No obstante, también en esta ocasión se dice que progresaba en cuanto hombre, porque el hecho de progresar es también algo propio de los hombres. [3] Y en efecto, el evangelista, al hablar de esta manera con esmerada exactitud, conectó la edad con el progreso, y el Logos y Dios no están medidos por la edad, sino que las edades son algo propio de los cuerpos. Ciertamente el progreso pertenece al cuerpo, ya que, al pro-

406. Cf. Hb 11, 5 (Gn 5, 24; Si 44, 16).

407. Cf. Gn 26, 13.

408. Cf. Flp 3, 13.

409. Flp 2, 8.

gresar éste, progresó también en él la manifestación de la divinidad a quienes lo veían. [4] Y a medida que la divinidad se revelaba, tanto más crecía la gracia, como si se tratase de la de un hombre junto a todos los hombres. Así, era llevado como un niño y, una vez que llegó a ser un muchacho, se quedaba en el templo y respondía a los doctores acerca de la ley[410]. Al ir creciendo el cuerpo poco a poco e ir manifestándose el Logos a sí mismo en él, es reconocido después por Pedro en primer lugar, y después también por todos, como verdaderamente el Hijo de Dios[411], [5] aunque los judíos de entonces y éstos de ahora quieran cerrar los ojos, para no ver que «progresar en sabiduría» no significa que la Sabiduría misma progrese, sino más bien que lo humano progresa en ella. Jesús, en efecto, *progresaba en sabiduría y en gracia*[412], pero si también es necesario hablar de manera persuasiva y con verdad, conviene decir que progresaba en sí mismo, pues *la Sabiduría se construyó a sí misma una casa*[413] y en ella misma hacía progresar la casa.

53. [1] ¿Y cuál es el mencionado progreso, como he dicho anteriormente, sino la divinización y la gracia hecha partícipe a los hombres por la Sabiduría (una vez destruidos en ellos el pecado y la corrupción que hay en ellos) a causa de la semejanza y parentesco de la carne del Logos? En efecto, creciendo el cuerpo de esta manera en edad, a la vez se daba también en él la manifestación de la divinidad, y se mostraba en medio de todos que es templo de Dios y que Dios estaba en el cuerpo. [2] Y si quieren batallar porque el Logos que llegó a ser carne fue llamado Jesús[414] y le atribuyen la expresión *progresaba* de la que hablamos, entonces que presten atención, porque ni siquiera esto menoscaba la luz del Padre (que es evidentemente el Hijo). Al contrario, muestra una vez más que el Logos llegó

410. Cf. Lc 2, 46.
411. Cf. Mt 16, 16; 27, 54.
412. Lc 2, 52.
413. Pr 9, 1.
414. Cf. Lc 2, 21.

a ser hombre y que llevó una carne verdadera. Y de la misma manera que hemos dicho que padeció en la carne[415], tenía hambre en la carne y se fatigaba en la carne, de igual manera se podría decir también con propiedad que progresaba en la carne.

[3] En efecto, el progreso al que nos hemos referido, sea del tipo que sea, no tuvo lugar de ninguna manera estando el Logos fuera de la carne. En Él, en efecto, estaba la carne que progresaba y a Él se le atribuye; y esto nuevamente tiene como fin que el progreso de los hombres permaneciese libre de caídas gracias a la comunión con el Logos. Por tanto, el progreso no es del Logos, ni la carne es la Sabiduría, sino que la carne llegó a ser cuerpo de la Sabiduría, y por esta razón, como hemos dicho antes, no es la Sabiduría en sí misma, en cuanto que es Sabiduría, la que progresaba, sino que lo humano progresaba en la sabiduría, superando poco a poco la naturaleza humana, siendo divinizado, llegando a ser instrumento de ella para la actuación de la divinidad y mostrando en toda ocasión su brillo. [4] Y por eso no dijo: «El Logos progresaba», sino *Jesús*, que es precisamente el nombre con el que el Señor fue llamado una vez que llegó a ser hombre, de manera que el progreso se atribuya a la naturaleza humana tal como hemos explicado en lo anterior.

54. [1] Así pues, de igual manera que, aunque progresaba la carne, se dice que el Logos progresa porque el cuerpo le es propio, de idéntico modo es necesario entender también en ese mismo sentido las cosas que se dicen en torno al momento de su muerte, como es el hecho de turbarse y de llorar. Ciertamente los arrianos, rondando de aquí para allá y como si fundamentaran de nuevo la herejía en base a estos hechos, dicen: «He aquí que *lloró*[416] y dijo: *Ahora mi alma está tur-*

415. Cf. 1 P 4, 1.

416. Lc 22, 62.

bada[417], y pidió apartar el cáliz[418]. ¿Cómo es posible entonces que sea Dios y Logos del Padre, si ha dicho estas cosas?». [2] Efectivamente –vosotros que combatís a Dios–, está escrito que lloró[419], que se turbó[420], que en la cruz dijo: *Eloí, Eloí, lemá Sabactaní, lo cual significa: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*[421], y pidió apartar el cáliz[422]. Ciertamente eso está escrito.

[3] Sin embargo, quería que me respondierais una vez más, pues es obligado oponerse de igual modo a cada uno de los argumentos que habéis expuesto. Si el que habla es meramente un hombre, entonces que llore y tema la muerte como un hombre, pero si es el Logos en la carne (pues no hay que tener reparo en repetir siempre lo mismo), ¿qué podía temer si era Dios? ¿O por qué temía la muerte si Él mismo era la vida y redime a los demás de la muerte? ¿O cómo es que tenía miedo quien afirma: *No temáis a quien mata el cuerpo*[423]? ¿O cómo es que Aquél que dice a Abrahán: *No temas porque yo estoy contigo*[424], que anima a Moisés contra el Faraón y dice al hijo de Nun: *Sé fuerte y compórtate como un hombre*[425], temía Él mismo a Herodes y a Poncio [Pilato]? Además, llegando a ser una ayuda para que los demás no teman (en efecto, la Escritura dice: *El Señor es mi ayuda, no temeré lo que me pueda hacer un hombre*[426]), ¿temía Él mismo a los dirigentes, que son hombres mortales, y, aunque vino contra la muerte, temía la muerte? [4] ¿Cómo no va a ser absurdo e impío decir que Él temía el infierno, si al verlo a Él los que guardan las puertas del infierno se espantaron[427]? Y si, según vosotros, el Logos tenía miedo, ¿por qué razón no huyó, si hablaba con mucha ante

417. Jn 12, 27.
418. Cf. Mt 26, 39.
419. Cf. Lc 22, 62.
420. Cf. Jn 12, 27.
421. Mt 27, 46; Cf. Mc 15, 34.
422. Cf. Mt 26, 39.
423. Mt 10, 28; Lc 12, 4.
424. Gn 26, 24.
425. Jos 1, 6.
426. Hb 13, 6 (Sal 117 (118), 6)
427. Cf. Jb 38, 17.

lación de la conspiración de los judíos, sino que cuando le preguntaron decía: *Yo soy*[428]? Así, podría no haber muerto cuando dice: *Tengo poder para dar mi vida y poder para volverla a recuperar, y nadie me la quita*[429].

55. [1] Sin embargo estas cosas no eran propias de la naturaleza del Logos en cuanto que Logos. Al contrario, el Logos estaba en la carne que padecía semejantes cosas, ¡oh vosotros que combatís a Dios y judíos ingratos! Así pues, estas cosas no se han dicho antes de la carne, sino cuando *el Logos llegó a ser carne*[430] y llegó a ser hombre; está escrito que se dicen estas cosas entonces y en cuanto hombre. Naturalmente que el Logos, de quien están escritas estas cosas, también resucitó Él mismo a Lázaro de los muertos[431], convirtió el agua en vino[432], agració al ciego de nacimiento con la visión[433] y dijo: *El Padre y yo somos una sola cosa*[434]. [2] Por tanto, si resulta que toman los comportamientos humanos como excusa para pensar cosas bajas acerca del Hijo de Dios y lo consideran más bien un hombre que procede simplemente de la tierra y no venido del cielo, ¿por qué razón no reconocen también a partir de las obras divinas al Logos que está en el Padre, y renuncian en adelante a su propia impiedad? En verdad, ellos pueden ver cómo es el mismo el que hace estas obras y el que muestra un cuerpo que padece, al dejar que este cuerpo llore y tenga hambre, y al aparecer en él las cosas que son propias del cuerpo. [3] En efecto, a partir de semejantes cosas daba a conocer que, aunque era Dios impasible, tomó una carne que padece, mientras que a partir de las obras mostraba que Él era el Logos de Dios y que después llegó a ser hombre, diciendo: *Aunque no me creáis a mí* (al verme rodeado de un cuerpo humano),

428. Jn 18, 5.
429. Jn 10, 18.
430. Jn 1, 14.
431. Cf. Jn 11, 43-44.
432. Cf. Jn 2, 9.
433. Cf. Jn 9, 1.7.
434. Jn 10, 30.

creed, no obstante, a las obras, para que sepáis que yo estoy en el Padre y el Padre en mí[435].

[4] A mí me parece que los que combaten a Cristo mantienen una postura de gran desvergüenza y blasfemia, ya que al escuchar: *Yo y el Padre somos una sola cosa*[436], tratan violentamente de retorcer el sentido y de separar la unidad del Padre y del Hijo, y en cambio, al escuchar que lloró, sudó y padeció, no lo ven ocurriendo en el cuerpo, sino que a partir de estas cosas incluyen en la creación a Aquél por medio del cual la creación llegó a ser. Así pues, en adelante, ¿en qué se diferencian ya los arrianos de los judíos? Al igual que aquellos blasfeman al atribuir las obras de Dios a Belcebú[437]; así también éstos, al incluir en el número de las criaturas al Señor que ha obrado estas cosas, sufrirán el mismo castigo imperdonable que aquellos.

56. [1] Habría sido necesario, por el contrario, que al escuchar: *Yo y el Padre somos una sola cosa*[438], los arrianos viesen la única divinidad y lo propio de la sustancia del Padre; mientras que al escuchar que *lloró*[439] y cosas semejantes, habría sido necesario decir que éstas son cosas propias del cuerpo, sobre todo porque en ambos casos tienen una bien fundada explicación de que aquello está escrito como referido a Dios, mientras que esto se dice por causa de su cuerpo humano. [2] En efecto, no habría podido tener lugar aquello que es propio del cuerpo en lo que es incorpóreo, si no hubiese tomado un cuerpo corruptible y mortal (pues Santa María, de la cual procedía también el cuerpo, era mortal). Por ello, al haber llegado a estar el Logos en un cuerpo que padece, llora y se fatiga, también hay que atribuirle necesariamente a Él, junto con el cuerpo, estas cosas que son propias de la carne.

435. Jn 10, 38.
436. Jn 10, 30.
437. Cf. Lc 11, 15.
438. Jn 10, 30.
439. Lc 22, 62.

[3] Por lo tanto, si lloró y se turbó no fue el Logos en cuanto tal el que lloraba y se turbaba, sino que esto era propio de la carne, y si pidió apartar el cáliz no fue la divinidad la que tenía miedo, sino que esta pasión también era propia de la humanidad. Y de igual manera que el hecho de decir: *¿Para qué me has abandonado?*[440], de acuerdo con las cosas que se han dicho antes, se le atribuye ciertamente a Él, aunque no padeció nada (pues el Logos es impasible), de la misma manera los evangelistas dijeron estas cosas porque el Logos llegó a ser hombre y estas cosas proceden y se dicen como de un hombre, para que la dispusiese libre de ellos, al haber aligerado Él mismo estos padecimientos de la carne. [4] De donde se sigue que tampoco es posible que el Señor fuese abandonado por el Padre, pues existe siempre en Él, no sólo antes de decir estas palabras, sino también cuando las pronunciaba. Y tampoco está permitido decir que el Señor tenía miedo, tratándose de Aquél ante quien se espantaron los que guardan las puertas del infierno[441], y le permitieron salir del infierno, y el mismo que abrió algunos sepulcros y muchos cuerpos de los santos resucitaron y se aparecieron a los suyos[442].

[5] Póngase por tanto un bozal a todo hereje y se abstenga de decir que el Señor tiene miedo, cuando la muerte huyó de Él como de un dragón, hace temblar a los demonios y el mar, y por medio de quien los cielos se dividieron en dos[443] y todas las fuerzas se conmueven[444]. [6] Así pues, cuando el Señor pregunta: *¿Por qué me has abandonado?*[445], el Padre mostraba que estaba en Él siempre y también entonces, ya que la tierra, reconociendo en quien hablaba a su dueño, en seguida temblaba, el velo se rasgaba en dos, el sol se ocultaba, las piedras se hacían pedazos y los sepulcros, como he dicho anterior-

440. Mt 27, 46.
441. Cf. Jb 38, 17.
442. Cf. Mt 27, 52-53.
443. Cf. Mc 1, 10.
444. Cf. Mt 24, 29.
445. Mt 27, 46.

mente, se abrían y los muertos que había en ellos resucitaban. Y lo que es más asombroso aún, los que entonces estaban presentes y antes le negaban, después, cuando vieron estas cosas, confesaron que Éste era verdaderamente el Hijo de Dios[446].

57. [1] Y en lo que se refiere al hecho de que el Señor diga: *Si es posible, que se aparte este cáliz*[447], aprendan cómo es posible que habiendo dicho esto censure a Pedro afirmando: *No piensas las cosas de Dios*[448]. En efecto, el Señor quería aquello que rehusaba y había venido para esto[449]. Era característica suya el quererlo (pues para esto vino), mientras que era propio de la carne el temer, y por eso también lo decía en cuanto hombre. Y, a su vez, ambas cosas eran dichas por el mismo, para mostrar por un lado que era Dios, queriéndolo, y por otro que, al haber llegado a ser hombre, tenía una carne que tenía, por la cual ligó su propia voluntad a la debilidad humana, de manera que al ocultar su voluntad hiciera que los hombres confiaran ante la muerte.

[2] He aquí, pues, algo realmente paradójico: precisamente Aquél, a quienes los que combaten a Cristo consideran que habla como por miedo, resulta que, con este supuesto temor, ha hecho que los hombres confíen y no tengan miedo. Así, después de Cristo, los bienaventurados apóstoles desdeñaban de tal manera la muerte en base a estas palabras que no se preocupaban por quienes los juzgaban[450], sino que decían: *Es preciso obedecer a Dios antes que a los hombres*[451], y los otros santos mártires estaban en tal manera confiados que pensaban más estar pasando a la vida que sufriendo la muerte. [3] Por tanto, ¿cómo no va a ser absurdo asombrarse de la valentía de los que servían al Logos y, por otro lado, decir que el Logos mismo te

446. Cf. Mt 27, 54.
447. Mt 26, 39.
448. Mt 16, 23.
449. Cf. Jn 12, 27.
450. Cf. Hch 4, 9.
451. Hch 5, 29.

mía, si por causa suya aquellos desdeñaban la muerte? A partir de la firmísima convicción y valentía de los santos mártires se muestra que no era la divinidad la que temía, sino que el Salvador estaba eliminando nuestro propio temor. En efecto, así como abolió la muerte con la muerte[452], y en cuanto hombre todo lo humano humanamente, así también con su supuesto temor estaba eliminando nuestro propio temor, y ha hecho que los hombres ya no teman en adelante la muerte.

[4] Por tanto, el Señor decía estas cosas y a la vez actuaba, ya que por un lado era humano el hecho de decir: *Que se aparte este cáliz*[453] y *Para qué me has abandonado*[454], y por otro, en cuanto Dios, Él mismo hacía que el sol se eclipsase y los muertos resucitasen. Y de nuevo, aunque decía en cuanto hombre: *Ahora mi alma está turbada*[455], decía también como Dios: *Tengo poder para dar mi alma y poder para recuperarla*[456]. [5] Ciertamente, el hecho de turbarse es propio de la carne, mientras que el hecho de tener poder para dar y recuperar la vida cuando se quiera ya no es algo propio de los hombres, sino que pertenece a la potencia del Logos. En efecto, un hombre no muere por virtud propia, sino por una necesidad de la naturaleza y sin quererlo, mientras que el Señor, que era inmortal, aunque tenía una carne mortal, podía retirarse del cuerpo y retomarlo cuando quisiera por virtud propia en cuanto Dios. [6] También David canta al respecto: *No abandonarás mi alma en el infierno ni dejarás que tu fiel vea la corrupción*[457]. Era conveniente, al ser corruptible la carne, que ya no siguiese siendo mortal conforme a su propia naturaleza, sino que permaneciese incorruptible por causa del Logos que se revistió de ella. Pues de la misma manera que el Logos, al haber llegado a estar en nuestro cuerpo, imitó las cosas que nos

452. Cf. Hb 2, 14.
453. Mt 26, 39.
454. Mt 27, 46.
455. Jn 12, 27.
456. Jn 10, 18.
457. Sal 15 (16), 10.

son propias, de igual manera nosotros, al haberlo recibido del Logos, tenemos parte en la inmortalidad que procede de Él.

58. [1] Por tanto, en vano pretenden escandalizarse los que están aquejados de la locura arriana y piensan cosas nimias acerca del Logos cuando está escrito que se turbó[458] y que lloró[459]. Pues parece que tampoco tienen una percepción clara de lo humano, ya que desconocen la naturaleza de los hombres e ignoran cuanto es propio de ellos. Por ello, habría que asombrarse más bien del hecho de que el Logos estuvo en una carne semejante que padecía, de que no impedía a los que conspiraban contra Él y de que no se vengaba de quienes le mataban (aunque Él, que impedía a otros morir y resucitaba de entre los muertos a los que ya habían muerto, tenía poder para hacerlo), y no porque dejara que el cuerpo padeciese. [2] Como he dicho antes, ésta es precisamente la razón por la que ha venido[460], para padecer en la carne[461] y hacer así que en adelante la carne fuera impasible e inmortal, y para que, como ya hemos dicho muchas veces, por el hecho de alcanzarle a Él primero la afrenta y estos sucesos, estas cosas ya no tocasen más a los hombres, sino que fueran completamente eliminadas por el Logos, y en adelante los hombres, como templo[462] suyo, permaneciesen incorruptibles por los siglos.

[3] Si los que combaten a Cristo hubiesen considerado también en este sentido estas cosas y hubiesen reconocido el sentido de la Iglesia como el ancla de la fe[463], no habrían *naufragado en lo que concierne a la fe*[464], ni habrían tenido tanta desvergüenza como para resistir a quienes querían sacarlos del error en el que habían caído, y como para considerar más bien enemigos a quienes les amonestaban encaminándolos ha

458. Cf. Jn 12, 27.
459. Cf. Lc 22, 62.
460. Cf. Jn 12, 27.
461. Cf. 1 P 4, 1.
462. Cf., por ejemplo, 1 Co 3, 16.
463. Cf. Hb 6, 19.
464. 1 Tm 1, 19.

cia la piedad. Sin embargo, según parece, el hereje es realmente perverso y se encuentra por todos lados con el corazón corrompido hacia la impiedad. [4] He aquí, en efecto, que, refutados en todos sus argumentos y apareciendo que carecen de toda razón, no se avergüenzan. Al contrario, sucede como con la bestia que los mitos griegos llaman hidra, la cual, cuando eran aniquiladas sus serpientes, engendraba después otras nuevas, combatiendo a quien trataba de aniquilarla a base de lanzar otras serpientes. De manera similar también los que son odiosos para Dios, como las hidras, cuando son aniquilados en aquellos argumentos que lanzan, se inventan nuevos argumentos judaicos y necios y, como si tuviesen a la verdad por enemigo, conciben otros nuevos para hacer ver más todavía que combaten a Cristo de todas las formas posibles.

59. [1] En efecto, después de tantas refutaciones en su contra, por las que hasta el mismo diablo, que es su padre, se habría retirado dándose la vuelta, los arrianos vuelven otra vez a murmurar como concibiendo pensamientos que proceden de un corazón siniestro[465], y van susurrando con esto y zumbando alrededor como los mosquitos con aquello, diciendo: «De acuerdo, vosotros interpretáis estas cosas así y vencéis en los argumentos y en las pruebas. Sin embargo hay que afirmar que el Hijo ha sido engendrado por el Padre por su voluntad y querer». Y, en efecto, al traer a colación la voluntad y el querer[466] de Dios, hacen errar a muchos. [2] Si esto lo hubiese dicho sin más especificaciones uno de los que creen rectamente, no habría que sospechar sobre lo dicho, ya que el sentido ortodoxo prevalece sobre una más simple declaración de las palabras.

465. Cf. Si 36, 20.

466. La palabra griega que traducimos por «voluntad» es *boulēsis*, mientras que la palabra griega que traducimos por «el querer» es *thelēsis*. Asímismo, traducimos sus respectivos verbos como «querer con la voluntad» (*boulomai*) y «querer» (*thelō*).

Pero, puesto que la afirmación procede de los herejes y las palabras que usan los herejes son sospechosas y, como está escrito, *los impíos urden engaños*[467] y *sus palabras son traicioneras*[468], aunque tan sólo hagan una insinuación, dado que tienen el corazón corrompido, examinemos entonces también lo que han dicho, no sea que, aunque han sido refutados en todas las cosas, inventen como las hidras nuevas fórmulas, de manera que, por medio de semejante lenguaje refinado y persuasivo engaño, siembren otra vez bajo una forma distinta su impiedad. En efecto, el que dice: «El Hijo fue creado por voluntad», da a entender lo mismo que el que dice: «Hubo un tiempo en que no existió», y También: «Llego a ser de la nada y es una criatura»[469].

[3] Sin embargo, como los arrianos han sido avergonzados al decir estas cosas, los malvados han intentado dar a entender otra vez las mismas cosas, pero de una manera diferente, trayendo a colación el término «voluntad», como hacen los calamares con la tinta negra, para envolver con ella en sombras a los incautos y para no abandonar en el olvido su propia herejía. Pues, ¿cuál es el origen de la expresión «por voluntad y querer»? Que digan ellos, que son sospechosos en sus palabras e inventores de la impiedad, en base a qué texto de la Escritura vuelven a decir semejantes cosas. [4] En efecto, el Padre, al revelar desde el cielo a su propio Logos, indicaba: *Éste es mi Hijo, el amado*[470], y decía por medio de David: *Mi corazón ha liberado una palabra buena*[471], y a Juan le encargó decir: *En el principio existía el Logos*[472]. También David, salmodiando, dice: *Junto a ti está la fuente de la vida y en tu luz veremos la luz*[473]; y el Apóstol escribe: *El cual es resplandor de la gloria*[474];

467. Pr 12, 5.
468. Pr 12, 6.
469. Cf. *CA* 1, 5, 3.
470. Mt 3, 17.
471. Sal 44 (45), 2.
472. Jn 1, 1.
473. Sal 35 (36), 10.
474. Hb 1, 3.

y en otra ocasión: *El cual, existiendo en la forma de Dios*[475]; y también: *El que es imagen de Dios invisible*[476].

60. [1] Todos hablan por todas partes del ser del Logos, pero no dicen en ninguna parte que procede de la voluntad ni dicen en absoluto que fue hecho. ¿Dónde han encontrado ellos entonces una voluntad y un querer que son anteriores al Logos de Dios, si no es, naturalmente, habiendo abandonado las Escrituras e imitando el malvado modo de pensar de Valentín? [2] Ptolomeo, el seguidor de Valentín, dijo que el que no había llegado a ser[477] tenía dos yugos, pensamiento y querer; primero pensó y después quiso, y aquellas cosas que pensaba, no era capaz de producirlas sino cuando le sobrevenía también la potencia del querer. Los arrianos, habiéndolo aprendido de aquí, buscan que el querer y la voluntad precedan al Logos. Por tanto, que ellos emulen las ideas de Valentín.

Nosotros, en cambio, nos mantenemos dentro de las Sagradas Escrituras y hemos escuchado que únicamente el Logos está en el Padre y es imagen del Padre. [3] Y hemos leído que únicamente en el caso de las cosas que han llegado a ser, como hubo un tiempo en que por naturaleza no existían y vinieron a existir después, sucede que la voluntad y el querer preceden, como canta David en el salmo ciento trece de la siguiente manera: *Nuestro Dios está en el cielo e hizo en la tierra todas aquellas cosas que quiso*[478]; y en el ciento diez: *Grandes son las obras del Señor, examinadas en toda ocasión las cosas que Él ha querido*[479]; y de nuevo, en el ciento treinta y cuatro: *Todas las cosas que ha querido el Señor las hizo en el cielo, en la tierra, en los mares y en los abismos*[480]. Si resulta que el Logos es una obra, una cosa hecha y una de todas las cosas, dígase entonces también que llegó a ser por voluntad, ya que ésta

475. Flp 2, 6.
476. Col 1, 15.
477. Se refiere aquí a Dios Padre.
478. Sal 113 (114), 11.
479. Sal 110 (111), 2.
480. Sal 134 (135), 6.

es la manera en la que la Escritura ha mostrado que las cosas hechas han llegado a ser.

[4] También Asterio, que es un exponente de la herejía al estar de acuerdo en esto, escribe así: «En efecto, o bien no es digno del artífice el hecho de crear queriéndolo, y en tal caso niéguesele de igual manera en toda ocasión el hecho de querer para preservar íntegra su dignidad, o bien, si el hecho de tener voluntad corresponde a Dios, entonces que también en el caso del primer engendrado esté presente, lo cual es más noble. Pues ciertamente no es posible que a un único y mismo Dios le convenga querer, en el caso de las cosas creadas, y a la vez le corresponda no querer con la voluntad»[481]. [5] Este sofista, habiendo reunido tan gran cantidad de impiedad en sus escritos, al decir que lo engendrado es lo mismo que lo que ha sido hecho y que el Hijo es uno más entre todos los seres que han sido engendrados, ha añadido a todo ello que es apropiado decir que las cosas hechas lo son por voluntad y querer.

61. [1] Por consiguiente, si el Logos es diferente de todas las cosas, como se ha mostrado en los argumentos anteriores a éstos, y, lo que es más, las obras han llegado a ser por medio de Él, entonces que no se diga «por voluntad», para evitar que [el Logos] llegue a ser de la misma manera que las cosas que han llegado a ser y tienen su consistencia por medio de Él. [2] Pablo, en efecto, aunque no lo era antes, sin embargo llegó a ser apóstol por querer de Dios[482]. Y nuestra vocación, pues hubo un tiempo en que tampoco existía y ha sobrevenido ahora, tiene también una voluntad que la precede y, como el mismo Pablo vuelve a decir, ha llegado a darse *conforme al beneplácito de su querer*[483]. También considero que las expresio-

481. ASTERIO, *Syntagmation*, fragm. 19 (Vinzent).

482. Cf. 1 Co 1, 1.

483. Ef 1, 5.

nes: *Hágase la luz*[484], *Surja la tierra*[485] y *Hagamos al hombre*[486], dichas por medio de Moisés, son un signo de la voluntad de quien las hace, conforme se ha dicho también en lo precedente.

[3] En efecto, el artífice quiere con su voluntad hacer aquellas cosas, que en un tiempo no existían y que sobrevinieron desde fuera. Pero no delibera previamente cuando engendra a su propio Logos, que procede de Él por naturaleza, ya que en el Logos hace el Padre las demás cosas que quiere con su voluntad, y en Él actúa como artífice, como enseñaba el apóstol Santiago, al decir: *Habiéndolo querido por voluntad nos dio a luz con el Logos de la verdad*[487]. Así pues, la voluntad de Dios, acerca de todos los que han vuelto a ser engendrados[488] y acerca de los que han llegado a ser una sola vez, está en el Logos, en quien hace y vuelve a engendrar las cosas que le parece. [4] Esto lo da a entender de nuevo el Apóstol cuando escribe a los tesalonicenses: *Pues éste es el querer de Dios en Cristo Jesús para vosotros*[489]. Y si en Aquél mismo, en quien hace las cosas, está también la voluntad y resulta que en Cristo está el querer del Padre, ¿cómo es entonces posible que también el Logos haya llegado a ser por obra de la voluntad y el querer? En efecto, si resulta que también Él llegó a ser por obra de la voluntad, como decís vosotros, entonces es necesario que la voluntad, que le tiene a Él por objeto, se encuentre en algún otro logos, por medio del cual el Logos también llega a ser, pues ha quedado mostrado que la voluntad de Dios no está en las cosas que llegan a ser, sino en Aquél por medio del cual y en el cual[490] llegan a ser las cosas que han sido hechas.

[5] Además, puesto que es lo mismo decir «por voluntad» que «hubo un tiempo en que no existía», basta con que digan «hubo un tiempo en que no existía» para que, avergonzados

484. Gn 1, 3.
485. Gn 1, 24.
486. Gn 1, 26.
487. St 1, 18.
488. Cf. 1 P 1, 3.
489. 1 Ts 5, 18.
490. Cf. 1 Co 8, 6; Col 1, 16.

por el hecho de que con esta expresión se da a entender un tiempo, sepan que al decir «por voluntad» están dando a entender un tiempo anterior al Hijo. En efecto, el querer de la voluntad precede a quienes en un tiempo no existían, como sucede en el caso de todas las criaturas. En cambio, si el Logos es por un lado el artífice de las criaturas y por otro coexiste con el Padre, ¿cómo es posible que el querer de la voluntad preceda, como si no existiera, al que existe eternamente? En efecto, si una decisión de la voluntad lo precede, ¿cómo van a ser todas las cosas por medio de Él?[491]. [6] El Hijo resulta entonces más bien uno entre todas las cosas, al haber sido producido también Él por voluntad, lo mismo que nosotros hemos llegado a ser hijos en el Logos de la verdad; y a continuación debemos buscar entonces otro logos, como ya se ha dicho, por medio del cual también Él haya sido creado y engendrado junto con las demás cosas que Dios quiso crear.

62. [1] Así pues, si existe otro Logos de Dios, ese Logos deberá estar también en él, pero si no hay otro (y ciertamente no lo hay) y todas las cosas que el Padre ha querido con su voluntad han llegado a ser por medio de Él, ¿cómo no se va a mostrar la multiforme[492] argucia de los herejes? En efecto, después de haber sido puestos en evidencia, cuando decían que el Logos de Dios era una cosa hecha y una criatura, y que no existía antes de ser engendrado, ahora vuelven a decir de otra forma distinta que es una criatura, trayendo a colación la voluntad y diciendo: «Si no hubiese sido creado por voluntad, entonces Dios tendría al Hijo por necesidad, aunque no lo quisiera»[493]. ¿Y quién es el que le impone a Dios la necesidad? ¡Vosotros que sois los más perversos y que todo lo arrastráis hacia vuestra propia herejía!

491. Cf. 1 Co 8, 6.

492. Literalmente «de muchas cabezas». Referencia al mito de la hidra (cf. *CA* III, 58).

493. Asterio, *Syntagmation*, fragm. 20 (Vinzent).

[2] En verdad, los arrianos han visto lo que se opone a la voluntad, pero no han contemplado lo que es más grande y está por encima de ella. En efecto, así como lo que va contra el entendimiento se opone a la voluntad, de igual manera lo que es conforme a la naturaleza está por encima y precede al querer de la voluntad. En este sentido, una persona prepara una casa queriendo con la voluntad, mientras que si engendra un hijo, lo hace conforme a la naturaleza; y lo que ha sido preparado por voluntad ha comenzado a existir y está fuera de quien lo hace, mientras que el hijo es lo engendrado propio de la sustancia del padre y no está fuera de él[494]. [3] Por eso el padre tampoco delibera acerca del hijo, para que no parezca que delibera también acerca de sí mismo. Así pues, en la misma medida en que el hijo está por encima de algo adquirido, en esa misma medida también lo que es conforme a la naturaleza está por encima de la voluntad. Y habría sido necesario que los arrianos, al escuchar «no por voluntad», pensasen en lo que es conforme a la naturaleza.

Los arrianos, sin embargo, olvidándose de que lo que oyen se refiere al Hijo de Dios, se atreven a aplicar a Dios contraposiciones que son propias de los hombres («por necesidad» y «contra el entendimiento»), con el propósito de negar que el Logos sea verdaderamente Hijo de Dios. [4] Que nos respondan: el hecho de que Dios sea bueno y compasivo, ¿es propio suyo por voluntad o no? Si es por voluntad, entonces habrá que reconocer que comenzó a ser bueno, y que puede darse el caso de que no sea bueno, ya que el querer de la voluntad y la capacidad de elegir pueden inclinarse en ambas direcciones, y éste es un fenómeno propio de la naturaleza racional. [5] En cambio, si por ser absurdo lo anterior resulta que no es compasivo y bueno por voluntad, deberán escuchar precisamente lo que ellos mismos han dicho: es entonces bueno por necesi-

494. Cf. *CA* I, 26, 5.

dad y sin quererlo. ¿Y quién es el que le impone a Dios la necesidad? [6] Pero si es irracional hablar de una necesidad en Dios y por ello es bueno por naturaleza, entonces mucho más, y más verdaderamente, tendría que ser Padre del Hijo por naturaleza que por voluntad.

63. [1] Los arrianos deberán decirnos también esto (pues quiero todavía añadir a su desvergüenza una pregunta más osada, que busca sin embargo la piedad –¡Señor, ten misericordia!): ¿El Padre existe después de haber deliberado[495] Él mismo primero y habiendo querido eso después, o existe también antes de haber deliberado? En efecto, es necesario que los que se han atrevido a decir semejantes cosas acerca del Hijo, también las escuchen ellos mismos, para que sepan que semejante temeridad suya alcanza en primer término al Padre mismo. [2] Por tanto, si los arrianos, después de haber deliberado una sola vez acerca de la voluntad, dicen que también Dios tiene su origen en la voluntad, ¿qué era entonces antes de que deliberara o qué más tuvo después de haber deliberado, como vosotros decís? Pero si semejante pregunta es absurda e incoherente, y no se puede decir de ninguna manera algo semejante (basta, en efecto, con sólo escuchar acerca de Dios, para que sepamos y entendamos que Él es *el que es*[496]), ¿cómo entonces no iba a ser absurdo también albergar en el ánimo semejantes cosas acerca del Hijo de Dios y traer a colación la voluntad y el querer?

[3] En efecto, basta únicamente que lo escuchemos también acerca del Logos, para que sepamos y entendamos que el Dios que existe sin tener su origen en la voluntad no tiene a su propio Logos por voluntad, sino por naturaleza. ¿Y cómo no va a superar toda locura, aunque sólo sea el mero hecho de al

495. El verbo griego que traducimos por «deliberar» (*bouleuō*) está emparentado léxicamente con la palabra griega que traducimos por «voluntad».

496. Ex 3, 14.

bergarlo en el ánimo, el pensar que Dios mismo delibera, reflexiona, elije y quiere persuadirse a sí mismo para no estar privado de Logos y de Sabiduría[497]? En efecto, quien delibera sobre lo que pertenece a su propia substancia parece deliberar acerca de sí mismo. [4] Al ser, entonces, tanta la blasfemia que se encuentra en semejante modo de pensar, se podría decir piadosamente que las criaturas han llegado a ser por beneplácito y voluntad, mientras que el Hijo, que no ha llegado a ser como en el caso de la creación, no es obra del querer del artífice, sino lo engendrado propio de la sustancia por naturaleza. Ciertamente, como es Logos propio del Padre, no deja lugar a que se conciba ninguna voluntad que le preceda a Él mismo, al ser la decisión[498] viva, la potencia del Padre y el artífice de las cosas que le parecen al Padre.

[5] Esto también lo dice el Logos mismo en los Proverbios, hablando de sí mismo: *Mía es la decisión, mía es la seguridad, mío es el pensamiento y mía es la fuerza*[499]. En efecto, así como el Logos es el pensamiento en el que Dios preparó los cielos[500] y la fuerza y la potencia (pues *Cristo es potencia de Dios*[501]), sin embargo ahora, separándose[502] de la forma habitual de hablar ha dicho: *Mío es el pensamiento y mía la fuerza*; lo mismo que cuando dice: *Mía es la decisión*, pues el Logos es también la decisión viva del Padre[503], y conforme a lo que hemos aprendido

497. Atanasio está haciendo un juego de palabras. La palabra que traducimos por «privado de logos» también significa «irracional» y la palabra que traducimos por «privado de Sabiduría» también significa «necio».

498. La palabra que traducimos por «decisión» (*boulē*) tiene en griego la misma raíz que la palabra que traducimos por «voluntad».

499. Pr 8, 14.

500. Cf. Pr 3, 19.

501. 1 Co 1, 24.

502. En el sentido de que el Logos ya no está diciendo que Él *es* el pensamiento y la fuerza (identidad), sino que el pensamiento y la fuerza es *suyo* (pertenencia).

503. Según el razonamiento de Atanasio, dado que el mismo (esto es, el Logos) que llama *suyo* al pensamiento y a la fuerza resulta que *es* el pensamiento y la fuerza, como se

también del profeta: el Logos llega a ser «ángel de gran decisión»[504] y es llamado «querer del Padre»[505]. Es necesario, pues, refutar de esta manera a quienes piensan en términos humanos acerca de Dios.

64. [1] Así pues, si las criaturas son constituidas por voluntad y beneplácito, y toda la creación ha llegado a ser por querer, Pablo fue llamado apóstol por querer de Dios[506], y nuestra vocación ha tenido lugar por beneplácito y querer[507], y resulta, por otro lado, que todo ha llegado a ser por medio del Logos[508], entonces Él queda al margen de las cosas que han llegado a ser por voluntad, y es más bien la decisión viva del Padre, en quien todas estas cosas llegaron a ser y en quien el santo David daba gracias también, diciendo en el salmo setenta y dos: *Me has sujetado la mano derecha y en tu decisión has dirigido mi camino*[509].

[2]¿Cómo es, pues, posible que el Logos, que existe como la decisión y la voluntad del Padre, llegue a ser también Él por voluntad y querer, si no es porque los arrianos, como he dicho antes, han vuelto a decir, enloquecidos, que ha llegado a ser por medio de sí mismo o por medio de algún otro? [3] ¿Y quién es entonces aquél por medio del cual el Logos ha llegado a ser? Deberán modelar otro logos y, emulando las doctrinas de Valentín, tendrán que dar el nombre de Cristo a otro, ya que no está en la Escritura. Sin embargo, aunque lo modelasen, también éste llegaría a ser por medio de alguien. [4] Y finalmente, al seguir razonando nosotros así y examinando las consecuencias, se descubre que la multiforme[510] herejía de los arrio-

acaba de explicar, entonces cuando el Logos dice que la decisión es *suya* podemos concluir que Él también *es* la decisión viva del Padre.

504. Cf. Is 9, 5.

505. Cf. Is 62, 4.

506. Cf. 1 Co 1, 1.

507. Cf. Ef 1, 5.

508. Cf. Jn 1, 3.

509. Sal 72 (73), 23-24.

510. Literalmente «de muchas cabezas». Referencia al mito de la hidra (cf. *CA* III, 58).

cae en el politeísmo y en una locura desmedida. Con esta locura, como pretenden que el Hijo sea una criatura y proceda de la nada, dan a entender estas mismas cosas, pero de otra manera diferente, trayendo a colación la voluntad y el querer, que con muchísima más propiedad se aplicarían a las cosas que han llegado a ser y a las criaturas.

[5] Por tanto, ¿cómo no va a ser impío trasladar al Artífice aquellas cosas que son propias de las cosas que han llegado a ser? ¿O cómo no va a ser blasfemo decir que hay una voluntad en el Padre que precede al Logos? En efecto, si hay una voluntad en el Padre que le precede, el Hijo no dice la verdad cuando afirma: *Yo estoy en el Padre*[511]. O bien, si es cierto que está en el Padre, pero ha de ser considerado como segundo, tampoco habría sido adecuado que dijera: *Yo estoy en el Padre*, al haber una voluntad que le precede, en la que todas las cosas han llegado a ser y Él ha adquirido su consistencia, como vosotros decís. Pues por más que se distinga en gloria, no deja de ser por ello ni mucho menos una de las cosas que tienen su origen en la voluntad. [6] Y, como hemos dicho en lo precedente[512], si éste es el caso, ¿cómo es que el Logos resulta ser Señor y en cambio aquéllas siervas? Él es absolutamente Señor, porque está unido al señorío del Padre, mientras que la creación es absolutamente sierva, ya que queda fuera de la unidad del Padre y llegó a ser sin haber existido un tiempo.

65. [1] Ellos, al afirmar que el Hijo es por voluntad, deberían haber dicho también que llegó a ser por obra del pensamiento[513], ya que considero que pensamiento y voluntad son lo mismo. En efecto, aquello acerca de lo que uno delibera, sin duda también lo piensa, y aquello que piensa también es objeto de deliberación. De este modo, el Salvador mismo los unió

511. Jn 14, 10.
512. Cf. *CA* I, 18, 2.
513. Recordamos que la palabra que traducimos por «pensamiento» es *phronēsis*.

a un tiempo, como si fuesen hermanos, diciendo: *Mía es la decisión y la seguridad, mío es el pensamiento y mía es la fuerza*[514]. Pues así como la fuerza y la seguridad son lo mismo (son ciertamente la misma capacidad), de la misma manera se puede decir que el pensamiento y la decisión (el Señor es ciertamente ambas cosas) son lo mismo[515].

[2] Sin embargo, los impíos arrianos, por un lado, no quieren que el Hijo sea el Logos y la decisión viva del Padre, pero por otro se inventan la historia de que en torno a Dios llegan a darse pensamiento, decisión y sabiduría al modo humano, como una disposición que aparece y desaparece; y revuelven todo y traen a colación la inteligencia y la voluntad de las que habla Valentín, con el único propósito de separar al Hijo del Padre y no decir que el Hijo es el Logos propio del Padre, sino una criatura. [3] Así pues, que escuchen, como también lo escuchó Simón Mago: ¡La impiedad de Valentín sea con vosotros para vuestra perdición![516] Y que cada uno de ellos preste crédito más bien a Salomón, que dice que el Logos es Sabiduría y pensamiento, ya que afirma: *Dios cimentó la tierra con su Sabiduría y dispuso los cielos en su pensamiento*[517]. De igual manera en los Salmos encontramos: *Los cielos fueron construidos por el Logos del Señor*[518], y de forma similar: *Hizo todas las cosas que quiso*[519]. También en este sentido el Apóstol escribe a los tesalonicenses: *El querer de Dios está en Cristo Jesús*[520]. Ciertamente el Hijo de Dios en persona es el Logos y la Sabiduría, Él es el pensamiento y la decisión viva, en Él está

514. Pr 8, 14.

515. Como ya hemos indicado anteriormente, la palabra griega que traducimos por «decisión» tiene la misma raíz que la palabra griega que traducimos por «voluntad». La unión de «voluntad» y «pensamiento» viene respaldada entonces por el paralelo entre «decisión» y «pensamiento».

516. Cf. Hch 8, 9ss.

517. Pr 3, 19.

518. Sal 32 (33), 6.

519. Sal 113 (114), 11.

520. 1 Ts 5, 18.

el querer del Padre, Él es la verdad, la luz y la potencia del Padre.

[4] Y si la voluntad de Dios es la Sabiduría y el pensamiento y, por otro lado, el Hijo es la Sabiduría, ¿no es verdad que aquél que dice que el Hijo es por voluntad está diciendo que la Sabiduría ha llegado a ser en la Sabiduría, que el Hijo ha sido hecho en el Hijo y que el Logos ha sido creado por medio del Logos? Pero esto va contra Dios y contradice las Escrituras que provienen de Él. [5] Ciertamente el Apóstol no predicó que el Hijo sea propio de la voluntad, sino resplandor e impronta propios de la sustancia misma del Padre, cuando dice: *Él es resplandor de su gloria e impronta de su hipóstasis*[521]. Y si, como he dicho antes, la sustancia y la hipóstasis paterna no proceden de la voluntad, está clarísimo que tampoco podría proceder de la voluntad aquello que es propio de la hipóstasis paterna. En efecto, tal como sea y como quiera que sea aquella bienaventurada hipóstasis, así tal cual y en esa misma manera es necesario que sea también aquello que es lo propio engendrado que procede de ella. [6] Por eso el Padre mismo no dijo: «Éste es el que ha llegado a ser Hijo por mi voluntad», ni tampoco: «El Hijo que tuve conforme a mi beneplácito», sino que sencillamente dijo: *Mi Hijo*[522], y más bien: *En quien he hallado mi beneplácito*[523]. Con ello ha mostrado que «Éste es Hijo por naturaleza y en Él reside el querer de la voluntad de las cosas que me parecen».

66. [1] Puesto que es Hijo por naturaleza y no por voluntad, ¿entonces el Hijo existe ahora sin que lo quiera el Padre y aunque el Padre no lo quiera con su voluntad? Ciertamente no, sino que el Hijo es también querido por el Padre y, como Él mismo dice: *El Padre ama al Hijo y le muestra todas las cosas*[524]. [2] En efecto, así como el hecho de ser bueno no co-

521. Hb 1, 3.
522. Mt 3, 17.
523. *Ibidem.*
524. Jn 5, 20.

menzó por voluntad y, sin embargo, no es bueno sin quererlo con la voluntad y el querer (pues lo que Él es, también es querido para Él), de igual manera el hecho de que el Hijo también exista, aunque no comenzó por voluntad, no fue sin embargo sin quererlo ni es contrario a su propósito. Así, igual que quiere su propia hipóstasis, de igual forma al Hijo; al ser propio de su sustancia, no es para Él algo no querido. [3] Sea querido y amado entonces el Hijo por el Padre, y que de esta manera se entienda piadosamente que es querido, y no existe sin que lo quiera con la voluntad. Ciertamente el Hijo, por el mismo querer con el que es querido por el Padre, Él mismo ama, quiere y honra al Padre, y es un solo querer el que procede del Padre en el Hijo, de modo que se puede contemplar a partir de esto que el Hijo está en el Padre y el Padre está en el Hijo.

[4] Que en modo alguno se introduzca, como hace Valentín, una voluntad que sea anterior, y que nadie, con la excusa de deliberar, se coloque entre el único Padre y el único Logos, ya que uno se volvería loco al colocar una voluntad y consideración entre el Padre y el Hijo. En efecto, una cosa es decir que «llegó a ser por voluntad» y otra distinta decir que ama a su propio Hijo por naturaleza y que lo quiere. Decir que «ha llegado a ser por voluntad» da a entender, en primer lugar, que hay un tiempo en el que no existe, y en segundo lugar, que puede inclinarse en ambos sentidos, como ya se ha dicho, de modo que uno puede pensar que también podría no haber querido al Hijo con la voluntad. [5] Y decir, en el caso del Hijo, que «también podría no haber existido» es impío, y esta osadía alcanza primero a la sustancia del Padre, si resulta que precisamente aquello que es propio de ella podría no haber existido. Es semejante a como si uno dijera que «el Padre podría no haber sido bueno». Sin embargo, de la misma manera en que el Padre es bueno siempre y por naturaleza, de igual manera también es siempre y por naturaleza progenitor.

[6] Decir que «el Padre quiere al Hijo» y que «el Logos quiere al Padre», no indica que haya una voluntad precedente, sino que da a conocer el carácter genuino de la naturaleza, el carácter propio y la semejanza de la sustancia. Al igual que, en el caso del resplandor y de la luz, uno podría decir que el resplandor no tiene en la luz una voluntad que lo precede, que es lo engendrado por su naturaleza, y que es querido por la luz que lo ha engendrado (no en base a una consideración de la voluntad, sino por naturaleza y en verdad); de la misma manera también en el caso del Padre y del Hijo uno podría decir correctamente que el Padre ama y quiere al Hijo, y que el Hijo ama y quiere al Padre.

67. [1] Así pues, que no se diga que el Hijo es obra del querer del artífice ni se introduzcan en la Iglesia las ideas de Valentín, sino que es la decisión viva y lo engendrado verdaderamente por naturaleza, como el resplandor lo es de la luz. [2] En este mismo sentido también el Padre ha dicho: *Mi corazón ha proferido un Logos bueno*[525], y el Hijo, como consecuencia, afirmó: *Yo estoy en el Padre y el Padre en mí*[526]. Si el Hijo está en el corazón, ¿dónde está la voluntad? Si el Hijo está en el Padre, ¿dónde está el querer? Y si Él mismo es la voluntad, ¿cómo es posible que la decisión esté en la voluntad?[527]. En efecto, es absurdo que el Logos llegue a estar en el Logos, el Hijo en el Hijo y la Sabiduría en la Sabiduría, como muchas veces se ha dicho. Por tanto, el Hijo es todo lo del Padre y no hay nada en el Padre que sea anterior al Logos, sino que la voluntad también está en el Logos y por medio de Él se completa la obra de la voluntad, como han mostrado las Sagradas Escrituras.

525. Sal 44 (45), 2.
526. Jn 14, 10.
527. Como ya hemos indicado, la palabra griega que traducimos por «decisión» (*boulē*) tiene la misma raíz que la que traducimos por «voluntad».

[3] Querría, pues, preguntar ahora también a los impíos que han caído en tal manera en el absurdo y que investigan acerca de la voluntad –no ya a sus mujeres que dan a luz (a las cuales ellos preguntaban antes, diciendo: «¿Acaso tienes un hijo antes de engendrarlo?»), sino a los padres– y decirles: «¿Cómo llegáis a ser padres, queriéndolo con la voluntad o por naturaleza?»; y también: «Vuestros hijos, ¿son semejantes a vuestra voluntad o a vuestra naturaleza y sustancia?». De este modo serán refutados, aunque sea por parte de sus progenitores, a quienes los hijos han preguntado por el provecho que se sigue de engendrarlos y de quienes han esperado conocerlo. [4] Ciertamente les responderán: «Lo que hemos engendrado no es semejante a nuestro querer, sino a nosotros, y no hemos llegado a ser progenitores por el hecho de haber deliberado antes, sino que el hecho de engendrar es algo propio de la naturaleza, puesto que también nosotros somos imágenes de quienes nos han engendrado». Por lo tanto, o bien deberán acusarse a sí mismos y dejar de interrogar a las mujeres acerca del Hijo de Dios, o bien tendrán que aprender de ellos que el Hijo no es engendrado por voluntad sino por naturaleza y en verdad.

[5] La refutación a partir del caso de los hombres es adecuada y es apropiada para los arrianos, puesto que ellos, con sus malas intenciones, piensan cosas humanas acerca de la divinidad. ¿Por qué razón entonces enloquecen todavía los que combaten a Cristo? En efecto, también esta propuesta suya, como sin duda también sucede con el resto de sus propuestas, ha quedado en evidencia y ha sido refutada como una fantasía y una mera invención. Y por eso están obligados a retractarse, aunque hayan visto tarde en qué gran abismo de necedad han caído, y deberán huir de la trampa del diablo[528], al ser advertidos por nosotros. [6] Ciertamente, la Verdad, que es amiga

528. Cf. 2 Tm 2, 26.

del hombre, grita por todas partes: *Si no creéis en mí* (por causa del revestimiento del cuerpo), *creed a las obras, para que sepáis que yo estoy en el Padre y el Padre en mí*[529]; *Yo y el Padre somos una sola cosa*[530], y *Quien me ha visto a mí ha visto al Padre*[531]. Y el Señor, como es su costumbre, tiene amor por el hombre y quiere levantar de nuevo a todos aquellos que han sucumbido[532], como dice la alabanza de David.

[7] Los impíos, en cambio, al no querer escuchar la voz del Señor y no soportar ver a Cristo, reconocido por todos como Dios e Hijo de Dios –pobres de ellos–, van dando vueltas como los escarabajos junto con su padre, el diablo, buscando excusas para la impiedad. [8] ¿Cuáles va a ser entonces las siguientes excusas y dónde podrán encontrarlas, si no es acaso tomando prestadas las blasfemias de los judíos y de Caifás, y aceptando el ateísmo de los griegos? Ciertamente las Sagradas Escrituras se han cerrado para ellos y los arrianos, que son unos insensatos y que combaten a Cristo, han sido refutados en todo a partir de ellas.

529. Jn 10, 38.
530. Jn 10, 30.
531. Jn 14, 9.
532. Cf. Sal 145 (146), 8.

ÍNDICES

ÍNDICE BÍBLICO

Génesis
1: 158.
1, 1: 146, 215.
1, 3: 146, 175, 300, 345.
1, 6: 175.
1, 7: 170.
1, 9: 175.
1, 10: 146.
1, 11: 175.
1, 14: 170.
1, 16-18: 170.
1, 16-19: 206.
1, 24: 345.
1, 26: 102, 175, 217, 219, 345.
1, 27: 197, 271.
1, 31: 242.
2, 3: 216.
2, 5: 44.
2, 7: 62.
2, 17: 229.
3, 4: 32.
3, 6: 24.
3, 9: 328.
3, 19: 227, 231, 232, 305.
3, 22-23: 313.
3, 24: 90.
4, 1: 135.
4, 9: 329.
5, 24: 331.
6, 14ss.: 206.
7, 1: 322.
7, 4: 322.
7, 11: 322.
12, 8: 148.
13, 4: 148.
14, 13-16: 125.
15, 8: 175.
18, 1: 276.
18, 2: 85.
19, 3: 125.
19, 24: 148.
21, 5: 114.
21, 7: 205.
26, 13: 331.
26, 24: 334.
27, 29: 154.
27, 37: 154.
28, 3-4: 275.
28, 15: 274.
29, 17: 115.
31, 7: 274.
31, 24: 274.
32, 12: 274.
32, 27: 274.
32, 31: 274.
32, 32: 280.
39, 6: 115.
46, 8: 224.
48, 5: 135.

48, 15-16: 273.
49, 3: 201.

Éxodo
3, 2: 85.
3, 6: 85, 276, 277.
3, 10ss.: 206.
3, 13: 175.
3, 14: 181, 348.
4, 13: 175.
4, 22: 258.
7, 1: 86.
7, 3: 294.
7, 22: 328.
14, 19: 273.
15, 11: 115, 271.
23, 23: 273.
28, 30: 139.
29, 5: 139.
32, 34: 273.
33, 9: 277.
33, 20: 162.

Números
11, 16: 101.
11, 25: 101.
23, 19: 58, 68, 69.
24, 11: 85.

Deuteronomio
4, 32: 197.
6, 4: 265.
18, 15: 110.
18, 18: 110.
21, 15: 114, 136.
21, 18: 114.
28, 66: 151, 152.
32, 4: 138.
32, 6: 136, 217.
32, 8: 44.
32, 17-18: 218.
32, 18: 217.
32, 20: 324.
32, 39: 81, 143, 264, 265-266.

Josué
1, 1: 277.
1, 6: 334.

Jueces
6, 12: 276.
13, 16: 163.
13, 21: 276.

1 Samuel
7, 3: 41.
12, 17: 258.
16, 14: 294.
18, 32: 265.

2 Samuel
22, 30: 288.

1 Reyes
1, 18: 265.
1, 19: 133.
1, 26: 133.
8, 27: 109.
18, 4: 125.

2 Reyes
2, 12: 325.
2, 15-18: 325.
4, 18: 205.
5, 8: 258.
5, 15: 258.
20, 18: 135.

2 Crónicas
30, 5: 119.

Esdras
4, 36: 159.

Tobías
14, 6: 92.

Judit
8, 16: 68, 69, 181.

Salmos
2, 1-2: 40.
2, 6: 208.
2, 7: 123, 163.
5, 6: 107.
9, 10: 124, 126, 148.
10 (11), 7: 107.
15 (16), 8: 122.
15 (16), 10: 151, 152, 339.
17 (18), 1-3: 273.
17 (18), 10: 85.
17 (18), 11: 326.
17 (18), 14: 85.
17 (18), 30: 288.
18 (19), 2: 159, 249.
18 (19), 5: 119.
19 (20), 8: 88.
21 (22), 31-32: 229.
23 (24), 7: 90, 299.
23 (24), 9: 90.
23 (24), 10: 30, 164.
28 (29), 1: 52.
30 (31), 3: 124, 126, 148, 150.
30 (31), 3-4: 125.
31 (32), 9: 283, 284.
32 (33), 4: 237.
32 (33), 6: 176, 352.
32 (33), 9: 175.
33 (34), 14: 124.
35 (36), 10: 43, 177, 342.
43 (44), 6: 288.
44 (45), 2: 215, 342, 355.
44 (45), 7: 98-99, 103, 116, 148.
44 (45), 7-8: 97, 103.
44 (45), 8: 83, 102, 105, 106-107.
44 (45), 9: 100.
45 (46), 8: 30.
45 (46), 12: 30.
47 (48), 9: 164.
48 (49), 13: 283.
50 (51), 12: 198.
50 (51), 13: 101.
53 (54), 3: 88.
54 (55), 20: 42.
56 (57), 5: 176.
59 (60), 14: 288.
71 (72), 5: 89.
71 (72), 17: 89.
72 (73), 23-24: 350.
73 (74), 2: 215.
75 (76), 2: 119.
81 (82), 1: 86.
81 (82), 6: 36.
83 (84), 11: 112.
84 (85), 9: 258.
85 (86), 8: 203, 271.
85 (86), 16: 205.
86 (87), 2: 107.
88 (89), 7: 114, 203, 271.
88 (89), 17-18: 90.
89 (90), 17: 42.
89 (90), 1-2: 44.
90 (91), 11: 122.
99 (100), 3: 206.
101 (102), 19: 198, 229.
101 (102), 26: 115, 215, 237.
101 (102), 26-27: 115.
101 (102), 26-28: 81.
103 (104), 24: 54, 114, 131, 137, 169, 176-177, 188, 197, 237, 247.
106 (107), 20: 177.
107 (108), 14: 288.
109 (110), 1: 148, 150-151.

109 (110), 3: 215.
110 (111), 2: 343.
113 (114), 11: 172, 343, 352.
115 (116), 16: 134.
117 (118), 6: 334.
117 (118), 14: 125.
118 (119), 1: 227.
118 (119), 73: 215.
118 (119), 89: 183, 223.
118 (119), 91: 252.
118 (119), 101: 187.
119 (129), 1-2: 273.
134 (135), 6: 343.
137 (138), 8: 229.
138 (149), 4: 255.
142 (143), 5: 237.
144 (145), 13: 43, 138, 148.
145 (146), 8: 357.
148, 2: 185.

Job
1, 2: 114, 136.
9, 8: 268.
29, 12: 125.
31, 32: 125.
38, 17: 334, 337.
41, 5: 24.

Proverbios
1, 5-6: 247.
1, 7: 250.
1, 23: 187.
3, 19: 55, 191, 203, 239, 349, 351.
8, 10-11: 112.
8, 12: 54.
8, 14 349, 352.
8, 22 108, 129-130, 134, 145, 155, 195-196, 198-199, 203, 206, 208, 213-214, 220, 227-228, 230, 236, 243-244, 246-250, 254-255.
8, 23: 239-240, 242-243, 245, 251, 330.
8, 24: 242-243, 245, 251.
8, 24-25: 44.
8, 25: 176, 214, 215, 220, 242, 245, 251.
8, 27: 209, 251.
8, 28: 251.
8, 30: 56, 85, 159, 209, 214, 253, 319.
8, 31: 253.
9, 1: 196, 199, 203, 332.
9, 18: 38.
12, 5: 342.
12, 6: 342.
13, 9: 38.
14, 16: 248.
18, 1: 46.
18, 3: 255.
20, 11: 33.
20, 23: 134.
23, 4: 291.
23, 19: 107.
24, 3: 248.
29, 7: 294.
31, 1: 258.

Eclesiastés (Qo)
7, 10: 248.
8, 1: 248.
12, 14: 137.

Sabiduría
5, 6: 299.
6, 24: 248.

9, 1: 131, 191.
9, 2: 197.
13, 5: 177.

Eclesiástico (Si)
1, 9-10: 249.
4, 24: 28.
11, 28: 28.
19, 29: 28.
21, 2: 33.
36, 20: 341.
44, 16: 331.

Isaías
1, 2: 84, 218.
1, 11: 172.
1, 22: 250, 308.
5, 20: 24.
6, 1: 276.
7, 14: 110, 300.
9, 5: 273, 350.
11, 10: 92.
14, 12: 270.
14, 14: 282.
25, 8: 152.
26, 13: 149.
29, 10: 33.
36, 6: 135.
38, 19-20: 135.
40, 13: 319.
40, 28: 42, 166.
44, 6: 264, 268.
44, 24: 160, 268.
45, 14: 164.
49, 5: 207, 208.
53, 4: 200, 303.
53, 7: 110, 152.
53, 12: 124.
54, 13: 119.
56, 4-5: 112.
58, 9: 125.
58, 11: 54.
61, 1: 99, 104.
61, 8: 107.
62, 4: 350.
66, 22: 237.

Jeremías
1, 5: 44, 305.
1, 11: 177.
2, 12: 32.
2, 13: 53.
3, 3: 255.
5, 8: 283.
9, 2: 143.
15, 18: 143.
17, 12-13: 54.
23, 39: 187.
25, 9-10: 35.
38, 22: 198.
40, 8: 101.

Baruc
3, 12: 54, 192.
3, 36: 203.
4, 20: 42.
4, 22: 42.

Ezequiel
28, 2: 291.
28, 9: 291.
37, 27: 150.

Daniel
3, 57: 237.
7, 10: 85.
7, 27: 121.
10, 11: 122.
13, 42: 42, 44.
14, 5: 302.

Oseas
7, 13: 33.
7, 15: 33.

Joel
2, 25: 30, 185, 186, 189.
3, 1: 301,

Amós
4, 13: 103.

Miqueas
1, 1: 301.
7, 18: 231.

Habacuc
2, 14: 119.

Sofonías
2, 9: 164.

Ageo
2, 20: 266.

Zacarías
1, 3: 41.
1, 12: 175.
1, 13: 175.
1, 17: 175.
13, 3: 33.

Malaquías
1, 2: 107.
2, 10: 219.
3, 6: 81, 143.

Mateo
1, 19: 276.
1, 23: 110, 300.
1, 30: 276.
3, 16: 99.
3, 17: 39, 48, 163, 176, 342, 353.
4, 1ss.: 23.
4, 6: 240.
4, 10: 234, 315.
4, 11: 122.
5, 8: 227.
5, 15: 35, 39.
5, 48: 270, 284.
6, 9: 79.
6, 24: 279.
6, 25-30: 167.
8, 13: 200.
8, 14-15: 303.
8, 17: 303, 308.
8, 27: 301.
9, 5: 315.
10, 1: 316.
10, 16: 283.
10, 24: 325.
10, 28: 334.
10, 29: 166.
10, 40: 247-248.
11, 23: 103.
11, 25: 204.
11, 27: 42, 50, 86, 162, 189, 294, 309 310, 320, 323.
11, 28: 124, 286.
12, 24: 103.
12, 28: 103, 104.
12, 30: 23.
12, 32: 104, 321.
12, 33: 81.
12, 34: 60.
12, 40: 289.
13, 24ss.: 23, 180.
13, 40: 245.
13, 55: 104.
14, 6: 25.
15, 24: 122.
15, 34: 295.
16, 13: 295, 311, 323.
16, 16: 155, 239, 332.
16, 23: 234, 315, 338.
16, 27: 244.

17, 5: 39, 48.
18, 10: 330.
19, 4: 197, 215.
20, 28: 111, 122, 126, 232.
20, 32: 311.
21, 34-41 118.
22, 21: 108.
22, 29: 108.
22, 30: 234.
22, 36: 265.
24, 3: 110, 318, 326.
24, 5: 327.
24, 6: 326.
24, 29: 337.
24, 36: 296, 317.
24, 39: 322.
24, 42: 322, 328.
24, 44: 322, 328.
25, 13: 323.
25, 34: 244.
26, 19: 338.
26, 39: 295, 306, 334, 339.
26, 41: 296.
27, 20: 24.
27, 46: 296, 334, 337, 339.
27, 52-53: 337.
27, 54: 332, 338.
28, 18: 294, 309, 315.
28, 19: 79, 119, 193.

Marcos

1, 10: 99, 337.
1, 13: 122.
4, 21: 39.
6, 22: 25.
6, 38: 295, 311-312.
8, 27: 311.
8, 33: 234.
9, 7: 39, 48.
10, 45: 111, 122, 126.
12, 24: 108.
12, 29: 265, 280.
12, 32: 261, 264.
13, 32: 296, 317.
13, 24: 32.
14, 38: 296.
14, 62: 121.
15, 34: 334.

Lucas

1, 2: 177.
1, 19: 122.
1, 44: 305.
2, 9-13: 330.
2, 21: 332.
2, 46: 332.
2, 52: 332.
2, 52: 295, 329.
3, 22: 99.
4, 14: 103.
4, 18: 99, 104.
4, 43: 122.
5, 24: 261.
6, 36: 270, 284.
7, 48: 315.
9, 18: 186.
10, 18-19: 315.
10, 22: 315, 323.
11, 2: 79.
11, 5: 336.
11, 23: 23.
11, 33: 39.
12, 4: 334.
13, 16: 315.
13, 32: 283.
16, 8: 38.
20, 25: 108.
22, 62: 333-334, 336, 340.
23, 45: 32.
24, 1: 100.

24, 18: 151.
24, 26: 151.

Juan
1, 1: 37, 41, 63, 89, 90, 102, 121, 130, 140, 177, 182, 206, 207, 210, 214-216, 223-224, 261, 280, 342.
1, 1-3: 300.
1, 3: 41, 45, 55, 78, 114, 131-132, 137, 160, 165, 169, 182, 187, 190, 204, 225, 237, 251, 254, 267-268, 301, 315, 317, 319, 321, 350.
1, 9: 50, 93.
1, 12: 92, 218, 221, 285.
1, 12-13: 218.
1, 14: 64, 89, 94, 96, 104, 109, 120, 123, 126, 130, 139, 140, 187, 196, 199, 210, 219, 223, 253, 300-301, 304, 306, 309, 317, 319, 326, 329, 335.
1, 16: 105.
1, 17: 121.
1, 18: 100, 113, 224.
1, 32: 99.
1, 51: 122.
2, 4: 317.
2, 9: 335.
2, 25: 312.
3, 3: 306.
3, 5: 306.
3, 14: 95.
3, 17: 121, 212, 300.
3, 35: 309.
3, 35-36: 294.
4, 34: 119, 204.
5, 16: 147.
5, 17: 159, 172.
5, 18: 48, 147, 240, 297.
5, 19: 191.
5, 20: 353.
5, 21: 313.
5, 22: 294.
5, 23: 77.
5, 26: 310.
5, 30: 309.
5, 36: 230.
5, 37-38: 280.
5, 39: 300.
6, 6: 312.
6, 23: 265.
6, 37: 295.
6, 38: 265.
6, 38-40: 211.
6, 42: 297.
6, 45: 119
6, 46: 161-162.
6, 63: 187.
8, 12: 43, 210, 261.
8, 35-36: 239.
8, 36: 231.
8, 58: 44, 209, 297.
9, 1: 304, 315, 335.
9, 6: 304.
9, 7: 315, 335.
9, 39: 121.
10, 7: 184.
10, 9: 222, 227.
10, 11: 43.

10, 15: 161
10, 18: 335, 339.
10, 30: 29, 50, 79-80, 179, 191, 210, 260, 262-263, 270, 281, 335-357.
10, 31: 298, 316.
10, 33: 29, 301.
10, 35: 87.
10, 35-36: 151.
10, 37-38: 303.
10, 38: 147, 174, 262, 336, 357.
11, 1: 295.
11, 14: 312.
11, 25: 126.
11, 34: 295, 311.
11, 43: 304.
11, 43-44: 335.
11, 51: 109, 188.
12, 27: 334, 338, 339, 340.
12, 27-28: 295.
12, 28: 296.
12, 34: 151.
12, 46: 211.
13, 3: 164.
13, 13: 43.
13, 21: 295.
13, 24: 108.
14, 3: 229.
14, 6: 54, 56, 82, 159, 184, 210, 222, 227-228, 267, 285.
14, 8: 42.
14, 9: 36, 42, 49-50, 57, 75, 79-80, 81, 121-122, 154, 210, 251, 254, 262, 280, 357.
14, 9-10: 161.
14, 10: 79-80, 122, 147, 178-179, 194, 210, 214, 254-260, 262-263, 271, 280-281, 335, 355.
14, 11: 118, 312.
14, 23: 191, 272.
14, 24: 257.
14, 28: 117, 256, 265.
14, 28-29: 44.
14, 30: 234.
15, 1: 184, 241.
15, 5: 184, 241.
15, 26: 101.
16, 7: 99, 104.
16, 13: 100, 104.
16, 14: 99, 104.
16, 14-15: 48.
16, 15: 106, 121, 155, 164, 261, 309, 320.
16, 25: 195.
17, 1: 313, 319.
17, 2-3: 253.
17, 3: 264, 267.
17, 4: 119, 122, 230.
17, 5: 85, 296, 315.
17, 10: 106, 261, 309.
17, 11: 281-282, 285.
17, 17: 98, 285.
17, 18-19: 98.
17, 19: 90, 101.
17, 20-23: 281,
17, 21: 191, 287, 289-290, 293.
17, 22: 101, 288.
17, 23: 288, 290.
18, 5: 232, 335.
18, 37: 211.
19, 15: 35, 192.

19, 39: 100.
20, 22: 99, 101.
20, 28: 164.

Hechos de los Apóstoles
1, 7: 326.
1, 7-8: 327.
2, 14-36: 151, 152, 153.
2, 17: 155.
2, 22: 147.
2, 24: 94, 95,
2, 36: 108, 130, 145, 146, 149.
2, 37: 153.
3, 12: 259.
3, 20: 149.
4, 4: 285.
4, 9: 338.
4, 10: 108.
4, 32: 285.
5, 29: 338.
8, 9ss.: 352.
8, 34: 110.
9, 4: 250.
10, 26: 163.
10, 38: 99.
13, 33: 163.
17, 28: 256, 257.

Romanos
1, 1-2: 210.
1, 7: 272, 330.
1, 19-20: 248.
1, 19-21: 252.
1, 20: 41, 42, 158, 177, 184, 202.
1, 22: 252.
1, 23: 25, 60.
1, 25: 150, 252, 279.
1, 30: 28.
5, 12: 105-106.
5, 14: 94, 119-120, 305.
5, 15: 231.
5, 21: 208, 213.
6, 18: 101, 234.
8, 3: 120.
8, 3-4: 212.
8, 4: 106, 121.
8, 9: 106, 121.
8, 19: 225.
8, 21: 149, 225, 316.
8, 22: 197, 238.
8, 26: 149.
8, 29: 222, 223, 225, 243, 255.
8, 35: 293.
9, 5: 38, 41, 63.
9, 19: 165.
9, 20: 71.
9, 29: 172.
9, 32: 299.
10, 18: 119.
11, 29: 293.
11, 34: 70, 319.
12, 3: 25, 299.
12, 4: 201.
15, 16: 101.

1 Corintios
1, 1: 344, 350.
1, 3: 272, 275, 330.
1, 4: 275.
1, 10: 275.
1, 21: 153, 248, 252.
1, 23: 301, 308.
1, 24: 41, 75, 177, 184, 192, 223, 301, 327, 330.
1, 25: 92.
1, 30: 90.
2, 4: 257.
2, 8: 25, 85, 109.
3, 10: 240-241.
3, 11: 240.

3, 12: 241.
3, 16: 49, 91-92, 98, 241, 340.
4, 6: 287.
5, 14: 89.
8, 6: 41, 55, 176, 237, 261, 264, 315, 345-346.
10, 13: 138.
11, 1: 270, 287.
11, 7: 173, 271.
11, 9: 173.
12, 2: 324.
14, 25: 92.
15, 20: 227, 243.
15, 21: 212.
15, 22: 94, 95, 119, 306.
15, 41: 115, 159, 201.
15, 47: 94, 105.
15, 48: 94.
15, 53: 234.

2 Corintios
1, 2: 272, 330.
2, 11: 106.
3, 16: 246.
3, 17: 41.
3, 26: 92.
5, 14: 234.
5, 17: 50, 228, 234.
5, 19: 263.
5, 21: 199.
6, 16: 48.
11, 14: 327.
12, 6: 325.
12, 7: 325.

Gálatas
1, 3: 272, 330.
1, 4: 245.
3, 10: 102.
3, 13: 149, 200, 306.
3, 28: 234.
4, 1: 112, 123.
4, 4: 302.
4, 6: 205, 218-219, 221.
4, 8: 149.
5, 1: 102.
5, 15: 76.
6, 12: 110.
6, 15: 234.

Efesios
1, 2: 272, 330.
1, 3: 99.
1, 3-5: 243.
1, 5: 244, 344, 350.
1, 7: 50.
1, 11: 244.
1, 18: 24.
2, 8: 252.
2, 10: 213, 229.
2, 14-15: 212.
2, 15: 198.
2, 16: 252.
3, 7: 210.
3, 13: 199.
3, 15: 61.
4, 3: 288.
4, 4: 289.
4, 5-6: 280.
4, 9: 95.
4, 10: 94.
4, 13: 242, 289.
4, 24: 198.
5, 1-2: 270.
5, 14: 323.
5, 27: 231.

Filipenses
1, 2: 272, 330.
1, 19: 102.
2, 5-11: 88.

2, 6: 80, 93, 95, 104, 210, 262-263, 329, 343.
2, 6-7: 100, 150.
2, 6-8: 92, 300.
2, 7: 89, 93, 104, 130, 204, 206, 208, 210, 301, 308.
2, 7-10: 84.
2, 8: 93, 94, 95, 210, 331.
2, 9: 91, 93, 94, 95, 96.
2, 9-10: 83, 107.
2, 10: 84, 91.
2, 11: 91.
3, 13: 328, 331.
3, 21: 93.

Colosenses
1, 15: 86, 125, 222, 224-225, 243, 255, 343.
1, 15-17: 197.
1, 16: 50, 86, 169, 174, 187, 189, 202, 206, 224, 270, 345.
1, 17: 41, 48, 50, 86, 202, 204, 225, 237, 257, 321.
1, 18: 34, 103, 221-222, 225, 227-228.
2, 4: 256.
2, 9: 256, 263, 264, 302.
3, 1: 121.
3, 11: 234.
15, 27: 91.

1 Tesalonicenses
3, 10: 272.
5, 18: 345, 352.
5, 24: 143.

2 Tesalonicenses
1, 2: 272, 330.
2, 1-2: 110.
2, 2: 326, 328.

1 Timoteo
1, 2: 272, 330.
1, 7: 72.
1, 17: 125.
1, 19: 340.
1, 20: 24, 110.
4, 1-2: 35.
4, 4: 197.
4, 9: 310.
4, 13: 299.
5, 16: 138.
6, 13: 257.
6, 16: 125.

2 Timoteo
1, 2: 272, 330.
1, 7: 258.
1, 8-10: 243.
1, 10: 119, 120, 222, 251.
2, 13: 143.
2, 18: 110.
2, 26: 356.
3, 11: 275.
3, 16: 299.
4, 3-4: 110.
4, 8: 106.

Tito
1, 2: 101.
1, 4: 272, 330.
1, 11: 33.
1, 13: 110.
1, 14: 35.
2, 11: 242.

2, 14: 50, 121.
3, 11: 324.

Filemón
3: 272, 330.
10: 133.
16: 133.

Hebreos
1, 1-2: 111.
1, 1-10: 116.
1, 2: 42, 45, 111, 113, 245, 310.
1, 3: 36, 42, 63, 103, 111, 177-178, 342, 353.
1, 3-4: 111.
1, 4: 108-109, 111-113, 117, 122-123, 126, 129, 156, 255.
1, 5: 116, 123, 163.
1, 6: 88, 122, 164, 226.
1, 7: 116.
1, 8: 116.
1, 10: 115, 215.
1, 11: 245.
1, 12: 82.
1, 13-14: 113.
1, 14: 123, 126, 276.
2, 1-3: 118.
2, 2: 111, 118.
2, 10: 41.
2, 14: 120, 339.
2, 14-15: 212.
2, 14-3, 2: 141.
2, 17: 142.
3, 1: 108.
3, 1-2: 130, 139, 143.
3, 2: 129, 130, 132, 134-137, 156.
3, 5-6: 144.
4, 12-13: 182, 238.
5, 5: 163.
6, 18: 138.
6, 19: 340.
6, 20: 89.
7, 9-10: 67.
7, 19: 119.
7, 22: 119-120, 126.
7, 24: 142.
7, 26: 107.
8, 6: 119.
9, 23: 119.
9, 24: 90.
9, 26: 65, 71, 232, 300, 302.
10, 1: 121.
10, 5: 199, 200.
10, 10: 142.
10, 12: 142.
10, 14: 142.
10, 20: 227, 236.
11, 5: 331.
12, 2: 121.
13, 8: 81, 101, 143.

Santiago
1, 18: 345.

1 Pedro
1, 3: 345.
1, 12: 111.
1, 25: 101.
2, 24: 124, 200, 303.
3, 6: 133.
3, 18: 95.
3, 22: 316.
4, 1: 306, 307, 340.
4, 12: 326.
4, 19: 142

2 Pedro
1, 4: 49, 316.

1, 17: 316.
4, 1: 302, 333.
4, 13: 291.
4, 15: 292.

1 Juan
1, 6: 35.
2, 2: 126.
2, 19: 23.
2, 20: 99.
2, 23: 192, 247, 251.
3, 5: 307.
3, 8: 211, 234.
3, 24: 92.
4, 9: 223.
5, 20: 268, 285.

Apocalipsis
1, 4: 41.
1, 8: 41, 261.
3, 21: 121.
8, 9: 197.
13, 7: 313.
22, 2: 184.
22, 5: 316.
22, 9: 163.

ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS

Aarón: 98, 139, 140, 142, 169.
Abdías: 125.
Abel: 328.
Abrahán: 44, 83, 85, 114, 125, 133, 138, 141, 148, 175, 205, 209, 275-277, 297, 315, 334.
Absalón: 265.
Adán: 71, 94, 105-106, 119, 202, 206, 222, 227, 233, 240, 267, 282, 305-306, 313, 328-329.
adición, en Dios/en el Logos: 52-53, 64, 82, 88.
adopción, filial: 86, 190, 219, 221, 225-227, 238, 243-244, 281-282, 284-285.
Adonías: 265.
Alejandro, obispo de Alejandría: 26, 27, 157.
alianza: 112, 119-120.
amor, de Dios por el hombre: 127, 199, 205, 217-218, 225-228, 242, 319, 356-357.
Ananías, Azarías y Misael: 237.
ángel: 88, 91, 102, 108-109, 111-118, 122-23, 125-127, 130, 141, 157, 160, 163-164, 169, 171, 175, 185, 195, 202, 226, 234, 240, 255, 270, 273-277, 296, 316-317, 320, 326-327, 330, 350.
anticristo: 23, 33, 327.
apóstol, apóstoles: 24, 26, 42, 49, 75, 83, 87, 92, 96, 99-100, 104, 108, 109, 111-13, 115-119, 129-130, 133, 139, 141-145, 149, 153, 163, 168, 176, 182, 192, 200, 202, 210, 212-213, 218, 221, 224-225, 227-228, 231, 240, 242-244, 248, 257, 258, 270, 275, 283, 285, 293, 299, 302, 307, 324, 330-331, 338, 342, 344-345, 350, 352-353.
arquitecto: 61, 245.
arrianos, herejía arriana: *passim*.
Arrio: 25, 27-29, 31-34, 59, 83, 162, 166, 184, 189, 193, 321.
artífice: 41-42, 51-52, 58, 65, 70-72, 77-78, 90, 113-114, 116-117, 123, 131-132, 140, 144, 148, 159-160, 165, 167, 168, 170, 172, 175, 182, 184, 186-188, 196, 199-201, 209, 216, 226, 235, 237-239, 246-250, 269, 277-278, 299, 318, 320, 344-346, 349, 351, 355.
Asterio, el sofista: 70, 73-76, 166, 171, 184, 185, 188, 257-259, 344.
Astiages: 302.
Atanasio de Alejandría: 27.
ateismo: 29, 109, 193, 278, 350, 357.

Babilonia: 237.
bárbaros: 39.
Barrabás: 24.
Baruc, profeta: 42, 54, 192, 203.
Basílides, basilidianos: 26, 160.
bautismo: 79, 99, 101, 189-194.
Belcebú: 103, 336.
Bersabé: 119, 133.
blasfemia, blasfemar: 29, 32-34, 40, 45, 50-51, 53, 63, 80, 103-104, 151, 162, 194, 240, 255, 264, 283, 297-298, 301, 321, 336, 349, 351, 357.

Caifás: 24, 109, 188, 296, 298, 357.
Caín: 135, 328.
carne: 35, 41, 64, 81, 84, 89-91, 93-96, 99-100, 103-106, 109, 120-121, 126, 130, 138-140, 142-144, 150-151, 187, 193, 196, 199, 204, 208-214, 218-219, 221, 225, 227-231, 233-236, 241-242, 244, 249, 252-253, 271, 286, 296-297, 300-309, 312, 314, 316-317, 319-323, 326, 329-331, 333-334-335, 337-340.
Carpócrates: 114.
Cesarea de Filipo: 295, 311, 323.
catequésis: 27, 35, 180.
circuncisión: 85, 110, 298.
Cleofás: 151.
concorpóreo: 92, 222, 242.
condescendencia: 207, 222-223, 226, 250, 252.
conocimiento que tiene el Logos: 31, 295-296, 311-314, 316-329.
conocimiento de Dios por parte de los hombres: 41-42, 49-51, 70, 78-79, 81, 86, 119, 161, 162. 177, 227, 247-248, 250-253, 261-262, 265.
Constancio, emperador: 39, 298.
Cornelio: 163.
corruptibilidad: 60, 149, 151, 234, 238, 242, 290, 305, 308, 316, 336, 339-340.
creación: 35, 41-42, 44, 50, 62, 71, 81, 86, 91, 116, 132, 139, 157, 159, 165, 166, 167, 172, 177, 184, 189, 194, 197, 199, 202, 209, 215, 222-228, 233 235, 237-239, 243-244, 247, 250-252, 268, 318, 320-321, 336, 349-351.
crear, creador, cosa creada, criatura: *passim*.
cristiano, cristianismo: 23-28, 33, 40, 53, 60, 82, 85, 130, 156, 171, 266, 269, 298-299.
Cristo, Jesucristo, Jesús: 24-26, 28, 30, 32-34, 37-38, 40-41, 50, 53, 55, 57, 75, 81, 83-85, 87-92, 94, 101-103, 108, 111, 114, 119, 121, 127, 130, 139, 141, 143-155, 176-177, 179 180, 184, 187-188, 192-193, 198, 213, 223, 226-228, 231, 234, 236, 239-240, 243-244 246, 254, 255, 263, 265, 267, 270, 272, 275, 280, 285, 289, 292-293, 295-296, 299, 301 302, 307-308, 311, 316, 321 322, 324, 327-330, 332, 336, 338, 340-341, 345, 350, 352, 356-357.
cruz, crucificar: 88, 92, 108, 124, 145-148, 152, 153, 200, 210, 252, 296-297, 300-301, 303 304, 308, 334.
cuerpo, corporal, corpóreo: 47, 58, 69, 91-96, 98-100, 109, 121, 124, 139, 140, 144, 146, 147, 149, 152, 166, 170, 179,

193, 196, 199-201, 208, 212, 222, 224, 227-230, 233, 235, 242, 252, 256, 288-289-291, 296-297, 302-309, 313-314, 317, 323-324, 331-332, 335-336, 339-340, 356.

Dan: 119.
Daniel, profeta: 44, 85, 152.
David, rey: 30, 42, 44, 54, 81, 83, 89, 97-98, 100-101, 104, 112, 133-134, 138, 148, 150-152, 159, 164, 175, 177, 185, 197, 199, 203-204, 215, 229, 237, 258, 265, 274, 301-302, 339, 342-343, 350, 357.
decisión del Padre, el Logos: 132, 175, 273, 349-350, 352, 355.
deliberación, en Dios: 131, 172-174, 242, 345, 347-349, 354, 356.
demonio: 35, 92, 103-104, 218, 315-316, 337.
descender: 75, 85-86, 99.
desobediencia: 102, 105, 118, 242.
diablo: 23, 31, 34, 39-40, 104, 141, 154, 186, 211-212, 234-235, 239, 266, 282, 341, 356-357.
Dios: *passim*.
dioses: 31, 36, 58, 86-87, 115, 143, 149, 151, 203, 218, 260, 266-267, 271, 277-280, 284, 286.
discípulo: 99, 101, 104, 110, 119, 164, 186, 193, 293, 295-296, 298, 312, 315, 318, 323, 325-326, 328-329.
disminución en Dios: 71, 95.
dispensar/dar la gracia y el Espíritu: 93, 97, 101, 106, 126, 151, 155, 275, 292, 330.
divinidad, divino: 41-42, 49, 52-53, 56, 58-59, 89, 96, 103-104, 107, 111, 120-121, 130, 144, 146, 155, 176, 178, 184-185, 189, 194, 196, 205, 209, 219, 239-241, 252, 256, 259-264, 278, 282, 284, 292, 294, 297-298, 302-305, 307, 309-312, 314, 316-317, 320, 332-333, 335-337, 339, 356.
divinización: 37, 86-87, 91, 96, 200, 235, 291, 304, 308, 313-314, 332-333.
división en Dios: 32, 47, 49, 52-53, 68-69, 178-179, 260-261.

economía salvífica: 111, 117, 123, 126, 138, 142, 145-146, 196, 206-207, 209, 242-244.
Efraín y Manasés: 135, 273.
Egipto: 135, 149, 164, 168, 232.
elección, que hace el Logos: 60, 79-80, 83.
Elías: 258, 324-325.
Eliseo: 258, 324.
emanación: 58, 100.
Emmanuel: 300.
encarnación: 94, 101, 103, 109, 117, 124, 127, 144, 209, 221, 239, 298.
engendrar, lo engendrado, generación: 30, 36-38, 40, 43, 45-51, 55-62, 64, 66-74, 76, 81-83, 87, 113-114, 116-117, 129, 131-137, 139, 144-145, 154-158, 161-162, 164, 176, 178-185, 187, 196, 199-200, 203, 211, 214-221, 223, 226, 236, 251, 254, 257, 260-261, 263, 268-269, 272, 282, 305-306, 341, 344-347, 349, 353, 355-356.

Enoc: 331.
Esaú: 107, 154, 274.
escrituras, Sagradas: 23, 28-29, 34-35, 38-40, 43-44, 46, 60, 68, 102, 107-108, 124, 130, 135-136, 138, 151-152, 154, 160, 162, 165, 172, 175, 177, 183, 187-188, 192-194, 197-198, 200, 203, 209, 212, 216, 218, 223, 225, 237-239, 246, 248, 277-278, 280, 283, 288, 299-301, 334, 342-344, 350, 355, 357.
Espíritu Santo: 29, 32, 34, 36, 41, 48, 49, 79, 84, 90, 92, 97-106, 114, 121, 149, 150, 155, 169, 191, 193, 204-205, 208, 212, 215, 218-219, 221, 237, 241, 257, 278, 285, 291-295, 301, 306, 320-321, 325.
espiritual, espíritu: 35, 112, 116, 123, 289-290, 294, 296.
estoicos: 146.
eterno, eternidad: 30, 36-37, 40-46, 51-54, 57, 64, 68-70, 74-75, 90, 97, 100, 103, 112, 116, 155, 177-178, 180-181, 188, 196, 206, 211, 216, 234, 243-244, 246, 252, 256, 268, 285, 294, 296-299, 306, 308-310, 320, 346.
Etiopía: 164.
Eusebio de Nicomedia: 59, 83, 166.
Eva: 24, 34, 135.
evangelio, evangelista: 26, 34, 92, 98, 147, 195, 204, 210, 243, 281, 294, 298-299, 301, 317, 319, 331, 337.
Ezequías: 97, 135, 136.

Faraón: 86, 168, 294, 328, 334.
fariseos: 29, 215, 329.
fe: 24, 26, 28-29, 35, 37, 46, 53, 79, 82, 138-139, 142-143, 156, 190, 193, 233, 240, 252, 256, 264, 279-280, 283, 292, 299, 309-310, 340.
Felipe, Apóstol: 42, 110, 312.
fidelidad: 108, 129-130, 134, 137 139, 141-145, 156, 255.
figura: 247-248, 250-252.
Filemón: 133.
forma, de la divinidad: 56, 87, 91 93, 95, 100, 104, 262, 300, 343.
forma visible: 259, 262-263, 273, 278, 280.
Frigios, Catafrigios: 26, 93, 324.
fuente: 47, 53-54, 131, 177, 192, 257, 259, 342.

Gabriel, ángel: 276.
Gedeón: 276.
gentiles: 40.
genuino, carácter del Logos: 36, 113, 121, 189, 196, 239, 355.
Gigantes: 176, 317.
gloria, glorificación: 42, 48, 51 53, 85, 88, 90-91, 101-102, 104, 109, 159, 162, 173, 201, 202, 207, 223, 225, 229, 252, 256, 265, 270-271, 281, 288, 295-296, 313-316, 319, 329, 351.
gracia, agraciar: 30-31, 36-37, 49, 56, 78, 82-84, 88, 91-93, 95 96, 102, 104-105, 116, 118, 121, 126, 140, 155, 190, 191, 205, 218-219, 221-223, 230 231, 233, 242-244, 259, 263, 271-273, 275-276, 282, 284 285, 292-295, 304, 313-315, 317, 329-330, 332.
griegos: 25, 27-28, 38-39, 41 42, 53, 72, 78, 143, 150, 161, 171,

188, 193, 269, 277, 279-280, 308, 341, 357.

hacer, hacedor, cosa hecha: *passim.*
Hades: 151-152.
herejías: 23, 28, 33-34, 189.
Herodes: 283, 298, 334.
Herodías, hija de: 25.
Hidra: 341-342.
hijo: *passim.*
Himeneo y Alejandro: 24, 110.
hipóstasis: 36, 42, 56, 177-178, 256, 353-354.
hombre (s): 25, 29, 39, 44, 46, 58, 60-62, 65-69, 81, 84-106, 108-109, 111, 115, 120, 122-123, 125-127, 130, 134, 138-142, 144-151, 153, 158, 160, 175, 180, 183, 187, 193, 196-199, 202, 205-206, 208-209, 211-212, 214, 217-219, 221-222, 226, 228-233, 235, 241-242, 244, 249, 252, 258, 261, 266-267, 270, 282-284, 287, 289, 291, 295-298, 300-306, 308, 312-314, 316, 319, 321-322, 324, 326-327, 329-335, 337-340, 347.
humanidad, humano: 33, 61, 66, 69, 89, 91, 96, 103-104, 130, 134, 137, 146, 149, 150, 153, 155, 177, 181, 194, 196, 199, 202, 205, 231, 235, 241, 297, 304, 307-308, 311-314, 317, 319-321, 323, 326, 333, 335-337, 339-340, 350, 356.
humildad, humillarse, humillación: NO.

identidad: 31, 59, 66, 81-82, 134, 169, 223, 260, 289-290, 293, 309.
ídolos: 27, 93, 267, 302.
iglesia: 23, 27, 33, 80, 85, 93, 228, 231, 250, 269, 340, 355.
imagen: 25, 36, 38, 45, 50, 56-60, 66, 74-75, 77, 80-81, 89, 97, 102, 105, 107, 117, 120, 122, 131, 148, 169, 172-173, 178, 180, 182, 184, 187, 194, 197, 203, 231, 247-250, 252-255, 258, 260, 262, 266-267, 269-272, 278, 280, 283-284, 287, 290, 299, 320, 343, 356.
impiedad, impío: 25, 28-29, 32-34, 37-38, 40, 47-48, 54, 56, 63, 65, 67, 72, 77, 79, 81-82, 85, 96-97, 102, 108-109, 111, 127, 132, 136, 156, 157, 165, 170, 172-173, 176, 181, 189, 193, 195, 217, 224-226, 236-237, 241, 253, 255-256, 258, 264, 269, 272, 278, 280, 283, 291-292, 294, 296, 301, 309, 311, 321, 334-335, 341-342, 344, 352, 354, 356-357.
impronta: 36, 42, 50, 56-57, 59, 103, 131, 177-179, 203, 256, 280, 353.
infierno: 334, 337, 339.
inhabitación del Espíritu Santo: 97-98, 106.
Isaac: 154, 205, 275, 277, 331.
Isaías: 42, 54, 107, 110, 112, 134, 164, 166, 200, 207, 276.
Israel: 53, 92, 97, 108, 153, 207-209, 258, 265, 280.
israelitas: 147.

Jacob: 83, 107, 135, 154, 207, 224, 273-275, 277, 280.
Jeremías: 44, 53, 305.
Job: 114, 125, 136, 306.
Joel: 301-302.

Jonás: 289-290, 293.
Jordán: 98-99.
José, patriarca: 83, 115, 135, 274.
José, esposo de María: 297.
Josías: 97.
Josué: 169.
Juan, evangelista: 23, 55, 63, 92, 98-99, 104, 121, 130, 147, 163, 177, 187, 195, 196, 199, 211-212, 216, 218, 234, 250, 253, 268, 281, 285, 291-293, 300-301, 307, 312, 342.
Juan, el Bautista: 211, 305.
Judas Iscariote: 24, 298.
judíos 34-35, 38, 41, 85, 87, 103-104, 109-110, 112, 130, 147, 150-151, 153, 154, 192, 238-240, 257, 266, 277, 280, 296-298, 301, 314, 316, 332, 335-336, 341, 357.
jueces: 169, 232.

Labán: 274.
Lázaro: 304, 311-313, 316-317, 323, 335.
ley: 29, 32, 34, 106-107, 111, 118-121, 136-137, 139, 142, 149, 168, 198, 212, 231-233, 265, 302, 332.
Leví: 66.
Lía: 115.
libertad: 31, 76, 112, 156.
linaje: 91, 112, 114-115, 117, 201-202, 226, 231, 253, 302, 314.
llegar a ser, lo llegado a ser: *passim*.
Logos: *passim*.
Lot: 125.
Lucas, evangelista: 329-330.

Malaquías: 219.
maldición: 102, 149, 199, 200, 213, 232-235, 306.
Maniqueo, maniqueos: 25-26, 34, 61, 109, 188-189, 193, 278, 309, 328-329.
Manóah: 163, 276.
Marción, marcionitas: 26, 160, 277.
María, Virgen y Madre de Dios: 100, 140, 193, 235, 242, 276, 300, 302, 305, 336.
mártires: 26, 237, 270, 338-339.
materia: 61-62, 160, 161.
mediación, mediador: 119, 123, 140, 168, 172, 174-175.
mejora, en el Logos: 83-86, 88, 93, 98-101.
Melicio, melicianos: 26.
Moisés: 25, 43, 71, 85-86, 101, 114, 119, 121, 136-137, 144, 148, 151, 168-169, 172, 175, 197, 206, 215-217, 219, 232-233, 276-277, 305, 331, 334, 345.
mortalidad: 25, 57, 89, 100, 112, 151, 211, 229, 231, 233-234, 242, 252, 305, 307, 334, 336, 339-340.
muerte: 27, 84-85, 87, 89, 91-92, 94-96, 105, 119-120, 139-140, 150, 152, 153, 193-194, 210 212, 221-222, 225, 227-231, 233-235, 243-244, 253, 258, 300, 303-306, 312-313, 315, 323, 327, 333, 337-340.
mutabilidad: 30, 37, 53, 59-60, 70, 79-83, 87, 101, 105-107, 138, 156.

Naamán: 258.
nada, proceder de la: 29, 37, 43-46, 48, 50-53, 55-57, 60, 63, 65, 68, 71, 74, 76, 80, 82, 97, 102, 116, 129, 156, 160 162,

165, 181, 192, 230, 253, 268, 278, 284, 342, 351.
Natán: 133.
naturaleza: 30, 32-33, 36-37, 46-47, 49, 51-52, 56, 60, 64, 66-69, 79-87, 96, 102-103, 105-107, 112-118, 120, 123, 131-136, 139, 142, 149-150, 153-154, 157, 159-160, 164-165, 167-168, 171, 174, 177, 181-183, 188, 190, 194, 197, 199-201, 203-205, 218-221, 226-227, 235-236, 239-240, 245-246, 251, 254, 260, 267-268, 271-273, 276, 278-279, 281-291, 293-295, 297-298, 304-305, 307-310, 316-317, 319, 333, 335, 339-340, 343, 345, 347-349, 353-356.
Nicea, Concilio de: 33, 72.
Nicodemo: 100.
Noé: 71, 206, 232, 322.
Novato, novacianos: 26.
Nun: 277, 334.

obediencia: 102, 118.
Onésimo: 133.
Oseas, profeta: 33.

Pablo, el Apóstol: 24, 35, 41-42, 49, 63, 75, 83, 87, 92-93, 96, 99-100, 104, 108-109, 111-113, 115-120, 123, 126, 129-130, 133, 138-139, 141-145, 149, 153, 169, 182, 184, 191-192, 197-200, 202, 210, 212-213, 218, 221, 224-225, 227-228, 231, 238, 240, 242-244, 248, 250, 257, 270-272, 274-275, 282, 287, 293, 299-300, 307, 315, 324-325, 330-331, 342, 344-345, 350, 352-353.
padre: *passim*.
Padres, los: 35, 188.
paraíso: 23, 90, 227, 229, 234, 242, 328.
parentesco: 92, 225-226, 234, 332.
partes, en Dios: 32, 47, 68, 178, 179, 260, 263, 278.
pasión, en Dios y en el Logos: 49, 68-70, 95, 179, 306-307, 335.
patriarca: 270, 273, 280.
pecado: 93, 96, 101, 103, 105, 111, 120, 124, 140-141, 185, 199-200, 212-213, 229, 231, 233-235, 261, 294, 302-303, 305-307, 315.
Pedro I de Alejandría, Obispo y mártir: 29.
Pedro, Apóstol: 49, 95, 130, 143, 146, 148-150, 151, 154-155, 163, 200, 239, 302-303, 306, 313, 316, 323, 332, 338.
piedad, piadosa fe: 24, 35, 45, 77-78, 82, 97, 129, 130, 162, 192-193, 244, 255, 278, 283, 294, 298, 304, 310-311, 341, 248, 349, 354.
Poncio Pilato: 232, 334.
politeísmo: 278, 351.
potencia: 30, 36-37, 41-42, 57, 70, 75-76, 91, 95, 104.
predicación: 75, 118, 153.
primogénito: 34, 86, 185, 197, 221-228, 243, 255, 269.
profeta(s): 32-34, 54, 81, 92, 99, 103, 110-111, 125, 135, 152, 163, 169, 177, 207, 210, 218, 231, 258, 264, 266, 270, 301, 303, 324-325, 350.
progenitor: 46, 66-68, 135, 179, 354, 356.
progreso del Logos: 84, 88, 93-94, 99-100, 171, 295, 329-334.

propio del Padre, el Logos: 36-37, 41, 46-47, 49-51, 55-56, 59, 61-63, 66, 70-71, 81-82, 91, 113-114, 117, 125, 131-132, 159, 161-164, 170, 174, 177-178, 183-184, 188-189, 191, 194, 199-200, 215, 231, 233, 235, 238, 242, 253-254, 257, 259-260, 263-266, 272, 280-281, 295, 310, 336, 347-349, 353, 355.
Ptolomeo, seguidor de Valentín: 343.

Raquel: 115.
recompensa, premio que recibe el Logos: 83, 86-88, 94, 93, 99-100, 103.
redención, rescate, liberación: 50, 103-104, 121, 139, 140, 148, 150, 208, 212, 225, 232-235, 274-275, 291, 305, 308, 314, 316.
reinado, reino: 43, 77, 97, 99-100, 103, 116, 121, 148, 153, 155, 208, 222, 231, 235, 244.
resplandor: 42-43, 45, 47, 50, 56, 59, 63-64, 67, 69, 83, 97, 99, 103, 117, 120, 159, 174-182, 191-192, 210, 255, 259-261, 264, 266-268, 272, 275, 277-278, 292, 299-300, 311, 342, 353, 355,
resurrección: 34, 92-96, 110, 126, 139-140, 152, 211-212, 222, 227-228, 230-231, 234, 243-244, 258, 303-305, 307, 313-316, 323, 326, 335, 337-340.
rey: 43, 52, 57, 90, 97, 99-100, 102-103, 147, 148, 149, 150, 151, 154-155, 168-169, 192, 208, 249, 262.
Rubén: 201, 224.

Saba: 164.
Sabelio: 260, 309.
sabiduría: *passim*.
sabio: 29-30, 70, 83, 159, 247-248, 252.
sacerdocio: 108, 130, 139-143.
sacrificio: 119-120, 140, 142, 163, 217.
saduceos: 329.
Salomón: 44, 46, 54, 112, 130, 133-137, 163, 196, 203, 250, 254, 258, 330, 352.
salvador: 23-28, 38, 40, 42, 84, 93, 97, 101, 109-110, 129, 134, 140, 142, 147-148, 151, 176, 178, 187, 189, 193, 212-213, 229, 232, 234, 242-243, 246, 252, 270-271, 280, 282-284, 289-290, 293-294, 297-299, 304, 306-308, 310-311, 313, 317, 319, 325, 328, 339, 351.
salvación: 118, 121, 125-126, 135, 138, 164, 165, 198-199, 204, 212, 222, 232-233, 235, 243-246, 253, 273, 275, 295, 300, 313.
Samosata, Pablo de: 65, 85, 147, 193, 294, 329.
Samuel: 258.
Sansón: 276.
Santiago, Apóstol: 345.
santidad, santificación, los santos: 48, 53, 90, 97-101, 104, 130, 132, 134, 136-137, 139, 141, 144, 150-151, 176, 187, 191, 198, 216, 225, 229, 231, 243, 257-258, 272, 281, 285, 301-302, 305, 313-314, 337-339, 350.

Satanás: 234, 315.
Sara: 133.
Saúl, rey: 274, 294.
señor: *passim*.
serpiente: 29, 32-33, 39, 66, 105, 194, 233-234, 243, 255, 283, 341.
Simón Mago, simonianos: 26, 352.
Sinaí: 232.
sobrevenir, en Dios: 29, 46, 53, 56, 64, 70, 82, 171, 253, 263, 345.
Sodoma y Gomorra: 148.
Sócrates: 25, 28-29.
superioridad del Logos: 85, 108-109, 111-112, 117-123, 126-127, 130, 156, 158, 163, 169, 255.
Susana: 42, 44.
sustancia: 31-32, 36-37, 46-51, 54-57, 59, 62, 66, 69-71, 81-82, 84, 87, 89, 95, 112, 114-115, 117, 120, 123, 126-127, 131-133, 139, 142, 145-146, 148, 154-155, 157, 161, 164, 167, 169-170, 174, 177-180, 185-186, 188-189, 192, 194, 196-200, 202-203, 206, 209, 213, 215, 220, 226, 228, 230-231, 235-236, 241, 248-249, 251-254, 257-261, 263-264, 267, 271-272, 277-278, 280-281, 285, 294, 297, 310, 336, 347, 349, 353-356.

teología, como ser de Dios: 51-52, 216.
testamento, Antiguo: 28, 301.
testamento, Nuevo: 28.
Thalia, obra de Arrio: 25, 28-29, 31-32, 34, 36, 38, 184.
tiempo: 29, 40, 43-47, 51-52, 54-57, 62-63, 65-68, 71, 76, 110-111, 117, 201, 230, 232, 244-245, 269, 282, 300-302, 309-310, 326-327, 345-346, 351.
Timoteo: 243.
todopoderoso: 57, 76, 164, 175.
Tomás: 164.
transgresión: 32, 102, 05-106, 118, 222, 227-230, 232-233, 242, 255, 305.
trinidad: 51-53, 117, 277-278.

unción: 83, 97-99, 101-106, 150.
unicidad del Logos, unigénito: 30, 50, 55, 60, 72-75, 142, 156-157, 159, 165, 169-170, 184-201, 203, 211, 215, 222-224, 226-227, 241, 246-247, 249-250, 258-259, 264, 270-271, 279-280, 282, 284, 287, 343, 354.
unidad del Hijo con el Padre: 29, 50, 53, 79, 81, 101, 121, 179, 187, 189, 191, 210, 260, 262-263, 268-273, 275, 277, 280-281, 286-288, 299, 335-336, 357.

Valentín, valentinianos: 26, 114, 160, 235, 343, 350, 352, 354-355.
virtud, en relación al Logos: 31, 83, 85, 87-88, 93-94, 99, 102.
visibilidad de Dios: 41, 125, 158, 184, 197, 248, 252, 256, 343.
voluntad y querer, en relación al Logos: 30, 60, 70, 79, 131, 176, 227, 245, 265, 269, 338, 341-353.

Zacarías: 175, 276.
Zorobabel: 159.